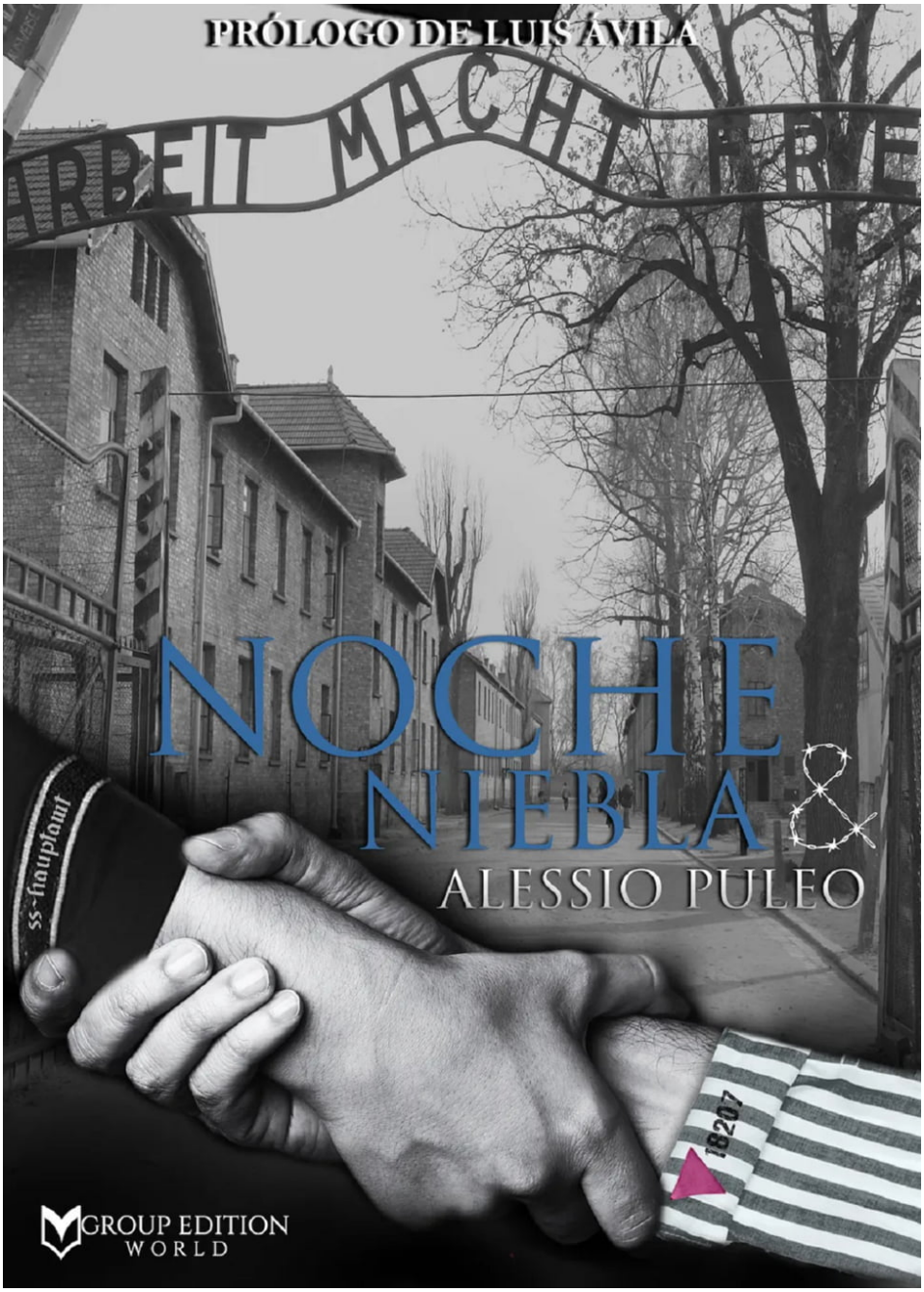
PRÓLOGO DE LUIS ÁVILA



NOCHE & NIEBLA

ALESSIO PULEO

GROUP EDITION WORLD

NOCHE Y NIEBLA

'Incluso los homosexuales son víctimas olvidadas del régimen nazi.

Se desconoce cuántos han sido condenados e internados en los campos de concentración, debido a la destrucción de una parte de los archivos, y porque muchos de ellos, al igual que otras categorías perseguidas por los nazis, fueron capturados y hechos desaparecer bajo el edicto Nacht und Nebel ('Noche y Niebla'), emitido por Hitler el 7 de diciembre de 1941, con el objetivo de eliminar 'sujetos peligrosos para el Reich', sin dejar rastro'.

Alessio Puleo vuelve a conquistarnos con esta conmovedora historia dando voz a esos grandes olvidados del régimen nazi.

©2019, Puleo, Alessio
©2019, Group Edition World
ISBN: 9788417832148
Generado con: QualityEbook v0.87

NOCHE

Y

NIEBLA

Alessio Puleo

Prólogo

AMOR y odio.

Esas son las palabras que quedan resonando en mi cabeza tras la lectura de “Noche y niebla”.

La posibilidad de prologar este libro fue una propuesta que me tomó por sorpresa ya que no lo había hecho antes, sin embargo, al enterarme la temática y su autor, dije que sí, a ojos cerrados.

Me encontraba con expectativas un poco altas al recibir el texto, aspecto que quedó por demás cubierto.

Mucho se ha escrito sobre el periodo en que estuvo vigente el régimen nazi, también se están alzando diversas voces en lo que podría llamarse “literatura LGBTIQ+”, sin embargo, una novela que otorgue visibilidad a ambos en la misma historia, me movilizó a la lectura, tanto por lo novedoso como por lo necesario.

Una historia que a cada cosa la llama por su nombre, no sin cuidar la prosa y el estilo. Pero con grandes bofetadas en su narrativa, de las que el lector ya está advertido al conocer su temática.

Me interesa la importancia de que este libro se publique en este momento, en esta época, que se democratizan los testimonios y opiniones, pero también en que se reafirman fuertes movimientos de odio, en que se impone la no tolerancia, que el lenguaje es objeto de grandes transgresiones y los escritores son convocados a tomar posición.

El fundamentalismo presente en las ideologías históricas en que nuestro protagonista narra su vida es encarnado en figuras de odio, siendo una manera diversa de amar, la respuesta con la que nos sorprende Alessio Puleo.

Ya no se trata solo de vivir, sino de intentar vivir mejor, de contrarrestar sufrimientos y dar firmeza a las decisiones de los sujetos atrapados bajo ideas de patologización, criminalización o castigo.

El personaje de Ben, a mi parecer, representa el ansia del lector por

querer saber más de lo que ocurría antes y la sorpresa de que, al día de hoy, algunas cosas no hayan cambiado.

La importancia de que estas voces, como la de Puleo tomen lugar actual en las góndolas de las librerías y en las bibliotecas de sus lectores, es un gran motivo para considerar el amor como ese motor que permite sentar raíces y mociones, que permite hacer de la vida algo un poco más soportable, sea la época que sea.

Auguro que los lectores disfruten el libro tanto como yo y tengan oportunidad de pensar, de emocionarse y por qué no, de proponerse un cambio ante el odio.

Parafraseo a Stephen King cuando señala en su libro "Mientras escribo" cuál es el gran secreto de su éxito: un matrimonio estable y amor por su tarea.

Que ese deseo decidido nos mueva a hacer de nuestros días y la de los demás, algo más vivible. Porque las leyes del destino tienen preparadas sus sorpresas, así que mejor, no nos encuentre solos, sino contenidos y con muchas historias por contar…como sucede con el protagonista que Puleo nos propone.

Bienvenido a *Noche y Niebla*.

Luis Avila

«Incluso *los homosexuales son víctimas olvidadas del régimen nazi. Se desconoce cuántos han sido condenados e internados en los campos de concentración, debido a la destrucción de una parte de los archivos, y porque muchos de ellos, al igual que otras categorías perseguidas por los nazis, fueron capturados y hechos desaparecer bajo el edicto Nacht und Nebel («Noche y Niebla»), emitido por Hitler el 7 de diciembre de 1941, con el objetivo de eliminar «sujetos peligrosos* para el Reich», sin dejar rastro».

Giannini, Giorgio (2011):
Vittime Dimenticate (Víctimas olvidadas)

Capítulo 1

OBSERVO mi reflejo en el espejo, casi no me reconozco.

La barbilla cuadrada, rasgos duros, nariz torcida y ojos apagados. Escarbo profundamente en mi alma, más allá del iris opaco y no detecto ni rastro de aquel niño alegre que fui. Nada. No veo más que la nada, ni la inocencia ni los sueños ni el anhelo de libertad. Mi cabello se entrelaza con hilos de color plata y mi rostro está surcado por las calles que he recorrido. La chaqueta, que cubre mi cuerpo deteriorado a causa del tiempo y los dolores que la vida me ha obsequiado, me hace parecer aún más viejo y cansado de lo que estoy.

Miro los números tatuados en mi muñeca y me pregunto por dónde podría empezar a contar esta historia: si tiene un verdadero inicio, si todo aquello tiene sentido, y sobre todo cómo explicar el horror y el terror de aquello que fue, a quien no lo vivió en carne propia.

Con gran dificultad trato de ordenar las ideas en mi cabeza. Mi memoria ya no es la que solía ser, y Ben solo tiene 17 años.

—Abuelo, entonces, ¿me cuentas o no esta historia? —refunfuña, incapaz de esperar.

Le sonrío y con calma me acomodo en mi butaca con la ayuda de mi fiel bastón.

—Es una historia larga, muy larga… ¿Tendrás la paciencia suficiente para escucharla toda? —le pregunto sonriendo dulcemente. Es un chaval curioso y cada día se parece más a su padre.

—¡Hombre, claro que sí, ya no soy un niño! —asiente enérgicamente con la cabeza pretendiendo potenciar su afirmación.

—¡De acuerdo! Pero, antes que nada, debes aclararme una cosa. ¿Estás seguro de querer saberlo todo? Hay cosas que podrían no

gustarte, o podrían turbarte.

—Sí, abuelo, todo, ya soy un hombre y, como dice mi profesora de historia, ¡debemos conocer nuestro pasado si queremos construir un futuro mejor!

—¿Incluso si algunas cosas te parecen extrañas?

—¡SÍ!

—Entonces podemos empezar, pero luego no digas que no te advertí.

—¡Abuelo, espera, espera! Tengo que encender la videocámara. También quiero advertirte que de vez en cuando te interrumpiré para hacer un cuadro histórico. Quiero que mi trabajo esté bien hecho y que sea lo más interesante posible. Pero ¡no te preocupes! Cuando haya terminado podré borrar aquellas partes que no te gusten.

Se levanta del sofá en el que se había acurrucado y coloca con gran profesionalidad la videocámara en el trípode.

Anna se me arrima y me acerca una taza de café humeante. La miro a los ojos agradeciéndole silenciosamente. A pesar de los estragos del tiempo sigue siendo una mujer bellísima.

—¿Estás seguro de querer realmente hacerlo? —me pregunta, francamente preocupada.

La miro de reojo.

—¡Anna, estamos en el 2005!

—¡Sí, pero solo tiene diecisiete años!

—Tiene que saberlo, en aquella época tú solo tenías catorce.

—¿Piensas que creerá las historias de un lunático y adorable anciano de 90 años?

—¡Claro que me creerá!

Un sonido de pasos apresurados en el corredor interrumpe nuestra conversación.

Apoyo la taza en la mesa, al costado de la butaca, y el pequeño David nos acompaña.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta intrigado.

—El abuelo debe contarme una historia, es para un proyecto del cole —se apresura a recalcar Ben.

—¿Puedo escucharla yo también?

—¡Tú tienes que terminar los deberes! —interviene Anna, cogiéndolo dulcemente de la mano y animándolo a abandonar la habitación con ella.

—¡Uff que rollo! —protesta el pequeño, mientras se encaminan a la

cocina.

Una vez solos, Ben me mira a los ojos y me hace un gesto de aprobación. Una luz roja se enciende y la videocámara enfoca mi rostro. Respiro hondo, pero antes de empezar a narrar la historia, Ben toma la palabra para introducir su *DocuFilm*.

Capítulo 2

27 de febrero de 1933.

En Berlín la noche es fría, silenciosa y extrañamente tranquila.

El cielo está despejado y colmado de estrellas, el aire helado del duro invierno alemán acaricia el rostro de los transeúntes haciéndoles tiritar de frio. La temperatura externa marca aproximadamente dos grados bajo cero, y aun así un hombre inmóvil delante de las puertas de la residencia del presidente Hermann Göring, está sudando. Su rostro firme y decidido, su mandíbula cuadrada, los ojos inexpresivos fijos en el mapa que lleva en la mano. Lo ha estudiado con tanta cautela que se lo sabe de memoria; podría haber descrito, sin error alguno, cualquier particularidad.

Inclina su cabeza primero a un lado y luego al otro haciendo crujir los huesos del cuello. Con la mano derecha se masajea el bíceps dolorido, luego se plancha el pecho de la camisa oscura con las manos, antes de poner en marcha su plan. Todo ha sido dispuesto minuciosamente, preparado y estudiado hasta en los más mínimos detalles, de manera que no se corra el riesgo de tropezar con algún inconveniente o sorpresa.

La residencia de Göring es la única vía de acceso al edificio del Reichstag cuando el parlamento se encuentra cerrado, es así como Karl Ernst, líder de las SA de Berlín, aquella noche se introduce junto a poquísimos fieles de las tropas de asalto, dentro de los conductos centrales de calefacción de la residencia del presidente, para llegar sin ser observado al interior del edificio.

Son hombres muy bien entrenados, capaces de todo con tal de terminar la tarea confiada.

Recorren con dificultad los angostos conductos. Una vez

alcanzado el extremo opuesto del túnel, arropados por un silencio fúnebre, rocían con gasolina y otras substancias químicas inflamables todo aquello que les rodea.

Una vez conclusa la tarea asignada, recorren el conducto en dirección opuesta para luego abandonar la residencia y dispersarse ávidamente por las calles de la ciudad, orgullosos de haber cumplido su objetivo, súbditos fieles de aquella esvástica negra cosida en el brazo y en el alma.

A las 21:14, ni un minuto más ni un minuto menos, una estación de bomberos de Berlín recibe la alarma: la sede del parlamento alemán ardía. Un cuerpo de bomberos se encamina frenéticamente hacia el lugar del desastre, mientras las llamas suben hacia el cielo, casi tocando las estrellas, únicas, tímidas y silenciosas testigos de lo que realmente había sucedido aquella noche.

A cierta distancia, un joven holandés observa hipnotizado aquellas danzas espectrales que las largas lenguas de llamas azules y rojas pintan en el cielo, rasgando la oscuridad de la noche.

Tan pronto como las fuerzas del orden llegan, una gran explosión devora en llamas el aula de los diputados. El cuerpo de bomberos empieza inmediatamente a extinguir el fuego, tratando de salvar todo lo salvable.

Karl Enst, ya lejos, goza de los lejanos sonidos de las sirenas y del parloteo de la gente que se apelotona en la calle, preguntándose qué es lo que está ocurriendo. En sus rostros el terror y el pánico es más que evidente. La misión ha sido brillantemente ejecutada: el objetivo real era causar desconcierto y caos en la ciudad con el fin de permitir a Adolf Hitler y a sus secuaces obtener el dominio absoluto.

No es casualidad, que la noche de fin de año, Hitler jure a uno de sus mayores seguidores, Ernst Hanfstaengel, que 1933 será el año del cambio. Es consciente que debe actuar con prudencia porqué el partido está pasando por una fase complicada, pero Hitler es un hábil orador y un gran líder de masas, y no le resulta difícil obtener el cargo de canciller, el 30 de enero del mismo año.

Es así como el nacionalismo empieza a conquistar poder.

Mientras los bomberos hacen malabarismos para dominar el incendio, la policía inmediatamente se moviliza en busca de alguna pista; poco después encuentran a Marinus Van Der Lubbe escondido detrás del edificio, medio desnudo y sucio de humo. Exactamente en aquel momento llegan Adolf Hitler y Herman Göring. Los gendarmes

arrastran al joven delante de ellos asegurando haber encontrado al responsable del incendio. Los dos, aprovechándose de dicha situación aventajada —siendo Van Der Lubbe un conocido comunista—, Göring asegura que el incendio solo puede ser obra de los comunistas y hace arrestar a los jefes del partido. Hitler declara estado de emergencia e incita al viejo presidente Paul Von Hidenburg a firmar el decreto del incendio de Reichstag, que deroga la mayor parte de los derechos civiles proporcionados por la Constitución de 1919 de la república de Weimar. Según la policía, Van Der Lubbe afirma haber provocado el fuego en protesta contra la expansión del poder nazi. Bajo tortura, confiesa nuevamente, y es conducido a juicio junto con los líderes del partido comunista a la oposición. Con los propios jefes en prisión y sin acceso a la prensa, los comunistas son fuertemente derrotados en las elecciones sucesivas. A aquellos diputados comunistas (y algunos socialdemócratas) que son electos al Reichstag, las SA no les permiten posicionarse en el parlamento. Hitler es impulsado al poder con un 44% de votos y exige a los partidos menores a darle la mayoría de dos tercios para su decreto de pleno poder, que le da derecho a gobernar por decreto y a liquidar muchas libertades civiles.

En el proceso de Lipsia, celebrado ocho meses después, Van Der Lubbe es declarado culpable y condenado a muerte. Es decapitado el 10 de enero de 1934, tres días antes de su vigésimo quinto cumpleaños.

La noche del 27 de febrero de 1933 marca el inicio del poder nazi en Alemania. Adolf Hitler después de lograr la mayoría parlamentaria con el partido nacional del pueblo alemán, empieza a revelarse como el hombre destinado a crear una Alemania nueva. Trece años después de que el partido nazi admita públicamente el deseo de separar la raza judía de la raza aria, el 23 de marzo, la ley atribuye a Hitler de facto el derecho a gobernar y legislar sin la necesidad del consentimiento del Reichstag. Es así como se da luz verde a la pesadilla de las leyes raciales.

—BEN, es muy bonito cómo lo cuentas y es la realidad histórica, pero te aseguro que todo es menos aséptico de como viene narrado en tu libro. Son correctos, los hechos, los nombres, las fechas… ¡todas muy detalladas!, pero falta el dolor, el miedo, la desesperación… Yo no puedo contarte nada más, históricamente hablando, de los hechos

narrados en tu libro, pero puedo hablarte de la gente, judía y alemana, de los amores *hetero* y homosexuales, de las emociones, de la vida de chavales poco mayores que tú que tuvieron la desgracia de nacer en el lugar y el año equivocado. Si esto es lo que quieres saber, entonces, ¡Siéntate y escucha!

Capítulo 3

—CLARO que sí, abuelo, es justo lo que quiero. El documental, de hecho, se elaborará con mi voz fuera de cámara que describe los hechos puramente históricos y tu testimonio real y concreto con toda la carga emotiva.

—Muy bien, Ben, pero te advierto: es una historia larga que podría turbarte bastante.

Respiro profundo, entrecierro los ojos y me preparo para un viaje al pasado. De repente soy un chaval…

* * *

El amanecer parece no querer asomarse. Me muevo lentamente disfrutando el silencio de una ciudad aún dormida. Mi única compañía es el crepitar del fuego, convirtiendo en menos oscura la noche, al parecer interminable. Los bostezos aparecen uno detrás de otro. Los ojos me lloran algunos segundos. La cabeza me late.

Necesito un café. Cojo la cafetera y vierto un poco en el vaso mientras desprende su aroma. Amo la fragancia del café: sabe a casa, a amor, a intimidad…

* * *

—¡Puedo verlo, abuelo, puedo verlo! —exclama Ben interrumpiendo mis pensamientos.

* * *

Después de beber el café caliente, cojo la pala y con un gesto automático, adquirido con el tiempo, arrojo los panecillos crudos en el horno sin ni siquiera mirarlos. ¡Hago este trabajo desde hace ya tanto tiempo, que podría realizarlo con los ojos cerrados!

Me pregunto aún por cuánto tiempo podré seguir ejerciendo la actividad que una vez fue de mi padre. Desde el 19 de marzo, en Berlín, a los judíos se les prohibió ejercer como abogados y desde abril los profesores y funcionarios públicos fueron restringidos de sus funciones. Cierto es que en estos casos se trata de cargos prestigiosos, ¿Por qué Hitler impediría a las personas de «mi raza» ejercer de panaderos?

Reto a cualquier alemán a envidiar mi vida: 18 años y el peso de una actividad, papá deprimido a causa de la muerte de mamá, pobreza y miseria para regalar. Y, sin embargo, es mi vida y la amo, así como es, con los sacrificios y las pequeñas alegrías cotidianas, el cariño, las amistades y las primeras decepciones amorosas mientras que aún no estoy del todo seguro quien soy en realidad.

De repente un mareo me sorprende haciéndome casi caer. Cierro los ojos y me apoyo en el mostrador que tengo detrás. Posiblemente la noche anterior me haya excedido. Como siempre, ¡la culpa es de Matt!

Me repongo con dificultad, aunque me resulta complicado, considerando que he dormido una hora y media ¡como mucho! Pero ha valido la pena, y mucho. Recuerdo algunos instantes y me vienen escalofríos.

* * *

—Abuelo, también ahora duermes poco, y parece no afectarte.

—Ben, ahora es el sueño el que se ha alejado de mí.

—¿No es lo mismo?

—En algunas ocasiones, cuando duermo, despierto sobresaltado porque me invaden terribles pesadillas y me encuentro en estado de pánico. Es por eso por lo que hoy en día el insomnio es una bendición. En aquel momento no, en ese entonces era joven, lleno de vida, siempre muerto de hambre; el sueño de un oso en letargo y energía para regalar.

* * *

Y aquel día moría de sueño…

El aroma a pan recién horneado invade la habitación y por un momento olvido mis juergas y jolgorios adolescentes, mis deseos, incluso aquellos más íntimos

Cojo la pala y saco los panecillos: tienen muy buena pinta, dorados y crujientes, ¡justo en su punto! Los coloco en la cesta y horneo rápidamente más panecillos. Mientras, mi mente viaja nuevamente en el tiempo.

Es extraño saborear esta nueva sensación. Aun así, estoy feliz, por fin me siento en paz conmigo mismo, finalmente se lo que quiero realmente, mi vida es cualquier cosa menos fácil, pero tengo muchos sueños, tantas ideas, y tantas ganas de abrir las alas y volar. Pienso en cómo era hace dos años y me cuesta reconocerme. Lo admito, el mérito de este gran cambio es gracias a Giona.

* * *

—Abuelo, ¿quién era Giona? Nunca te escuché hablar de él.

—Si tienes paciencia, lo descubrirás.

—Giona fue mi primer amor, mi gran amor. Creo que tú también perdiste la cabeza por alguna jovencita, ¿o me equivoco?

—¡Eh, sí! —suspira mordiéndose el labio—. Dejémoslo ahí, abuelo. ¡Menuda desilusión!

—Ya, te entiendo, pero a veces se aprende más del dolor que de las alegrías. En unos años lo entenderás, te darás cuenta cuando logres distanciar este sentimiento y cuando seas capaz de distanciarlo y mirarlo como lo haría un extraño. Entonces comprenderás muchas cosas y agradecerás a Dios por haberte dado la posibilidad de haberla conocido y amado.

—Lo entiendo, abuelo, pero… ¿Giona no es un nombre de hombre?

—Sí, Ben. Giona era un chico guapísimo. Nuestro sentimiento fue verdadero, profundo, intenso, turbulento, consumado en kilómetros y kilómetros de cartas. Lo amé, de eso estoy seguro. Fue el primer hombre al que he amado en mi vida.

—Un hombre… ¿Abuelo, eres gay?

—Sí, Ben, soy gay y he luchado. Primero para conocer mi verdadera identidad, luego para aceptarla y finalmente para lograr que los demás la aceptaran o al menos la respetaran.

»En aquellos tiempos aún me esforzaba a salir con chicas, incluso

trataba de acostarme con ellas, amarlas carnalmente, ¡pero era una tragedia! No lograba excitarme delante de una mujer desnuda. Solo con pensarlo sentía una sensación reacia, casi una ligera náusea… ¡Estaba seguro, las mujeres no eran cosa mía!

»No quisiera que con esta confesión, tú te avergonzases de mí o aún peor, que la profesora nos mandara una visita de los servicios sociales. Hablar de homosexualidad, a pesar de que digan que vivimos en una era moderna y que vivimos sin censura, es una gran transgresión. No quisiera que tuvieras problemas por culpa mía.

—¿Estás de broma? ¡Es una bomba! Mis amigos estarán orgullosos de mí.

—Nunca uses el dolor y los problemas ajenos para uso propio. No puedes ni imaginar qué tipo de consecuencias puede acarrear este tipo de comportamientos y qué bombas ocultas puede hacer estallar.

»Tu deseas que te lo cuente, y lo haré, pero no para que digan que eres el mejor, más bien para que mi historia pueda hacerte y hacer reflexionar respecto a muchos aspectos a menudo infravalorados.

»Volviendo a aquel día, Ben, ¿dónde me había quedado…? ¡Ah, sí!

* * *

Estoy en la panadería, miro mi perfil en el reflejo de la pala de acero. Sé que no soy guapísimo. Mis rasgos, típicamente judíos, seguro que no son de ayuda considerando el periodo histórico en el que estamos.

Suspiro. Desearía ser un pelín más alto, más musculoso y más rubio. ¿Quizás pido demasiado?

Vuelvo a pensar en Giona. Él sí que es digno de admirar.

Basta que haga un movimiento con el pelo para provocar risitas infantiles de jovencitas alocadas. Sus músculos perfectamente definidos, su sonrisa blanca y resplandeciente. Su perfecta mandíbula y esos hoyuelos marcados cada vez que sonríe.

Aquellos hoyuelos… podría haberlos besado toda una vida.

Con él experimenté mi primera vez.

Él me ayudó a descubrir quién era realmente: mi verdadera naturaleza; me ayudó a dejarme llevar y a vivir mi vida como todos. Me enseñó a amar, en la cama y fuera de ella. Le debo todo. Lástima que desapareció sin dejar rastro: de un día para el otro, sin razón y sin motivo. Aún hoy, cada vez que pienso en él, siento una extraña emoción recorrer mi cuerpo: una mezcla entre cariño, deseo y rabia.

Respiro despacio y por un momento me parece sentir su cuerpo encima del mío, piel contra piel… ¡Dios, cuanto lo echo de menos! Sus abrazos, sus mimos, sus labios. La mente me transporta a los días que vivimos juntos, cuando todo se teñía de los colores vivaces del arcoíris, cuando el mundo desaparecía en el horizonte y los únicos protagonistas, los únicos actores reales, que lo llenaban todo, absolutamente todo, éramos nosotros dos.

¡Dios que melancolía! Aun hoy en día cuando pienso en él, inevitablemente, me pierdo en una dimensión paralela.

El sonido del timbre me hace sobresaltar.

Me detengo de golpe, volviendo a la realidad. Mi mente ya me había catapultado entre aquellas sábanas de seda púrpuras.

Trato de recomponerme y me doy la vuelta. Tengo la respiración afanada y el rostro ruborizado. Entrecierro los ojos para ver quién está entrando. Suspiro aliviado. Es Matt.

—¡Eh, tío! —me saluda.

¡Peor momento no podía ser!

—¡Hola! —le respondo, un pelín avergonzado, sin lograr quitarme aquella molesta sensación de haber sido pillado con las manos en la masa.

—¿Me das un pedazo de pan? ¡Me muero de hambre!

—¡Coge todo el que quieras! —respondo con una voz levemente chillona.

Me sonríe, y me dejo llevar por nuestra amistad sincera y fraterna.

Para mí significa mucho su aprecio, su cariño, y saber que es feliz. Es el amigo que todos hemos soñado. ¡Vamos!, un amigo perfecto, un ejemplo a seguir, el único capaz de aceptar mis confesiones y mis secretos sin mancharlos del color oscuro de las malas lenguas, el único que puede entenderme: un cómplice sincero y leal.

—¿Qué haces aquí? ¿No crees que ya es hora de volver a casa?

Su aliento apesta terriblemente a alcohol, pero no tiene pinta de estar borracho.

—Necesitaba verte —continúa

Se acerca a mí, parece un nómada que mendiga un vaso de agua.

Nuestros roles parecen invertirse.

Normalmente él es el más fuerte, el más seguro de sí mismo, el chulito; es él el que da consejos e inventa estrategias. Yo soy el amigo tímido, a veces un pelín torpe, pero ahora, en este momento exacto, los roles parecen estar invertidos y esta situación, si por un lado me halaga,

por el otro me asusta.

Rio avergonzado.

—¡Venga ya! ¿Qué puede haberte ocurrido tan terrible? Tú eres el mítico, tienes siempre la solución preparada para todo. Soy yo el que siempre necesita tu aprobación para cualquier cosa, incluso para ser libre de soñar sin sentirse sucio. Y ahora me dices… «¿necesitaba verte?».

Mi voz sonaba asustada y desarmada, por el simple hecho de que no me sentía a la altura de la situación, tenía un miedo terrible a defraudarlo.

Parece que él no ha escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho, mi discurso no ha estado a la altura. Por un segundo una duda se apodera de mí: ¿he hablado o solo lo he imaginado?

Después, Matt continúa con ese aliento alcohólico en el punto donde lo había dejado:

—Tengo que decirte una cosa —Su mirada es seria.

Le lanzo una mirada penetrante deseando que mis ojos puedan liberar mi corazón de mis estúpidos miedos, inhibiciones y esa ansiedad que me acecha. Pero por más que me esfuerce en llamar su atención, su mirada se dirige hacia el horno.

—¡Estás quemando el pan! —grita

—¿Qué?

Doy un salto hacia adelante y empujo con la pala los panecillos carbonizados hacia el suelo maldiciendo. ¡El pan está completamente estropeado!

Matt está realmente apenado.

—Lo siento, es culpa mía… ¡Te he distraído! ¡Quizás debería pasarme en otro momento!

Lo veo retroceder algunos pasos y decido que la situación no se me podía ir de las manos, al menos esta vez. La única vez que mi mejor amigo, mi único punto de apoyo, parece necesitar mi ayuda, ¿Qué hago? ¿Lo hago desaparecer como si se tratase de cualquier persona? ¿Solo por unos panecillos quemados?

¡No! Aunque en realidad es eso lo que desearía. No por el pan que se podía ir a la porra, sino más bien por mis estúpidos miedos. ¡No! no puedo permitir que mi estupidez le cierre la puerta en toda la cara.

—¡No! —Mi tono imperativo nos sorprende a ambos.

Lo suelto como si no hubiese ocurrido nada, y con indiferencia continuo:

—¿Tú que tienes que ver? La culpa es mía, tranquilo. No ha pasado nada grave. Cuéntame, ¿de qué querías hablar?

Vuelvo a la barra y espolvoreo harina en la encimera. Sin contacto visivo creo que me será más fácil fingir ser un tío seguro de sí mismo, y trasladarlo a los consejos que tendré que dar… Pero, joder, ¿qué consejos? ¡Bienaventurado quien me ayude!

Matt suspira hondo, se aclara la garganta y con seriedad me confiesa:

—¡He encontrado al hombre perfecto para ti!

—¿Qué? —pregunto flipando.

No logro entender qué es lo que me quiere decir.

Maldición, ¿No podría ser que, por una vez, solo una desde que nos conocemos, fuera él el que me necesitara?

Todos aquellos pensamientos ¿para qué? ¡Para nada!

Él está aquí por mí.

Pero… ¡coño!, ahora se otorga el derecho a encontrarme un hombre… un hombre, un nuevo amor… ¡Sabe Dios…!

De repente la rabia y la indignación se transforman en sueño envueltos de ternura y misterio.

—Te he organizado una cita con un tío fantástico. Esta noche.

—¿Qué? —contesto. ¿Se ha vuelto loco?

—Sí, tú *tranqui*, estoy seguro de que te gustará. Puede que sea el momento justo para que te quites a Giona de la cabeza

Solo quedaban dos balas en el fusil… y me las ha disparado directas al corazón.

—Explícate mejor —Me esfuerzo en participar, aunque lo que desearía es que me enterrasen vivo.

—No puedo decir más, ¡es una sorpresa! Nos vemos esta noche en el *Kleist* a las 23:00.

Conozco el nombre del club, pero no me dice nada en particular, es un local como todos los demás.

—¿Estas de broma? Entiendo que quieras pasar una noche diferente, ¿pero, realmente quieres ir al *Kleist*? ¡Es un casino normal y corriente! —pregunto intrigado

Matt empieza a frotarse las manos, tiene una mirada traviesa con ganas de desvelar lo que ocurrirá. Me mira con una sonrisa de oreja a oreja y añade:

—Querido amigo, eso es lo más interesante. Todos los días es un

casino normal y corriente, pero esta noche no lo será en absoluto.

Y, como buen actor que se cree que es, antes de proseguir, crea un clima de suspense.

—¡Quiero llevarte ahí porque hoy organizan una noche gay! Vamos, hombre que nos divertiremos muchísimo. Te lo ruego, vamos juntos.

Me quedo con los ojos como platos por el asombro y me viene a la mente todo aquello que he escuchado de boca de mis clientes estos días. Desde luego que me hace falta salir un poco de casa, pero… ¿a qué precio?

—Yo… ¿cómo lo hago? ¡Las leyes raciales! Matt, hombre, ¿estás loco? ¡Qué soy judío!

Levanto la cara y noto mi expresión seria. Matt lo tiene todo más fácil, él es alemán, pero yo…

Desde que Hitler subió al poder las cosas no son tan fáciles como antes. Si pienso en cómo iban las cosas antes de la llegada del nazismo.

Alemania era uno de los mejores países para los homosexuales. Berlín ofrecía mil oportunidades para encontrar el alma gemela en libertad y sin vergüenza. Pero ahora… ¡ahora ha sido proclamado el párrafo 175!

Si ya es complicado en sí para los alemanes homosexuales, no hace falta imaginar cómo lo tienen de difícil los judíos.

* * *

—Abuelo, ¿me estás diciendo que cuando tú eras joven la homosexualidad estaba concebida y aceptada?

—¡Y tanto! Si leyeras bien la historia te darías cuenta que la homosexualidad no es un fenómeno moderno, más bien todo lo contrario, es tan viejo como el mundo, solo que ahora se habla más, hace más bulla, por qué los homosexuales han decidido salir del armario y hacer valer sus derechos; como el derecho al matrimonio, por ejemplo. Alemania antes del nazismo era uno de los lugares más vanguardistas en lo que respecta a la diversidad sexual: había, por lo menos, unas treinta revistas gais donde cabía la posibilidad de publicar anuncios personales; había sastres que confeccionaban vestuario a medida para los transexuales; y el amor entre personas del mismo sexo no era una enfermedad ni una perversión, más bien una característica natural. ¡Ah!, si hubiese nacido una década de años antes, entonces

podría haber sido yo mismo con tranquilidad. Ahora todo ha cambiado, todo es más difícil, y a veces imposible. ¡Pero bueno! Nos estamos descarrilando del tema, ¿por dónde íbamos?

—En el párrafo 175, abuelo, un argumento que en el cole hemos estudiado a fondo. Sé que era un artículo del código penal alemán, en vigor desde el 15 de mayo de 1871 al 10 de marzo de 1994, en el que las relaciones homosexuales eran consideradas un crimen.

—Me alegro de que vuestra profesora os lo haya comentado. Ahora me siento más tranquilo para continuar con mi historia sin censuras… ¡por decirlo de alguna manera!

»De todos modos, Matt me había involucrado en aquella noche empleando el anzuelo del nuevo amor.

»Creo que sucede también entre vosotros, o sea cuando descubres tu sexualidad. Incluso solo soñar con una chica, solamente su imagen construida en tu mente, si bien en la realidad es completamente inexistente, te abre un mundo: nuevas esperanzas, sueños, deseos reprimidos y un sin fin de emociones. A veces uno se enamora del amor incluso antes de enamorarse de una persona.

»Luego solo basta una sonrisa, una mirada, una palabra para llenarte de ilusión y saber que ella está y que te ha capturado el corazón.

—Es verdad, abuelo… ¡Y tanto que lo es!

* * *

De todas maneras, Matt me tranquiliza:

—¡No tengas miedo Thomas! A simple vista es un bar normal. Somos poquísimos los que sabemos lo que sucederá dentro. Es una noche exclusiva, con gente seleccionada. Sabes que nunca te pondría en peligro.

Me abraza con una fuerza que me deja sin respiro. Matt y yo crecimos juntos, nos conocemos de toda la vida, vamos, que cada uno es la mitad del otro. Estoy seguro de que soy su mejor amigo, un hermano y él también lo es para mí.

Aprieto su pecho musculoso, y le devuelvo el abrazo ensuciándolo de harina a través mi delantal. Tiene un aroma tan agradable. Entre sus brazos desaparecen los miedos e inseguridades que giran a mi alrededor.

Soy judío, soy homosexual, y es 1933.

No puedo evitar preguntarme qué me depara el futuro.

Capítulo 4

ESTOY bastante nervioso, camino rápidamente por la calle, sin mirar demasiado a mi alrededor. Trato de permanecer en la sombra, la lluvia me es de gran aliada. Hace mucho frío.

Levanto el cuello del impermeable y me ajusto un poco mejor la capucha en la cabeza. Tengo la mirada baja, para así poder evitar el contacto visual con la gente. Me siento como un ladrón, un malhechor, un delincuente, y sin embargo no estoy haciendo nada de malo.

Doblo la esquina y finalmente lo veo, el luminoso e imponente letrero del *Kleist*.

Siento el corazón en la garganta. Echo una ojeada buscando a Matt. Ni rastro.

¡Coño! Llega tarde. Son las 23:00 en punto, si no llega en cinco minutos, me voy pitando.

No debería haber venido, estoy arriesgando mucho. Me vienen a la cabeza los versos del parágrafo 175, y siento escalofríos:

> «*La fornicación contra natura, realizada entre personas del sexo masculino o de personas con animales, está castigada con una pena de cárcel, además de la suspensión temporal de los derechos civiles*».

¡Fornicación contra natura… Bah! ¿Qué cojones saben ellos qué es contra natura? El amor, aquel auténtico y sincero, jamás es contra natura. Y nunca es malo cuando nos hace felices.

El estruendo de un trueno me sorprende. ¡Vaya tiempo de locos!

Siento un golpecillo en la espalda, inquieto me giro de golpe dando unos pasos hacia atrás.

—Estamos nerviosos, ¡eh! —Matt me mira con una expresión

burlona. Se parte de la risa. ¡Querría matarlo!

—Que te jodan Matt. Casi me da algo, llegas tarde —me quejo.

—¡Ostras, solo tres minutos, ¿qué más da?

El sonido de nuestras voces viene silenciado por el sonido de la lluvia.

Él, obviamente, lleva un paraguas. Es siempre tan cuidadoso, y posee el don de prevenir los problemas antes de que surjan o simplemente no se preocupa en absoluto. Total, es un mago: encuentra siempre la solución a todo… o casi todo —En aquel entonces pensaba así.

En este caso, soy el amigo frágil, aquel que debe ser protegido y amparado. Me coge por un brazo y me tira hacia él, para cobijarme de la lluvia. ¡Es siempre tan atento! No sé cómo lo haría sin él.

—Entonces, ¿entramos?

Asiento con la cabeza tragando saliva.

Estoy temblando, y no solo por el frío: el miedo a lo desconocido, y el riesgo me dejan sin respiración.

Nos acercamos a la puerta de entrada, él seguro y orgulloso de sí mismo, y yo un poco menos.

Apenas puedo controlar el deseo de salir corriendo de aquel lugar. Joder, Matt, ¿en qué lío me estás metiendo?

Un hombretón elegante, musculoso, alto y rubio plantado, delante de la puerta, nos mira mal. Mi amigo obviamente no se inquieta, pero yo casi me meo encima.

Matt le regala una de sus mejores sonrisas, aquellas que hacen desfallecer a hombres y a mujeres. Al parecer con aquel gorila no surge ningún efecto ya que continúa mirándonos disgustado.

Me giro hacia Matt, preocupado, y de repente le veo sacar del bolsillo un carné rosa y enseñarlo a nuestro silencioso interlocutor. Lo coge entre las manos, lo analiza por algunos segundos y se lo devuelve. Inmediatamente el gorila clava en mí su mirada.

—Él va conmigo.

Matt me abraza colocando su imponente brazo en mi delgada cintura. Me pregunto si puede escuchar los latidos frenéticos de mi corazón. El miedo me embiste como una ola gigante, mi instinto me sugiere darme la vuelta y salir de ahí inmediatamente, pero Matt me abraza con fuerza.

El hombretón asiente y se mueve, permitiéndonos entrar en el local.

El aire caliente del local nos llega de sopetón y nos recibe como el

abrazo cariñoso de una madre.

Por unos instantes gozo de aquella agradable sensación e incluso llego a sentirme un poco aliviado. Al menos ya estamos dentro. Primer paso superado.

Nos encontramos en un pequeño vestíbulo, poco luminoso. Llevo los zapatos empapados de agua y se adhieren a la moqueta roja provocándome una molesta sensación al caminar. Me siento torpe y fuera de lugar.

—¿Estás listo?

Matt tiene la mano apoyada en una puerta de cristal opaco y me mira con aire de ensueño, como si me estuviese abriendo las puertas al paraíso.

Está radiante, y yo me muero de envidia.

—¡No, exactamente! —exclamo haciendo de tripas corazón, pero él ya ha abierto la puerta. Una luz intensa nos encandila obligándome a cerrar los ojos por unos instantes.

Damos un paso adelante y entramos dentro. La enorme puerta se cierra a nuestras espaldas sin producir ningún sonido. Abro los ojos, incrédulo, en frente veo una enorme y lujosa sala, brillante, pero inesperadamente medio vacía: mesas de juego, tragaperras, y mucho más, llenan la habitación de sonidos y luces parpadeantes. Bellísimas croupier me lazan miradas seductoras mientras mezclan hábilmente las barajas de cartas.

No es exactamente lo que me esperaba. Un muchacho trajeado se nos acerca rápidamente, mientras yo me quito el impermeable y miro a mi amigo desconcertado. En el pecho lleva el escudo del casino, por lo que intuyo que trabaja aquí. ¿Será que viene para echarnos?

—Espérame aquí —dice Matt, alejándose un poco.

El muchacho le susurra algo en la oreja, y se acerca a mí.

—Permítame…

Me sonríe distraído, señalando mi impermeable que chorrea.

Matt también se libera de su abrigo, y con un gesto me indica que lo siga. Recorremos un corredor lateral, cruzamos una puerta y nos desplazamos hacia la parte trasera del casino.

Entramos al tocador y bajamos unas escaleras. Música a tope que se escucha desde fuera; el volumen aumenta cada vez más mientras bajamos las escaleras; la inquietud me invade y por fin siento que estoy en el lugar correcto.

Abrimos con dificultad la última y pesadísima puerta de hierro. Lo

que ven mis ojos me deja con la boca abierta: en los subterráneos del casino existe una auténtica discoteca, con DJ, *gogós*, bar, música, luces psicodélicas y sobre todo una cantidad alucinante de gente.

Matt me sonríe, aunque me resulta difícil verlo, encandilado por los reflectores que proyectan juegos de luces multicolores.

A nuestro alrededor un torbellino de cuerpos se mueve al ritmo de la música. Me coge de la mano y me arrastra entre el tumulto. Me siento emocionado y flipo con lo que veo: ¡es aún mejor de lo que me esperaba!

Nos dirigimos directamente al bar. Me alegro: una copa es exactamente lo que necesito para sumergirme en esta maravillosa atmósfera.

El aire huele a libertad, a deleite, a despreocupación. Me tiro de cabeza.

—¿Qué te parece? —Matt gesticula. Sus ojos muestran euforia, como un niño el día de Navidad.

Muestro mi sonrisa más sincera, y respondo con un gran «¡*Wow*!».

Pido dos *Dantziger Goldwasser* que nos sirven en menos de un segundo.

Matt y yo brindamos con un chinchín mirándonos directamente a los ojos y vaciamos los vasos de un solo trago.

Me siento increíblemente relajado, libre. Libre de ser como soy. Como todos aquí, esta noche. Siento que el efecto del alcohol empieza a invadir velozmente mi agotado cerebro. Deseo divertirme y no pensar en nada más.

—¡Otra ronda! ¡Doble! —grito lanzando una mirada al camarero. Mientras, con el dorso de la mano me limpio la barbilla empapada del licor que se me había escapado de la boca. A mi lado, dos mujeres se besan apasionadamente.

Dos taburetes más allá, un tío ofrece una copa a un rubio, que por cierto no está nada mal. Por un momento recuerdo a Giona y mi rostro se aflige, pero la llegada de las copas logra borrar el recuerdo.

—¡Por nosotros! —exclama feliz Matt levantando el brazo y golpeando su vaso contra el mío, ¡y… para dentro de un solo trago!

El vodka me produce un picor en la garganta haciendo que lagrimee mi ojo derecho.

La música me parece ahora más alta, me retumba en la cabeza, pero no me molesta. Toda gira a mi alrededor, lentamente, y me pregunto si

será por culpa del alcohol, de la música o del terremoto de emociones que me alborota el alma en este momento.

Matt se acerca a mí y me dice algo que no logro entender; trato de leerle los labios, pero tengo la vista borrosa. Me doy cuenta de que saltarme la cena no ha sido una gran idea.

Sin darme cuenta, me encuentro con otra copa en la mano: tiene un color y un olor penetrante. Sin pensarlo dos veces bebo su contenido de golpe y siento quemazón en la garganta.

Carraspeo, la temperatura aumenta. Hace calor, mucho calor. Veo a Matt emitir algo que suena a «Ratzeputz».

Con gestos, trata de decirme que me lo tome con calma, pero no le hago caso. Esta noche no.

Pido otra copa de *Dantziger Goldwasser* mientras el mundo gira a mi alrededor.

Estoy sudando, me quito el jersey y lo apoyo en la barra, dejando que la camiseta exhiba mi pecho más o menos viril. Claro, no estoy al nivel de Matt, pero tampoco está mal. Lo miro directo a los ojos, el alcohol me transforma en alguien más descarado, valiente y audaz.

Matt se acerca a mí, me toca el pelo. Es tan sensual en cada movimiento que realiza… ¡El alcohol confunde mis ideas!

Su imagen se transforma: por un segundo veo en él a mi primer gran amor. Es mi subconsciente el que lo reclama, es mi corazón el que lo busca, ayudado por la enorme cantidad de alcohol que he bebido.

Trago saliva y con la mirada acaricio sus bíceps. Su rostro se acerca al mío, todo a nuestro alrededor desaparece, en un instante que me parece eterno. ¡Si me besa muero! ¡Lo juro!

Apoya ambas manos en mi espalda y me acerca hacia él. Su boca se acerca cada vez más, me roza la mejilla y se posa en mi oreja.

Cierro los ojos mientras escucho sus palabras:

—¡Vamos! Tengo que presentarte a alguien.

«¿Qué?». Me quedo de piedra.

¡Coño, que es Matt! Es Matt. Me repito a mí mismo tratando de recordarlo mientras el alcohol me nubla la vista, la memoria y los sentidos.

Se aleja, me lanza una mirada para que lo siga, pero no logro dar ni un solo paso: mis piernas se niegan a colaborar.

Solo deseo hundirme en el abismo. Tengo las mejillas ardiendo y no logro esconder en ningún lugar la obvia desilusión que llevo encima.

Por un instante me hice la ilusión de tener nuevamente a mi lado al

amor de mi vida, creí que no se había marchado. Lo he visto aquí, conmigo cuando en realidad era la borrachera que jugaba con mis sentimientos.

Creo que Matt se ha dado cuenta. Para él soy un libro abierto, nadie me conoce mejor que él.

Para no humillarme ni lastimarme, continúa como si nada hubiera pasado, y con un gesto fraternal me despeina el pelo.

—Venga, camina —me suplica.

Camino un par de pasos cuando una arcada me frena de golpe. Cierro los ojos, respiro hondo, me llevo las manos a la boca y trato desesperadamente de bloquear el vómito. No logro continuar; si me muevo vomito, estoy seguro.

La cabeza me late y da vueltas, como un tiovivo enloquecido, no logro pararlo. Me tambaleo, probablemente me apoyo en alguien. No sé en quién.

Abro con dificultad los ojos, tengo la mirada borrosa. Aún no he eliminado las secuelas de anoche y nuevamente tengo demasiado alcohol en el cuerpo. ¡Joder! Necesito tomar aire…

* * *

—Ya veo que no ha cambiado nada… Os divertíais tal y como nos divertimos ahora nosotros. Hacíais las mismas gilipolleces que ahora nos decís que no hagamos.

—Ben, ¿quieres que continúe? —le pregunto—. Yo también he sido joven, como verás, y también hice las mismas chorradas que hacen todos los jóvenes, pero gracias a las experiencias vividas y a la madurez adquirida, hoy en día puedo aconsejarte que es conveniente hacer y qué no. Ahora déjame continuar, que si vuelvo a la realidad todas aquellas imágenes desaparecerán de mis ojos.

* * *

Busco a Matt, pero entre el tumulto es imposible encontrarlo. Hago un esfuerzo sobrehumano para no vomitarme en los zapatos. Respiro profundamente una y otra vez, me masajeo las sienes y me tambaleo nuevamente. Estoy a punto de estrellarme contra el suelo, pero dos fuertes brazos impiden la vergonzosa caída.

Abro los ojos y veo alguien bajo mi axila. Mis pies se levantan del

suelo, mi cuerpo se balancea. Tengo la sensación que nos estamos moviendo, pero no logro entender en qué dirección.

Mi diafragma se contrae a cada paso, el alcohol me retorna al esófago. Me concentro para no expulsarlo.

Finalmente, el volumen de la música disminuye, y el aire frio me abofetea las mejillas. No muy lejos escucho el sonido de una ducha.

Siento que unas gotas de agua golpean mi cráneo, bajan por mi espalda y recorren todo mi cuerpo.

La ropa se pega a mi cuerpo. Instintivamente sacudo rápidamente la cabeza y miles de pequeñas gotas dibujan una corona a mi alrededor.

El olor a tierra mojada entra fuertemente por mi nariz. Respiro profundamente, descubriendo con satisfacción que es de gran ayuda contra las náuseas.

Finalmente me doy cuenta de que estoy al aire libre, en la parte trasera del local. Salimos por una puerta secundaria. Las farolas de la plaza de enfrente irradian una luz naranja que me recuerda a una autopista.

Siento una mano en la barbilla, un pulgar recorre lentamente mi perfil. Me estremezco.

¡Coño! sí que hace frío, el agua se me está congelando encima. Mi hombre misterioso se quita el abrigo, me envuelve con paciencia para calentarme y me fricciona enérgicamente.

Abro los ojos y milagrosamente recupero mi lucidez. Miro fijamente al desconocido que tengo delante.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta. Parece realmente preocupado.

Abro la boca, trato de hablar, pero me falta el aire. Apenas me da tiempo a girarme cuando de repente las comidas y las cenas de toda una semana se estrellan contra la acera; un chorro amarillento y de olor nauseabundo sale de mi cuerpo.

¡Uff! Soy realmente un desastre.

Cuando creo haber terminado trato de levantarme, pero desafortunadamente descubro que mi aparato digestivo no está de acuerdo conmigo.

Por primera vez en la vida me alegro de vivir en una cuidad lluviosa como Berlín. Al menos la fuerte lluvia me ayuda a limpiarme. Más o menos.

El desconocido me sujeta la cabeza y me anima a continuar y liberarme del todo. Qué situación de mierda.

Una vez vomitada hasta el alma, me ayuda a levantarme, me da unos pañuelos y con ellos me limpio la cara. Me sueno la nariz y tiro el papel al suelo.

Me pasa botella de agua, la cojo, desenrosco velozmente el tapón y me la bebo de golpe, como si me encontrase en el desierto del Sahara desde hace semanas.

Desgraciadamente no es suficiente para calmar el fuego que llevo dentro. Finalmente logro ver y pensar, más o menos, con claridad. Por arte de magia mi cerebro se reactiva y me doy cuenta de lo que acababa de pasar.

Miro mejor al desconocido y descubro que es el hombre más bello que jamás haya visto: su rostro parece esculpido: ¡es perfecto! Delgado de físico, bíceps impetuosos, alto, de tono claro… Un perfecto ario. Un ángel.

Parpadeo, preguntándome por un instante si aquella imagen celestial no será solo el residuo de los ríos de alcohol. Pero por más que abra y cierre los ojos, la imagen se queda ahí, inmóvil, mirándome con curiosidad. Supongo que mi expresión adopta un semblante gracioso cuando asumo que estoy delante de un dios griego en carne y hueso, y que acabo de hacer el peor ridículo de mi vida. Él se parte de la risa. No me sorprende comprobar que su risa tiene un sonido melodioso, sus dientes son perfectamente alineados y blanquísimos.

Se lleva una mano a la nuca y la otra la apoya en sus abdominales.

¡Que alguien me diga que esto no es verdad! Decidme que no está sucediendo realmente. Me pellizco un brazo, esperando que se trate de una terrible pesadilla. Solo desearía despertar en mi cama y pretender que nada de esto hubiera sucedido, pero… ¡Joder, es todo real! No es un mal comienzo, a decir verdad.

Continúo mirándolo inmóvil, incapaz de pronunciar ni una palabra. Desearía tener a mano una bolsa negra, para poder esconderme dentro todo lo que me resta de vida. Mi cuerpo se estremece y tiembla del frio, mis dientes castañean.

Llueve, debe haber unos dos grados y yo llevo solo una ridícula camiseta, una chaqueta un par de tallas más grande y estoy completamente empapado. Me acurruco. En vano intento calentarme. Me acerco a la hipotermia, que en este momento me parece la mejor opción.

Finalmente, mi galán deja de reír y empieza nuevamente a friccionarme envolviéndome en un caluroso abrazo.

—Vamos o te pondrás enfermo.

Me coge de la mano y descubro que su piel es suave y delicada. Damos unos cuantos pasos de prisa y llegamos a su coche.

Me abre la puerta y me arropa en el asiento.

—Mi jersey… —balbuceo.

—¿Qué? —me pregunta mientras cierra la puerta.

—En el local —continúo sin que él pueda escucharme.

Lo observo subir al coche a mi izquierda y abrocharse el cinturón.

—¡Matt! —exclamo acordándome de mi amigo.

—No, David —responde riendo, alargando la mano derecha. La agarro y la estrecho con poca decisión—. Me llamo David.

—Thomas —añado.

Siento el rugido del motor, luego todo se vuelve oscuro.

Capítulo 5

MIENTRAS su *Kübelwagen* vuela sobre el asfalto trato de articular las palabras lo mejor que puedo. Recito de memoria mi dirección, pero no logro tener los ojos abiertos. Tengo demasiado sueño y mi cabeza aún me da vueltas.

Lejanamente siento la voz de David, tiene una entonación cálida y reconfortante.

No logro seguir el hilo de la conversación, tengo la mente aún muy confusa y lo único que deseo es dormir. Caigo en pocos segundos en un estado parecido al coma.

De repente David me pregunta nuevamente mi dirección la «de casa», especifica, «dónde vives».

Me parece una aclaración fuera de lugar, estoy borracho, pero no soy estúpido.

Después de un rato el coche se detiene, la mano de David me acaricia suavemente la mejilla izquierda.

—Hemos llegado, Thomas —Me susurra despertándome.

Lo miro a la cara y me pierdo en esos fantásticos ojos azules.

—¿Dónde? —pregunto bostezando descaradamente

—¡A tu casa!

Me giro, limpio con la mano la ventana empañada y me asomo; a duras penas reconozco el portal de mi morada.

—Gracias —murmuro tratando de levantarme con dificultad. Me quito su abrigo y se lo ofrezco, pero él me lo rechaza con la mano.

—Quédatelo, ¡hace demasiado frio! Te dará algo.

Distraídamente asiento con la cabeza, estoy demasiado hecho polvo

para captar la importancia de aquel gesto.

Con la mano derecha tiro de la manija y abro la puerta: el aire helado penetra en el coche haciéndonos estremecer.

—¡Buenas noches! —exclamo estirándome hacia él en el asiento.

Sus suaves labios se posan en mi mejilla y en un santiamén ya estoy excitado.

Lo veo apoyar la mano en su ingle e intuyo, con gran asombro, que aquella sensación es recíproca.

Me detengo aún un instante más para admirarlo, memorizar cada detalle de aquel maravilloso rostro en mi mente, mientras él vuelve a encender su *Volkswagen* verde militar.

Sus manos tiemblan, parece nervioso.

—¡Buenas noches! —pronuncia sin mirarme.

Cierro la puerta y en un abrir y cerrar de ojos se aleja.

Estoy completamente mojado, helado de frío. Con un gesto casi automático muevo una enorme maceta con una planta, cojo las llaves que estaban escondidas detrás y entro. Podría tener fiebre…

Me desnudo y me meto rápidamente bajo la ducha, esta vez caliente. El agua me acaricia los músculos, el vapor me envuelve y finalmente comienzo a sentirme mejor.

Recuerdo todo lo ocurrido durante la noche, me pregunto qué estará pensando Matt, o que estará haciendo. Espero que no esté preocupado por mí y que no me esté buscando. Seguramente mañana vendrá a la panadería, de hecho, para ser exactos, en pocas horas.

Vuelvo a pensar en David y su sorprendente amabilidad.

De repente me arrepiento de no haberle preguntado nada, de no haber investigado más sobre este agradable encuentro. No sé nada de él: su dirección, su apellido, su trabajo.

Solo estoy seguro de una cosa: ¡no es judío!

Aunque no me lo haya dicho explícitamente, pero su fisionomía no miente: alto y rubio, bello como un Dios. Si él no es ario, ¿entonces quién lo es?

Me pregunto si se dio cuenta de mis orígenes. Supongo que sí, ya que en mi barrio solo viven judíos, y la mayor parte de los alemanes está al corriente de ello. ¿Sería esa la razón por la que estaba tan nervioso antes de irse? Al menos esta es la sensación que tengo.

Levanto la cabeza, el agua me golpea la frente, para luego bajar lentamente entre los pliegues de mi cuerpo cansado. Abro los labios y por un instante los imagino apoyados sobre aquellos labios suaves y

calientes de David.

Ya le echo de menos. Tengo ganas de volver a verlo, pero ¿cómo es posible?

Lo conozco a duras penas, de hecho, no lo conozco nada.

Es solo un desconocido que me ayudó a vomitar y me acompañó a casa. Algo así como un héroe jodidamente sexy.

Pienso en el momento que nos despedimos; el recuerdo de aquel gesto inocente me obliga a tocarme.

Me sorprendo imaginando aquel cuerpo escultural desnudo y disponible y el placer crece hasta llevarme a metas jamás exploradas anteriormente.

Me compongo y tomo aliento, pero me resulta imposible quitar a David de mi cabeza. Me lavo, cierro el agua y salgo de la ducha. Me envuelvo la toalla en la cintura y comienzo a secar mi cuerpo aun helado.

Mi equilibrio aun no es perfecto, el alcohol continúa corriendo por mis venas, y aquel cóctel de emociones supone el golpe de gracia que no facilita en nada las cosas.

Me asombra el efecto que provoca sobre mí aquel tío. Me arrepiento enormemente de no haberlo besado, pero la situación y mi aliento no me lo permitieron, ¡qué lástima!

Hubiese sido maravilloso… ¡Maldita sea!

Cojo un bóxer del cajón y me los pongo junto al pijama, luego me voy a dormir.

Me coloco bajo las mantas, feliz de hallarme finalmente bien calentito. Apoyo la cabeza en la almohada fantaseando sobre David y su físico.

Decididamente, tengo que volver a verle.

De repente, me doy cuenta de que es prácticamente imposible encontrarlo en una ciudad como la nuestra. Ni siquiera sé si vive en Berlín. No sé nada.

Quizás está comprometido… o peor aún: quizás es *hetero*.

Pero si fuese así, ¿qué hacía solo en el *Kleist* esta noche?

Estos pensamientos me atormentan obsesivamente la cabeza, sin descanso.

Suspiro, y continúo dando vueltas en la cama sin poder dormir. Tengo ganas de verlo, tengo ganas de tocarlo, de sentirlo. Quisiera que fuese mío.

El recuerdo de Giona aflora nuevamente. Él ha sido mi primer amor, sin duda alguna.

Encontrarlo me ha cambiado profundamente. Gracias a él he podido liberarme de mis opresiones, con él el amor no era gay o *hetero*, hombre o mujer: era simplemente amor. Él me ha regalado aquella embriagadora sensación de saber que el chico más excepcional de la Tierra, por una razón inexplicable, ha decidido enamorarse locamente de mí. Era mío hasta que desapareció.

Después de él, decidí no conformarme fácilmente, me juré que apostaría al máximo.

Y ahora elimino su imagen con el perfil de otro hombre: David.

En dos horas tengo que estar en el trabajo. No tiene sentido que me quede en la cama torturándome…

Y de repente… Una iluminación.

Salto de la cama y corro a buscar su abrigo, el que dejé tirado en el suelo, en busca de pistas. Quizás logre encontrar algo que de alguna manera pueda llevarme hacia él, que me permita encontrarlo nuevamente, aunque sea solo para devolverle el abrigo.

Vuelvo a toda prisa a mi habitación, enciendo la luz, me siento en la cama, llevo el precioso botín hacia mi nariz…, inhalo profundamente…, huelo su perfume: David.

Una inyección de adrenalina, emoción, e incredulidad mueve mis brazos mientras reviso en los bolsillos en busca de algo útil. Un *boli*, una libreta y un reloj de bolsillo. Es todo lo que encuentro. En el reloj veo grabadas dos iniciales, D y K. Lo abro y en el interior me encuentro con una foto descolorida de una mujer muy bella, probablemente rubia y con sus mismos ojos.

Por un momento pierdo el aliento, pero me tranquilizo rápidamente: debe tratarse de su madre cuando era joven, o de su hermana. Demasiada similitud para ser su novia. Lanzo un suspiro de alivio.

Con gran pesar lo coloco todo en la mesilla de noche y me meto bajo las mantas.

Hojeo distraídamente la libreta y, una vez superadas las primeras hojas blancas, encuentro anotaciones escritas con una maravillosa caligrafía: *Creer no es fiarse, amar no es soportar, conformarse no es vivir*. Y otra más: *Aquello que está permitido tiene poco sabor, da más placer aquello que está prohibido.*

Continúo hojeando. Casi al final escribe acerca de algunos hechos sucedidos en Berlín en los últimos meses y de algo sobre el incendio de

hace algunos meses.

Sin darle mucha importancia vuelvo a releer las bellísimas frases escritas esparcidas por la libreta.

Estoy impresionado de la belleza de estas frases, breves pero ricas y llenas de significado; de la profundidad de las palabras, de la maravillosa caligrafía, pero lo que más me emociona es la similitud con mis sentimientos más íntimos.

Aquel hombre es una mezcla letal de glamur e inteligencia.

De repente la solución al enigma me parece clara y simple: ¡David debe de ser escritor o periodista!

Lo tiene todo: distinguido, culto, buena locución, caligrafía perfecta. No es cuestionable. Por otra parte Berlín es la capital de la prensa y de la imprenta. Alemania posee un sistema de información muy desarrollado, cada año se publican más periódicos que en cualquier otra nación, aunque, si no recuerdo mal, el 4 de febrero Paul Von Hindernburg emitió un decreto que limitaba la libertad de prensa y mandó cerrar todos los periódicos comunistas. Es por esto por lo que deduzco que David no es comunista, ya que aún escribe.

En la práctica es un columnista, soltero, guapísimo, sensible y disponible. O al menos es lo que me gusta pensar.

Apago la luz soñando con nuestro próximo encuentro.

Apenas cierro los ojos y el maldito despertador me recuerda que ya es hora de ir al trabajo. Maldiciendo lo desenchufo y me doy la vuelta hacia el otro lado.

Capítulo 6

SALIR de la cama es dificilísimo considerando que fuera hace un frío de cojones y está aún oscuro. Solo se ve una tenue luz que anuncia el nuevo día.

Para variar, he dormido poquísimo y llevo todas las secuelas de la resaca. Pero ya llego tarde así que no puedo seguir quejándome más.

Me arrastro por el suelo, me visto con dificultad y salgo de casa sin ni siquiera desayunar, aún tengo nauseas.

El aire polar de la mañana me despierta y me activa. Mientras tanto voy con retraso.

Hoy abriré la panadería tarde. Si mi padre lo supiera, seguramente me llamaría la atención.

A medio camino me doy cuenta de que empieza a lloviznar y, para variar, no llevo gorra, ni paraguas ni impermeable que se quedó en el *Kleist* junto a mi jersey. Por suerte llevo el abrigo de David que me mantiene caliente. Me arropo con fuerza, me viene un poco grande, será una o dos tallas más grandes. Me siento increíblemente seguro con su perfume y su ropa.

¡Dios, qué maravilla!

Estoy a punto de llegar, meto la mano en el bolsillo y la realidad se me revela como una bomba, con toda crueldad.

¡Joder! Tengo las llaves de la panadería en el impermeable, y el impermeable está en el *Kleist*.

Me golpeo la frente, reprochándome mi falta de responsabilidad. Por suerte mi padre deja siempre una llave de emergencia bajo una planta, cerca de la puerta. Fue así como hace unas horas entré en casa, pero por lo que se refiere a la panadería va a ser que no… ¡No hay solución! Me

toca ir corriendo al casino con la esperanza de encontrar mis cosas. Suspiro, me preparo para correr. Voy con mucho retraso, dentro de poco ya no tendrá sentido abrir el negocio. Justo mientras me preparo para volver a aquel lugar, que por cierto me asusta, una voz, a lo lejos, me detiene.

—¡Thomas! —escucho gritar mi nombre.

Una silueta se me acerca lentamente, parece un hombre alto, musculoso, con un buen porte.

Tengo el corazón en un puño, aquella voz me resulta extrañamente familiar, es cálida y agradable, como la de David. ¿Será…?

—¡David! —lo llamo.

Se acerca y la silueta repentinamente cobra forma mientras mi castillo se desmorona en mil pedazos cayendo al suelo.

—¿Quién coño es David? —me pregunta, Matt.

¡Qué desilusión! Es «solo» Matt.

—¡Nadie! —respondo mientras me acerco para saludarlo dándole un beso en la mejilla.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —me regaña con tono enfadado

—Lo siento. Es una larga, larguísima, historia. —Trato de justificarme. En realidad, no sabría que contarle: me avergüenzo—. Y de todas maneras no tengo tiempo —añado—. He dejado las llaves en el impermeable, no puedo abrir la panadería y llevo ya un retraso increíble. Y he dejado el impermeable en el *Kleist*, debo ir a recuperarlo.

Lo digo todo de un tirón, visiblemente agitado y agotado. No logro controlarme, estoy en estado de pánico.

¡Qué noche más loca!

—¿Dónde vas? ¡Cálmate, he recuperado tus cosas, ¡gilipollas!

Mis ojos se iluminan de la felicidad cuando veo mi impermeable colgando de su brazo. Instintivamente corro a abrazarlo.

—Gracias, Matt. ¿Qué haría sin ti?

Matt ríe ligeramente avergonzado y no me devuelve el abrazo. Me vuelve a la cabeza aquella escena, algunas horas atrás, en el bar, cuando pensaba que iba a besarme. Me pongo colorado. ¡Joder! Todo ese exceso de alcohol no ha logrado hacerme olvidar aquella tremenda metedura de pata.

Me sereno, recupero mi impermeable y encuentro en el bolsillo mis preciadas llaves. Expulso un suspiro de alivio y meto la llave en la cerradura, luego levanto la pesada persiana con la ayuda de Matt.

Una vez dentro, nos calentamos delante del horno recién encendido.

—A ver… ¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Y quién es el famoso David? —salta, Matt.

Tiene la intención de enterarse de cada detalle y lo conozco suficientemente bien para saber que no cederá con facilidad, así que me resigno y lo suelto todo.

Cuando termino mi «informe» Matt ríe y se burla:

—¡No lo puedo creer! ¡Menudo papelón! Qué mala suerte, solo a ti te pueden pasar estas cosas, tío.

Suspiro, luego añado:

—¿Y tú, Matt, dónde te metiste?

—Ni te lo imaginas, Tom. No vas a creerlo —Hace un gesto que se asemeja a una sonrisa—. Esta mañana me ha despertado el dulce crujido de la hierba acariciada por la fresca brisa y sobre todo por esas gotitas heladas sobre mi piel. Fresca luego… gélida.

»He abierto los ojos y una sensación de desorientación me ha asaltado. No sabía dónde me encontraba y porqué. Inexplicablemente estaba tumbado en un enorme campo, rodeado de magnificas plantas. Después de unos minutos, con los ojos cerrados, con los primeros rayos de sol, aún tumbado entre el campo mojado, con la piel de gallina debido a la humedad de noche y la lluvia infiltrada en mis huesos, he sentido el roce de una pierna.

»Asustado, me he levantado con un rápido y único gesto. He mirado al lado de mi pierna y he visto una delgada, oscura y peluda. Su tobillo era delgado. Con la mirada he recorrido toda la pierna hasta llegar al sexo. Lo he observado maravillado y con asombro, casi como si fuese la primera vez que veía a un hombre desnudo. He imaginado lo que podía haber ocurrido durante la noche y he lamentado no recordar nada. El hombre dormía tranquilo, obviamente ha disfrutado, y seguramente he tenido que satisfacerlo completamente —Sonríe complacido—. Habría deseado tocarlo, sentir aquella piel joven y morena bajo mis dedos; habría deseado perderme en sus pliegues, entrelazarlos entre aquella cabellera negra y rebelde, pero me detuve, aquel no era el momento. He intentado despertarlo tocándolo con un solo dedo, para así poder reconstruir al menos una parte de la noche pasada. Le ha costado despertarse, pero al notar los primeros rayos del sol, ha comprendido de inmediato que la noche ya había pasado.

Matt está encantado y, pese a no recordar nada de lo sucedido, está

muy orgulloso de los resultados obtenidos; por otra parte, no se necesita mucho para comprender lo que ha ocurrido realmente ya que el compañero de césped era realmente muy guapo. Se habían conocido bailando, y una cosa les llevó a la otra terminando en el césped.

—Salió corriendo en un segundo. Ha sido imposible preguntarle el nombre, la única respuesta que he obtenido ha sido que, si era nuestro destino, seguro que nos volveríamos a ver. Así, el tío misterioso, aún semidesnudo, se ha alejado corriendo, dejándome con el corazón a mil: un poco por la emoción, un poco por la amargura de no saber ni siquiera su nombre. ¿A ti que te pasa, Tom? ¡Te veo raro!

Suspiro.

—¡Me gusta de verdad, Matt! Daría lo que fuese por volver a verle —confieso.

Se vuelve serio. Se rasca la mandíbula con la mano derecha. Siempre hace eso cuando piensa en algo, pero no siempre las ideas que se le ocurren son brillantes, es más, casi nunca lo son.

—¿Has dicho que tienes su abrigo, ¿no? —Asiento con la cabeza—. Husmea en sus bolsillos.

—¡Hecho!

—¿Estás seguro de que has buscado bien? ¡Puede ser que se te haya escapado algo!

—No —Sacudo la cabeza—. Completamente seguro. He buscado por todos lados, créeme. ¡Nada útil!

Continúa algunos minutos en silencio, solo interrumpidos por el crepitar del fuego dentro del horno.

—Quizás debería resignarme a la idea de que no lo volveré a ver nunca más. Además, él es alemán, y yo soy judío: ¡no podría funcionar jamás!

—Hombre, no digas gilipolleces.

Matt me regaña. El odia cuando empiezo con este tipo de argumentos.

—Yo también soy alemán, ¿y?, ¡Eso nunca me ha prohibido ser tu amigo!

—Sí, pero sabes cómo están las cosas ahora… Si hubieras visto qué cara puso cuando se dio cuenta que se encontraba en un barrio con mayoría judía.

—¿Pero no estabas borracho?

—Eso no me ha impedido notar su incomodidad.

—Pero, ¿qué dices?

—Te digo que sí

—¡Estás paranoico!

—¡Y tú eres demasiado superficial!

En un arrebato coge un puñado de harina de la encimera y me la tira, ensuciándome la cara.

—¡Hala, ahora tú también estas pálido y ario, ¿contento?

Lo miro asombrado algunos segundos, luego empezamos a partirnos de la risa, y cuando menos se lo espera le estampo mi mano llena de harina en la cara.

—¿Qué coño haces tío? —pregunta.

—¡Lo que se da se recibe!

Me giro riendo y en un segundo está encima de mí. Su cuerpo imponente me sujeta, me domina y me aplasta sobre la encimera. Le doy la espalda, no logro moverme. Es una situación increíblemente erótica, lástima que sea solo Matt, mi mejor amigo. Si en su lugar estuviese David…

—¿Quieres la guerra? —me pregunta, fingiendo amenazarme.

Trago saliva. Siento su respiración en el cuello.

Me muevo, trato de liberarme, pero es más fuerte que yo. En menos de un segundo tengo la cara nuevamente llena de harina, así como el pelo, las orejas, y el cuello. La tengo por todas partes; Matt mientras tanto no para de cachondearse y reír a carcajadas.

El sonido del timbre nos hace dar un salto. Él da un paso hacia atrás, y yo trato de limpiarme lo mejor que puedo.

Miro la puerta de entrada y mis ojos no pueden creer lo que ven.

Una voz angelical se aclara la garganta.

—¿Todo bien?

—¿David? —pregunto. Me parece estar viviendo un *déjà— vu*. Pero esta vez la respuesta es diferente.

—Eh, sí, soy yo. Hola, Thomas.

Un halo de incomodidad ilumina su rostro.

—Eh… espero no haber interrumpido nada… quería solo… ya sabes, el abrigo —tartamudea cabizbajo, desde el umbral de la puerta.

—¡Qué va! ¡No, no… absolutamente no! ¡Entra! No has interrumpido absolutamente nada.

Me acerco a él esperando haberlo convencido. David da medio paso adelante y entra dentro de mi local.

¡No me lo puedo creer! Las calles están desiertas y yo estoy dentro

de una panadería con los dos hombres más guapos de esta Tierra.

—Si la montaña no va a Mahoma… —murmura Matt entre dientes con un gran gesto de aprobación hacia David.

Con una mirada, lo fulmino y rápidamente los presento.

—David, él es mi mejor amigo: Matt —afirmo enfatizando la palabra «amigo»—. Quiero que quede claro que entre nosotros no hay absolutamente nada, que estoy soltero y disponible.

—Hola, Matt.

David da dos pasos hacia adelante y aprieta la mano de mi amigo. Luego me dice:

—Venía a por el abrigo. ¿Sabes? Realmente… lo necesito

—Sí, sí, claro —exclamo un pelín desilusionado.

—Ahí lo tienes —Señalo indicándole la percha que está junto a la puerta.

David lo coge apresuradamente.

—*Ok*, bueno… pues… ¡Os dejo!

—¡Espera! —exclamo casi gritando, y me vuelve aquella sensación de *déjà— vu*. Me sonrojo.

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo sabías que trabajaba aquí? —recalco.

Él mi mira confundido. Me siento un idiota, por enésima vez.

—Me lo dijiste tú.

—¿Yo?

Cada vez entiendo menos es historia.

—Sí. Cuando te pregunté tu dirección para acompañarte, al principio me diste esta dirección. Una vez aquí, me pareció raro, así que traté de que me dieras una explicación y me aclaraste que esta era tu panadería y que empezabas el turno a las 4:30 de la madrugada aproximadamente. Como aún era muy temprano, te pedí la dirección de casa para poderte llevar.

—¿En serio? —pregunto boquiabierto.

—¡Claro que sí!

Parece estar nuevamente incómodo.

Desafío a Matt con la mirada ya que no para de comérselo con la mirada y yo estoy quedando como un auténtico imbécil.

A saber, qué pensará de mí.

—¡No lo recuerdo en absoluto! —admito atónito y un poco

desilusionado. Esperaba otro tipo de explicación, no tan banal, y quizás algo más romántica, del tipo que había movido cielo y tierra para encontrarme porque se había dado cuenta que era el amor de su vida. Pero estas cosas lamentablemente suceden solo en las películas. La realidad es mucho más difícil y aburrida.

—Anoche no te encontrabas del todo bien —Trata de justificarme.

Y se hace el silencio. Desearía encontrar algo interesante para poder seguir conversando, pero no me viene nada a la cabeza.

Incluso Matt no es de gran ayuda esta mañana.

—Será mejor que me vaya.

David se despide, ya tiene su abrigo puesto y abre la puerta, y yo… no logro encontrar una excusa válida para detenerlo.

—*Ok*, hasta pronto —Son las únicas palabras que salen de mi boca. Quisiera darme de hostias.

Matt me mira incrédulo, logro leer sus labios: no para de regañarme.

La puerta se cierra con delicadeza, y en menos que canta un gallo, David esta fuera de mi panadería y al parecer de mi vida.

Siento que me ahogo, las piernas me tiemblan. Tengo mariposas en el estómago.

Sin pensarlo dos veces corro hacia la calle.

Lo llamo a gritos, él se detiene, se gira; rápidamente me acerco. Nos miramos a los ojos, y es en aquel momento exacto que me doy cuenta de qué es lo que hay entre los dos: un vínculo que no se puede describir con palabras porque es demasiado profundo. Está en nuestras miradas, en nuestra piel, en nuestros gestos, en las palabras aún no pronunciadas.

En poco tiempo nos encontramos contra una pared. Lo atrapo entre mis brazos.

Mis labios encima de los suyos, mi lengua en su boca, y después de un segundo descubro que mi atrevido beso es correspondido.

La pasión nos envuelve, cierro los ojos y dejo que aquella maravillosa sensación de galán seductor me invada en aquel torbellino de lenguas que se entrelazan, se acarician, se buscan; de labios que se muerden y de manos que exploran territorios desconocidos.

Su esencia me penetra, siento una llama arder en mi interior. No deseo nada más que a él. Me vuelve loco. Lo abrazo con fuerza, aún no puedo creer lo que estoy haciendo. Estamos en mitad de la calle besándonos descaradamente.

De repente pasa un coche, la ventanilla se baja y tres chavales nos

insultan sin pelos en la lengua, sin piedad o pudor. Después de los insultos llegan las amenazas.

Me separo un segundo para recobrar el aliento y él recupera la lucidez y compostura. Mira a su alrededor aterrorizado y se aleja de mí. Continúa desconcertado observando todo lo que le rodea. Miro sus ojos y en ellos veo terror.

—David… ¿qué…? —pronuncio excitado, sin poder hablar. Me falta el aliento—. Eran solo unos imbéciles.

El niega con la cabeza y retrocede. Tiene la mirada perdida y los ojos llorosos.

—No puedo, lo siento. ¡No puedo! —farfulla.

—Espera, te lo ruego. ¡Explícame! ¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

Trato de cogerle inútilmente una manga. Escapa y se aleja rápidamente como el viento. Yo permanezco ahí, solo, de pie, observando el borde de la acera con el delantal lleno de harina, el corazón roto y una sensación terrible de quemazón en la piel.

* * *

—Ostras, abuelo, menuda historia. Y luego habláis de los jóvenes de hoy… ¿Pero en Alemania?, ¿qué sucedía en el ámbito de redadas y disturbios? ¿Cómo lo vivíais? ¿Estabas al corriente?

—Berlín, mayo de 1933. La noche del día 10 es una noche que recordaré siempre.

—¿Abuelo, es la noche de «La quema de libros»?

—Me alegra saber que vuestra profesora os haya hablado de eso…

—Sí, Abuelo, sin dejar de enfatizar lo afortunados que somos al poder leer todo aquello que queremos; luego suspirando y mirando al cielo nos repite, casi entrando en trance, una frase de Heinrich Heine, poeta alemán de 1797: «Allí donde se queman los libros, se acaba por quemar a los hombres».

—Cuánta razón lleva tu profesora.

—Aquel 10 de mayo las llamas se alzaron hacia el cielo en el Opernplatz berlinés, penetrando en la oscuridad de la noche. El crepitar de los libros que arden se interrumpió solo por los gritos de los estudiantes nazis que aplaudieron y glorificaron el Bücherverbrennungen; aquello que tú justamente has llamado «La quema de libros».

»Aquella noche centenares de preciosas obras se trasformaron en

cenizas: todas las páginas de autores, contrarias a la ideología alemana, arrojadas sin piedad en aquel horno a cielo abierto.

»Joseph Goebbels ministro de la propaganda del Tercer *Reich*, observó satisfecho a los jóvenes de la Deutsche Studentenschaft (asociación de estudiantes alemanes), alimentar aquella gran hoguera con vehemencia y convicción. Unos días antes, el 6 de mayo habían llevado a cabo un ataque organizado contra el Institut für Sexualwissenschaft (Instituto para el Conocimiento Sexual), instituido en 1919 por Hirscheld. Secuestraron más de veinte mil textos, entre libros y revistas, y más de cinco mil imágenes. Por otro lado, se adueñaron de largas listas con nombres y direcciones de… verdaderos, o supuestos homosexuales, que se encontraban guardadas en su interior.

»Todo fluía como el agua. Goebbels, satisfecho, se situó delante del micrófono, acarició la enorme esvástica negra que cubría íntegramente su glorioso atril, y dirigiéndose a una platea de aproximadamente cuarenta mil personas, se preparó para pronunciar su importantísimo discurso.

»Indiferente al sofocante calor que emanaba aquella impresionante hoguera, se arregló los puños y se estiró el cuello de la camisa. Después de aclarar la garganta se dirigió orgulloso hacia su público. Su voz se intensificó gracias a los altavoces:

> *Camaradas, hombres y mujeres de Alemania, la era del intelectualismo judío está llegando a su fin y la consagración de la revolución alemana le ha dado paso también al camino alemán. El alemán futuro no será únicamente un hombre leído, sino un hombre con carácter. Con ese fin queremos educarlos, para que tengan, ya desde jóvenes, el coraje de mirar de frente el resplandor inmisericorde de la muerte, de superar el miedo a ella y de tenerle el debido respeto.*

»Se detuvo un instante, para gozar de aquellas miradas complacidas que lo rodeaban. Fue uno de sus momentos de gloria y quiso disfrutar de cada instante. Continuó:

> *Ese es el cometido de la joven generación. Estáis cumpliendo con vuestro deber al entregar a las llamas al endiablado espíritu del pasado a estas horas de la noche. Es un acto grande, fuerte, simbólico, un límite que atestiguará ante el mundo entero que los fundamentos espirituales de la República de noviembre han desaparecido. De estas cenizas surgirá el fénix de un nuevo espíritu.*

»Contemporáneamente, en otras 34 ciudades alemanas esa misma noche otros estudiantes, en un único sueño antisemita, marcharon izando al cielo sus antorchas, mientras docentes y funcionarios alemanes pronunciaban un discurso preconfeccionado, copia fiel al anterior: lleno de energía maligna, elegante, sutil, cautivador, histriónico como su monstruoso creador.

»Doscientos treinta y dos grados Celsius, temperatura a la que se incinera el papel, se consumen en el fuego y la cenizas se volatizan: las escrituras de Einstein, Freud, Jack London; Theodore Dreiser, John Dos Passos y las maravillosas geometrías doradas y humanas de Gustav Klimt. Como correctamente os recuerda vuestra profesora, en un tipo de premonición espeluznante: «Allí donde se queman libros se acaba quemando también seres humanos».

Capítulo 7

—¿Y TÚ, abuelo, cómo viviste aquella noche de *quema*? ¿Estuviste allí? ¿Pudiste verlo?

—Yo soy judío, Ben, soy judío. Sabía lo que ocurría gracias a los relatos de Matt y a los de los clientes de la panadería. Por la noche me quedaba casi siempre en casa con mi padre, sobre todo después del accidente… El ambiente no prometía nada bueno. ¿Pero quieres seguir escuchando mi historia? ¿O crees que ya tienes suficiente material?

—Perdona, abuelo continúa, pero… ¡Te lo ruego! No hagas como mi *profe*: tú también cuando relatas tu historia alzas la mirada y te pierdes en el infinito.

—Revivo, Ben, revivo todo lo ocurrido… Me pierdo en el pasado, Ben.

* * *

Me levanto de golpe, buscando un poco de paz. La espalda me está matando, pero no es lo que me tiene despierto. En las últimas semanas me he sumergido en el trabajo, descuidando todo el resto, incluida mi salud física. Suspiro. Si solo pudiese cancelar aquella sensación.

Los monstruos que de niño me atormentaban, impidiéndome descansar tranquilamente, han vuelto a ser protagonistas de mis noches insomnes, esta vez bajo la forma de sensaciones tremendas: desesperación, arrepentimiento, soledad.

Y es así como la oscuridad me asusta nuevamente. Cada vez que cierro los ojos las facciones de su rostro invaden mi cabeza, emborrachándome de él. Es un recuerdo tan dulce como letal. Una gota

de amor en un vaso de veneno que no puedes evitar.

Lo deseo. Lo deseo locamente y no logro dejar de hacerlo. Me ronda en la cabeza constantemente. Recuerdo perfectamente la maravillosa sensación de sus brazos alrededor de mi cuerpo, el sabor de sus labios, su olor, la pasión que brotó inmediatamente entre nosotros.

Me levanto y camino de un lado al otro por la habitación, para después sentarme en el borde de la cama.

Me cojo la cabeza entre las manos, como si de un loco se tratase. No puedo seguir así, ¡debo encontrar una solución!

Miro la hora, destrozado. Dentro de poco tengo que ir a trabajar así que me visto rápidamente y salgo de mi habitación.

Camino en el frio de la noche, preguntándome si alguna vez volveré a verle.

Sueño continuamente que me lo encuentro por casualidad en las vías de la ciudad, como suele pasar en las novelas románticas.

Fantaseo con nuestro hipotético encuentro, imaginándolo romántico y conmovedor. Un cuarteto de cuerdas suena en mi cabeza celebrando aquel momento perfecto.

No logro sonreír, mi vida se está yendo a la mierda. Se ha vuelto una obsesión. A veces quisiera no haberlo conocido jamás.

Levanto la mirada al cielo pidiendo silenciosamente ayuda a la luna para que ilumine el camino que me lleve hacia él.

Mientras pienso en la belleza de su rostro de repente los faros de un coche apuntan directamente hacia mí, invistiéndome con una luz que me obliga a entrecerrar los ojos.

Trago amargo. Esta situación no me parece normal.

Un halo de preocupación se apodera de mí, pero trato de ignorarlo.

El odio de los alemanes hacia los judíos aumenta cada día, la ciudad ya no es un lugar seguro. Aun así, siento que debería quedarme.

El coche se acerca lentamente sobre el asfalto, sin apagar el motor. Lentamente se baja una ventanilla.

Mi corazón se para unos segundos. ¡Es el mismo coche de David!

Doy un paso hacia atrás, bajo un poco la cabeza para ver la cara de mi interlocutor. Deseo con todas mis fuerzas que sea él, pero mis labios revelan una amarga expresión cuando descubro que el desconocido no tiene nada que ver con mi amado, de hecho, no está solo en el coche.

—Perdona, ¿sabes por dónde está el zoo? —me pregunta.

Reflexiono unos segundos, luego me doy la vuelta y alargo el brazo

hacia la derecha, indicándoles el camino.

—Continúa recto, y en la segunda calle gira a la izquierda, prosigue unos quinientos metros y gira nuevamente a la izquierda… No, perdona, a la derecha. Luego continúa recto y…

Estoy concentrado, reflexionando cuál sería el camino más corto, es por eso por lo que no le doy importancia al hecho de que uno de ellos había bajado del coche y se había acercado a mí.

Las palabras se esfuman y la sangre se me congela en las venas cuando veo que su mano extrae un cuchillo del bolsillo y me lo pone en la garganta.

—Dame todo lo que llevas, asqueroso judío —me amenaza.

Instintivamente doy un paso hacia atrás y en un santiamén estoy en el suelo, bloqueado por tres cuerpos que impiden que me mueva, mientras que unas piernas me patean repetidamente el rostro y la cabeza.

En vano trato de defenderme y cubrirme, sin realmente entender qué es lo que estaba ocurriendo.

Uno de ellos revisa mis bolsillos, mientras el otro continúa pateándome el estómago.

Trato de gritar, pero de mi garganta solo sale un estertor desesperado.

Tengo miedo de morir, solo llevo unas cuantas monedas en mis bolsillos, y sé muy bien que no se conformarán.

Los escucho maldecir e insultarme mientras que las patadas y los golpes siguen llenando mi cuerpo. Me insultan, no solo porque soy judío.

El sabor metálico de la sangre invade mi boca y mis vías aéreas, obligándome a escupir. Trato de acomodarme en posición fetal, consciente de que mi hora había llegado.

No logro ver nada, mis ojos están hinchados y mis oídos chirrían tan fuertes que estoy seguro de que están a punto de explotar.

Me conceden un minuto de tregua, algo llama su atención. La voz de Matt corre a mi rescate.

—Tom, Tom… ¡Putos nazis de mierda!

Trato de arrastrarme y alejarme, pero no tengo fuerzas para moverme. Siento ruidos y la voz de Matt desaparece entre gritos desgarradores. Los sonidos son confusos y lejanos, el dolor me impide respirar, me siento tremendamente cansado y sin aliento.

Escupo sangre para no ahogarme, la cabeza me late terriblemente.

De repente los golpes y patadas aparecen de nuevo. No logro entender cuántos son, creo que tres o cuatro, quizás más.

Pronuncian constantemente palabras como «judío» y «maricón» con un desprecio inhumano. Uno de ellos trata de abrirme los pantalones, intentan bajármelos y el terror se apodera de mí porque comprendo sus verdaderas intenciones.

Una descarga inesperada de adrenalina invade mi cuerpo y me permite recuperar un mínimo de fuerzas, me muevo, grito desesperadamente, rezo silenciosamente: deseo salir con vida.

Entumecido del dolor, diviso una botella de vidrio en el asfalto, la cojo y trato de golpear a uno de ellos. Probablemente lo logro porque al final los golpes hacia mi cuerpo adolorido disminuyen y los fragmentos de vidrio me hieren la cara y el pecho.

Uno de ellos se agacha, mientras que el resto escapa. Una voz confundida me habla.

—Tom, Tom, no me abandones…

«Menos mal», pienso. Matt está a salvo.

Siento el sonido de unos pasos, parloteo de gente confundida. A lo lejos escucho una sirena: alguien ha tenido que llamar a la policía o a la ambulancia.

Destrozado dejo de combatir, dejo que el dolor me invada. La lucidez me abandona y de repente todo se vuelve lejano e irreal.

Desearía solo dormir y apagar este sufrimiento punzante que me asesina. Desearía gritar, llorar, reaccionar, pero no soy capaz de hacerlo.

Supongo que tengo roto algún hueso, porque no logro moverme y no siento algunas partes del cuerpo.

Siento frío, no logro respirar, me ahogo. Solo deseo morir.

* * *

—Abuelo, ¿era este el accidente al que te referías, verdad?

—Sí, Ben.

Capítulo 8

MI PADRE no logra dormir, y no solo porque la silla de madera en la que está es incómoda, sino porque revive, como si se tratase de una película, los hechos ocurridos en el último año. Para él y para los judíos no habían sido días sencillos.

Un mes después del accidente, mientras permanece a mi lado, una batalla aparentemente perdida, la política nazi produce graves repercusiones en el mundo entero.

* * *

—Es verdad abuelo, el 26 de enero, Hitler, para detener la expansión polaca que amenazaba los intereses de Berlín, firmó un pacto de no agresión germano-polaco con Varsovia y el 14 de junio se encontró por primera vez con Mussolini en Venecia. Mientras tanto, en Alemania, Himmler, presidente de la policía de la ciudad de Mónaco, declaraba que el miércoles 22 de marzo de 1933, en los alrededores de Dachau, se abriría el primer campo de concentración. Dicha decisión fue tomada para brindar tranquilidad al pueblo y satisfacer sus deseos. Y mientras todo esto ocurría, tú, abuelo, estabas inconsciente en el hospital.

—Ya, aunque dicho de ese modo parece casi una excusa. De todas maneras, aunque hubiese estado en plena capacidad física y mental, no hubiera podido hacer nada.

»Mi padre estaba convencido de que fui agredido por ser judío y no logra perdonárselo, pero ¿qué es lo que debe perdonarse? ¿Debería haber negado, o peor aún, maldecido mis propias raíces por la sádica insensatez de un grupo de hombres? ¡No!

»Pero la realidad era que su hijo estaba en coma después de una paliza y la causa de dicha paliza estaba en su ADN.

»Las Imágenes de seres humanos humillados, de hombres obligados a avergonzarse, a temer y a esconder sus propias raíces y su propio linaje, se mezclaban y perseguían la mente confundida y agotada de mi padre, con mi imagen inmóvil en aquel lecho de hospital.

»Observaba los rostros rencorosos de los alemanes, sus miradas desafiantes y llenas de maldad y no lo entendía. Deseaba… deseaba una explicación a todo lo que estaba sucediendo. Lo percibía como el preludio de algo aún más grande, aún más devastador, más aterrador, pero no lo entendía… aunque en el fondo ¿quién podía entenderlo?

»Vio imágenes desconcertantes al tiempo que en la silla espera un cambio, para bien o para mal, que pusiera fin a aquella absurda agonía. Eran las llamas y hogueras de la terrible violencia psicológica.

»Los libros continuaban ardiendo en una especie de exterminación simbólica del hombre, de su conocimiento y de sus ideas.

»No tenía más lágrimas para llorar. ¡Pobre padre! estaba solo, cansado y extremadamente afectado. No sabía, o quizás no le importaba, que Hitler no odiaba solo a los judíos, sino a cualquiera que se le opusiera.

»Y sucedió de noche, en la noche entre el 29 y 30 de junio. Alemania ordenó la purga llevada a cabo por las SS.

—¿Era La Noche de los cuchillos largos, no es así, abuelo?

—Sí, Ben, una noche terrible. Hitler reunió a numerosos miembros de las SS y de la policía y fue al Hotel Hanselbauer en Bad Wiessee, un pequeño pueblo en Baviera. Las SA eran opositoras del régimen, antiguos enemigos o excompañeros políticos de Hitler, otros extraños en la vida política o militar alemana. ¡Fue una masacre!

»El canciller del Reich declaró que fueron asesinadas setenta y una personas, pero en realidad el total de las víctimas estimadas fue entre ciento cincuenta y doscientas. Solo se conoce el nombre de ochenta y cinco de ellas. En realidad, no importaba el número o el nombre, el cómo o el cuándo, lo que importaba era purgar Alemania de los enemigos y de todas las peculiaridades del individuo en sí, porque de cada sujeto se tenía que llegar al pueblo, concebido como una única masa.

—Vale, abuelo, esta parte de la historia la conozco, pero… Cuéntame de ti. Estabas en el hospital con tu padre al tu lado, ¿y después?

Capítulo 9

ABRO lo ojos, o, mejor dicho, trato de abrirlos, pero un tremendo dolor me invade las sienes obligándome inmediatamente a cerrarlos de nuevo. Emito un gemido de dolor, todavía me cuesta respirar. No sé dónde estoy, no logro recordar qué es lo que me ha ocurrido. No me doy cuenta si es de día o de noche, solo hay oscuridad a mi alrededor.

Tengo miedo, siento que el pánico se apodera de mí. Trato de moverme, pero algo me frena, no sé qué.

Siento un zumbido continuo y constante a mi lado, me perfora los tímpanos. La cabeza me explota, me vienen ganas de vomitar.

—Se ha despertado, necesitamos otra dosis de morfina, ¡rápido!

Siento voces confundidas, trato de hablar, pero tengo algo en la garganta, no sé, quizás un tubo, y no logro pronunciar palabra.

En un instante vuelvo a caer en un sueño profundo.

Durante trece meses mi cuerpo ha permanecido atrapado entre las sábanas blancas del hospital y mi padre jamás se ha movido de mi lado.

A mi lado ha rezado en silencio, y ahora, lo que va a suceder, tiene toda la pinta de ser un milagro. Parecía imposible, pero está a punto de suceder.

Parpadeo unas cuantas veces, me parece un sueño. Las imágenes no son del todo nítidas, más que nada veo sombras, pero por lo menos no siento dolor.

La luz me molesta, trato de llevarme una mano a la cara, pero no puedo mover el brazo.

Hay alguien a mi alrededor, no logro reconocer los rasgos.

No escucho ningún ruido, solo un pitido continuo en los oídos.

Tengo la garganta seca, quisiera un sorbo de agua.

Trato de hablar, pero descubro lamentablemente que algo me cierra la mandíbula, impidiéndome articular sonidos.

Parpadeo rápidamente para así poder enfocar las imágenes, pero aun logro ver solo sombras y nada más.

Una mano fría me toca la frente, sobresaltándome. De repente una luz llega a mis pupilas, que se dilatan inmediatamente. Primero la derecha, luego la izquierda.

Intento moverme, pero una intensa punzada me corta la respiración. Me agito, no logro respirar. Y de repente un *flash*: patadas, golpes por todo el cuerpo. Mi corazón empieza a latir enloquecido.

A mi alrededor, todo se mueve velozmente, para después apagarse repentinamente. Duermo de nuevo.

Más tarde logro volver a abrir los ojos. Todo es extremadamente confuso, pero la presencia de mi padre me tranquiliza. Es gentil y me parece envejecido.

Me aprieta la mano y después de un apretón, aún más fuerte, tartamudea:

—Espera, estoy aquí, espera.

Corre a la sala llamando al médico por su nombre, gritando a pleno pulmón, con todo el aliento que le queda, lo que acaba de ocurrir.

El doctor Smith se apresura a mi habitación, invitando a mi padre a esperarlo afuera, e inicia los reconocimientos para saber mi estado de salud actual.

Pasadas algunas horas, que parecieron una eternidad, transcurridas en apnea por la ansiedad, una mezcla de felicidad y miedo, a mi padre le permiten entrar en la habitación, donde con mucha satisfacción, el médico le anuncia que nuestra pesadilla ha llegado a su fin, que a partir de aquel momento mi vida ya no está en peligro.

Estoy alterado, y a veces confundido, pero empiezo a pronunciar mis primeras palabras tartamudeando.

—Papá, papá… ¿Dónde estoy? —pregunto con una voz muy tenue, pero lo suficiente para despertar a papá que se acababa de quedar dormido.

—Hijo mío, ¡te has despertado! —Suspira sin responder a mi pregunta—. Lo sabía, sabía que sucedería. Deberás quedarte aún en el hospital un tiempo, para las revisiones y la fisioterapia.

El médico, dirigiéndose a mi padre, le invita a tranquilizarse porque ahora estoy realmente fuera peligro. Por otra parte, los hematomas,

contusiones y heridas, debido al largo periodo de hospitalización, han tenido tiempo de curar. Solo hacen falta unas cuantas semanas de terapia para poder comenzar una vida normal.

Por la tarde el médico vuelve a pasar para hacerme una revisión.

—Tom, ahora quiero que trates de ponerte de pie, pero te advierto que la sensación de náuseas y vértigo es del todo normal. Dentro de lo que cabe son trece meses transcurridos en cama.

El joven doctor trata de advertirme del posible mareo y hace lo posible por acortar los tiempos de recuperación, dado que cada día de más transcurrido dentro del hospital supone un enorme sacrificio económico para mi padre, pero no tiene en cuenta la estabilidad emocional.

—Pe —perdona, ¿trece meses? ¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué?

Empiezo a sacudirme y a agitarme en la cama, el doctor trata de tranquilizarme apoyando una mano en mi espalda y llamando con la otra a mi padre.

Noto la expresión de mi padre, que de la felicidad pasa a la preocupación, tampoco él sabe exactamente lo que ha ocurrido. Ambos nos merecemos una respuesta.

El joven doctor decide de intervenir:

—Señor Carl, ahora Tom debe descansar. ¿Por qué no se va a casa y hace lo mismo? Al fin y al cabo el chico está fuera de peligro. Vuelva esta noche y podrán hablar con calma

Me doy cuenta de que el doctor, por algún extraño motivo sabe más de lo que aparenta y decido seguirle la corriente.

—Sí, papá, ve tranquilo. Pareces diez años mayor. Siento haberte hecho pasar por este gran dolor. —

Papá sabe que tengo razón.

Durante el tiempo de mi convalecencia, mi padre, apenas logró dormir más de dos horas seguidas, está extremadamente preocupado y sobre todo siente que rompió la promesa que hizo a mi madre en su lecho de muerte: le prometió cuidarme. Además, las cosas fuera del hospital no van para nada bien.

Pero estoy vivo, y eso es lo que cuenta.

—Está bien, hijo mío, volveré esta noche. Por favor descansa.

Sus palabras van acompañadas de amargura y dolor y aquellos que estamos presentes comprendemos que en realidad la verdadera víctima ha sido el viejo Carl.

Una vez solos, el doctor y yo, le bombardeo con cientos de

preguntas.

—Doctor, quiero saber la verdad ¿Qué ha pasado?

El médico me mira con aire compasivo y me responde con otra pregunta:

—¿Tú que recuerdas? ¿Cuál es tu último recuerdo?

No logro entenderlo, obviamente no recuerdo nada, pero trato de complacerlo y tratar de recordar.

Envuelto en una bata blanca, con la ayuda del médico, me siento en la cama. Miro mis brazos y todo parece estar en su lugar, después echo un vistazo a mis piernas: no siento ningún dolor que pueda hacerme recordar lo ocurrido. De repente una imagen atraviesa mi mente como un rayo en un cielo despejado: un coche, un cuchillo, patadas, sonido de cristales rotos…

Poco a poco las imágenes se hacen más nítidas en mi mente. Empiezo a ponerme nervioso y paranoico, me pongo nuevamente histérico.

El doctor comprende que ahora es su turno, yo ya he recordado suficiente.

—Te han agredidoTom, te agredieron mientras ibas hacia el trabajo desde casa. No sé cómo lograste golpear a uno de ellos con una botella. Se desmayó y a los pocos días se recuperó. Sucedió todo de repente, y muy rápido. Matt se dirigía a la panadería, cuando se encontró con la pelea. Creo que llegó justo en el momento exacto en el que tú te defendías con la botella, y el resto de los agresores creyendo que su amigo estaba muerto. Se abalanzaron hacia Matt con una furia de mil demonios, pero tranquilo, no te preocupes, Matt se recuperó tras unos meses de hospitalización.

Los agresores no lograron terminar con la masacre ya que empezó a llegar gente y huyeron.

Suspiro desanimado y resignado, con mil preguntas que me dan vueltas en la cabeza.

El médico me mira, y continúa:

—Has tenido mucha suerte Tom, llegaste en condiciones realmente críticas, pero gracias a… a una buena persona, ahora estas aquí y también Matt está bien.

El joven médico se da cuenta de que ha hablado más de la cuenta. Ha prometido no revelar el nombre del hombre que me ha… nos ha salvado.

—¿Gracias a quién? ¿Quién me ha salvado?

—Un joven que no ha querido dejar sus datos personales. ¡Ya sabes! Con los tiempos que corren… te encontraron con los pantalones bajados, Tom. Se rumorea que os han atacado porque sois gais, y ¿sabes por qué lo hacen? Porque para ellos significa que os han castigado justamente, por lo tanto, no hay castigo para ellos. El muchacho que os ha salvado, en un acto de valentía, probablemente desea permanecer fuera de esta historia… ¿Y quién puede culparle?

Lo importante es que estás vivo y que a pesar de todo lo que está ocurriendo aún existen alemanes buenos.

—Al menos ahora sé que fue un alemán. Pero, ¿por qué dijo a pesar de todo lo que está ocurriendo? Doctor, ¿qué ha ocurrido mientras yo estaba en coma?

Realmente tengo miedo preguntarlo, temo la respuesta. Las cosas ya estaban mal antes del accidente, quién sabe cómo estarán ahora.

—Es inútil darte más preocupaciones, Tom. Ahora no es el momento. Piensa en recuperar tus fuerzas, tu padre te necesita. Dentro de un par de días saldrás y lo veras con tus propios ojos. Piensa que los médicos judíos no podemos ejercer en los hospitales públicos; las paredes que nos rodean pertenecen a un hospital privado.

»Estamos financiados y respaldados por la *Asociación de médicos socialistas* que se distanciaron de la vergonzosa política nazi.

»La mayor parte de los médicos, apoya experimentar con seres humanos. No solo llevan a cabo experimentos sobre enfermedades raras y gangrena, provocando heridas a los prisioneros y haciéndolas infectar, también experimeentan con la esterilización, los abortos y mucho más.

»La cantidad de médicos que han perdido la razón y han traicionado el juramento hacia la medicina es tan grande que la prestigiosa revista médica Deutsches Artzeblatt, ha celebrado el ascenso de Hitler al poder publicando en su portada de julio una gran esvástica. En aquel número se glorificaba la misión confiada a Alfons Stauder, presidente de la asociación de médicos alemana, de continuar con la eliminación cultural y espiritual de los judíos en el país.

»Es por eso por lo que no te podías quedar en un hospital público, ¡quién sabe lo que te hubieran hecho, a qué experimento te habrían sometido! Tu padre, que es un hombre sabio, hizo bien dejándote aquí, donde te trajo el hombre que te salvó la vida.

Aquellas palabras intensifican aquella sensación de desesperación y abatimiento:

¿Privado? ¡Pobre papá! Esperemos que por lo menos las cosas en la

panadería vayan bien. ¿Cómo habrá podido pagar, más de un año, una clínica privada?

Mientras yo me hundo en mis pensamientos un ruido me despierta devolviéndome a la realidad. Es una mano tocando en la puerta de madera de mi habitación.

—Disculpad… ¿Molesto?

Una encantadora jovencita aparece detrás de la puerta. Veo en ella los rasgos de mi mejor amigo: pelo rubio, ondulado, largo hasta la espalda, ojos azules: justo como los de Matt, un azul claro como el cielo en un día soleado. Es alta.

La reconozco con dificultad, los jóvenes crecen demasiado rápido…

—Anna, ¿qué te trae por aquí? Hace mucho que no te veo, pero siempre es un placer verte. Ejem… doctor, disculpe, ella es Anna, hermana de mi amigo Matt.

—Sí, sí, lo sé. Esta preciosa jovencita prácticamente ha venido todos los días desde que estás aquí.

El doctor la saluda estrechándole la mano.

—¿En serio? ¿Estás sola? ¿Viene Matt?

Me siento un poco desorientado, es extraño ver a Anna y no a Matt.

* * *

—Anna, es la abuela, ¿verdad?

—Sí, Ben, es aquella fantástica mujer que todos los días continúa cuidándonos. Ahora como entonces.

* * *

El doctor le lanza una mirada, asiente con la cabeza, como si le dijera «es tu turno», y después se retira:

—Espero que podáis disculparme, aún tengo trabajo por hacer. Hablad tranquilos… Volveré a pasar antes de que cambie el turno para asegurarme que todo va bien. Anna, Thomas.

Por fin me quedo solo con Anna, empiezo a acribillarla a preguntas.

—¿Dónde anda tu hermano? ¿Por qué no ha venido él también?

—Tom, lo siento, pero Matt no vendrá hoy y probablemente nunca lo hará.

La muchacha me mira esperando alguna reacción, pero al darse

cuenta de que aún estoy amortizando el golpe, decide continuar:

—Mira, Tom, ¡mi padre lo ha descubierto!

Abro los ojos, estupefacto y aterrorizado.

—¿Qué es lo que ha descubierto exactamente? —pregunto con una voz frágil. Estoy exhausto, quisiera cerrar los ojos y descansar como si nada de esto hubiese ocurrido.

—Cuando os ingresaron en el hospital, era más que obvio que no habíais sido víctimas de un simple accidente. Al principio, mi padre pensó que se trataba de uno de los típicos ataques hacia los judíos, pero entonces ¿por qué golpear también a Matt? Era evidente que él pertenecía a la raza aria. Ambos habíais sido golpeados casi hasta la muerte. Ninguno de los dos podía hablar.

»Mi padre, a pesar de todo, no hacía nada más que buscar respuestas. ¡Ya sabes cómo es papá! Cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien lo pare. No podía ver a su hijo agonizar sin saber quién era el responsable. Alguien tenía que pagar muy caro el sufrimiento infligido a mi familia.

»Mi madre lloraba día y noche… Además, mi padre, siempre tuvo grandes aspiraciones para su único hijo varón.

»Es verdad que Matt lo disgusta bastante, pero mi padre siempre ha creído en él; decía que lo suyo era simplemente una fase de la adolescencia, que antes o después maduraría.

La miro inmóvil escuchando atentamente cada palabra. Ha crecido mucho, ya no es una niña. Habla lentamente, articulando perfectamente las palabras, tratando de dar con las frases justas.

—Sabes cómo es mi padre ¿no? Cuando las condiciones de Matt aún eran críticas y oscilaban entre la vida y la muerte, mi padre en lugar de estar a su lado y pasar, quizás, los últimos días de vida de su hijo, buscó cómo hacerle justicia. Incluso para uno como él, con sus recursos y contactos, le fue muy difícil descubrir la verdad. Parecía imposible, era como si no existiese ninguna prueba, ningún testigo de lo ocurrido, pero al final se salió con la suya.

Anna hace una pausa para llenar sus pulmones y encontrar las palabras adecuadas, luego continúa:

—Interrogó a los médicos de la clínica que aquella noche estaban de guardia, amenazó con hacer cerrar el centro y con denunciar a los médicos por traidores de la política alemana, hasta que un médico por miedo —tú sabes cómo es papá—, habló. Contó que os trajo un hombre alemán que había intervenido, muy a su pesar, ya que para él os teníais

que curar y olvidar de este asunto, ya que los agresores tenían razón porque la masacre gay no es un delito. Además, tú llegaste con los pantalones bajados y el cinturón desabrochado.

—Anna, cada vez estoy más confundido. ¿Un alemán que nos salva, pero luego apoya a los agresores asegurando que nos merecíamos lo que nos había ocurrido? ¿Está loco o qué?

—Tom, probablemente os ha salvado, pero también ha tratado de protegerse a sí mismo… Y en el fondo a vosotros también. Imagina si mi padre hubiese hecho arrestar a los agresores: se habrían salido con la suya, con esta historia de la homosexualidad, y la historia se hubiera hecho de dominio público. Mira Tom, no siempre todo es como parece, incluso en las acusaciones y el rechazo hacia vosotros, por parte de aquel joven, puede esconderse el intento de preservar vuestro futuro y vuestra vida.

Ya es una pequeña mujer, mucho más sabia y más madura que Matt y yo juntos.

* * *

—Abuelo, imagino que justo en aquel año la situación política y social se derrumbó, ¿o me equivoco?

—Pregunté lo mismo a Anna, yo también había tenido esa sensación.

* * *

—Sí —me responde con la mirada baja—, ahora es un poco diferente, pero te lo explicaré mejor luego, no quisiera traumatizarte aún más después de todo lo que has pasado.

—Me he quedado de piedra, quiero saber más, especialmente acerca del alemán que nos ha salvado. Anna, ayúdame a entender cómo he llegado hasta aquí.

—Tom, te lo he dicho.

—Pero ¿porqué un alemán tendría que salvarme?

—Quizás porque no a todos los alemanes les han comido el tarro, o quizás reconoció a Matt; tal vez lo vio alguna vez con papá. No tengo ni idea Tom, ¡de verdad!

—¿Y Matt? ¿Qué tal está?

—A Matt le fue bastante bien, estuvo ingresado solo dos semanas

que a nosotros nos parecieron una eternidad. De todas maneras, los médicos habían decidido dejar que las heridas sanaran un poco mejor antes de darle el alta. Es aquí donde mi padre vuelve a escena. Él no podía seguir viviendo de aquella manera, le habían confirmado que os habían agredido porque erais gais, pero por algún extraño motivo se negaba a creerlo. Aparte… no podía aceptar que a su hijo lo curaran en una clínica judía. Yo creo que en realidad era porque no aceptaba el hecho de que Matt fuese homosexual. Fue así como después de dos semanas ingresado, sin consentimiento médico, se lo llevó a casa. El deseo de vengarlo, de evitarle calumnias y acusaciones era tan grande que no pensó en el bienestar de su hijo. Los doctores, que eran judíos, tuvieron que obedecer. Mi padre, después de todo, les otorgó privilegios de los que ya no disfrutaban. Pero mi querido hermano, no quería no quería que le dieran de alta, así que dijo toda la verdad.

—¿Toda? Estoy cada vez más sorprendido. Entonces, mi padre ¿también estaba al corriente de todo?

* * *

—Abuelo, nos dices siempre que tenemos que decir las cosas como son, y que no tenemos que tener miedo a expresar libremente nuestras ideas y sueños, pero tú también tenías secretos con tu padre, ¡menudos!

—Tienes razón, Ben, pero eran otros tiempos. Yo era solo un chaval y no tenía quién me guiase en aquella jungla de terror y represión. Además, también era una manera de protegerlo, de no darle más dolores y de no meterlo en líos por mi culpa. Es difícil Ben, y en ese entonces, lo era aún más.

* * *

Anna me confirma que su padre lo ha descubierto todo.

—Sí, absolutamente todo. También porque Matt está enamorado de un tío del que prácticamente no sabía nada.

Sonrío retrocediendo a aquellos días que nos habían dado tanta felicidad.

—Sí, lo sé Anna, el tío del césped —Sonrío con el corazón y con el rostro.

—Pues eso… Matt de repente vio a su amado desconocido justo delante de la puerta de su habitación del hospital, interpretando al

doctor que le había salvado la vida.

—¿Ve a quién? —le interrumpo

—¡Al doctor! Al parecer se había enamorado del doctor. El tío del césped, ¿lo pillas? El muchacho que tanto había buscado estaba ahí, con la bata blanca cuidando de él

No me lo puedo creer.

—¡Menudo tío con suerte! —exclamo.

Solo a Matt le podía suceder una cosa así. ¡Es increíble! Es increíble cómo muchas veces la realidad supera la ficción.

—Matt empezó a hablar cuando vio a su amado. Creo que lo hizo para llamar su atención y para ser finalmente él mismo. La vida le había regalado otra oportunidad y quería vivirla al máximo. ¡Ya sabes cómo es Matt! A veces puede llegar a ser muy irresponsable. Habló con mi padre como si este fuese un padre normal. Se lo confesó todo como si papá pudiera entenderlo…

Me siento extremadamente nervioso, demasiadas informaciones, demasiadas novedades. Me cuesta horrores ordenar mis ideas, así que decido preguntar:

—Perdona Anna, no es mi intención darte la lata con cientos de preguntas, pero necesito saber. ¿Tu hermano ¿qué es lo que ha dicho de mí exactamente?

—Solo que eres un amigo verdadero, que, aunque no compartas su mismo estilo de vida, eres un gran amigo para él. Tampoco el doctor ha mencionado nada. Creo que es la primera vez que mi hermano hace algo bueno al no hablar de vosotros. A veces parece un estúpido, pero en realidad es un hombre muy leal y reflexivo, siempre que no se trate de sí mismo.

—Ya, cuánta razón tienes —se me escapa una sonrisa.

—Matt es realmente un gran chico, nunca traicionaría a un amigo, pero cuando se trata de él, no para de cagarla.

—Hay algo que no está del todo claro: si tu padre entendía a Matt, ¿por qué trató de curarlo teniéndolo encerrado en casa como si se tratara de una prisión?

Anna, después de un gran suspiro me responde:

—Al principio fue así, en serio, pero a los pocos días, en el cuartel, todos se enteraron de lo ocurrido. Un mes después los rumores llegaron hasta los altos cargos. ¡Sabes cómo son en las SS!

»Aunque no existiesen pruebas, el hecho de que un alemán fuera agredido y llevado a una clínica judía, daba mucho que pensar.

Mi padre, General de las SS, obviamente no podía permitirse el lujo de tener un hijo gay y, tratando de dar la vuelta la tortilla, fingió que Matt era uno de los agresores pero que lamentablemente había sido golpeado casi hasta la muerte, y en medio del caos lo llevaron a la clínica judía. Tenía que esconder la verdad de alguna manera antes de que la bomba explotase.

No puedo creer lo que estoy escuchando.

—¿General de las SS? Pero… si tu padre es un Coronel de las SA, ¿qué tienen que ver ahora las SS?

* * *

—Abuelo, Hitler descubrió un intento de golpe de estado y decidió arrestar, o mejor dicho asesinarlos a todos. Ernst era el jefe de la SA y además era homosexual. Se dijo que los hombres de la SA fueron sorprendidos por verdugos

en medio de una fiesta de índole homosexual junto a jóvenes aspirantes. ¿Qué creías que le había pasado a Ernst?

—Ah, veo que conoces la historia muy bien, supongo que tendré que felicitar a tu profesora. Fue justo lo que Anna me dijo tratando de explicarme rápidamente lo sucedido en el último año.

* * *

Aclarándose la garganta, me explica:

—Lo era, ¡ahora ya no! Hitler decidió hacer limpieza y después de asesinar a los líderes de las SA, incorporó al resto a las SS. Con este cambio, mi padre incluso logró subir de grado, pasando de coronel a general.

Antes de continuar espera unos segundos mi reacción, que no tarda en llegar.

—Me he quedado de piedra. Aquel bastardo de Hitler ya conocía la homosexualidad de Röhm, prácticamente era de dominio público.

Estos acontecimientos solo podían significar una cosa: la ejecución del temido párrafo 175; una ley que existió desde siempre pero que jamás había sido aplicada… ¡Hasta ahora!

Anna, percibiendo mi ansiedad, decide continuar hablando de Matt para distraerme un poco de aquellos malos pensamientos que rondaban por mi cabeza:

—Pues como te decía, mi padre se vio obligado a inventar una nueva versión de los hechos; prefirió tachar a su hijo de débil, mientras tanto, tuvo que sobrevivir al shock y auto convencerse que la homosexualidad de Matt era curable. Todo esto le avergüenza muchísimo. Las humillaciones a las que se ha sometido día tras día son realmente terribles, pero ahora su única misión es curar a Matt, y no porque crea que pueda hacerlo realmente, si lo hace, lo hace por sí mismo. Continuar siendo General es el único modo de mantener alta su dignidad.

—Pobre Matt, lo siento mucho por él.

Anna esbozando una pequeña sonrisa añade:

—¡No sientas tanta lástima por Matt! Sabes cómo es tu querido amigo, logra salirse con la suya incluso bajo la dictadura de mi padre.

Por fin llega el momento de desvelar una buena noticia, la pequeña Anna se acomoda al lado de mi cama.

—¿Qué te parece esto? A los pocos días de la vuelta de Matt a casa, le llegó un aviso del centro de reclutamiento. Mi hermano no quería ir por nada del mundo, pero no podía decírselo a mi padre, así que hizo una de las suyas. Creo que lo llaman psicología inversa. Le dijo a mi padre que estaba entusiasmado y que no veía la hora de partir y alejarse de casa y que, con todos esos hombres al alcance, seguro que se divertiría un montón. Mi padre cayó en la trampa y sin darse cuenta de que lo había engañado, decidió enérgicamente que su hijo no partiría por nada del mundo.

Se me escapa una gran carcajada que me paraliza unos segundos en la cama debido a un ligero malestar en el pecho. Sé perfectamente que Matt jamás de los jamases iría a la guerra a luchar en una batalla en la que no cree en absoluto, pero que lo haya conseguido con tanta maestría es una sorpresa.

También la pequeña Anna ríe, pero al cabo de unos segundos se pone seria y añade:

—Tom, es realmente difícil estar en aquella casa. Mi hermano está encarcelado en su habitación y mi padre no sabe cómo curarlo, temo que lo intentará por todos los medios, sin conseguirlo, ¡es un hombre que vive atormentado!

—Anna, lo siento mucho.

Le digo que lo siento porque creo que un pequeño gesto de comprensión pueda ayudarla, pero en realidad no lo siento en lo absoluto. ¿Por qué debería darme lástima? El hecho que los *heteros*

tengan problemas con los gais es solo problema de ellos. Los que sí me dan lástima son Matt y Anna, ellos sí. Pobres chicos, viven con el enemigo en casa.

Justo mientras me pierdo en mis pensamientos, Anna añade:

—¡No tengas lástima! Los problemas son solo de quién se los crea

—Joder con la abuela… No parece, o mejor, pensándolo bien es bastante predecible. Continúa, abuelo, te escucho ansioso.

Estoy realmente sorprendido de Anna, la hermana de Matt está creciendo rápidamente.

—Anna, ¿cuántos años tienes ya? has crecido en un santiamén.

—Ya tengo catorce. ¡Estoy creciendo!

Lo dice ruborizándose, después de todo, siempre ha tratado de llamar mi atención.

Ya desde muy pequeña deambulaba a mi alrededor para obtener sus panecillos especiales en forma de animales: las mariposas eras sus preferidas.

Cuando mi madre estaba aún viva, ella, Matt y su madre venían a la panadería; mientras nuestras madres se pasaban horas hablando, yo la divertía dándole un pequeño trozo de masa con la que se entretenía un rato. Le decía:

—Vamos, ahora haz una hermosa mariposa, así la metemos en el horno mágico y le damos vida.

Anna era aún muy pequeña, tendría unos cinco o seis años, pero todavía recuerda perfectamente las formas de pan que me daba, casi siempre eran bolitas de forma irregular, pero el gran horno era realmente mágico; una vez dentro aquellas bolitas se transformaban en esplendidas mariposas, a veces osos, otras veces perros o gatos; era realmente mágico aquel horno.

* * *

—¡Cómo hacía con nosotros cuando éramos niños! —exclama Ben con entusiasmo.

—Sí, Ben, pero el verdadero interés hacia mí le vino a los 10 años, cuando el día de su primera comunión se pasó por la panadería para saludar a la familia y notó, por primera vez, un detalle que no había notado antes: notó cómo con un hábil y veloz gesto tiraba la masa previamente moldeada por ella y la sustituía por otra que tenía lista y guardada bajo el mostrador.

»Del gran horno, aquel día, salió un gran ramo de flores. Madre mía cuánto me lo había currado… Incluso las hojas estaban hábilmente trabajadas. Desde aquel momento Anna, aun sabiendo la verdad, continuó siguiéndome la corriente, divirtiéndose aún más porque sabía que pensaba en ella: ¡elaboraba aquellos esplendidos panecillos únicamente para ella!

»Lamentablemente todo terminó después de la muerte de mi madre.La madre de Anna dejó de venir a la panadería y mientras tanto ella se hacía mayor. Para ella yo era solo una utopía, el chico que tenía siempre en los pensamientos…

¡Dada la diferencia de edad! Ella para mí siempre era «la pequeña Anna».

—Pero abuelo, ¿qué paso? ¿Cuándo os enamorasteis y casasteis?

—Ten paciencia, Ben, que ya he perdido el hilo… ¿Por dónde iba? Si continúas devolviéndome a la realidad corro el riesgo de despertarme realmente y olvidar, de una vez por todas, aquel pasado que hace años que trato de olvidar.

—Estabas en el hospital, abuelo y la abuela sentada en los pies de tu cama, poniéndote al día de lo que había pasado en los últimos meses.

—Ah, sí… Fue así como Anna descubrió mi homosexualidad y sus mínimas esperanzas se esfumaron para siempre.

* * *

Después de tantas historias se nos hace bastante tarde.

—Perdona Tom, pero ahora me tengo ir. Ya sabes: el toque de queda —Me da un beso en la frente y añade—: Saluda a Peter.

—¿Peter? ¿Quién es Peter? —No logro entender a quién se refiere.

—El doctor Smith, Peter Smith: tu doctor —me guiña un ojo y continúa—: Y también el de Matt.

Anna ahora parece divertirse aclarándomelo:

—Es Matt quien me envía. Al principio pensé que era por ti, pero cada que salía de casa me entregaba una carta para el doctor, luego él empezó a responder y ahora soy su mensajera personal. Pero te ruego que no me malinterpretes, vengo encantada a verte.

Anna ha hablado demasiado. Avergonzada, me concede un poco de reposo.

—Debo irme, pero te prometo que volveré a visitarte mañana… Si quieres.

Cada vez más ruborizada, se marcha dejando atrás una frase que pronuncio y la hace sonreír:

—¡Claro que sí! Cuento con ello, vuelve a visitarme. Eres, sin duda, una bella distracción.

Capítulo 10

ANNA se va y el joven médico se me acerca.

—Ahora lo sabes todo Tom, o casi todo-Me sonríe —. Realmente amo a Matt.

Intercambio su sonrisa, me siento feliz por ellos y sobre todo estoy dichoso porque en breve me darán el alta.

Mientras tanto, mis pesadillas continúan y no me dejan en paz: está todo oscuro y frío. Ningún olor, ningún color, ningún sonido que pueda revelarme dónde me encuentro. Vago por lo desconocido en busca de alguna señal y escucho unas voces suaves que dicen: «Tom, no me abandones ¡Te amo!».

Trato de seguir aquellas voces, pero no logro entender de dónde proceden. Parece que vienen de diferentes lugares.

Imágenes aterradoras: un cuchillo en mi garganta, un montón de piernas que me golpean la cara, la cabeza, patadas en el estómago, pantalones bajados…

Frases inconexas de voces deformes: «Dame todo lo que posees asqueroso judío» «Tom, Tom, putos nazis de mierda» «Judío» «Maricón-judío».

Trato de gritar, pero, como es habitual en las pesadillas, de mi garganta sale solo un estertor desesperado. El sabor metálico de la sangre y nuevamente sonidos confusos, y sirenas… y aquella voz: «Tom, Tom, no me abandones».

De repente reconozco aquella voz, mi corazón empieza a latir a toda velocidad. Es él, estoy seguro: « —David, ¿dónde estás? Te lo ruego, responde, dime dónde estás— grito desesperado, pero lo único que logro escuchar son frases confusas —¿Eres judío?».

Esta última frase retumba mucho más que las anteriores, la escucho desde diferentes puntos de la habitación. Tiemblo.

—Tom, Tom, despierta —El doctor me sacude. Tiemblo y sudo frío, me agito y sigo gritando.

No tengo fiebre y es evidente que se trata de un mal sueño, de una pesadilla que se repite constantemente.

—Peter… eh… Doctor, perdone. Creo que he tenido una pesadilla.

—Peter, llámame Peter.

Me permite llamarlo por su nombre, pero ahora debe ejercer su rol de doctor y esta vez es para comunicarme una gran noticia:

—A ver, a pesar de tus repetidas pesadillas, y aunque aún estés débil, sea anímica y físicamente, si me prometes que te portarás bien, te dejaré ir a casa. En este papel está escrito todo lo que debes hacer, medicinas incluidas. ¡Que no se te olviden! Sé que has rechazado la fisioterapia, no estoy de acuerdo, pero te entiendo. En estos otros papeles el fisioterapeuta ha apuntado los ejercicios que tendrás que hacer cada día; todos los días. Si tienes alguna duda o problema, yo estoy aquí.

Me entrega las hojas con todo perfectamente detallado y concluye:

—¿Te sientes preparado para afrontar el mundo?

Estoy encantado con la estupenda noticia:

—Claro que estoy listo, ¿por qué no debería? La panadería y mi padre me esperan. Tengo que recuperarme lo antes posible, no me puedo permitir el lujo de seguir enfermo, especialmente después de mi estancia aquí en la clínica privada. Haré que mi padre descanse, se lo merece; aparte de necesitarlo, parece que haya envejecido cien años.

Notando mi entusiasmo, Peter no logra decirme la verdad y la llegada de Anna lo salva de futuros argumentos.

—Buenas tardes a ambos. ¿Cómo se encuentra hoy nuestro paciente preferido?

—Perfectamente, a punto de volver a casa. Y no quiero volver a verlo por aquí.

El buen humor del doctor nos contagia a todos.

—¡Peter, espera! ¿Puedo preguntarte si alguna vez vino a visitarme un chico llamado David?

Si bien ya me imaginaba la respuesta, de todas maneras, me animo a formular la pregunta, esperando y deseando buenas noticias.

Peter se limita a negarlo con la cabeza y añade:

—Lo siento Tom. Sé quien es David, Matt me lo ha contado, pero lamentablemente de él no se sabe nada.

—No pasa nada. Gracias igualmente.

Termino el discurso con un tono aparentemente desinteresado, pero para nada me es indiferente.

Un torbellino de emociones contradictorias me tortura, como un puñetazo directo a la boca del estómago.

¿Por qué no ha venido? ¿Quizás no lo sabe? ¿Y si se ha enterado y no ha venido porque se avergonzaba? En el fondo era y soy un judío.

Y mientras me pierdo entre miles de porqués, mi padre viene a buscarme. Parece aliviado por el hecho de que esté recuperado, pero no parece feliz de llevarme a casa. No lo entiendo, algo se me escapa. Puede que piense que estoy más seguro en la clínica.

De todas maneras, me han dado el alta.

Él ha rezado tanto para que saliera del coma y para que volviera en sí… Pero hay algo que le preocupa. No sabe cómo tratarme, cómo explicarme todo aquello que ha pasado en estos últimos meses. ¿Cómo habrá afrontado la historia de la panadería, o peor aún, las continuas leyes en contra de nuestra *raza*.

* * *

—Abuelo, yo no lo entiendo. No logro entender cómo un hombre puede perseguir a otros hombres. ¿Por qué para vosotros y para los otros judíos tenía que ser todo tan difícil?

—Ben, no lo sé. Todavía ahora vivo el recuerdo de aquellos años como una terrible pesadilla, no como una realidad; todavía no logro entenderlo ni aceptarlo, ¿cómo pretendes hacerlo tú? Solo necesitamos que cosas así no vuelvan a ocurrir jamás.

* * *

Cuando por fin salgo de la clínica me doy cuenta de que aún no logro sostenerme de pie perfectamente y que me agoto rápidamente, así que hacemos una pausa. Nos sentamos en un banco, un banco que papá conoce perfectamente. Es el mismo banco en el que nos habíamos jurado ayudarnos y sostenernos siempre, mutuamente, después del trágico acontecimiento de la muerte de mi madre.

Fue un momento muy intenso, uno de aquellos pocos momentos de amor verdadero y sinceridad absoluta que dos personas puedan

compartir. Papá y yo recordamos bien aquel día. Mamá ya estaba enferma hacía algunos años de cáncer en el cerebro. Ambos sabían que no se curaría, pero decidieron comunicármelo solo cuando la situación empeorara, después de todo… ¿para qué sentir un dolor tan atroz antes de que llegara lo peor?

Un día, en mi decimosexto cumpleaños, mamá decidió hacer una fiesta para divertirme un poco, regalándome momentos especiales e inolvidables. Encendió su tocadiscos y bailamos, al menos dos horas, contagiando también a papá. Fue un día bellísimo que lamentablemente terminó en este mismo banco donde ahora estamos sentados esperando a que yo recobre fuerzas.

Quizás por el cansancio, o quizás porque le había llegado la hora, mamá aquel día cayó al suelo. El viaje al hospital fue rápido, pero no lo suficiente para poder salvarla. Yo, que me había negado a entrar en el hospital, sentado justo en este banco, trataba de convencerme de que mi madre habría salido una vez más por aquellas puertas para reunirse conmigo. Pensaba y pensaba que la única mujer de mi vida no podía irse para siempre sin ni siquiera despedirse. No lo haría jamás.

Pero no fue así: mamá no salió nunca más de aquel edificio. Después de lo ocurrido, con el corazón destrozado, mi padre se acomodó a mi lado. No estaba preparado para aquel momento, aun sabiendo las condiciones en las que se encontraba su mujer, había evitado pensar en las consecuencias. Así que en aquel momento, simplemente se puso a hablar de ella.

Me lo contó todo: cómo la había conocido, porqué se había enamorado justo de ella, su deseo de viajar alrededor del mundo, el porqué de abrir una panadería, su amor por el baile; miles de conversaciones, sueños, secretos y momentos felices salieron a flote en aquel instante.

Yo estaba maravillado con todas aquellas historias, pero al final pregunte:

—¿Por qué me cuentas todas estas cosas ahora que mamá ha muerto?

Mi padre, desconsolado, solo entendió en aquel momento el porqué.

—Mira hijo, mientras mantengas vivo su recuerdo en tu corazón, ella jamás morirá. Mientras más recuerdos tengas de tu madre, más fácil será para ti recordarla y tenerla entre nosotros.

* * *

—Pero ahora ya estoy divagando… A tus amigos y a tus profesores no les interesan los recuerdos de un pobre viejo, excepto aquellos relativos al nazismo.

—No te preocupes, abuelo, a mi me interesan. Cuando el video sea editado, estos pedazos los quitaré, pero antes guardaré una copia completa para mí —Ben me sonríe y me guiña el ojo sin apenas ocultar la emoción.

* * *

El tiempo necesario para coger fuerzas y continuamos el camino hacia casa. Apenas entramos en casa me doy cuenta de que algo ha cambiado:

—Me habían dicho que las cosas eran diferentes fuera, pero nadie me había comentado que las cosas dentro de casa también habían cambiado, y sinceramente no podía ni habérmelo imaginado.

Mi pobre padre palidece, no se esperaba que los cambios fuesen tan evidentes. Llegó el momento de darme algunas explicaciones.

—Lo siento Tom, es verdad, ahora todo es diferente para nosotros los judíos, y esto nos ha afectado lamentablemente también dentro casa.

—Explícate mejor papá. No entiendo cómo puede ser posible.

Coge dos vasos, los apoya en la mesa de la cocina, saca de la nevera una botella de vino, la mira y la vuelve a colocar en su lugar.

—Quizás no es la mejor opción con la cantidad de medicamentos que debes tomar —lo dice refiriéndose más a él mismo que a mí.

Coge una bolsa de leche, da pequeños golpes con la mano en la silla, invitándome a tomar asiento al lado suyo y empieza a ponerme al día:

—Tom, me imagino que te has dado cuenta de que has estado ingresado en una clínica privada —Asiento con la cabeza y continúa—: Este año las leyes raciales han prohibido a los judíos beneficiarse y utilizar los hospitales públicos, entre otras cosas. Incluso nos han negado el derecho a la mutua. Por lo tanto, me he visto obligado a afrontar gastos mucho más altos que nuestros ingresos.»Vivimos tiempos difíciles, solo teníamos clientes judíos y últimamente se les podía contar con los dedos de una mano. Así que me vi obligado a vender algunas cosas. Poco a poco, la situación empeoró y los alemanes me obligaron a cerrar nuestra actividad dejándonos sin lo poco que me… que nos permitía sobrevivir.

Me quedo sin palabras, lo que estoy escuchando no puede ser

verdad, aunque Peter ya me había adelantado algo. Yo soy el único responsable de la ruina de mi padre. ¡No me lo perdonaré jamás!

Una lágrima corre por mi mejilla en contra de mi voluntad.

—Lo siento mucho, papá. Haré lo que sea para arreglar la situación. Esto es realmente terrible y yo soy el único responsable. ¡Lo siento! Lo siento mucho, papá.

Mares de lágrimas recorren mi rostro. Papá entiende perfectamente mi estado de ánimo y a pesar de que todo ha sido consecuencia de la paliza que me dieron, jamás me ha considerado responsable de lo sucedido.

—Te lo ruego, no te disculpes. ¡No tienes la culpa de nada! La culpa es, quizás, de aquellos que decidieron darte la paliza, quizás de Hitler que nos ha puesto en estas condiciones, quizás incluso de nuestro Dios, que parece habernos olvidado, pero en realidad las cosas van como deben ir.

Observo a papá. Con sus escasos estudios es un gran hombre dotado de una gran inteligencia y nobleza. Luego miro a mi alrededor y veo el viejo tocadiscos de mamá.

—Gracias por no haberlo vendido.

Papá sigue la trayectoria de mi mirada y con gran amargura responde:

—Nunca se me habría ocurrido, pero debes saber que para salvar tu vida habría dado mi mismísima vida… incluso este tocadiscos.

Sé que es verdad lo que dice: yo también habría hecho lo mismo por él.

* * *

Ben apaga por un momento la videocámara con la excusa de cambiar la tarjeta de memoria. En realidad, solo está tratando de esconder su rostro mojado por las lágrimas que no logra retener, y la garganta dolorida por los sollozos retenidos que están a punto de surgir.

Capítulo 11

DESPUÉS de una pausa relativamente breve, Ben continúa con su trabajo, todavía emocionado y confundido.

—Abuelo, ¿dónde nos habíamos quedado…? El odio hacia los judíos… —Abre el libro para así poder continuar escondiendo la angustia retratada en su rostro.

»Bien, pues el 13 de julio, Hitler emitió un discurso en el krolloper, famoso teatro de ópera en Berlín, ultimando las cláusulas de la purga. Dos días después tuvieron lugar las grandes maniobras del ejército, cuando los militares confirmaron su total lealtad al canciller, saludándolo y agasajándolo afectuosamente. El 26 de julio las SA fueron oficialmente reconstituidas encabezadas por Viktor Lutze, separándolas de las SS y el 2 de agosto, cuando fallece Hindenburg, Hitler, como era de esperar, se otorgó los cargos de canciller y presidente junto al título de comandante de las fuerzas armadas del *Reich*.

»Los oficiales y soldados prestaron juramento el 19 de agosto; los alemanes aprobaron el nombramiento de Hitler con un 89,93% de los votos, impulsándolo a la presidencia alemana. A continuación, Hitler, durante la ceremonia inaugural del congreso del partido nazi celebrada en la Luitpoldhalle en Núremberg, el 4 de septiembre, se autoproclamó *F*ührer de Alemania. «La noche de los cuchillos largos», según los datos proporcionados por el mismo canciller del *Reich* el 13 de julio, fueron asesinadas setenta y una personas, pero en realidad el total de las víctimas se calcula que rondo entre los ciento cincuenta y doscientos; solo ochenta y cinco fueron identificados.

»A partir de aquella fecha la persecución nazi sufrida por los homosexuales, que hasta ahora había sido esporádica y moderada,

empezó a ser siempre más sistemática y brutal.

—Sí, Ben, te he hablado de la noche de los cuchillos largos. Yo estaba en el hospital, fue la abuela la que me puso al tanto de lo ocurrido. Ahora ¿qué tal si hacemos una pausa más larga? Necesito algo caliente, y tú necesitas ordenar un poco tus notas.

Anna prepara un café para mí y leche caliente para Ben.

Capítulo 12

—ABUELO, ¿continuamos?

—Sí, Ben, continuamos, pero dado que tu hermanito duerme y la abuela está aquí con nosotros, me parece justo darle la palabra, ¿qué opinas? ¿O las mujeres no son admitidas en vuestras entrevistas?

—Abuelo, ¡pero qué dices! Te elegí porque eres judío, pero las declaraciones de la abuela son tan valiosas como las tuyas. ¡Vamos, abuela, es tu turno!

—Tengo entendido que el abuelo te habló de Matt; yo viví su drama en primera persona, era mi hermano mayor y lo amaba muchísimo. Lo veía a menudo tumbado en la cama, encerrado en su habitación. El tiempo que transcurrió, aislado entre las paredes de casa, debió parecerle una eternidad.

»Estaba tumbado en la cama, de espaldas, mirando fijamente el techo, y le pregunté si podía hacer algo por él, si necesita algo. Me contestó que el techo parecía que se encogiera poco a poco, que tenía la impresión que las paredes continuarían encogiéndose hasta aplastarlo.

»Últimamente se había acercado mucho a Cristo. Nuestro padre le permitía salir de casa solo para ir a la iglesia, obviamente acompañado por sus secuaces. El padre Garret había abrazado como todos los devotos de Hitler, un «cristianismo positivo», doctrina de la propaganda nazi, devota a un Cristo estrictamente de raza aria: Un Dios que parece amable y gentil, incluso a veces comprensivo, pero

que debe redimir a Matt de sus pecados. El Señor no admite homosexuales en el paraíso.

—«Aquello que contradice a la naturaleza, no puede venir de Dios», repetía convencido Hitler, ¿no es así, abuela?

—Tienes razón, Ben.

—Él afirmaba, según lo que nos enseñó la profesora, que el cristianismo es una invención de cerebros enfermos, un conjunto de engaños judíos manipulados por los curas; es la primera religión en exterminar a sus adversarios en nombre del amor. Es intolerante, engaña al pueblo, contradice la razón y el desarrollo científico; el golpe más duro que la humanidad ha recibido es la aparición del cristianismo. El bolchevismo es su hijo ilegítimo. Ambos son una invención de los judíos.

»Esto era lo que decía Hitler y por lo tanto la religión debía ser condenada como todo aquello que gira alrededor de una raza inferior y que de alguna manera pueda contaminar la raza aria. El punto 24 del partido nacionalsocialista alemán afirmaba: «Exigimos la libertad para todas las denominaciones religiosas dentro del estado mientras no representen un peligro para este y no militen contra los sentimientos morales de la raza alemana. El partido defiende, en su carácter de tal, la idea del cristianismo positivo, mas no compromete en materia de credo, con ninguna confesión en particular.

»Pero aquella libertad no solo nunca fue atribuida, sino que todos aquellos que pertenecían a otros credos fueron capturados, internados en los campos de concentración y señalados con un pañuelo violeta.

—Exactamente, Ben. En este caso vuestros libros reflejan toda la verdad.

* * *

Matt, empujado por nuestro padre a acudir a la iglesia, ha aprendido a rezar día tras día, pero reza a un Dios más judío que ario, un Dios misericordioso y dispuesto a perdonar: ¡es bello saber que uno no está solo!

Es así como mi querido hermano confía a su Dios sus secretos más íntimos, sus miedos más aterradores y también sus deseos más grandes, sabe que posiblemente el Señor no está de su parte, pero igualmentee debe confesarle todo, todas las cosas. Su Dios no solo le ha dado otra oportunidad, sino que también le ha permitido vivir esta nueva vida al lado de su mejor amigo y del hombre de sus sueños.

¿Quién es nuestro padre para decir que todo esto está mal? ¿Cómo un milagro puede ser algo malo? ¿Por qué su Dios se lo ha concedido y su padre quiere negárselo? ¿Quién se cree que es? ¡No es justo!

Un pensamiento le atormenta el alma: «si Dios me ha creado, si todos somos sus hijos, ¿por qué debo cambiar mi manera de ser? ¡Seria como discutir su decisión o admitir que pueda equivocarse y fracasar! Si mi padre y el mundo no aceptan el fruto de su creación ¿tengo que ser yo el que debe cambiar?».

Matt siempre ha pensado que existe un Dios por encima de todo, pero continúa planteándose por qué lo ha creado así si luego no lo acepta.

De repente un día lo entendió. Entendió que Dios decidió darle una segunda oportunidad; lo entendió mientras estaba en aquella cama de hospital y vio a su Peter delante de la puerta.

Tenía que ser una señal, era una señal. ¡Debía vivir lo mejor posible el tiempo que le quedaba en este mundo.

Es por eso por lo que Matt reza interrumpidamente:

—Ayúdame, te lo ruego. En esta casa, con este monstruo de padre, no soy feliz. Dame una señal por favor, dime qué es lo que tengo que hacer. ¡Amén! Te agradezco infinitamente por haberle dado una oportunidad también a Tom. Aunque sea judío y homosexual, si hay alguien que se lo merece más que nadie es él. Padre nuestro…

Matt deseaba tanto volver a ver a Tom, tenía muchísimas cosas que contarle. Durante un año entero no hizo más que rezar por su salud y ahora que sus plegarias han sido escuchadas, se siente prisionero en casa, eso sin mencionar a Peter, el amor de su vida. Todo esto lo lleva a un estado de depresión que decide hacer algo. No sabe qué o cómo, pero sin duda tiene que hacer algo.

—Cómo te habrá explicado tu abuelo, Matt era muy particular, tenía que actuar siempre y como fuera. Es aquí donde entro en escena.

—Anna —me dice—, tienes que hacerme un favor.

—Dime hermanito.

Después del accidente en el que casi lo pierdo para siempre, me juré que haría cualquier cosa por él. Habiendo experimentado aquella sensación de pérdida e impotencia, que no me había gustado para nada, juré que estaría siempre a su lado.

Así que acepto hacerle de mensajera. Después de todo no me molesta para nada ya que así tenía la excusa perfecta para poder ver a Tom; ahora que le han dado de alta y la panadería cerró, no tengo más excusas para poder ir a visitarlo.

Matt, cada día que pasa, se ahoga más y más en una terrible depresión que lentamente lo succiona como si se tratase de unas arenas

movedizas. Soy la única amiga y cómplice con la que ha podido contar en este año. Me confiesa querer poner fin a su vida, dejándome destrozada por dentro. Entiendo perfectamente cómo se siente: con toda la tensión que se respira en casa es imposible vivir. Consigo que me prometa que siempre me lo contará todo, absolutamente todo, incluso aquellas cosas que parecen no tener importancia. Cualquier cosa que decida hacer, locuras incluidas. Me asusta su aparente tranquilidad. Creo que muy pronto hará una de las suyas. En un periquete estoy en casa de Tom. Ver la panadería cerrada me provoca muchísima tristeza. Tom me ve llegar desde el balcón.

—¡Mira lo que trajo el viento!

Levanto la cabeza y mirándolo respondo:

—¡Más que viento es el huracán de Matt el que me envía! Tengo algo para ti.

Feliz por la noticia, se dirige a las escaleras bajándolas de dos en dos para reunirse conmigo en el umbral de la puerta.

—¡Ostras, qué rapidez!

—Hace muchísimo que no veo a Matt y si tienes algo de su parte, me muero de ganas de verlo.

Meto una mano en mi bolso y extraigo un papel blanco doblado en dos.

—Aquí tienes, esta es para ti.

—Gracias Anna, me hace realmente feliz, pero si no es mucho pedir, quisiera que me esperases un momento. Después de leerla quisiera que le entregues mi respuesta.

Levantando las manos al cielo, con muchísima ironía respondo:

—¡Hombre, claro! De lo contrario ¿qué clase de cartera sería?

Ríe y se apresura a leer el contenido de la carta para no perder más tiempo.

«*Querido amigo mío, estoy muy, muy, muy, pero que muy feliz de que estés vivo. He rezado muchísimo por ti y que no es propio de mí. ¡Lo he hecho solo por ti! Habría dado mi vida a cambio de la tuya, doy gracias al cielo cada día por*

haberte dado otra oportunidad y estoy encantado con los resultados obtenidos. Lamentablemente no deseaba la misma suerte para mí, pero nuestro Dios es grande y aparte de cumplir mis plegarias también ha cumplido las de mi hermanita. Y aquí estoy, prisionero en las paredes de mi propia casa. Me siento realmente mal,

pienso que ahí afuera estás tú, está Peter y un mundo entero que yo, por culpa del bastardo de mi padre, no puedo vivir. Una vida que el mismo Dios me ha donado por segunda vez. Te necesito ahora más que nunca, quisiera verte y hablarte hasta el infinito de todo aquello que se me pasa por la cabeza. ¡Te extraño querido amigo! ¡Tengo miedo de enloquecer en esta casa!

TE QUIERO
no lo olvides».

Apenas termina de leer, levanta la mirada con los ojos llenos de lágrimas, lágrimas que no caerán por nada del mundo. Seguro que no es su intención preocuparme, pero su repentino cambio de humor me inquieta:

—Tom, ¿qué pasa? ¿Qué te ha escrito en esa carta?

Trata de ocultar sus emociones y con una sonrisa falsa dibujada en la cara responde:

—Nada, es solo la emoción. Si me disculpas un rato quisiera responder. ¿Por qué no subes? Te invito a tomar un poco de té. Está también mi padre, le hará mucha ilusión verte.

Creo que me esconde algo, pero hace mucho que no ve a Matt y la emoción al leer sus palabras ha sido muy grande, así que decido creerle.

—No te preocupes, debo hacer un recado. Vuelvo después.

Cuando vuelvo a casa, encuentro a Matt esperándome sentado en los escalones de la puerta de entrada.

—Entonces… ¿qué te dijo? ¿Cómo está? ¿Se ha recuperado del todo o aún no? ¿Te ha dado algo para mí?

Lo miro con los ojos desorbitados y dudosos

—A ver… ¿por dónde empiezo? Me ha dicho que te echa mucho de menos. Me ha parecido que sigue siendo el mismo. No, no está mal y sí ya se ha recuperado… Y además… —Saco de mi bolso una carta doblada en cuatro y se la entrego— esto es para ti.

Matt me besa entusiasmado en la frente y se marcha a su habitación para leer la misiva de su amigo:

«Queridísimo Matt, amigo mío, sé que estás contento por mi recuperación, pero por lo que leo en la carta, dudo que hayas sido tú quien ha escrito esas palabras. Sé que tu padre es un verdadero hijo de puta, pero ¿desde cuándo dejas que se salga con la suya? Esas palabras me han transmitido desesperación, resignación y una rendición total. ¿Qué ha pasado con aquel tío loco e inconsciente que

yo conocía? Aquel que todo le importaba dos cojones, porque la vida era un regalo y teníamos que vivirla plenamente.

Si realmente deseas algo, debes luchar por obtenerlo. Has sido tú el que me lo ha enseñado ¿recuerdas? Y ahora debes despertar. ¿Deseas estar con Peter? ¡Entonces lucha por estar con él! Tengo la certeza de que él también te desea, está locamente enamorado de ti ¿A qué esperas? Es la primera y probablemente la última vez que te lo digo. Vuelve a ser aquel inconsciente de siempre y vive como mejor creas tus días, después de todo si la alternativa es estar encarcelado en tu propia casa, creo que no hay nada peor. Por mucho que tu padre sea un bastardo no deja de ser tu padre. No le tengas miedo. ¿Te parece estar viviendo una pesadilla? Vuélvete judío y luego hablamos. Tu situación no es nada en comparación a lo que nosotros los judíos debemos aguantar aquí fuera. ¿Te has enterado de que obligaron a mi padre a cerrar la panadería? Eso, sin hablar de todas esas prohibiciones. Escucha, amigo mío se avecina una guerra y tú has tenido una segunda oportunidad, por lo tanto, sé feliz, el futuro lamentablemente no nos garantiza nada bueno. ¡TE QUIERO MUCHO, QUERIDO AMIGO!».

Las palabras de Tom entran directas como una flecha en el corazón Matt. Su frecuencia cardíaca no logra desacelerar. Todo hierve dentro de él, repentinamente toma otra decisión. Esta vez se liberará de los abusos recibidos por parte de su padre. ¡Por fin reaccionaba!

Coge nuevamente el *boli* que está encima de la mesa y escribe otra carta, pero esta vez no es para Tom:

«*Amado Peter,*

Han pasado ya dos semanas desde mi última carta. ¿Por qué no he tenido ninguna respuesta? ¿Es que ya no me amas? ¿Otro hombre está ocupando mi lugar? Sabes que te amo más que nunca. Si mis miedos son infundados, te ruego cometamos una locura. Sé que las cosas últimamente van muy mal en el hospital y para mí es aún peor. Te lo ruego: ¡escapemos juntos! Mañana a las dos de la madrugada, veámonos en el lugar de nuestro primer encuentro. Solo para que lo sepas: ¡no me refiero al local! No quiero vivir ni un segundo más lejos de ti. Lo único que deseo es estar cerca de ti, besar tus labios, respirar el perfume de tu

piel, acariciarte, tocarte, hacerte mío… por siempre. Te lo suplico, ¡escapa conmigo!

Tuyo por siempre, Matt».

Después me llama:

—Anna, ¿te acuerdas de la promesa que me hiciste hacer?

—¡Claro! si ha sido esta misma mañana. ¿No me digas que ya se te ha ocurrido algo? Me habías prometido que no habías hecho nada aún.

Estoy en *shock*, mi hermano parece haber regresado de aquel túnel, parece el Matt de siempre, alegre e imprevisible.

—Sí, pero las cosas han cambiado mucho desde esta mañana.

—Claro, en un par de horas las cosas han cambiado muchísimo.

—¿Aún quieres que te lo cuente todo, o has cambiado de idea?

—¡Y tanto que lo deseo ¡Además, me lo has prometido!

—Pues entonces debes saber que mañana me iré de casa para siempre.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? ¿Dónde irás?

—Huyo con Peter. Me llevaría también a Tom, pero él tiene a su padre y no lo dejaría jamás solo. Aquí tienes, es una carta para Peter donde le comunico mi plan. ¿Puedes hacerme un último favor y entregársela? Esta será la última vez que te pida un favor. No sucederá nunca más… si todo sale bien.

—¿Si todo sale bien? ¿Has decidido escapar y no tienes un buen plan? ¿Dónde irás? Y si Peter no está de acuerdo, ¿qué harás? Suponiendo que logres escapar, papá no te dará tregua: ¡te buscará hasta en el fin del mundo!

Estoy realmente preocupada. Mi querido hermano no ha cambiado nada, es más estúpido que antes. Ha tomado una decisión drástica sin tener un plan en las manos.

—No importan los planes, yo solo deseo escapar. No me importa dónde me llevará el viento, cualquier lugar es mejor que este infierno.

Matt parece seguro y decido complacerlo una vez más entregando la carta a Peter.

Durante el último año estuve agradecida al Señor por haberme devuelto a mi hermano, pero lamentablemente aquel hermano no era el Matt de siempre. Ahora aquella luz brilla en esos ojos azules, aquella típica luz que mi hermano emite.

—Vale, se la daré a tu doctor. Pero quiero que me prometas otra cosa.

—¡Hombre, cada carta una promesa! Al final no me acordaré de todas… Vamos, desembucha.

—En el caso que todo salga bien, quiero que me mandes noticias tuyas para saber que estás bien. No me digas dónde estás, podría ser peligroso con nuestro padre dando vueltas por casa, pero saber que estás bien es una manera de no perderte nuevamente.

—¿Es todo? No será fácil, pero te prometo que lo hare Te quiero mucho hermanita querida, si no fuera por ti, me habría suicidado.

Con una lágrima resbalando por mi mejilla lo abrazo, lanzo un suspiro y pregunto:

—¿Matt cuándo empezó todo?

Matt sabe perfectamente a qué me refiero, pero trata de hacerse el loco. Sería realmente duro para mí saber la verdad.

—¿Todo? ¿Todo qué? ¿A qué te refieres exactamente?

La vida es un continuo punto interrogativo: ¡no sabes nunca lo que te espera! Las cosas van cómo van.

—Quiero decir… ¿cuándo te diste cuenta de que eras diferente? ¿Cuando nuestro Dios decidió que tu destino tendría un camino tan tortuoso?

Lo abrazo. Estoy muy seria y el tono de mi voz refleja el profundo sufrimiento que siento por él.

Matt, decidido a contármelo todo, me invita con un gesto a acomodarme en la cama. El semblante de Matt se transforma, su mirada no anuncia nada bueno ni ninguna historia cómica que compartir. Se sienta a mi lado, me coge de las manos y empieza a relatar su historia:

—Tesoro, ¿te acuerdas cuando éramos pequeños y el tío Ernest nos llevaba al campo porque necesitaba ayuda con el ganado?

Me siento confundida, en aquel entonces yo era muy pequeña, y recuerdo vagamente las cosas.

—Recuerdo que yo iba de vez en cuando con papá, y que tú ibas todos los domingos —Sonrío—. Recuerdo que lloriqueaba siempre porque quería ir con vosotros, pero el tío Ernest no me quería en medio porque era una niña o quizás porque era demasiado pequeña. Lo siento, no lo recuerdo bien. Espera un momento… Quizás fueras tú el que no me quería allí. Era tan pequeña que apenas lo recuerdo, pero ¿qué tiene que ver con todo esto? En ese entonces tú tendrías unos nueve años, ¿qué podías saber del amor?

—Siete para ser exactos —Los ojos de Matt empiezan a llenarse de lágrimas—. Él no te quería allí, no porque fueras demasiado pequeña, sino más bien porque no habría podido actuar conmigo como lo hizo sin que le molestaran.

Aún estoy muy confundida, pero mi corazón empieza a latir a mil por hora. Dentro de mi intuyo el final de la historia.

—Matt, pero… ¿qué dices? ¿Es el hermano de nuestro padre de quién estás hablando? Y en esa época estaba casado…

—La tía había fallecido un año atrás.

Ahora las lágrimas empiezan a salir involuntariamente mojándome la cara. Matt con las manos trata de secarme la cara.

—¿Quieres que continúe?

—Si, por favor. Soy lo suficientemente grande para soportar la verdad.

—La primera vez que se quitó el cinturón de los pantalones, yo no lo entendí, y abrumado lo dejé. Al rato traté de escapar, pero aquel maldito cinturón estaba siempre ahí… y fue así durante cinco larguísimos años

Estoy furiosa, con voz temblorosa grito:

—¿Por qué no se lo has dicho nunca a papá? Él lo habría detenido para siempre.

—Yo solo tenía siete años… Era pequeño y me avergonzaba. Además, papá no me habría creído. Habría pensado que me lo inventaba todo porque no quería ir a ayudar al tío con el ganado.

—¿Eso te lo decía él?

—Sí, me decía que papá no era bueno como él, que él me quería; sinceramente, yo también pensaba que lo quería. Sabía que no era correcto, pero después de un tiempo empezó a parecerme normal.

Matt me abraza nuevamente, no para de sollozar.

—Lo siento, Anna, jamás habría querido decirte la verdad, pero me parece justo que sepas qué tipo de persona es el tío al que siempre has idolatrado.

—¡Era mi tío preferido! Me traía siempre juguetes preciosos, decía que me quería mucho. Cada Navidad, cada domingo estaba en casa para hacernos reír y jugar. ¡Qué cabrón! ¡Qué ser más asqueroso! Ahora dime, ¿por qué paró?

Después de aquellas declaraciones, quería saber más y más, necesitaba saber toda la verdad.

—Empecé a hacerme grande y su interés por mí poco a poco se fue desvaneciendo. Es todo. Mientras tanto yo empezaba a sentirme atraído por los hombres, porque ese era el amor que yo había conocido. Al principio, cuando nuestro tío empezó a abusar de mí, me sentía inferior a los demás: defectuoso. Cuando volvía a casa, especialmente delante de

nuestro padre, sentía una profunda sensación de vergüenza unida a un sentimiento de culpabilidad que me devoraba el alma hasta provocarme arcadas.

»Cada vez que papá, mamá o tú me mirabais tenía la sensación de que podíais leer en mi cara lo que estaba ocurriendo. Con el tiempo aprendí a ocultar cualquier tipo de emoción y a exorcizar la tragedia que me tocaba vivir con la ironía y el juego. Fue justo en aquel periodo cuando nació mi deseo de ser actor. Esa actitud me ayudó incluso después, cuando crecí, para poder superar el miedo al rechazo, pero las relaciones con los demás tendían a ser bastante conflictivas y decepcionantes. Con Tom era diferente, él siempre me ha comprendido y aceptado sin cuestionar nada, al igual que yo lo comprendía y aceptaba a él. Éramos como hermanos, juntos éramos invencibles.

»Creéme, no ha sido fáci establecer relaciones con los demás y sobre todo, no ha sido nada fácil sentirme agusto con mi cuerpo y mi sexualidad, o al menos con aquella con la que nuestro tío me había obsequiado: la única que conocía. Ha sido realmente terrible cargar con la duda de mi identidad sexual. Vosotros, hoy, lo dais todo por sentado, pero para mí no ha sido así, ha sido un camino espinoso, complejo y difícil. Es verdad que cada vez que nuestro tío se acercaba a mí, sentía terror, vergüenza, incomodidad e incluso asco, pero he de admitir que sentía un retrogusto de placer escondido.

Estaba descubriendo, por primera vez, las reacciones de mi cuerpo al contacto físico. Las primeras veces que nuestro tío me obligaba a descubrir su cuerpo para mí era una tragedia: no soportaba su olor, me repugnaba su sabor, pero poco a poco comenzó a parecerme normal; una normalidad prohibida en la que se escondía un velo de placer.

Si es verdad que la empatía se aprende desde niños, yo estaba aprendiendo a leer en la mirada de nuestro tío, en sus movimientos, en el temblor de sus manos, el deseo y la excitación.

La primera vez fue en el campo, después de la muerte de la tía, ocurrió así… ¡Yo solo era un niño de 7 años! La primavera siguiente, volver a verlo me produjo vergüenza y una sensación extraña. Aquella noche esperé que, como siempre, me propusiera un intercambio de besos prohibidos: caricias íntimas, pervertidas, enfermas. Pero nada de aquello sucedió. El tío me miró satisfecho. «Has crecido, Matt», me dijo con voz firme. «Te estás volviendo un hombre».

»Mientras lo decía se acercó a mí, me dio la vuelta empotrándome en la valla que separaba los animales del establo. Tenía el corazón en la

garganta. No podía respirar, sentía que su mirada acechaba mi desnudez, sentía sus manos grandes y ásperas de granjero que me tocaban, me exploraban, que hurgaban, cuando de repente me sorprendió un dolor punzante, insoportable e intenso.

»Fue mi primera vez, y fue terrible. Me retumban aún en el cerebro las palabras del tío: «¿Te gusta, Matt, te gusta? Sé que te gusta, te empiezo a sentir excitado, Matt».

»Mientras más trataba de permanecer rígido e inmóvil, más dolor sentía, repugnancia y un atávico sentimiento de placer que me provocaba ligeras contracciones. Y de repente un golpe aún más fuerte. Un dolor inhumano y unas gotas de sangre que recorrieron mi cuerpo.

»Lloraba, pero no del dolor… Poco a poco, al pasar los días, los meses, aquel dolor se convirtió en placer. Cinco años, cinco largos años fui objeto de deseo de nuestro tío.

»Durante los años siguientes estuve obsesionado con el sexo, incluso, cuando me masturbaba seguía al pie de la letra el ejemplo que él me había dado y el placer que él me había enseñado. Pero había algo que me obsesionaba aún más: hacerlo con un chaval de mi misma edad.

Quizás de esa manera me habría parecido todo menos sucio y aquel nuevo placer, orientado más hacia el amor que al sexo, podría sustituir, con el tiempo, aquellos placeres, deseos y recuerdos enfermizos.

Quería un chaval a quien amar, quería saber lo que significaba ser un hombre, un hombre hecho y derecho. Mi primer flechazo llegó a los 16 años. En el cole era completamente indiferente al encanto femenino, mientras que si cruzaba alguna mirada con algún tío que me atraía, no podía evitar imaginármelo desnudo e imaginar que sensación tendría si me acostaba con él.

»Una tarde cálida de primavera, como muchas tardes en el campo con el tío. Estaba en casa de Burt, mi compañero de banco y de juegos. Sus padres estaban de viaje y nosotros teníamos que prepararnos para los exámenes finales. Sucedió todo por casualidad. Bromeando, le quité el cuaderno y él me lo volvió a quitar; empezamos una pequeña lucha, como suele ocurrir con los tíos y en un dos por tres rodamos hacia la alfombra. Él era pequeño y frágil, razón por la que en el combate logré tumbarlo con facilidad terminando encima de él: mientras nos partíamos de la risa nuestras miradas se encontraron y en sus ojos vi el mismo deseo que veía en la mirada de nuestro tío.

A esa edad, ya era difícil cortejar a una chica, por lo tanto: hacerlo con una persona de tu mismo sexo era prácticamente una misión

imposible. Pero los ojos no mienten, él también reconoció el mismo deseo en mis ojos.

Fui yo el que interrumpió el silencio susurrándole a la oreja «Te deseo Burt, te deseo». Se sonrojo, bajó la mirada y murmuró a voz baja: «Yo también».

Sin quitarle los ojos de encima, lo puse de lado. Escondiendo el rostro me dijo: «Matt, es mi primera vez». Le acaricié la mejilla, quería que al menos su primera vez fuese llena de dulzura, de amor y de placer. Susurré que no se moviera, empecé a acariciarlo, y a besarlo mientras, poco a poco, lo desnudaba. Sentí que su deseo crecía cada vez más al igual que la zozobra por lo prohibido. Lo puse de espaldas. Debajo de mi, sentí como temblaba Burt. «No tengas miedo», le susurré recordando el terror que sentí mi primera vez. «No tengas miedo, yo te amo Burt, te amo y te deseo».

»Seguí mirándolo, amándolo; lo sentí estremecerse, le acaricié la espalda hasta que Burt consumó su primera vez llegando juntos al orgasmo.

Finalmente me sentí un hombre. Aquel fue mi primer amor, el resto ya lo sabes.

—Hermanito, no sabes cuánto lo siento, me siento tan afligida.

Matt coge mi rostro entre sus manos y acercándolo dulcemente hacia él murmura:

—No lo estés, las cosas van simplemente como deben ir.

Capítulo 13

—ABUELA, ¿parezco un niño pequeño si te digo que estoy muy afectado?

—No, Ben es completamente normal, yo sigo horrorizada y enfadada… y todavía debes saber que…

—Al final, ¿Matt logró escapar con el amor de su vida?

—Sí, Ben, pero…

* * *

Cae la noche cuando Matt, equipado con una mochila, salta por la ventana de su habitación para escapar de casa. Antes de saltar, comprende que esta vez no se trata de un juego; se da cuenta de que es peligroso, de que está en juego su vida; entiende que debe ser más prudente que nunca. Da media vuelta y se dirige hacia la habitación de nuestros padres, abre con cautela la puerta sin hacer ruido. Duermen profundamente. Matt, sonriendo dulcemente se despide con el pensamiento, pensado que con un poco de suerte no volverá a verlos nunca más. Antes de salir se detiene en la puerta de mi habitación. Una extraña sensación lo invade, siente como si una mano le estrujara el corazón. Decide no entrar, hacerlo podría mandar a la mierda todos los planes; si me hubiese despertado no habría podido marcharse. Cuántas veces me he reprochado no haber estado despierta.

Matt sabe que antes o después volveremos a vernos, y que nos volveremos a abrazar cuando todo esto termine.

Se encamina hacia el campo, pensando en aquel magnifico día después de la juerga en el *Kleist*, en aquella mañana, en el césped

mojado y con el que entonces era su hombre misterioso. Lástima no poder recordar mucho, pero los pocos recuerdos que tiene son suficientes para hacerle desear algo grande, algo nuevo y eterno. Matt rebosa pasión, desea saber si Peter siente lo mismo. ¿Y si no se presenta?

Es algo que no se ha planteado, pero su corazón lo obliga a dejar de lado aquel pensamiento. Ellos se aman, ¡seguro que se presentará! Quizás ya ha llegado y lo está esperando. Matt está completamente convencido, su corazón no se equivoca. Peter ya ha llegado al campo cuando se da cuenta de que alguien se acerca hacia él. Con un poco de miedo y excitación se agacha, escondiéndose entre la hierba alta. Asustado, grita preguntando: ¿Matt? ¿Matt, eres tú?

De cuclillas, con la piel de gallina, protegido por la hierba verde y alta, espera una respuesta.

—¡Peter! ¡Peter, soy yo! ¿Dónde estás? No te veo.

Ambos corren, el uno hacia el otro, dejando que la pasión de aquel momento se libere por completo.

El amor, el entusiasmo, el eros se apodera directamente de sus cuerpos con una fuerza ancestral visible y reconocible por cualquiera. Se abrazan, se acurrucan, y se besan.

Tumbados en la hierba, no piensan nada más que en satisfacer sus deseos carnales; se tocan, continúan besándose y susurrándose palabras dulces. Parece todo tan perfecto… De repente Matt ve una luz fuerte y cegadora. Le apunta directo a los ojos. Al principio débil, y paulatinamente cada vez más intensa hasta cegarlo completamente. El chico totalmente eufórico y entusiasmado no razona y no se da cuenta de lo que está a punto de suceder. Unos instantes después los dos amantes escuchan una voz gruesa que les grita:

—Ya basta, pervertidos ¡Manos arriba! ¡Estáis arrestados, putos depravados!

Son las SS, que desde hace tiempo controlan la zona, a raíz de una información reecibida días atrás. A cambio de la libertad, un ladrón les había revelado el lugar donde habitualmente se encontraban los «amores prohibidos», así los llamaba él. Declaró que los infieles, los homosexuales, los

judíos y los cristianos se encontraban en aquel campo para oficiar actos de amor «asquerosos y depravados».

Matt y Peter, trastornados, se levantan amenazados por unos fusiles, descalzos, con la ropa en las manos. Piden, al menos, que les dejen

vestirse.

Los miembros de las SS, después de haberse burlado de ellos, insultado y escupido, los conducen hacia la Gestapo (Policía Secreta del Estado), ex departamento 1A de la policía del estado prusiano, en la Prinz-Albrecht-Strasse, 8. Su función y su organización, después de que Adolf Hitler subiese al poder, fue establecida por Hermann Göring. Especialmente la sección que se ocupaba de investigar y combatir «todas las tendencias peligrosas para el Estado»: casos de traición, espionaje y sabotaje; ataques criminales al partido nazi y al Estado.

Sus miembros son reclutados entre los oficiales de carrera de la policía, y el control de toda la organización hace poco fue otorgado a las SS por el mismo Göring, bajo la presión de Heinrich. Los agentes de las SS verifican los documentos de los dos jóvenes. Todas las acciones de la Gestapo no estaban sometidas a revisión judicial, el mismo jurista nazi Werner Best declaró: «Mientras la Gestapo cumpla con el deseo de los líderes, estará actuando legalmente». Y de ese modo las SS continuaron «legalmente» interrogando a los dos jóvenes prisioneros, que se encuentran sentados, indefensos y todavía desnudos. Los interrogan con rabia, gritándoles y golpeándoles repetidamente en la cara y en los genitales, hasta que un soldado, cambiando repentinamente su expresión, muestra el documento de unos de los jóvenes a su superior.

Un momento de silencio invade la habitación, es el documento de Matt. Decidir qué hacer con el judío no es complicado, pero al tratarse de Matt Offman, deben consultar primero al padre, al fin y al cabo, es el hijo de su General.

Aquella misma noche las SS irrumpen en nuestra casa. Papá despierta sobresaltado, la Gestapo aporrea nuestro portón de forma firme y decidida, como suelen hacerlo siempre.

Papá rápidamente coge su bata y se dirige hacia la puerta.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estáis aquí? ¿Qué ha pasado? —Está aún somnoliento, pero al ver a mi madre y a mí asustadas, en el fondo de la habitación, trata de recobrar de inmediato

su sólita compostura.

—*¡Heil Hitler!*— pronunció el oficial delante de casa, levantado el brazo derecho en horizontal, saludando a su superior, para luego proseguir —: Hemos arrestado a su hijo, señor. Le rogamos venga con nosotros para poder decidir qué hacer con él.

El tono con el que el oficial pronuncia tales frases es alto, como si deseara llamar la atención de todo el vecindario.

Papá, incrédulo, decide responder con un tono todavía más alto para alejar semejantes acusaciones y ofensivas.

—¡Es imposible! Mi hijo está en su habitación en este momento, está durmiendo, se trata de un traspié, un error de identidad, os lo demostraré.

Dejando la puerta abierta, se dirige a la habitación de Matt acompañado por los dos agentes de las SS. Tras un rápido vistazo, se dirige a ellos con tono amenazante:

—¿Veis como tengo razón? El chaval de prisión no es mi hijo, mi hijo está en su cama, justo aquí delante de vuestros ojos. ¡Pagaréis por esta conducta inapropiada!

Uno de los oficiales de las SS, decidido a ganarse un ascenso, no se deja intimidar por aquellas acusaciones. Da un paso adelante y se coloca al lado de la cama de Matt. Se inclina hacia la almohada, escucha con atención, espera a escucharlo respirar y de repente rompe el silencio con una voz alta, fría y perentoria:

—Entonces su hijo debe de estar muerto por no haberse despertado con todo este escándalo.

Papá, pálido como un fantasma, totalmente desconcertado y asustado de lo que podría encontrar, se acerca a la cama y con muchísima rabia y fervor quita las mantas de un tirón. Dos almohadas es lo único que muestran: dos almohadas que simulan ser la silueta de un hombre acurrucado.

Enfurecido por lo sucedido y por las ofensas recibidas, con gran vergüenza papá se encamina rápidamente a la Gestapo.

Capítulo 14

—¡MADRE mía, abuela! Esta vez Matt la lió parda.

—Ben, si crees que lo que te estoy contando está fuera de contexto, dímelo. No quisiera hacerte perder el tiempo o hacerte hacer un trabajo equivocado.

—Abuela, ¿estás de broma? Ninguno de mis compañeros habrá pensado recopilar el testimonio de un alemán. Tu historia nos demuestra que el odio y la violencia también ocasionaron sufrimiento a los mismísimos alemanes. El sufrimiento y dolor de Matt son un ejemplo de cómo el nazismo se cobró victimas también entre las personas a las que deberían haber protegido. Sin mencionar el sufrimiento de tu padre… No puedo imaginar cómo pudo haberse sentido estando entre la espada y la pared.

—Ben, estoy muy orgullosa de ti, demuestras ser mucho más maduro de la edad que tienes.

—Vale, abuela, pero ahora continúa con la historia.

—Vale. Pues como te decía, Matt fue capturado por las SS.

* * *

A su alrededor todo es húmedo y frío, la celda es grande, peero abarrotada de hombres y mujeres a la espera de que alguien, de alguna manera, ponga fin a aquella situafción de aberrante detención temporal. Mi hermano continúa

preguntándose qué es lo que hace allí, en aquel tipo de sala de espera. Después de todo él no espera a nadie. Su Peter ha sido

encerrado quien sabe dónde. Tom no puede estar al corriente de los hechos y nuestro padre obviamente no irá a buscarlo, de hecho, hará que se pudra ahí dentro. De repente un vozarrón interrumpe sus pensamientos:

—Matt, ¿cómo has podido? Te estabas curando ¿Por qué lo has hecho? Y además con un judío, ¿no te avergüenzas?

Reconoce al instante la voz de papá.

—Papá… yo, yo…

Un momento de titubeo, dado que aquel lugar lúgubre incita a Matt a pensar que cualquier mentira, cualquier arrepentimiento, puede suponer su libertad. Piensa incluso en explicar a papá cualquier cosa que él desee escuchar con tal de salir de aquella celda, pero su espíritu rebelde y su deseo de vivir finalmente como se merece lo llevan a confesar:

—La verdad es que no me arrepiento de nada. Yo soy así, un alemán nada orgulloso de serlo, enamorado de un maravilloso judío.

El tono de voz, tímido y temeroso, supera con creces el de papá. La firmeza de aquellas palabras, pronunciadas en aquel tono, llena de orgullo a Matt, pero a papá, rodeado de colegas que escuchan con una expresión profundamente ofensiva, le hieren directamente en el corazón y sobre todo en su orgullo.

—¡Este no es mi hijo! —Un chillido colérico atraviesa sus labios y con el dedo índice apuntado hacia Matt continúa—: Tú ahora te quedarás aquí pudriéndote hasta que te cures. ¿Lo has entendido? Sé que no estás realmente enfermo y por tú bien, te dejaré aquí hasta que te cures del todo.

Papá mira por última vez a Matt, detrás de los barrotes y con una mirada llena de odio, desprecio y sobre todo vergüenza, se marcha.

El día de la vergüenza para él no termina ahí sin lugar a dudas.

Dos horas después de que papá ordenara el arresto de Matt, una notificación llega directamente de los altos cargos a sus manos.

La notificación rezaba:

«*A la atención del General Alfons Offman,*

Comunicamos al anteriormente mencionado, que, debido a los últimos acontecimientos, nos vemos obligados a tomar serias medidas hacia su hijo, hacia su persona y en consecuencia hacia toda su familia.

Dado que, a nuestro juicio, el trabajo que ha realizado ha sido

ejemplar para el Tercer Reich, de momento, decidimos comunicarle su degrado de inmediato. Desde hoy perderá su grado de General, junto a todos los privilegios de los que se ha beneficiado y volverá a su cargo de Coronel. Tenga en cuenta que si sigue manteniendo un alto cargo es, sobre todo, para no suponernos una mayor vergüenza. Aproveche su posición para cambiar, incluso drásticamente la situación. La pertenencia a la raza aria en su familia es más que evidente y su hijo es un espléndido ejemplar, por lo tanto asegúrese de cumplir sus promesas y cure a su hijo lo antes posible, o líbrese de él para siempre. Asimismo, le advertimos, que la próxima vez las consecuencias serán mucho más dramáticas para su familia. Entienda que para usted esta es su última oportunidad.

General Becker».

Papá jamás en la vida se había sentido tan humillado, sin mencionar el miedo a las consecuencias que todo esto podría tener para mamá y para mí. Un torbellino de emociones entre rabia, miedo, humillación, y sensación de fracaso se mueven destruyendo incluso la sombra de una futura redención.

Capítulo 15

—NO SABÍA que un general pudiese tener todas esas repercusiones debido a las tendencias sexuales de un hijo; pensaba que eran castigados, incluso con la muerte, solo en el caso de traición, y que para el resto de las cosas estaban protegidos, de alguna manera, digamos… recomendados.

—Eran tiempos difíciles, Ben. Estábamos en los albores de la segunda Guerra Mundial.

—Sí, abuelo, eso lo he entendido. Una guerra que no hacía gracia a todo el mundo. Benito Mussolini se encontró en el Palazzo Borromeo, en la Isla Bella, con los máximos representantes políticos de Francia y Gran Bretaña. Los tres eran cómplices, unidos por un solo deseo y un mutuo acuerdo: mantener la paz en Europa. Fue el esfuerzo más importante en Europa para detener la locura de Hitler antes del inicio de la segunda guerra mundial.

»Debatieron ininterrumpidamente durante tres días y al final firmaron un valiosísimo acuerdo: El frente de Stresa. Pero, como ocurre a menudo cuando intervienen intereses egoístas y personales, cuando a uno solo le interesa su propio microcosmos, olvidándose de todo el resto, los acuerdos duraron poco. En el mes de junio Etiopía temiendo una invasión por parte de Italia, pidió a la sociedad de las naciones que enviaran observadores neutrales a sus fronteras. Sus temores estaban muy lejos de ser infundados.

»En el mes de octubre, las tropas italianas destinadas en Eritrea, sin declaración de guerra cruzaron la frontera de Etiopía dando luz verde a la hostilidad. En Italia se puso en marcha una política de autarquía, junto a una gran campaña propagandística destinada a denunciar los

inconvenientes causados por las «únicas sanciones» económicas y financieras, que la asamblea de la Sociedad de las Naciones Unidas, había aplicado en su contra, porque, convirtiéndose en un estado agresor, habían fracasado en los acuerdos…

—¡Felicidades, Ben! La historia de aquellos días parece que la conoces más tú que nosotros.

—En aquellos años el ambiente que se respiraba estaba infestado por el olor de guerra, es por eso por lo que se restablece el servicio militar obligatorio, incluso para los alemanes y anuncian la creación de una fuerza aérea, violando las cláusulas del tratado de Versalles, pacto que oficializó el fin de la primera guerra mundial, estipulado como parte de la conferencia de paz de Paris firmada por cuarenta y cuatro estados.

»Fue así como nació la Wermacht, fuerza armada alemana. El ejercito que, en los primeros años de la segunda guerra mundial, estuvo a punto de conquistar el mundo. Hitler se sentía cada vez más fuerte y a pesar de los temores y las tensiones extranjeras, Alemania no perdía de vista su misión: exterminar a los judíos, a los homosexuales y a todo aquello que ensuciara de alguna manera la raza aria.

»Fueron tiempos difíciles para los judíos, que sufrieron los efectos de miles y miles de decretos y normas que limitaban sus vidas en todo aspecto, ya fuera en el campo público como en el privado. Numerosos funcionarios, en todo el país, concibieron, discutieron, escribieron, adoptaron, aplicaron y sostuvieron la legislación antisemita. En Alemania ningún rincón permaneció inmune. A los escritores judíos se les prohibió escribir, a los músicos tocar, a los comerciantes se les prohibió vender y comprar, y a todos, absolutamente a todos, se les prohibió sentarse en los bancos públicos, salvo en caso de que estuviesen marcados por un símbolo amarillo.

»Los judíos no podían caminar en grupo por la calle. ¡Pobre de ellos si superaban las veinte personas! Delante de las tiendas exponían un cartel: «Prohibida la entrada a judíos», de la misma manera que se usaba para los perros. A pesar de que se necesitaban brazos y hombres para frenar los ataques extranjeros, fueron considerados incapacitados para el servicio militar.

»Antes de llegar al poder, Hitler en más de una ocasión, había declarado: «El estado racista debe declarar al niño como el tesoro más preciado del pueblo». Es por eso que en octubre de 1935 se promulgó la ley para la prevención de la descendencia genéticamente enferma, y en diciembre, en concordancia con lo declarado y proyectado, se inició a

través de diferentes clínicas, las SS-Lebensborn, el proyecto «Fuente de vida», uno de los tantos del jerarca nazi Heinrich Himmler en el que se promovían los nacimientos «racialmente correctos» y las teorías eugenésicas del Tercer *Reich* sobre la raza aria.

Ben lo pronunció en un tono solemne, ya que era consciente de que sus intervenciones formarían parte del video y la profesora estaría orgullosa de su preparación, sin contar que el año siguiente podría utilizar este material para sus exámenes finales en la selectividad.

—Obviamente, Ben, como podrás imaginar, mi padre y yo también experimentamos en nuestras carnes aquel odio; nuestras vidas dejaron de fluir con tranquilidad sometiéndose a las atrocidades de un odio que no perdonaba a nadie, ni siquiera a Matt, Anna, Peter y el General.

Capítulo 16

SIN LA panadería a mi padre y a mí nos cuesta mucho salir adelante.

Papá sabe que el tiempo no es su aliado; es evidente que en el estado en el que nos encontramos, la situación solo podría empeorar.

Con mi aprobación, decide vender las pocas posesiones que le quedan. De todas maneras, antes o después los alemanes se iban a apoderar de todo. Más vale sacarles provecho ahora para así poder sobrevivir. Lo único que me empuja a seguir adelante es vivir el uno por el otro; es la única forma de poder superar este periodo de tiranía para nuestra *raza*.

Esta mañana el ambiente es particularmente luminoso porque Anna vendrá a visitarme.

En el ambiente no hay ni rastro de serenidad, y Anna trae siempre una ligera brisa de amor y sosiego. Nuestras charlas son siempre muy largas y argumentadas, hemos asentado una gran amistad; nos contamos, y compartimos las confidencias. Anna me pone al día acerca del estado de salud de Matt, o por lo menos de lo poco que sabe, ya que su padre es muy cauteloso cuando toca hablar en público de aquel desvergonzado hijo que le ha tocado, aunque si el público se trata de su hija, está taxativamente prohibido pronunciar el nombre de aquel degenerado. El General ha estipulado un acuerdo tácito con su conciencia, aterrorizado por el hecho de que toda la familia se cubra de vergüenza.

Lo poco que Anna logró averiguar lo obtiene escuchando a escondidas detrás de la delgada pared de su habitación: su padre susurrándole durante la noche a su mujer. Yo, por otra parte, le cuento todos los abusos que estoy obligado a soportar por el solo hecho de ser

judío, y juntos imaginamos soluciones para un mundo mejor. Soñamos, con la fantasía viajamos a un mundo imaginario.

—Anna, vivimos en la miseria. Ya no tenemos nada con suficiente valor para poder vender y cada día nos resulta más difícil encontrar algo para comer. Y el pobre de mi padre está cada vez más cansado y fatigado, sin poder hacer nada. En estas condiciones no sé cuánto podrá resistir. Estoy realmente muy preocupado

Anna me escucha con atención.

—Efectivamente, la situación no es nada fácil de resolver, pero… ¡quizás sí que hay una solución!

Duda unos segundos antes de sugerir una solución. Se le ha ocurrido una idea y decide compartirla conmigo.

—Tom, no será nada fácil y seguramente es muy peligroso, pero tengo una idea.

—¿Una idea? ¡Cuéntamela, vamos!

No tenía ni idea de lo que se le había ocurrido a Anna, pero la animo a seguir hablando, entusiasmado por examinar y valorar cualquier solución.

—Ya me estoy arrepintiendo de habértelo dicho, porque sé que será muy peligroso, pero se me ha ocurrido que podrías seguir vendiendo pan a todos aquellos que como tú no pueden comprarlo con libertad. La ciudad está llena de tiendas que rechazan a los clientes judíos, muchos de ellos ya han colgado el cartel «No se admiten perros ni judíos» … ¡Bueno! como te decía, tú produces un alimento de primera necesidad y podría suponer la salvación para mucha gente como tú.

Anna me mira como si quisiera leer mis pensamientos, pero mi expresión interrogativa da a entender que no se ha expresado claramente, al menos para mí.

—¡A ver tío! ¿Recuerdas lo que lograbas hacer cuando era pequeña?

Sin responder me encojo de hombros. Anna prosigue:

—Voy directa al grano. Tú eres capaz de transformar el pan en todo lo que desees. ¿Te acuerdas de las mariposas? ¿Los osos?

¿Y el bouquet para mi primera comunión? Tú, con el pan haces magia. Entonces, ¿por qué no hacer hogazas con formas fáciles de esconder? Formas que se adhieran al cuerpo de manera que se puedan ocultar bajo la ropa y puedan ser transportadas directamente a la casa de las personas que normalmente no pueden comprar pan en las tiendas.

»Sé que es una solución estúpida, además de peligrosa, pero quería echaros un cable, Perdona, es una ridiculez.

Baja la mirada y hace una mueca con la boca. Sé que realmente desea ayudarme, sé que para ella soy un amigo muy especial. Me doy cuenta de que la he avergonzado, así que decido intervenir:

—Anna, ¡es una idea fantástica! ¡Gracias! Esos bastardos nos han prohibido a nosotros, los judíos, comercializar y por si no bastase, también a entrar en sus tiendas. Haré algo para remediarlo. Al fin y al cabo, todavía no me han prohibido salir de casa antes del toque de queda… ¡Al menos por ahora! Bastaría con modificar un poco las típicas hogazas para poderlas esconder con facilidad. ¡Es realmente una gran idea, Anna, eres un genio!

Me mira satisfecha y me responde:

—Hecha la ley, hecha la trampa. Pero ten mucho cuidado, Tom, no será nada fácil.

Entusiasmado por la idea de Anna, me siento nuevamente vivo, listo para afrontar una nueva aventura, convencido de mejorar la vida de mi padre y la mía. Estoy seguro de que, en la peor de las hipótesis, puedo resolver al menos una parte de nuestros problemas. Corro a ver mi padre para contarle la novedad, con la esperanza de devolverle una chispa de esperanza. Pobre papá, se ha sacrificado tanto por mí.

Lleno de entusiasmo, le explico el plan, pero él no se muestra nada eufórico. Está muy preocupado por lo que podría suceder si me descubren, aunque en lo más profundo de su ser sabe que el plan sugerido por Anna es la única solución posible.

—Tom, no me gusta para nada esta idea. Además, le prometí a tu madre que me haría cargo de ti y esto no es para nada la manera de honrar mi promesa.

—Papá, ya te has hecho cargo de mí durante demasiado tiempo, y si estamos en esta situación es por mi culpa. Si no hubiera sido por aquel accidente, tú no te habrías visto obligado a deshacerte de tus bienes antes de tiempo.

Siento una gran vergüenza mientras le hablo, así que inclino la cabeza evitando así un cruce de miradas. Ahora ha llegado mi turno, tengo que compensar mis errores y sobre todo devolver a mi padre todos los sacrificios que se ha visto obligado a hacer por mi causa.

—Deja que me ocupe yo. Soy capaz de encargarme de todo yo solo.

Papá no se lo cree, su cuerpo y su mente están agotados, aunque en el fondo sabe que tengo razón. ¿Cómo va a hacerse cargo de mí en estas

condiciones?

El futuro no presagia nada bueno, por consiguiente, arriesgarnos no es una mala idea.

—No, hijo mío, ¡quiero ayudarte!

¡No me lo creo! Papá ha aceptado.

Estoy realmente entusiasmado, pero no puedo involucrarlo en esta idea descabellada que sé perfectamente lo peligrosa que puede llegar a ser: podría costarnos incluso la vida.

—No, papá. Ahora es mi turno. Tú ya has hecho demasiado y ahora ha llegado mi momento.

Estoy convencido de mis palabras. Papá solo tiene cincuenta años y una visión distorsionada de la realidad. Es un gran panadero y ha sido un gran maestro, pero ahora soy yo el que debe actuar, debo hacer algo por mi padre.

—¡*Ok, ok*!, pero recuerda que todo lo que sabes hacer es gracias a mí.

Lo miro sonriendo, lo beso en la frente y añado:

—Por esto te estaré agradecido el resto de mi vida, papá. Aunque me considere un gran ayudante, tú sin duda eres y serás el mejor panadero del mundo.

—Claro, claro… —me grita el viejo Carl mientras me dirijo a la panadería.

«Ahora ha llegado mi momento, tendré que hacer todo lo posible para que no me capturen y así no decepcionar a mi padre», pienso mientras estoy delante de aquel gran horno, apagado ya desde hace tiempo.

Solo hay un problema, encender el gran horno significa llamar la atención de todo el vecindario, dado el olor a pan que emana y el humo.

Es peligroso, corro el riesgo de llamar la atención de las SS. Decido encontrarme con la pequeña Anna, fuente de inspiración y generadora de ideas geniales. Antes o después nos considerarán amantes debido a nuestros encuentros secretos en el parque de «los amores prohibidos». Por otra parte, para una chica de raza aria encontrarse con un judío es más que peligroso. Por esta razón nunca se lo agradeceré bastante.

—Hola, Anna.

—Hola, Tom Entonces, ¿has hablado con tu padre de nuestro plan? ¿Qué le parece? ¡Cuéntamelo todo!

Anna se siente parte integrante de mi familia y persona activa y

protagonista de este ingenioso y peligroso plan que podría ayudarnos a salir adelante.

—Sí, he hablado con mi padre y… —Hago una pausa para crear suspense y luego continúo con un tono alegre—: ¡Síiiii!

La pequeña Anna me abraza impulsivamente, está encantada de que su idea haya podido ayudar en algo. Le doy un abrazo fugaz, pero cuando recuerdo que me encuentro en plena calle, bajo la mirada indiscreta de los viandantes, la rechazo. La último que desearía es crearle problemas.

Anna se recompone rápidamente.

—Escucha, Anna, en realidad estoy aquí porque tengo otro problema.

Me mira con preocupación.

—Tom, dime, ¿qué pasa?

—No tengo ni idea de dónde hornear el pan. Es verdad que tengo el horno y todo lo que necesito, pero lamentablemente no puedo usarlo… por el humo y por el olor.

—Esto sí que es un problema. Si se viese humo salir de tu panadería se sabría todo y eso no está nada bien, pero creo que tengo una solución.

La miro boquiabierto esperando conocer la posible solución. Esta chica es realmente una mina de ideas. Anna continúa:

—Justo en las afueras tenemos una vieja propiedad. Es una de las tantas que nos ha dejado mi abuelo al morir. Puedes usarla si lo deseas, mis padres no han ido nunca. Es muy pequeña, pero puedes construir un horno, y estoy segura de que quedará perfecto.

—¡No me lo puedo creer! ¿Por qué haces todo esto por mí? ¡Es peligroso! Además, ¿estás segura de que tu padre no me pillará *in fraganti*? Lo siento, pero no puedo aceptarlo. La idea es realmente fantástica, pero si tu padre lo llegara a saber no tendría piedad ni siquiera contigo. Después de todo lo que le ha hecho a Matt, no podría soportar más. Me cago en mi futuro, total no soy nada más que un sucio judío que apesta a ajo, pero tú eres una fantástica mujer alemana que tiene un maravilloso futuro por delante. ¡Quién sabe! Quizás tengas un marido acomodado y unos cuantos hijos guapísimos.

Una sonrisa nace de los labios de Anna, halagada por las bonitas palabras y por la preocupación que siento por ella.

—No te preocupes, Tom, tenemos aquella propiedad hace por lo menos nueve años y yo jamás la he visto. Las descripciones que te he

proporcionado provienen de los cuentos de mi abuelo. Además, es propiedad de un alemán. Si vieran humo saliendo o advirtiesen olor a pan, nadie le daría importancia.

Soy consciente de que ésta es mi única solución, así que decido cambiar de idea y aceptar la propuesta de mi joven amiga.

—Gracias, Anna, acepto tu oferta con la condición de que tú no te involucres. En el caso de que me pillen diré que he ocupado aquella casa clandestinamente. Todavía no he entendido por qué haces esto por mí, pero solo te digo gracias, gracias y mil gracias, desde lo más profundo de mi corazón.

* * *

—Entonces, vuestra complicidad ¿se remonta a la adolescencia? Pero, abuelo… ¿Qué pasó con Matt y con su padre?

—Ben, debes tener paciencia, te he advertido que la historia era larga y a la abuela y a mí no nos gusta resumir las cosas.

Capítulo 17

EL CORONEL de las fuerzas armadas de las SS Alfons Offman, padre de Anna y Matt, se encuentra en el cuartel como todos los días. Las SA ya son un viejo recuerdo. Desde que trabaja en las SS su trabajo ya no es el mismo. Antes se ocupaba de mantener el orden en la ciudad, mientras que ahora el único objetivo parece ser eliminar a todos los judíos, que ya han sido privados de todos sus derechos.

* * *

—Sí, fueron privados de todos sus derechos civiles y políticos. El Reichstag adoptó por unanimidad las leyes de Núremberg, durante el séptimo congreso del partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores (NSDAP), el 15 de septiembre. Significa una gran paradoja dado que la ley debería tutelar a las personas y solo quien gozaba de sangre alemana podía ser considerado «ciudadano del *Reich*» (Reichsbürger) y, como tal, beneficiarse de los plenos derechos civiles y políticos; todos los demás eran simples súbditos. Asimismo, Núremberg estipulaba la ley para «la protección de la sangre y el honor alemán» en la que se prohibían los matrimonios con los judíos, sancionados con penas de presidio severísimas. Prohibía las relaciones extramaritales, aunque en este caso las penas eran menores, pero el colmo de la paradoja se alcanzó con la discriminación de los animales propiedad de los judíos. Honestamente: es totalmente ridículo.

—Y tanto, aunque yo diría que es trágico.

* * *

Offman, en el cuartel no lo tiene nada fácil. Sus colegas continúan mofándose de él a causa de su hijo, pero él está seguro de que logrará curarlo, no le cabe la menor duda, aunque sabe perfectamente que lograr su objetivo no será para nada fácil.

Han trascurrido ya seis meses desde el arresto de Matt y no muestra ningún signo de mejoría. El Coronel Offman es consciente de haber hecho poco o nada para curarlo, ya que piensa que su hijo atraviesa sólo una fase pasajera. Un terrible sentimiento de ansiedad lo invade cuando piensa que Matt podría no curarse jamás.

«¿Y si perteneciera a la otra categoría de gais? ¿Y si fuese uno de esos incurables, uno de esos que no tiene cura?», piensa una y otra vez con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre el escritorio de su oficina.

—Señor Coronel, ¿se encuentra mal? —La voz de uno de sus oficiales a su servicio interrumpe bruscamente sus pensamientos.

—No, ¿por qué? —El Coronel Offman levanta la cabeza y no logra entender el porqué de aquella pregunta.

—Disculpe, lo he visto con la cabeza baja entre las manos y he pensado que a lo mejor…

El Coronel interrumpe bruscamente al joven sin dejarlo terminar. Al verlo ahí delante de él le invade un escalofrío de excitación; al final lo tiene todo claro: sabe qué es lo que tiene que hacer.

—Aaron, ¿recuerdas cuantos años hace que trabajas conmigo?

El joven nota de inmediato el cambio de humor en su superior, pero le cuesta entender dónde quiere llegar. Pero acostumbrado a ejecutar y obedecer órdenes, responde en un santiamén:

—Son seis años, señor.

—Bien, me alegro que lo recuerdes, quiero que sepas que en seis años nunca me has desilusionado. ¿Sabes, hijo? Cada vez que te veo, veo a tu difunto padre, ¡era un hombre muy especial! Éramos grandes amigos, lo sabíamos todo el uno del otro y nos entendíamos con la mirada antes de empezar a hablar.

Aaron está cada vez más confundido, no entiende a qué se deben aquellas revelaciones, pero conociendo el triste y difícil periodo que atraviesa el Coronel decide confortarlo.

—¡Lo sé perfectamente! Mi padre le tenía una gran estima y un gran respeto. Es por esa razón por la que siempre permaneceré a su lado. Después de la muerte de mi amado padre, usted ha sido el único en

hacerse cargo de mi madre y de mí, y le estaré siempre agradecido.

Alfons se toma unos segundos antes de proseguir, inhala y continúa:

—Estás al corriente de mi situación familiar, ¿no es así, Aaron?

El joven, sin emitir ningún sonido, cabizbajo, sin querer mirarle a la cara, asiente.

—Seré sincero contigo: necesito a alguien en el que pueda confiar para que me ayude a curar a mi hijo. ¿Puedo fiarme de ti?

Offman continúa mirando fijamente al joven que tiene delante, no necesita una persona que ejecute ordenes por obligación, sino a alguien que desee ayudarlo realmente. Aaron es un gran tipo. Sabe que el Coronel no es un hombre de buen corazón con todos, pero gracias a la fantástica amistad que había construido con su padre siempre ha estado de su parte.

—Claro que sí, señor, ¡puede fiarse de mí!

—Buen chico, estoy orgulloso de ti. Es justo lo que quería escuchar.

—¿Por dónde empezamos?

El entusiasmo del muchacho al enterarse que podría echar un cable a su superior, pero, sobre todo, de poder intercambiar algún favor, es evidente y se nota por el tono de voz relativamente impaciente.

—Vamos directo al grano. Mi plan es hacer entrar en la celda de mi hijo una mujer de poca virtud y dejar que lo seduzca hasta hacerlo ceder; debe conquistarlo y llegar a consumar el idilio. Estoy seguro de que después de haber probado los verdaderos placeres de la vida, no volverá atrás.

—Es un óptimo plan, ¿pero está seguro de que la mejor cura es una mujer? ¿O sea… quiero decir: ¿por qué llegaría a tener relaciones con una mujer si no se siente atraído hace ella?

A Aaron le parece un buen plan, pero en el fondo hay algo que no lo convence.

—Porque se verá forzado. Se verá obligado, o, mejor dicho, se verán obligados a hacerlo para así obtener lo que más desean en el mundo: ¡la libertad!

Offman parece convencido de sus palabras y muy orgulloso del plan tramado.

—Señor, deje que me ocupe yo. Ya tengo en mente a la mujer ideal. Le prometo que su hijo estará fuera, como mucho, en una semana.

—Perfecto, adelante. Y recuerda que si cumples tu promesa tendré una deuda contigo y podrás pedirme todo lo que desees.

Una ligera sonrisa de satisfacción se dibuja en el rostro del Coronel

Offman. Está completamente convencido que todo volverá a su lugar.

Aaron se dirige a las celdas femeninas donde inmediatamente divisa a Adna. Su imagen, su rostro, sus rasgos, incluso su manera vulgar de comportarse con los demás, están grabados de manera indeleble en su mente porque justamente fue él quien la arrestó. Recuerda perfectamente aquel día.

Era una calurosa tarde de julio, la carga laboral era demasiado extenuante. A menudo sentía la necesidad de descansar, no físicamente, más bien mentalmente. En esos momentos adoraba relajarse en el Volkspark Friedrichshain, le encantaba tumbarse al borde de la fuente de Marchenbrunnen, que con su estilo neobarroco, con estanques de piedra de Tivoli decoradas con tortugas y personajes de fábulas de los hermanos Grimm, parecía dominar el calor salpicando agua. Era su momento, el agua le acariciaba los pies mientras se sumergía en un buen libro. Aquel día, lo interrumpió el llanto de un bebé de poco más de un año.

Aaron vio al bebé, estaba solo, llorando bajo la sombra de un gran pino. El joven, dotado de una sensibilidad fuera de lo común, se acercó rápidamente hacia el pequeño, dejando todos sus objetos personales desatendido delante de la fuente. Se preguntó quién habría sido tan irresponsable de abandonar un niño tan pequeño. Estaba preocupado. Miraba a su alrededor y no parecía pertenecer a nadie. Una pequeña sábana blanca de algodón, con rosas celestes bordadas en el borde, era lo único que lo envolvía.

«¿Cómo una madre es capaz de abandonar de esta manera a su propio hijo?, pensó el soldado. ¡Es tan pequeño!

Aaron cogió al bebe entre los brazos esperando que el contacto humano lograra calmarlo y tranquilizarlo. Mientras lo estrechaba hacia su pecho y pensaba que hacer, una voz femenina le gritó:

—¿Qué hace mi hijo en sus brazos? ¡Ayuda! Este hombre quiere secuestrar a mi hijo.

El joven pillado por sorpresa permaneció inmóvil con el niño aún pegado a su cuerpo, observando a aquella mujer que gritaba como loca. No entendía lo que estaba ocurriendo, tenía que ser él el que gritara a la mujer, esa madre despreocupada que había dejado al pequeño desatendido. Era ella la que se había equivocado. Antes de que se diera cuenta empezaron a acercarse personas para ayudar a la mujer; su corazón latía con fuerza. Asustado de lo que pudiera ocurrir, decidió impulsivamente dejar al niño donde lo había encontrado y, tras

recuperar sus objetos personales, escapar. Cuando Aaron llegó a la salida del parque, una sensación de pánico lo asaltó, se apoyó en la verja tratando de respirar profundamente. Después de oxigenar el cerebro, razonó con sensatez.

«¡Soy un oficial de las SS! ¡No puedo escapar de esta manera! He visto un niño solo y creyendo que había sido abandonado he actuado correctamente tratando de ayudarlo. No soy yo el que debe escapar».

Tenía dos posibilidades: volver al parque y afrontar la situación con todas las posibles consecuencias, o seguir escapando y fingir que no había pasado nada. Para alguien como él la solución era más que obvia, afrontar lo sucedido, aunque tuviera que pedir perdón a aquella mujer.

Después de un profundo respiro dio media vuelta y empezó a buscarla. El verdadero problema era que le sería más fácil reconocer al niño que a la madre ya que el encuentro con la madre fue tan traumático, que no le apeteció mirarla a la cara. Pero tenía suerte ya que detrás de su hermosa fuente, divisó un niño envuelto en una bonita sábana blanca con florecillas celestas bordadas en el borde, entre los brazos de una mujer sentada en el suelo.

Aaron se les acercó, esta vez con mucho cuidado: no quería asustarla. El agua de la fuente era tan bulliciosa que el muchacho comprendió que hablar hubiese sido inútil, ella no lo escucharía. Aaron decidió tocarle la espalda para llamar su atención y hacerla girar, pero justo en aquel momento vio que la mujer tenía entre sus manos una cosa que le era muy familiar. Sorprendido, revisó los bolsillos de su chaqueta y los de su pantalón. ¡No se lo podía creer! La rabia comenzó a crecer y crecer, tenía la cara roja como el fuego.

Aquella mujer lo había planeado todo para robarle el monedero y el reloj de bolsillo que había heredado de su querido padre, y lo peor de todo es que él había caído en la trampa. Ahí fue cuando en lugar de tocarle la espalda le cogió la mano con tanta fuerza que la mujer soltó un chillido, el niño, que aún llevaba en los brazos comenzó a gritar volviendo a llamar la atención de la gente, pero esta Vez Aaron empezó a gritar, mirando a su alrededor, deseando hacerse escuchar por todos:

—¡Alejaos todos! Esta mujer es una ladrona y ahora está bajo arresto.

Como podría olvidar a aquella mujer que se había atrevido a burlarse de él, un miembro de las SS…

* * *

—¿Por qué te ríes, Ben?

—¿Y cómo no reír? Ya me imagino la escena: un soldado de las SS, temible, imbatible, que de repente es engañado por una fulana. Ja,ja,ja. Imagina si los rumores hubiesen llegado al ejército.

—Ben, es fácil hacerse el duro con quien es más débil que tú, pero la violencia casi nunca camina de la mano de la inteligencia o la astucia. Prosiguiendo, nuestro Aaron, con una sonrisa burlona y con una mezcla de maldad, ironía y venganza, se acercó a su celda.

* * *

—Vaya, vaya, nos volvemos a ver Adna.

—¿Qué quieres de mí? ¿Has venido a liberarme al final? ¿Te has dado cuenta de que eres un bastardo? ¿Te has dado cuenta de que has robado a una madre un pobre niño?

La mujer está realmente furibunda, cada vez que ve aquella cara, la sangre se le sube a la cabeza y la cara se le pone verde de la rabia.

Aaron, manteniendo la sonrisa, con tono serio añade:

—En realidad, si no recuerdo mal, eres tú la ladrona. Has sido tú la que ha robado mis pertenencias y además la que se ha aprovechado de aquella pobre criatura para salirte con la tuya.

Adna no responde, pero aprovechando la poquísima distancia que hay entre ellos, le escupe en toda la cara. El soldado no pierde la calma y manteniendo el mismo tono de voz continua:

—Créeme, el niño puede estar bien si se encuentra lejos de ti. Eres solo una ladrona que se aprovecha de él para sus negocios sucios. ¿Cómo puedes pensar que le haga falta una madre tan cabrona?

Adna rompe a llorar.

—Te lo ruego, deja que lo vea, necesito volver a verle. Haré lo que sea. Te lo ruego, por favor, por favor, te lo imploro. Los sollozos le bloquean la respiración, las lágrimas le invaden el rostro. Aaron trata de esconder la compasión que, en el fondo, siente.

—Me alegra que digas eso, porque tengo una solución a todos tus problemas. Si haces exactamente lo que te digo podrás volver a ver a tu hijo.

—¡Haré todo lo que me pidas!

Adna continúa lloriqueando con un mínimo de esperanza en el

corazón, es consciente de que no le espera nada simple o fácil, es más, sabe perfectamente que se trata de algo sucio y humillante, pero por su hijo debe hacerlo.

En las palabras de Aaron, Adna ve reflejada la verdad, no ha sido en absoluto una buena madre y ahora tiene que salir de esta cárcel para así poder remediar todos los errores cometidos. Sabe que mientras más tiempo transcurra en el interior de esas paredes, menos probabilidades tendrá de recuperar a su hijo.

Capítulo 18

DETRÁS de aquellas rejas, todo es extremadamente aburrido y asqueroso. La cama empezaba a darle serios problemas. El colchón es plano y viejo y, como si no bastara, abultado casi por todas partes por culpa de los muelles del somier que lo atraviesan, proporcionando a Matt muchas noches de insomnio. El agua apesta a podrido y la comida le hace vomitar prácticamente cada día. El lado positivo es que ha hecho amistad con los pequeños ratones que de vez en cuando lo visitan, algo que a Matt le ha costado mucho dado que siempre les ha tenido terror.

Lo peor de todo es la extrema soledad. Puesto en aislamiento por voluntad de su padre, siente que enloquece más y más cada día que pasa.

Le hago falta, le hacen falta nuestras charlas, el ayudarnos mutuamente, nuestra manera de sonreírle a la vida. Extraña a su gran amor Peter, sin mencionar a su hermana; sorprendentemente empieza a añorar a su madre.

«¡Basta!», piensa. Le da mil vueltas al asunto. «Estoy realmente hasta los huevos. Prefiero morir antes que seguir viviendo así».

Mientras se encuentra sumergido en sus pensamientos, una voz llama su atención.

—¡Buenas tardes, Matt!

—Hola, Aaron, ¿qué hay hoy en el menú? —pregunta sarcásticamente.

—Hoy, amigo mío, en el menú, hay una bellísima sorpresa para ti.

Matt no logra entender el significado de aquellas palabras. Lo mira confundido, su mirada denota desconcierto; no sabe qué esperar. Eso lo

aterroriza profundamente.

Aaron anima a la sorpresa a dar un paso hacia adelante.

Una bellísima mujer acicalada, vestida con uniforme de prisionera, se materializa delante de los ojos de Matt.

—Hola, soy Adna, mucho gusto…

Una voz femenina nada entusiasmada, que denota ausencia de cultura y elegancia, pero muy simpática, y un poco resignada, sale de aquellos labios agrietados a causa de la deshidratación, mal pintados y con un pintalabios barato.

Matt, aún desconcertado, observa a la mujer que está a punto de entrar en su celda. Bajita, complexión delgada, muy delgada. Quizás ella también lleve allí dentro mucho tiempo. Tiene la tez clara, y le acompañan unos ojos azul oscuro: es sin duda de raza aria.

—¿Qué quieres? ¿Qué hace ella aquí? ¿Qué es lo que pasa, Aaron?

Matt quiere entenderlo, quiere saberlo todo, está cansado de ser paciente. El corazón empieza a latirle cada vez más deprisa y esa sensación no le gusta para nada.

—Matt, ¿A qué estás asqueado de estar aquí? ¡Qué peste! Y además completamente solo, ¡qué aburrimiento! Pero hoy es tu día de suerte, amigo mío. Ella es Adna. Podrás gozar de su compañía cada día después del atardecer… ¿No estás contento?

Aaron parece entusiasmado y feliz de poder ayudar a su superior y quizás empezar una carrera en las fuerzas del orden. «Algún día yo también seré Coronel, o mejor aún Capitán, y todos ejecutarán mis órdenes», fantasea a menudo el soldado. El ambiente donde Aaron trabaja le hace perder velozmente aquella inocencia que su padre quiso inculcarle con tanto amor.

Matt, sin más explicaciones, lo ha entendido todo.

¡Ella es la mujer que debería curarlo! Bella sí, pero no es su tipo.

—Aaron, estoy hasta los cojones de esta situación. ¿No podrías decirle a mi padre que ya estoy curado y nos olvidamos de una vez por todas de esta historia?

Matt conoce perfectamente la respuesta, pero intentarlo nunca está de más. El hombre forzudo del uniforme suelta una carcajada.

—Sí, anda ya, ¡claro que sí! Voy corriendo… —Después, levantando el tono de voz, esta vez mucho más severo y autoritario, se acerca a un centímetro de la cara de Matt y continua—: ¡Fóllatela! Si realmente ya estás curado no creo que vaya a ser un problema, después de todo, este tiempo en abstinencia, me espero maravillas de ti.

—¡Hijo de puta! —grita Matt.

Aaron se dirige hacia la salida de la celda, le dirige una última mirada, esboza una sonrisa y con un tono alegre y jocoso añade:

—Y yo que me esperaba al menos unas gracias… Sí, sí, claro… Curado. Curado… ¡Y una mierda!

Capítulo 19

—ABUELO, perdona, pero… Matt, por una vez ¿no podía hacer un sacrificio y tener relaciones con una mujer?

—Ben, cuando tengas tus primeras relaciones descubrirás que el cuerpo es sagrado, la dignidad importante y sobre todo que para un hombre no es posible tener sexo involuntario. En cualquier caso, la celda es muy pequeña y estrecha para una sola persona, además que apesta que no veas. Ahora son dos y aquella mierda apesta aún más.

* * *

Adna sabe perfectamente que trae locos a los hombres, es atrayente, y muy bien dotada. Pensando que sería pan comido, va directo al grano.

—Bueno, Matt, tengo entendido que ambos estamos hartos de estar aquí, ¿qué te parece si de una vez por todas acabamos con esta historia lo antes posible?

Mientras pronuncia esas palabras empieza a desnudarse con rapidez. Cuando llega al final de la frase solo lleva ropa interior.

Matt observa con los ojos desorbitados, luego sacude la cabeza como tratando de liberarse de lo que acaba de ver y le responde alejándose y colocándose al otro lado de la celda.

—Mira guapa, no pienso tocarte, mucho menos follarte. No te ofendas, pero me das asco: ¡literalmente! No estás nada mal, pero créeme no eres mi tipo, a menos que seas una mujer solo en apariencia.

La mujer se parte de risa, doblándose en dos, casi con lágrimas en los ojos.

—Es la primera vez que me dicen algo así mientras me desnudo para

un hombre.

—Te lo has tomado bien, por lo que veo.

—Gracias, hacía muchísimo que no me reía así. Pero… —Hace una pausa para respirar y reponerse; su semblante se vuelve ligeramente más serio y melancólico— Pero te digo que antes o después lograré follar contigo.

Matt la mira con una expresión seria, pensando qué le habrían prometido a cambio. Aunque en realidad no desea saberlo porque muy probablemente sentiría piedad por ella y no podría hacer nada para ayudarla, aunque es consciente de que es su única posibilidad para poder salir de ese lugar y ser un hombre libre.

Transcurren los días y como se había acordado, Adna llega a la celda de Matt después del atardecer, quedándose por lo menos tres horas. Los dos bromean, hablan y juegan, pero la mujer en ningún momento deja de tratar de seducirlo. Cada ocasión es buena y cada ocasión se convierte en un fracaso. Se inventa de todo, superándose a sí misma en audacia, seducción y vulgaridad. Todo con tal de volver a abrazar a su pequeño.

Mientras Matt está sentado en la cama con los brazos relajados a ambos costados y las palmas de las manos hacia arriba ligeramente abiertas, no puede resistirse, lo mira, y piensa en actuar de inmediato. En esa ocasión llevaba solo la camisa a rayas y unas braguitas; se sienta en la palma de su mano dejando que esta envuelva todo su culo y empieza a moverse lentamente entre sus dedos haciéndose tocar, rozar, penetrar sus partes íntimas, pero nada, no hay respuesta, excepto la de ser alejada por un brusco movimiento del brazo de Matt al retirar su mano.

El muchacho no solo no siente ninguna atracción hacia ella, es que las partes íntimas femeninas le repugnan. Tiene la sensación de que aquel cuerpo excavado hacia adentro, antes o después se lo tragará.

Asco. Este es el término correcto. Matt siente asco por la intimidad femenina.

Adna que ha crecido rodeada de hombres cuyo único deseo era el de llevársela a la cama, no logra entender la postura de Matt, especialmente después de tantos meses de abstinencia sexual. Normalmente deja su amplia camisa desabrochada hasta el esternón, así con cada movimiento deja ver sus senos túrgidos y desnudos; los mueve con desenvoltura cerca de la cara indiferente de Matt, pero no obtiene nada.

Incluso con la ayuda y complicidad de Aaron, Adna viste una minifalda de vértigo a juego con unos tacones de aguja capaces de enloquecer a cualquiera. Está extremadamente sexy, pero el día termina con risas y juegos y con Matt disfrazado con la ropa de Adna. Por un instante se sienten vivos, libres y fuera de aquel asqueroso cuchitril.

En un momento de intimidad ella trata de abrazarlo y, deja la mano caer entre sus piernas empezando a sobarlo. Matt se deja llevar, cierra los ojos, trata de imaginar que aquellas manos son de su amado Peter. Excitado, acepta que le haga lo que ella desea. Cuando Adna nota que Matt está completamente listo, se coloca encima de él, pero él bruscamente la rechaza rompiendo el hechizo de aquel momento.

De vuelta a la realidad Matt hace hincapié que él solo deseaba eso de ella, nada más íntimo, ¡no lo soportaría!

Desesperada, Adna rompe a llorar.

—¿Matt, puedes entender que necesito salir de esta alcantarilla?

El joven, que hasta ese momento había rehusado cualquier información, le coge la barbilla entra las manos y le ruega que le confíe su pena. Adna, resignada, lo suelta todo. Si hasta ahora no ha conseguido obtener nada con su gran sensualidad, ¿Quién sabe? Quizás la compasión de resultado.

—Vale, de acuerdo. Te confieso que contigo estoy realmente bien, me divierto y si realmente tengo que estar aquí dentro, prefiero tu compañía que la de las otras mujeres. Pero debes saber que tengo un hijo que no veo hace cuatro años y me han prometido que si logro curarte, haciendo el amor contigo, podré volver con mi pequeño Lucas. Matt, tengo miedo de perderlo para siempre. Después de todo este tiempo imagino que ya tiene otra familia, o peor aún, quizás llama mamá a otra mujer.

Matt, secándole las lágrimas, le promete:

—Saldrás, como muy tarde mañana. Saldrás y abrazarás a tu hijo: es una promesa.

Matt espera a que Aaron vuelva a recoger a la mujer para llevarla a su celda. Ambos están tumbados en la cama. En el momento en el que la mujer se queda dormida, Matt se desnuda por completo y se acuesta detrás de ella. Apenas escucha los pasos de Aaron que se acercan a la celda, abraza Adna, aún dormida y finge dormir.

—¡Vaya, vaya, veo que habéis progresado! —Aaron sonríe ligeramente, medio satisfecho. Matt finge despertarse, estirándose en la cama y habla con el joven—: Espero estés satisfecho, ha pasado lo que

querías. Ahora tienes que liberarnos tal como habías prometido. Adna, que se acababa de despertar, al escuchar aquellas palabras y al ver el cuerpo desnudo del Matt capta inmediatamente lo que está sucediendo y le sigue la corriente.

Aaron, que no es tan estúpido, suelta una sonrisa burlona.

—¿Me estás jodiendo, Matt? ¿Realmente crees que con veros agazapados me pueda bastar? ¿Quién me dice que es verdad?

Los latidos del corazón de la mujer se aceleran a tal punto que incluso Matt es capaz de sentirlos, a lo que responde:

—¿Y qué quieres, que lo publiquemos? Está curado, te lo aseguro. ¿Es esto lo que cuenta no?

Aaron de repente, cambia el semblante. Se pone serio y decidido añade:

—Hazlo ahora, Matt. Si ya estás curado no será ningún problema. ¡Fóllatela ahora! Aquí, ahora mismo, delante de mis propios ojos.

—¿Estás de coña? ¿Delante tuyo? ¡Qué asco! —Matt responde con un tono alto y acusatorio.

Sabe que está en un serio problema. Anhela salir de aquella prisión, y sobre todo desea que Adna vuelva a abrazar a su pequeño lo antes posible, pero… ¿a qué precio? La mujer observa preocupada a Matt con ojos trémulos que imploran piedad.

Aaron interviene:

—¡Lo sabía! ¡Eres solo un mentiroso! No estás curado. Anda, vamos Adna, volvemos al calabozo, el mismo calabozo donde te pudrirás aún por mucho, mucho tiempo

La mujer se viste lentamente cabizbaja sin cruzar la mirada con ninguno de los dos presentes, decepcionada y triste por los resultados obtenidos. Cuando se acerca a la puerta de la celda, Matt la coge por un brazo y con los ojos cerrados la empotra contra la pared y la besa.

Adna se queda anonadada.

Aaron cierra la celda y asiste divertido.

Matt le besa el cuello, y le susurra al oído:

—Lo hago solo por tu hijo

La mujer deja que su cuerpo se relaje y ayuda a Matt a hacer lo mismo devolviéndole los besos en el oído, lamiéndole poco a poco los lóbulos de las orejas, apretándolos entre los labios mientras susurra:

—Perdóname, perdóname, pero… ¡Gracias!

A Matt le cuesta conseguir una erección, especialmente porque sabe

que lo observa un imbécil que no para de regodearse.

Trata de ayudarse, sabe que puede lograrlo. Cierra los ojos y de repente, no es Adna la que se encuentra de rodillas delante de él sino su Peter. Hacía muchísimo que no sentía aquella sensación. Es placer, deleite, excitación aquella que por primera vez una mujer le está procurando, aunque en las fantasías secretas de Matt, quien se las proporciona es un joven médico judío. Cuando logra una erección completa, Matt la penetra. Unos aplausos acompañados por una carcajada por parte de Aaron, marcan el final de los juegos.

Capítulo 20

—YA VES, abuelo que con un poco de fantasía se puede tener sexo con cualquiera —bromea.

—Ben —Anna le llama la atención con un tono rudo—, ¡basta! Es de mi hermano de quien estamos hablando.

—Vale, vale, me callo, pero no te enfades. Abuelo, ¿siempre ha tenido este temperamento? —Sonríe—. Al final, su plan para que volvieras a trabajar ¿funcionó?

—Claro, o al menos al principio todo mi tiempo y todo mi esfuerzo estaban centrados exclusivamente en la construcción del horno, o mejor dicho, de su ampliación. En aquella casa había un pequeño horno que utilizaban en los días de fiesta, cuando decidían celebrar una velada en el campo y en compañía. Lamentablemente, para mí, era pequeño, pero sin duda me sirvió como base para poder ampliarlo y así crear una estructura idónea y digna. Luego empecé a trabajar a toda máquina.

* * *

La idea de Anna ha sido realmente extraordinaria. No me gusta para nada usar la casa de un alemán para mi negocio, pero en el fondo es mi única escapatoria esperando que lleguen tiempos mejores. Debo tener mucho cuidado y no llevar puesta «la estrella» mientras entro o salgo.

Una vez en la esquina me la vuelvo a poner en su lugar y me encamino lo más rápido posible a la casa de mis viejos clientes que no han olvidado en absoluto el sabor de mi pan tan placentero y continúan comprándolo; entre ellos algunos viejos clientes alemanes que lo hacen, en parte por el pan, y en parte para ayudarme y no abandonarme.

Anna trata de ayudarme como puede. Ha hecho milagros por mí, incluso me ha cosido unas bandas con bolsillos para poder adherir con más facilidad el pan a mi cuerpo. Soy bastante bueno dándole al pan formas con las medidas justas. Cada mañana a las siete me mimetizo con las hogazas hechas a medida.

Hoy en día me tomarían por un kamikaze listo para inmolarse. Estoy bien equipado para realizar este trabajo.

Voy retrasado. No me gusta nada salir de casa cuando ya hay luz, mucha gente me conoce y seguramente nadie me recuerda como un tío gordito y mucho menos ahora que las cosas van tan mal, alguien podría preguntarse qué es lo que pasa, poniéndonos en peligro a mi padre y a mí.

Estoy terminando de arreglarme cuando alguien trata de entrar en casa. Sé que no es Anna, porque ella golpea 4 veces antes de entrar. Atemorizado, sin saber quién podría ser, me desvisto rápidamente y trato de esconderme dentro del horno, que por suerte ya se ha enfriado.

—Tom, Thomas… ¿estás aquí? Soy yo, Matt.

No me lo puedo creer, es él, mi mejor amigo, quién me ha pegado un susto de muerte. Salgo de mi escondite. Aún me tiemblan las piernas por el susto. Volver a verlo me emociona tanto que en lugar de salir tranquilamente del horno me tiro de cabeza hacia afuera. Matt grita espantado, sabía que estaba aquí pero no se imaginaba que saldría del horno. No cabe duda de que ambos nos llevamos un gran susto.

Nos reímos como locos, como no reíamos desde hace mucho tiempo, nos hemos fundido en un abrazo: ¡por fin estamos juntos nuevamente!

—Amigo mío, estoy realmente feliz de poder abrazarte de nuevo, ahora las cosas solo podrán mejorar.

Matt está eufórico y feliz de que los últimos trágicos acontecimientos no me hayan cambiado. Yo soy el mismo de siempre, a lo mejor un poco más delgado y un poco más sucio, pero sigo siendo el mismo: ¡su mejor amigo!

—Matt, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? ¿Las cosas solo podrán mejorar? ¿Qué crees que hago en esta casa? ¡Propiedad de alemanes! ¿Pero has visto de dónde he salido?

Esta vez el tono de Matt es mucho más serio:

—Perdona, tienes toda la razón, en serio lo siento mucho amigo mío. Te prometo que haré de todo por ayudarte. Ahora que he vuelto, nadie me separará de ti.

Sé que sus palabras son sinceras, pero quizás Matt no es

completamente consciente de todo lo que está sucediendo, o peor aún, con lo irresponsable que es sabe perfectamente cómo van las cosas y las minimiza.

—Gracias Matt, sé que lo dices en serio, pero no hace falta que pongas en peligro tu vida por mí. Ya es realmente peligroso lo que hago y siento mucho haber necesitado la ayuda de tu hermana hasta el punto de haberla involucrado en esta situación para poder resolver algunas cosas, pero ahora soy yo el que debe ocuparse… ¡solo yo!

—¡Perdona! ¡De eso nada! He estado lejos demasiado tiempo, ahora quiero ayudarte cueste lo que cueste.

Nos abrazamos nuevamente. La emoción es tan intensa que nuestros rostros se mojan de lágrimas calientes.

—Querido Matt, ¿cómo hemos podido sobrevivir todo este tiempo separados?

En ese momento Matt me dice unas palabras que yo jamás olvidaré.

—Si lo logramos, es justo porque sabíamos que nos volveríamos a ver

Sé que es la verdad, sé que Matt jamás me decepcionará… al menos no voluntariamente.

Mientras aún estamos abrazados, siento a Matt reír.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Por qué has decidido estropear este hermoso momento?

—Perdona, Tom. Tienes razón, pero estaba pensando en el momento en que he entrado —Ríe a carcajadas—. No puedo dejar de pensar cuando has salido del horno… ¡todo lleno de harina! Parecías un fantasma, estabas ridículo, ja,ja,ja.

Me pongo serio.

—Saliste ayer de la cárcel y ya hablas como uno de esos hijos de puta. Si me has visto en aquella situación, para ti graciosa, es por vuestra culpa.

Matt, se da cuenta de que la ha cagado, y esta vez en su rostro se contempla preocupación.

—Perdóname, Tom. No me malinterpretes. Quería quitar hierro al asunto. Sé que tiene que ser realmente difícil para ti, pero si en realidad alguno de esos bastardos entrara por esa puerta, debes saber que el horno no es el lugar más seguro para esconderte. ¿No crees que mirar dentro será lo primero que harán? Perdona, en realidad solo me preocupo por ti.

Mi mirada seria observa el rostro preocupado de Matt, cuando de

repente me echo a reír:

—tendrías que verte, Matt. Tienes toda la cara roja. Sé perfectamente lo que querías decir, pero quería cachondearme un poco de ti y como siempre te lo has creído… Ja,ja,ja. ¿Aparte de *hetero*, te me has vuelto tonto?

Sé que lo estoy importunando, y sé perfectamente cuál es su punto más delicado, pero esto es lo que deseo: jugar con él cómo cuando éramos libres.

—¿Qué? ¿*Hetero*, yo? ¿Quién te lo ha dicho? ¡Qué asco…! No lo digas ni en broma.

Matt no sabe cómo justificarse, pero es más que evidente que sé más de lo que él se imagina. Y así, cada vez más divertido y dichoso de revivir viejos momentos que parecían haberse esfumado para siempre, lo cuento todo.

—Tu hermana, obviamente, ¿quién más podría contármelo?

—Hey, Hey… ¿Tan íntimos sois mi hermana y tú? ¿No será que ahora eres tú el *hetero*? Para mi tú eres un hermano y Anna es mi verdadera hermana, imaginaros juntos… me da asco. Para mí sería como un incesto.

Matt no es nada serio cuando pronuncia aquellas palabras.

—Debes saber que, si algún día tuviera que hacerme *hetero*, tu hermanita sería la única mujer con la que yo me podría casar. Y mientras se lo digo golpeo a Matt con la pala.

Después de unos minutos de bromas Matt se pone serio:

—Hablando en serio, mi hermana y tu sois las personas que más quiero en este mundo así que veros juntos sería una cosa maravillosa, pero tú tienes a tu David por lo tanto eso solo es un sueño. ¿Quién sabe con qué bastardo se casará mi hermanita?

Después de aquellas palabras, la melancolía me asedia,

«¿David?», pienso, pero decido callar. Ahora no se trata de mí, no se trata de David, ni de mis, o nuestros problemas: ahora es Matt el que se merece toda la atención. No me puedo creer hasta qué punto la experiencia que ha vivido en la cárcel ha beneficiado la madurez de Matt.

—No te preocupes por Anna, es lo bastante madura para saber elegir un buen futuro.

Matt me abraza, consciente de la suerte que tiene al estar rodeado por personas como Anna y yo. Lo amamos y somos un estímulo en su desarrollo.

Y es justo el amor y el profundo afecto que siente por mí el que lo devuelve a la escena inicial: mi salida repentina del horno.

—Escucha, Tom. Me preguntaba si alguien entrara atraído por el humo ¿Cuáles son tus planes? ¿Dónde te esconderías?

Me repongo y cojo a Matt por el brazo, le muestro que debajo del horno hay un pequeño hueco tapado con la leña. Quito la leña y añado:

—Aún debo modificarla, pero creo que será suficiente para mí y para mi padre. Entrando, se va a parar a un pequeño espacio situado en la parte trasera. Este horno es mucho más pequeño que el que tenía en la panadería, pero dos pueden estar tranquilamente. Solo debemos esperar que en aquel momento el horno no esté muy caliente, de lo contrario no sé cuánto tiempo podríamos resistir.

Matt me mira con admiración y me dice:

—Hala, estoy muy orgulloso de ti. Dime cómo piensas modificarlo y lo haremos juntos, como todo lo demás. Ahora siempre estaré a tu lado.

—Bien, amigo mío, es justo lo que deseaba escuchar. Empieza entregando este pan.

Nos miramos y reímos.

* * *

—Desde luego que tu amistad con Matt tiene que haber sido la cosa más preciosa que has tenido… Siempre he soñado tener un amigo así, pero no he tenido la suerte de encontrarlo.

El abuelo le sonríe despeinándole la melena con la mano.

* * *

He vuelto a casa hace aproximadamente media hora, más o menos a las siete de la tarde, pedaleando mi bicicleta nueva. Estoy en la cocina preparando la cena para mi padre y para mí, tratando de pelar las cebollas, pero en mi mente solo hay espacio para una sola cosa: mi dulce David.

Pienso en el sonido de su voz, el perfume suave que emana, pero sobre todo pienso una y otra vez en aquel beso. Hubo algo especial entre los dos, algo único, y si Dios lo hubiese querido, aquel encuentro podría haber sido el inicio de una gran historia de amor.

Termino con las cebollas y empiezo con las patatas, y de repente mis pensamientos son interrumpidos por unos alaridos que provienen de la calle. No me da tiempo ni siquiera a abrir la puerta para averiguar lo que está sucediendo, cuando alguien la empuja con tanta fuerza que logra abrirla a la primera, tirándome al suelo.

Son dos agentes de las SS que gritan:

—Judíos, estáis obligados a entregarnos todos los aparatos eléctricos que poseéis en casa. Vamos, es una orden.

—Señores, no poseemos nada desde hace tiempo. Temo que os tendréis que marchar con las manos vacías de esta casa —Trata de explicar el viejo Carl que se presenta a mi lado con voz baja y fingiendo pena.

El más anciano de los guardias de las SS, al escucharlo, comienza a agitarse y con un tono aún más furioso, le grita:

—¿Cómo es posible que no tengáis nada? Hoy he escuchado esta excusa un centenar de veces, pero después de haberlo comprobado personalmente he encontrado de todo, así que no nos hagáis perder el tiempo. ¡Vamos!

Mi padre autoriza con la mirada a los dos oficiales a entrar y buscar mientras yo me quedo a su lado en silencio, como paralizado por el miedo.

Los soldados sin dilación entran y empiezan a destrozar la casa, mientras mi padre les explica que ha tenido que vender todas sus pertenencias para poder salir adelante en este periodo tan difícil para su *raza*.

El agente de las SS más joven, después de haber registrado gran parte de la única habitación, se sitúa justo delante de mis paralizados ojos.

—¿Cómo es posible que no tengáis nada? ¿Ni siquiera una radio?

Aún muy perturbado, me limito a negarlo con la cabeza, pero el agente de las SS, para nada satisfecho, me mira a los ojos, y después de dibujar una sonrisa en su rostro que no presagia nada bueno, inesperadamente comienza a golpear salvajemente a mi padre.

No puedo creer lo que veo: mi padre tumbado, en el suelo, debido a un puñetazo en el estómago, una patada…, luego otro y otro y otro más hasta que por fin decido reaccionar.

—Basta, basta, os lo ruego basta. Sí que tenemos algo…

Los dos agentes se intercambian miradas cómplices y satisfechas mientras yo me dirijo al desván para coger el tocadiscos de mi madre.

Una vez abajo, miro a los guardias directamente a los ojos con un aire lleno de odio y rabia y pregunto:

—¿Por qué lo hacéis?

Aunque en el fondo creo saber la respuesta.

—¡La guerra es cara, chico! —responde uno de ellos.

Al escuchar aquellas palabras mi corazón parece detenerse. Me dejan sin aliento; con la mirada perdida, pienso: «No puedo creer que esto esté sucediendo realmente. Acabo de entregar mi bien más preciado para financiar una puta guerra» «Y no cualquier guerra, sino una guerra en mi contra y en contra de mi gente. Todo esto es terrible!».

—¿Solo esto? ¿Nada más?

Con la mirada aún perdida muevo ligeramente la cabeza. Los dos militares, decepcionados del botín y cabreados por el tiempo perdido deciden castigarnos abalanzándose sobre nosotros y llenándonos de puñetazos y patadas. Pese a estar aún confundido por los golpes sufridos, logro captar lo que los oficiales de las SS nos dicen mientras salen de casa.

—Así aprenderéis a no jodernos, como si fuéramos estúpidos judíos.

Con el alma y el cuerpo heridos por tanta violencia, nos quedamos dormimos en el suelo.

A la mañana siguiente soy el primero en abrir los ojos. Observo a mi alrededor, dirigiendo la mirada hacia mi padre que aún duerme acurrucado. Tardo solo unos segundos en darme cuenta de lo sucedido: lamentablemente no ha sido una pesadilla. Despierto a mi padre y me aseguro de que se encuentre bien. Por suerte, aparte de alguna magulladura y algún moretón doloroso, ambos logramos ponernos de pie.

De repente revivo, en un *déjà —vu*, las violencias gratuitas que me habían regalado hace un tiempo y que me habían costado diez semanas de recuperación y pesadillas que aún me devastan el cerebro.

—Papá, ¿por qué todo esto?

Mi padre no tiene ninguna respuesta.

Baja la mirada y me da un fuerte abrazo.

Capítulo 21

PARA mi padre y para mí, el invierno del 36 fue muy duro, al igual que la siguiente primavera.

El verano llegó con todo su calor y trabajar en el horno era aún más difícil, pero no me rindo, yo puedo contra el calor del fuego, contra el calor del verano y contra las bandas que aprietan mi cuerpo sosteniendo el pan recién horneado.

* * *

—Abuelo, del 6 al 15 de enero se celebraron las olimpiadas de invierno en Alemania, ¿no?

—Sí, Ben, pero como podrás imaginar, nosotros los judíos teníamos problemas muchos más serios en los que pensar, teníamos que luchar para sobrevivir, las olimpiadas no nos importaban.

—Lo sé, pero de todas maneras es historia, y la necesito para mi investigación. En 1935 los ayuntamientos de Garmisch y de Partenkirchen, en la parte meridional de la Baviera, cerca de la frontera con Austria, se unieron para los juegos olímpicos. Por otro lado, esto ya se había decidido en abril de 1931 en Barcelona.

»Tal y como estaba escrito, también las olimpiadas, evento aparentemente lúdico que debería haber supuesto la paz y el fin de cada una de las acciones bélicas o violentas, estaban incluidas en un plan mucho más amplio que poco a poco tomaba forma en la mente de Hitler y se traducía en una nueva barbarie. Las ceremonias festivas y lujosas servían para sembrar una idea de paz y hermandad, cuando en realidad en Alemania dominaba una inflexible intolerancia que se ocultó durante

los juegos olímpicos.

Durante las olimpiadas de verano del 32, en el *Observador del Pueblo*, periódico del partido nazi, destacaron que los atletas negros no deberían haber aspirado a las olimpiadas, razón por la que no participaron en las invernales.

»Durante la visita tradicional de los delegados del Comité Olímpico, guiados por su presidente, el Conde Henri de Baillet-Latour, que viajó a Garmisch para supervisar el estado de las obras, notó horrorizado un cartel en la entrada de la villa olímpica: «No se admiten perros ni judíos».

»El conde, indignado, pidió una entrevista con el Führer, el cual respondió a su manera a la petición de la retirada del cartel: «cuando se está invitado en casa ajena se deben respetar las reglas». El conde, respondió que recordara que cuando la bandera de las olimpiadas fuese izada los roles se invertirían, por lo que Hitler no tuvo elección y satisfizo su valiente solicitud. La imponente inauguración logró esconderlo casi todo, pero a pesar de eso, los juegos olímpicos no trascurrieron con la tranquilidad deseada.

»Los únicos fotógrafos autorizados fueron los alemanes y la zona fue constantemente patrullada por más de seis mil agentes de las SS. Como se puede ver, cada acción de Hitler fue destinada al cumplimento de sus repugnantes planes.

—Ya, pero nadie movió ni un solo dedo para ayudarnos. Nuestro exterminio ocurrió bajo la mirada del mundo entero, pero nadie hizo nada. De todos modos, volviendo a nosotros, la mía es la única historia que puedo contarte. Aquel día de verano llegó Anna dando pequeños brincos, envuelta en una luz que emanaba alegría.

* * *

Quién sabe si por el calor, el miedo o la inquietud, no reacciono bien a su entusiasmo y con un tono seco le recuerdo que estoy trabajando, que no puedo permitirme el lujo de ser feliz y que sería mejor que nos viéramos en otro momento.

Anna agacha la cabeza avergonzada. No deja de ser una niña que tuvo que madurar antes de tiempo y ella también tiene la necesidad de soñar, de divertirse o simplemente de distraerse perdiéndose en una cotidianidad pincelada de normalidad.

Para ella soy como un hermano de sangre y por esa razón, a menudo

olvida que soy judío y que los judíos hoy en día tenemos problemas realmente serios, que borran cualquier traza de despreocupación y de serenidad. En muchas ocasiones Anna se siente torturada por un sentimiento de impotencia, no solo hacia mi persona y hacia todos aquellos en mí misma situación, sino también hacia su hermano. Su expresión cambia, se siente avergonzada y triste y se disculpa.

—Perdóname Anna, mi actitud ha sido vergonzosa. De vez en cuando hablar de otras cosas me iría bien, pero me es imposible hacerlo. Me imagino que, aunque vuestra familia esté en una situación privilegiada, también para vosotros tiene que ser difícil, probablemente más que para Matt, ya que su carácter le ayuda. Si tu padre se diera cuenta de que detrás de su comportamiento se esconde dolor y angustia, quizás…

—Tom —Anna suspira—, ¿cómo lo va a entender mi padre? El once de noviembre presenció un discurso de Hitler acerca de los peligros raciales y biológicos de la homosexualidad, y hace menos de un mes atrás fue al discurso antihomosexual de Heinrich Himmler, con motivo de la inauguración del Reichszentrale zur Bekämpfung der Homosexualität und Abtreibung (Central del *Reich* para la lucha contra la homosexualidad y el aborto), institución de la policía criminal dependiente de las SS. Su trabajo no lo ayuda para nada. Esos maniáticos trabajan con verdaderos «come cocos». Para mi padre no puede haber humillación más grande que tener un hijo como Matt.

Esbozo una sonrisa, conteniéndome.

—No me extraña, Anna, ha llegado hasta el punto de obligar a su propio hijo a tener una relación sexual con una prisionera. Cualquier otro hombre habría estado encantado —me rio por no llorar—. Pobre Matt, ya me imagino la escena.

Anna inclina la mirada una vez más:

—Yo estoy de vuestra parte. Lo sabes, ¿no? Pero no puedo evitar sentir dolor y pena por mi padre. En el fondo él solo desea curarlo.

—¿Curarlo? —respondo alterado— ¿Curarlo de qué?

—Vamos, Tom, sabes que para ellos la homosexualidad es incompatible con sus propios ideales. Para ellos el objetivo de las relaciones sexuales es la reproducción, para la conservación y continuación de la existencia del Volk, es decir del pueblo, más que para el placer del individuo.

Lo sabía, pero saber no significa entender, no significa comprender ni apoyarlo. Son muchas las cosas que no entiendo, o quizás,

simplemente, no acepto.

Capítulo 22

HAN PASADO ya varios meses desde la excarcelación de Matt. Su vida no es la misma de antes, pero a pesar de ello no se queja. Entre un pretexto y otro siempre logra sacar permiso para salir. Nos vemos cada vez que queremos, me ayuda con las entregas del pan y, lo más importante, puede volver a ver a su amado Peter. Lo hace con mucha cautela y en secreto, pero lo único que importa es que puede verlo. Por suerte, al igual que Matt, Peter ha sido excarcelado después del arresto en al «campo del amor». Para él, pese a ser homosexual y judío, salir de prisión fue mucho más fácil que para Matt.

Un Coronel, durante una inspección improvisada en el interior de las cárceles para controlar la labor de los guardias, sufrió un colapso que lo hizo caer al suelo. Estaba completamente rígido y empezó a temblar como si lo estuviesen electrocutando. El rostro del militar se volvió azulado, echaba baba por la boca: ¡se estaba ahogando! Todos los Oficiales trataron de socorrerlo, pero el hombre estaba cada vez más grave. Uno de ellos, dirigiéndose a los guardias gritó: ¡llamad a un médico inmediatamente! ¡Daos prisa!

La celda de Peter estaba justo ahí, a pocos pasos. El joven estaba presenciando toda la escena cuando, al darse cuenta de que el Coronel estaba a punto de morir sofocado en pocos minutos, y que el doctor que habían llamado no llegaba a tiempo para salvarle la vida, decidió intervenir:

—¡La lengua! ¡Cogedle la lengua!

Uno de los guardias presentes le golpeó la cara con el mango de la ametralladora que logró pasar entre los barrotes:

—¿Qué sabes tú?¡¡Eres solo un estúpido judío!

Peter sintiendo mucho dolor y cogiéndose la nariz, que probablemente estaba rota, con una mano, respondió con un tono muy bajo:

—Soy médico…

Uno de los oficiales presentes lo miró fijamente a los ojos y ordenó al guardia abrir la celda.

Por un instante Peter pensó que aquél Oficial deseaba continuar con lo que había empezado el guardia, pero al poco tiempo se tranquilizó:

—Acérquese, ¡rápido!

Dado el estado del Coronel, que parecía estar en condiciones extremas, el Oficial decidió dejar intervenir a Peter. El joven médico, que ya había entendido que se trataba de un ataque epiléptico, se esforzó para salvar la vida de su carcelero. Superado el momento de inconsciencia, cuando recuperó la lucidez, el Coronel, dispuesto a saldar su deuda con Peter, decide indultarlo haciéndole prometer que no se dejará coger más.

Es así como la libertad le permite encontrar a su amor, y entre una mentira, una excusa y una tapadera, logran reanudar su relación.

* * *

—Y vivieron felices y contentos… —dice Ben sonriendo.

—Lamentablemente no, querido Ben… —interrumpe Anna tomando la palabra—. Poco después, para nosotros, se abrieron las puertas del infierno.

—¿A qué te refieres, abuela? Vamos, cuéntame.

Capítulo 23

UN DÍA en que Matt volvía a casa pensando en su único gran amor, Peter, mientras encadenaba su bici nueva, le sorprende una dulce voz femenina.

—Hola, Matt, ¿te acuerdas de mí?

Se da media vuelta y ve a la que alguna vez fue la pequeña Margaret Fisher.

—¿Margaret? ¡Cuánto has crecido! ¿Qué te trae por aquí?

Ella, divertida, mira a Matt y complacida por sus palabras responde con tono cautivador:

—Estoy aquí por ti, ha sido tu padre el que nos ha invitado. ¿No te ha dicho nada? Matt la mira desconcertado limitándose a responder con un «no».

Margaret ajena a todo, sin saber que Matt es gay, y que su padre desea curarlo a toda costa, llena de entusiasmo y con los ojos brillantes de felicidad lo aclara todo:

—Estamos aquí porque tu padre nos ha planteado la posibilidad de una boda concertada. Mi padre en este momento está organizando todo lo necesario para que nos casemos a finales de mes.

—¿Perdona? ¿Quién se casa con quién?

Matt empieza a sudar frio, sabe que lo ha entendido bien pero su corazón empieza a latir con tanta fuerza que le hace pensar que el pánico le está jugando una mala pasada. Margaret contesta con una gran sonrisa:

—¡Tú y yo, ¡estúpido!

Él se queda mudo, con la mirada perdida, como si estuviese paralizado.

La muchacha nota su estado de *shock* y el desconcierto que refleja el rostro de su futuro esposo; sorprendida por su reacción, trata de animarlo.

—Matt, sé que probablemente no es lo que hemos soñado, pero en mi vida no hay ningún otro hombre. Aunque ahora no te ame, estoy segura de que aprenderé a hacerlo, de la misma manera que mi madre lo hizo con mi padre. Te conozco desde que eras niño, creo saber qué te podría hacer feliz y qué no. Todo lo que no sé de ti lo aprenderé y lo respetaré. Mi único deseo es hacerte feliz, cuidar y criar bien a nuestros futuros hijos. El amor llegará con el tiempo, cuando aprendamos a conocernos íntimamente.

Matt termina de enganchar su bici, se apresura y entra en casa, dejando a Margaret fuera. Se dirige de inmediato a la cocina, donde supone se encuentra papá. También está su madre y los señores Fisher.

Apenas entra, todos los presentes lo miran sonrientes y con aire festivo.

El dueño de casa se levanta, rodea el cuello de Matt con un brazo y anuncia en voz alta: ¡Aquí tenéis al novio! Mi hijo hará que vuestra hija sea la mujer más feliz del mundo.

Matt lo mira estupefacto y al mismo tiempo aterrorizado. Sin pronunciar ni una sola palabra, coge a papá por un brazo arrastrándolo fuera de casa:

—¿Papá, por qué me estás haciendo esto?

La voz le tiembla, quisiera decirle muchas cosas más, pero las palabras mueren en su garganta. Papá al ver que la joven Margaret se encuentra de pie mirándolos, la invita con una ligera sonrisa y un gesto educado con la mano a entrar en casa; inmediatamente después responde a su hijo con un tono fuerte, severo y autoritario:

—Matt, ¿recuerdas la promesa que me hiciste cuando saliste de la cárcel?

Mi hermanito, mudo, lo mira con ojos que imploran piedad.

—¡Eh! ¿Por qué no me respondes? Ya que no lo recuerdas, te refresco la memoria. Me prometiste que te casarías y encontrarías a la mujer perfecta para ti. Te he dado seis meses de tiempo para hacerlo, pero ya que no has logrado encontrar

una mujer tú solo, he pensado echarte una mano. Ahora entras en casa y dices a todos los presentes que te casarás con esa chica y que estás deseando darle hijos: ¡eso es lo que desea cualquier hombre!

Aquellas palabras entran directas en los oídos de Matt como si se

trataran de un martillazo. Furioso y lleno de rabia, decide entrar a la cocina escoltado por papá. Con la mirada seria pide un momento de atención. Papá, satisfecho sonríe a los presentes, seguro de haber convencido a Matt.

—Señores, siento mucho que hayáis tenido que hacer este viaje para nada, pero yo no me casaré con vuestra hija, ni con ninguna otra mujer —Mira a la joven de rostro dulce, triste y desorientado y con gran pesar continúa—: Lo siento mucho, Margaret, eres una buena mujer y también muy bella, pero no eres lo que deseo.

Y dejando a todos boquiabiertos se dirige a su habitación en la planta superior de la casa.

Con el corazón a mil por la valiente escena que acaba de protagonizar, escucha las voces que provienen de la planta inferior. El señor Fisher tiene que estar realmente enfadado por lo que acaba de suceder, sus gritos son bastante acalorados:

—Ahora entiendo la razón por la que aún no has pedido la dote de mi hija, porque el problema es él. ¡Sigue enfermo!

Acto seguido coge a su mujer e hija por el brazo, y sin despedirse sale de casa refunfuñando por lo sucedido.

Matt esconde la cabeza bajo su almohada, solo desea dejar de escuchar aquellas estupideces, pero sabe que dentro de nada tendrá que afrontar el discurso de nuestro padre.

En la planta inferior, se escuchan aún los gritos de Alfons, y parece que de momento no van a callar. Matt está en la cama, está a punto de quedarse dormido con la cabeza bajo la almohada, cuando papá irrumpe en la habitación con los ojos endemoniados.

—Esta es la última vez que me humillas —Con un hábil gesto se quita el cinturón de los pantalones y lleno de odio se acerca a la cama de Matt—. Por tu culpa he tenido que soportar múltiples humillaciones. ¡Eres la vergüenza de esta familia! ¡Me das asco!

Con el cinturón entre las manos empieza a golpearlo con fuerza; lo golpea por todos lados: primero en la cara, luego en la espalda y también en sus partes íntimas. Para defenderse

de alguna manera de los golpes que le provocan dolores lancinantes, Matt decide darse la vuelta y ponerse boca abajo.

Papá continúa aporreándolo sin descanso, entre los gritos de Matt, sofocados por la almohada. Es consciente de que sus golpes le dejaran heridas, pero su deseo es que estas no cicatricen con rapidez, como prueba de cuánto su despreciable hijo lo está haciendo sufrir. Agotado

de su feroz cólera decide concluir.

—Te diré una cosa más. ¡Desde hoy tienes completamente prohibido salir de esta habitación! Te pudrirás aquí dentro hasta el día en que te presentes en el altar en compañía de Margaret Fisher. ¿Lo has entendido, Matt? ¿Entendido?

Y sin esperar ninguna respuesta deja a Matt entre lágrimas y heridas que sangran, manchando de color rojo su ropa.

Capítulo 24

BEN SE queda mudo, con la boca abierta, como la de un pescado hervido. Está confundido y trastornado. Una cosa es la historia como te la cuentan en el colegio y otra cosa completamente diferente es como la han vivido y viven las personas que amas.

—Abuela, ¿me podrías preparar una taza de chocolate caliente? Creo que me hace realmente falta. Mientras tanto yo miro por dónde iba, históricamente hablando…

»Los meses pasan, pero en Berlín nada parece cambiar. El ensañamiento contra los judíos y los homosexuales es cada día más violento por mucho que el Vaticano, y en particular el papa Pio XI (Achille Ratti) con la encíclica Mit Brennender Sorge, del 14 de marzo del 1937, condene duramente al nazismo. Una de las condenas más severas contra un régimen nacional que el Vaticano haya jamás pronunciado.

»El papa contrario a cualquier tipo de dictadura y totalitarismo, trata de hacer todo lo posible para frenar la aplicación de las doctrinas alemanas. Hitler pillado por sorpresa, se siente completamente desconcertado. Furioso y en una violenta campaña de prensa, lo ha definido como una tentativa criminal a nivel mundial contra el estado nacionalsocialista y el pueblo alemán.

»El odio y la rabia del Führer estallan con más convicción, por lo que el 15 de julio, se creó uno de los campos de concentración más grandes de la Alemania nazi, El Buchenwald, encima de la colina de Ettersberg, en una densa extensión de robles, a unos ocho kilómetros de Weimar, en la Alemania oriental.

—Y mientras los acontecimientos se desmoronan —lo interrumpo proyectado en el pasado—, entre las paredes de la habitación de Matt el tiempo pasa muy lentamente.

* * *

Los meses transcurridos en el seno familiar parecen años. Matt preferiría mil veces la cárcel, donde por lo menos estaría lejos de su padre, que lo visita con demasiada frecuencia armado con su cinturón. Pero en su casa también está la pequeña Anna. En realidad, lo único que le importa es ella. Gracias a su hermanita, Matt puede intercambiar cartas con Peter y conmigo. Es su única manera de poder tener noticias del mundo exterior y romper el muro de aquella desgarradora soledad.

Aún no ha amanecido en esta mañana berlinesa. La temperatura ha caído bajo cero, y todo parece más triste y melancólico. Matt ya ha vivido una situación parecida. En soledad, abrazado a sus pensamientos, piensa en cuando su padre descubrió su homosexualidad, en el cautiverio en su propio hogar y en cómo ha enfrentado la situación. Decide que esta vez también tiene que hacer algo, pero que ahora debe aprender de los errores pasados y lograr que todo salga bien, y esto requiere un plan bien articulado.

En este largo periodo de cautiverio en casa, en su propia habitación, sin duda no le ha faltado tiempo para reflexionar. Ha imaginado tantas veces lo que debería hacer, pero nunca ha tenido las agallas de hacerlo por miedo a empeorar aún más las cosas. Sin embargo, ha llegado a la conclusión de que no tiene nada que perder.

Son las siete de la mañana, cuando decide ir a hablar con su padre. El hombre se encuentra en su habitación y está a punto de vestirse. Matt mira asqueado aquel uniforme marrón apoyado en la cama, aunque ahora está convencido de que es el atuendo perfecto para él.

Piensa que solo un hombre como él es capaz de llevarlo, aunque en lo más profundo de su corazón sabe que no es así. Ha conocido a muchos colegas de su padre durante todos estos años, algunos de ellos con un gran corazón y dignos de respeto. Entonces, ¿por qué hacen ese trabajo? ¿Por qué llevan a cabo, sin rechistar, todo aquello que Hitler ordena pese a estar en contra de sus principios morales?

Una manada de imbéciles manipulados por un Führer, un líder autoproclamado.

Matt se arma de valor, odia a su padre y debe recurrir a sus dotes de

actor para ser creíble.

—¡Hola, papá, ¿puedo hablarte? —Un susurro sale de sus labios para no despertar a su madre que aún duerme. El padre sin preocuparse demasiado por su mujer que descansa ni por Anna, con un tono alto, después de toser, responde—: ¿A esta hora? ¿Qué quieres, Matt?

El chaval con una sonrisa deslumbrante empieza su gran espectáculo.

—Quería decirte que, después de todos estos meses, he tenido una iluminación. Esta noche he visto delante de mí a la esposa que me habías encontrado. Me la he imaginado, he visto toda su belleza, he imaginado que la besaba y que la tenía a mi lado. No he hecho nada más que soñar con la señorita Fisher toda la noche y finalmente me he dado cuenta de que es lo correcto que me case con ella, porque después de todo me gusta, me parece incluso que ya la amo.

»La forma en que me ha recibido, el entusiasmo que ruborizaba su rostro. La tristeza y la compostura cuando la he rechazado, incluso antes de hacerla mi mujer. Una compañera así es digna de una vida. Quiero casarme con ella, papá.

Offman, que está a punto de hacerse el nudo de la corbata, se detiene, mira a su muchacho directamente a los ojos elevando ambas cejas.

—¿Me estás diciendo que estás curado?

Matt pensando por un momento que el padre lo había descubierto se limita a asentir con la cabeza. Baja la mirada y se pregunta si tendrá un futuro como actor.

El Coronel omite cualquier detalle, lo que cuenta es la recuperación de su hijo. Finalmente, después de todo este tiempo, ha logrado escuchar aquellas palabras que tanto anhelaba. ¡Matt quiere casarse… con una mujer!

Sabe que si su hijo está curado es sólo gracias a él. Por supuesto hubo un periodo que empezó a pensar que probablemente su primogénito pertenecía a la otra categoría de gais, aquellos incurables, pero ahora sabe que no es así y que su método curativo es infalible, así que sin cambiar el tono de voz y sin mostrarse particularmente entusiasmado, responde:

—Perfecto. Quiero que sepas que toda esta historia ha sido más difícil para mí que para ti. Volveré a organizarlo todo.

Matt retrocede hacia la puerta y sin darse la vuelta, dando la espalda a su padre, continúa:

—Quisiera pedirte un último favor.

El padre lo mira perplejo y temeroso.

El joven después de respirar hondo continúa:

—He perdido demasiado tiempo con mi enfermedad. Ahora que ya estoy bien, deseo que organices mi boda lo antes posible. Quiero casarme, tener hijos y quien sabe… Quizás volverme como tú.

El Coronel por un instante, al escuchar aquellas palabras, tiene la sensación de que su hijo le está tomando el pelo, pero luego, analizando todo lo que Matt ha pasado, las humillaciones, la reclusión, que a pesar de estar en casa sigue sufriendo, comprende que su prisa es completamente natural.

Quizás no la ame como dice, y quizás tampoco tenga todo aquel deseo de tener un montón de chiquillos con los mocos colgando, pero quien está cansado de vivir una vida que no es vida, tiene esa inmensa necesidad de pasar página. Se acerca a su hijo y lo tranquiliza, consciente de que lo que cuenta en realidad no es lo que siente, sino lo que la gente piensa que él siente.

—Ya veré que puedo hacer. El único problema es convencer nuevamente a los Fisher, pero lo conseguiré.

Matt sorprendido de la gran hazaña que acababa de cumplir, él mismo se felicita con una palmada imaginaria en la espalda e inmediatamente después viene a verme. Le sonrío contento asintiendo con la cabeza. Su futuro como actor está garantizado. No imagina que a su padre no le importe lo que él siente, lo que quiere es que se case y poder aparentar normalidad ante los demás.

Capítulo 25

—ABUELO, no logro entender si el Coronel era un imbécil o un hijo de puta.

—Ben, hay personas que están tan seguras de sus propias ideas y convicciones que no logran ver la realidad, o quizás, simplemente no desean verla porque les va bien así.

—Al final, ¿consiguió organizar la boda?

—Claro que sí, Ben, el Coronel siempre conseguía lo que quería. Llega el día de la boda, todos están en la iglesia, falta solo Matt.

* * *

El Coronel Offman, junto a su familia, sale antes de casa para que así Matt pueda prepararse con calma. Tiene el corazón lleno de melancolía. Recuerda perfectamente su gran día. Han transcurrido tantos años, pero la emoción aún permanece intacta en su mente:

«Aquella mañana, la mujer que se convertiría en su esposa, esperaba a su primogénito. Estaba radiante en el altar, bella como nunca la había visto, y además llevaba en su vientre a su pequeña criatura».

El Coronel es consciente de que es un hombre afortunado porque para él su mujer no es solo su amor, sino también la compañera de una vida; siempre lo ha acompañado en todos

los momentos de su vida fueran los que fueran y ahora es el turno de su hijo.

Sin duda no ha sido nada fácil alcanzar aquel objetivo, pero él se considera un gran padre y al final todo va como tiene que ir.

Esperando delante de la iglesia, entre los parientes que se felicitan, el tiempo vuela. Margaret Fisher es la más emocionada. Finalmente coronará su sueño: casarse, tener hijos y cuidar de su familia. Ha estudiado mucho para ello, dar a luz a pequeños arios «pura sangre» es una gran satisfacción para ella.

El padre de Margaret, esperando que su hija se casara con algún pez gordo de las SS, la preparó adecuadamente, tal y como el régimen preveía. De hecho, la jovencita estudió en el famoso y secretísimo colegio Reichsbrauteschule, colegio para novias de oficiales y jerarcas nazis. Ahí le enseñaron el adoctrinamiento «neopagano» y el culto al Führer.

Las estudiantes, divididas en clases de veinte, deben asistir al instituto preferiblemente dos meses antes de la boda, para prepararse a «las alegrías de la vida conyugal», pero el señor Fisher lo ha hecho mucho antes, deseando lo mejor para su única y adorable hija.

Aquellas seis semanas de curso le han costado ciento treinta y cinco marcos, pero han valido la pena. Margaret ha aprendido a cocinar, cuidar del jardín, lavar, planchar el uniforme de su marido, e incluso a mantener una conversación en ocasiones como un cóctel o alguna fiesta y, obviamente, a hacerse cargo de sus hijos. A pesar de que Matt no es miembro del ejército del Führer no deja de ser el hijo de un Coronel; llevará un apellido prestigioso que dejará en herencia a sus hijos.

En este día tan importe, Margaret lleva un vestido blanco, sobrio, que le marca la cintura. Un velo larguísimo baja de un sombrerito oscuro con un encaje «à pois» blanco. Entre las manos un fantástico ramo y en los ojos… románticos sueños de amor.

Contraria a la tradición, Margaret llega puntual y ahora no le queda otra que esperar en el coche, a unos pasos de la iglesia, a la espera de su futuro marido. En cuanto llegue, el chofer encenderá el motor y muy lentamente se aproximarán a la iglesia. Esperándola estará su padre, que la llevará del brazo al altar donde Matt esperará.

—Alfons, Alfons, ¿dónde está Matt? Estoy cansada de estar aquí fuera esperando.

Entre el tumulto, una pequeña anciana empieza a quejarse, molesta por la imprudencia del esposo que tanto se hace esperar.

—Mamá, Matt está llegando, es un hombre que se dirige al patíbulo, ¡tened piedad!

Entre los invitados se escucha un estallido de carcajadas. Ríen todos divertidos especialmente los Fisher que, hasta aquel momento, la

ausencia de Matt los tenía angustiados. La señora Offman finge enfadarse, pese a que aquella broma en realidad le ha hecho gracia.

Una hora después, los invitados siguen dentro de la iglesia. Las charlas, poco a poco se van desvaneciendo. Solo las mujeres tienen todavía argumentos, mientras que a los hombres aquel silencio empieza a incomodarlos.

Anna, mientras espera a alguien que sabe que nunca llegará, mira al tío Ernest, sentado al lado de su padre. Es la primera vez que lo ve después de las confesiones de Matt y si pudiera lo mataría con sus propias manos. Las ganas de contárselo todo a su padre son enormes, pero no puede. Matt le hizo prometer que jamás se lo contaría a nadie, después de todo, es parte de su pasado y no quiere volver a recordar aquellos terribles momentos.

Alfons mira a su alrededor. Por un lado, las mujeres, que, aunque agotadas se tienen compañía, por otro lado, los hombres que soplan de aburrimiento entrando y saliendo de la iglesia, aprovechando para fumarse un puro que les distraiga.

No es exactamente lo que el Coronel se había imaginado para la boda de su único hijo varón. Su tolerancia llega al límite cuando un susurro interrumpe aquel murmullo descontrolado:

—Quizás Matt ha huido con el primer hombre que se le ha cruzado mientras venía hacia aquí.

Una carcajada femenina le sigue a la frase.

La rabia comienza a nublar los ojos del Coronel Offman.

De repente lo ve todo claro. El puzle se completa. Su hijo, su único hijo, no se ha curado. Está todavía enfermo, y lo que es aún más grave: se ha burlado de él. No puede creer que ese sinvergüenza lo haya vuelto a hacer, primero delante de sus colegas y ahora delante de amigos y parientes.

Es un insulto demasiado grave, una falta de respeto. La alegría de su recuperación era tan grande que había bloqueado su capacidad de entenderlo, cegándolo por completo. Sin embargo, ahora todo vuelve a su sitio, ahora todo lo ve claro.

El Coronel coge a Anna por el brazo y la lleva fuera de la iglesia, lejos de ojos indiscretos.

—Dime, Anna, ¿dónde está tu hermano?

Anna lo mira entre divertida y aterrorizada, pero disimula.

—Papá, ¿cómo quieres que lo sepa? Si he estado todo el tiempo aquí contigo.

Iracundo comienza a zarandearla por la espalda.

—Tu hermano y tú estáis muy unidos, sois uña y carne, jamás hubiera hecho nada tan irracional sin antes comentártelo. Quiero saber dónde está. Dímelo ahora mismo, de lo contrario juro que cuando lo encuentre lo mataré con mis propias manos… Y tú sabes perfectamente que soy capaz, ¿no es así?

Dos ojos endemoniados penetran a la pequeña. Ahora está realmente aterrorizada.

—¡No lo sé! —grita mientras mueve la cabeza continuamente tratando de evitar el contacto visual, pero él es más fuerte.

—Eres una hija ingrata. Después de todo lo que tu hermano nos ha hecho sufrir, ¿ahora lo proteges?

—¡No me sorprende para nada, de alguien como Matt era de esperar!

Una voz masculina llega directamente a los oídos de Anna. La jovencita se gira y ve a la última persona que habría imaginado que tendría el valor de pronunciar aquellas palabras: el tío Ernest.

Los ojos de Anna se llenan de odio e ira y a causa de los zarandeos que su padre continúa dándole, estalla en un llanto incontrolable gritando a pleno pulmón:

—¿Cómo tienes el valor de hablar? ¡Es culpa tuya si Matt está enfermo! Solo culpa tuya.

Anna acaba de romper su primera promesa.

Con ambas manos, Alfons le coge la cabeza obligándola a mirarlo a los ojos. La coge con más fuerza.

—¿Qué quieres decir, Anna? Mírame, ¿qué significa? —El tono de su voz era bajo y muy serio.

—Lo que he dicho. Tu hermano abusaba de tu hijo cuando él tenía solo 7 años. Es él el origen de todos tus problemas.

Anna ha dejado de gritar, pero el tono de su voz es muy severo, y su mirada reprobable pone en manifiesto la indecencia de lo sucedido.

Ernest por unos instantes se queda pasmado. «Pero… ¿cómo se ha podido enterar Anna?».

Aquellas palabras tienen un efecto devastador para Alfons. Ernest es su hermano mayor, no puede ni imaginarse algo así.

—¿Cómo te atreves a decir estas cosas? Eres una pequeña mentirosa.

Acto seguido una fuerte bofetada llega al rostro de su hija. Pero Anna no se rinde fácilmente. En ese momento todos los invitados se encuentran fuera de la iglesia, espectadores silenciosos de lo que está

ocurriendo.

—¿Por qué no confiesas tío? ¿Por qué no le cuentas a mi padre la razón por la que no me querías en medio cuando te llevabas a Matt al campo?

Mirando a su alrededor, Ernest se percata de que familiares y amigos lo están observando. Debe hacer algo para coger las riendas de la situación y el camino más fácil parece ser el de la negación.

—¡Esta niña está loca! Alfons realmente lo has hecho muy mal con tus hijos, uno enfermo y la otra loca y mentirosa.

En ese preciso momento, sin que nadie se lo espere, Alfons ve a su mujer acercarse a su hermano y darle una bofetada.

—No te atrevas nunca más a insultar a mis hijos. ¡Me das asco! —Le escupe en la cara, y dirigiéndose hacia a su marido, prosigue—: Alfons, lo que te ha dicho Anna es verdad. Cuando lo descubrí me suplicó que no te dijera nada porque de lo contrario lo hubieras matado con tus propias manos. Pese a que eso era lo que yo deseaba, no lo hice. Juntos, tu hermano y tú habríais matado a vuestra madre y al buen nombre de esta familia. Pero ahora ya no puedo tolerarlo. Tu hermano es un ser repugnante.

Alfons no se lo puede creer: su hermano mayor, su mejor amigo y confidente, era la causa de todos sus males. Después de la muerte de su cuñada le dio fuerzas para superar el dolor, pero ahora no merece nada más que la muerte.

Ernest comienza a correr y el Coronel impulsivamente lo sigue. No le cuesta mucho alcanzarlo. Ernest es bastante robusto y le cuesta mucho moverse, Alfons, por el contrario, está más en forma gracias a su trabajo.

Una vez lejos de los ojos indiscretos de los invitados, se acerca a su hermano y mirándolo a los ojos le pide que confiese, pero Ernest siempre ha sido un cobarde y eso Alfons lo sabe perfectamente.

—Dime la verdad y salvarás tu vida.

Ernest jamás había visto a su hermano tan endemoniado, aunque sabe perfectamente cómo tranquilizarlo.

—¡Espera, espera! ¿No creerás lo que te han dicho tu mujer y tu hija? Son solo putas mentiras. Te dicen estas cosas porque siempre han tenido celos de nuestra relación.

Alfons se irrita aún más.

—¿Mentiras? Entonces, ¿por qué has escapado como un cobarde? Pensaba que eras una buena persona.

Mientras pronuncia aquellas palabras coge su pistola.

Ernest no está aún listo para morir.

—Vale, vale, lo confieso. Sí, he sido yo. ¿Estás contento ahora? ¡He sido yo!

Aquellas palabras que deseaba tanto no escuchar llegan sin piedad y como bombas.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué con mi hijo?

El tono de voz de Alfons es alto, enfadado y asqueado.

—Estaba solo, sabías cuánto sufría por la muerte de mi mujer y tu hijo estaba ahí… El aire fresco y su inocencia ayudaron a que todo fuera más fácil. Lo siento, hermano.

—¡Me das asco! ¡Eres un monstruo!

Con una lagrima que le tiembla en el rostro, Alfons aprieta el gatillo disparando directamente a sus genitales. Un disparo no letal, pero que sin duda lo volverá inofensivo el resto de su vida. Alfons no ha terminado con él, pero de momento ha descargado su rabia y decide posponer el ajuste de cuentas.

Ahora es el turno de Matt. Consciente de que su hijo no ha nacido enfermo, igualmente está muy enfadado con él debido a las continuas humillaciones que le ha hecho pasar y especialmente por las tomaduras de pelo hacia su persona.

Así que, se acerca a su hija nuevamente.

—¿Has visto lo que soy capaz de hacer, Anna? He disparado a mi hermano, y si no me dices inmediatamente donde esta Matt, en cuanto lo encuentre haré lo mismo con él.

Anna continúa moviendo la cabeza sin soltar ni una sola palabra. ¡Ya ha roto una promesa y no quiere volver a hacerlo!

Los invitados se han marchado y Alfons, al percatarse de que se había quedado a solas con su hija, decide afrontar la situación con más tranquilidad. Respira profundamente y mirando a los ojos de Anna dice:

—Quiero hacer un pacto contigo. Tú has hecho hoy una cosa por mí, diciéndome la verdad sobre mi hermano y ahora yo deseo hacer una cosa por ti. Te prometo que, si eres tú la que me diga dónde y con quién está Matt, no lo mataré. Sabes muy bien que lograré encontrarlo y en ese caso el asesino de tu hermano serás tú, porque yo te he dado la oportunidad de elegir.

Anna sabe perfectamente que su padre no está de broma. Está capacitado para encontrarlo en breve tiempo gracias a sus contactos, y vista la última humillación padecida es realmente capaz de matarlo con

sus propias manos. Pero por más que esté lleno de maldad y sea capaz de hacer cosas horribles, sabe que se puede fiar de él. Si ha aprendido algo de su padre es que su palabra es sagrada, quizás esa es la razón por la que está tan enfadado con Matt.

Traicionar nuevamente a su hermano es la única manera de salvarlo de una muerte segura.

—Está con Peter.

Lo dice con una voz firme y con todo el dolor de su alma.

* * *

Mientras Tom narra la historia el rostro de Anna se llena de lágrimas y Ben con un nudo en la garganta, no dice nada, ni un comentario, ni una pregunta. Tom prosigue su historia, mientras la taza de chocolate caliente espera en la mesa al lado de la videocámara.

Capítulo 26

LA HUMILLACIÓN sufrida por el Coronel Offman es tan grande que decide que es el momento de ponerle fin. ¿Cuánto más tendrá que soportar un hombre respetable como él? Él siempre ha sido un hombre «hecho y derecho», siempre ha superado con creces todas las dificultades de la vida. Desde pequeño siempre tuvo que luchar por lo que quería dada la extrema disciplina su padre, la cual siempre vio como un modelo a seguir. Dados los grandes resultados obtenidos, se propuso seguir los mismos pasos.

En cincuenta años de vida, se había topado con bastantes enemigos por el camino, pero gracias a sus habilidades intimidatorias innatas, siempre había logrado aplastarlos y si ahora sus peores enemigos eran su hijo y su hermano… ¡lo sentía por ellos!

El Coronel Alfons Offman, una semana después de la supuesta boda, se encuentra sentado en el escritorio de la oficina del cuartel dándole vueltas a cómo afrontar esta situación y qué medias tomar para poder castigar justamente a su hijo.

Después de todo ya fue advertido por los altos cargos de que si no resolvía el problema serian ellos mismo los que lo llevarían a cabo, amenazando también al resto de su familia. Ya ha renunciado a su grado de General por culpa de su hijo. No ha podido curarlo, a pesar de que le dio su palabra, ¡quién sabe lo que le espera!

Gracias a que Anna lo delató, consiguió arrestarlo en la casa de otro gay como él.

Matt está ya listo para escapar con su mochila entre las manos, lo único que lo retiene son las dudas de Peter sobre las repercusiones que

podría acarrear esa decisión, ¡están perdiendo el tiempo!

Afortunadamente el Coronel le ha prometido a Anna que no lo mataría, porque con la rabia que llevaba dentro, se lo hubiera cargado de un solo disparo en pleno cerebro. Pero ahora las cosas están más tranquilas. El tiempo ha diluido todo tipo de emociones. Incluso el dolor ha desaparecido poco a poco.

Sin embargo, en la oficina las cosas son muy distintas. Mientras más pasa el tiempo más gente se entera de lo sucedido.

Amigos, allegados y especialmente colegas, no pierden la ocasión para recordarle lo depravado que es su hijo, o peor aún… su hermano. El Coronel, en el cuartel siempre ha sido un hombre respetado, pero ahora las cosas están cambiando.

Repentinamente el General de la Armada de las SS, Becker, se presenta ante él.

—¡Coronel Offman!

Alfons salta de la silla con el brazo derecho levantado, grita a pleno pulmón:

—Heil Hitler —Con la cabeza bien alta y con la mirada fija continúa —: Soy yo, señor.

El General Becker se dirige hacia una habitación vacía y con una señal ordena al Coronel que lo siga. Una vez dentro, aun de pie, apoya ambas manos en el escritorio y mira a Alfons directamente a los ojos.

—Coronel, esta mañana me han llegado unos rumores, estoy aquí para saber si son ciertos.

—Sí, mi General, es todo cierto.

—Todavía no le he dicho qué es lo que he escuchado y ya me está diciendo que los rumores son ciertos. Mire, Coronel, esto es justo o que me gusta ver: mis agentes de las SS que no tienen miedo de nada y afrontan todo con la cabeza bien alta.Pero hoy no necesita mi ayuda. Aquí todos se están burlando de usted, su desea que todo termine debe tomar serias medidas. Si hasta ahora no hemos intervenido con métodos

más… llamémoslo drásticos, es porque le tenemos respeto, a su cargo y a su profesionalidad. Pero usted no se merece ser el hazmerreír del cuartel, ¿me equivoco?

El Coronel capta inmediatamente que se trata de una sugerencia y está impaciente de escucharla:

—Sí, mi General, tiene razón. ¿Qué me propone?

Becker, ahora con los brazos cruzados, responde como cuando un amigo necesita ayuda:

—¿Ha escuchado hablar de Dachau?

—Sí, sé que hacen cosas horribles a los prisioneros. Es un modelo para todos los nazis. Sé que hace poco han empezado a construir un gran complejo de edificios en el área que hospeda el campo originario, utilizando prisioneros para terminar la obra. Es un lugar terrible.

—Estupideces, es solo un centro de rehabilitación y además de todas maneras… ¿No merecen los castigos más despiadados? —Mira al Coronel, todavía desconcertado y continúa—: Si fuera usted mismo el que ordenara el encarcelamiento de su hijo y de su hermano en aquel campo, al poco tiempo sería nuevamente respetado y saldría victorioso, como un verdadero hombre, porque es así como se comporta un perfecto ario. Además, no tengo que ser yo el que le recuerde que podría perder el uniforme por la vergüenza causada al Reich…

Alfons no está para nada feliz con la propuesta sugerida, nadie sabe lo que realmente sucede dentro de las paredes de aquel centro, nunca nadie ha salido vivo. Pero esa es su única salida, la única posibilidad para volver a ganar su reputación y la estima de sus colegas que hace tiempo no hacen más que mofarse de él. Piensa en Anna y en la promesa… No infringiría ningún juramento, porque pase lo que pase, no será él quien lo mate.

—Gracias por una sugerencia tan valiosa. Considérelo hecho, mi General, pero si me permite, desearía pedirle un favor.

El General, sin decir nada, asiente con la cabeza y lo invita a que prosiga.

—Pido una especial atención para mi hijo, Matt Ofman, mientras que para mi hermano Ernest no deseo ningún trato de preferencial. Deseo hacer desaparecer definitivamente ese monstruo de mi familia y la mejor manera de hacerlo es

es repudiarlo como hermano. En cuanto entre en Dachau, para mí no será nada más que un extraño. Es por ello por lo que exijo que lo traten como uno de los peores criminales, porque eso es realmente lo que es.

El General Becker, con una gran sonrisa de satisfacción entre los labios, lo felicita y lo acompaña hacia la puerta. Una vez ahí, lo invita a que cumpla con su palabra.

Offman llama a dos hombres, entre ellos a Aaron, y les ordena en voz alta para que lo escuchen:

—Desencarcelar a mi hijo y a mi hermano, ambos serán trasladados lo antes posible al campo de concentración de Dachau.

En la oficina, todos de pie con el brazo derecho levantado debido a

la presencia del General de la Armada, lo escuchan atónitos. Están impresionados y desconcertados por las atrocidades a las que el Coronel está a punto de destinar a su propio hijo y a su propio hermano.

* * *

—Abuelo, eso es terrible. ¿Cómo pudo condenar a su propio hijo a una muerte segura?

No hay respuesta: mirada baja y silencio.

Capítulo 27

Fuera como fuera la terrorífica locura nazi, corría como la pólvora destruyendo todo aquello que se encontraba en su camino y convirtiendo a otras naciones. En el mes de mayo del 1938 Hungría adoptó una política nazi, y en el verano del mismo año, en Italia se publicó en la revista la difesa della razza el manifiesto de las ciencias racistas.

En agosto, en Viena se creó la oficina central para la emigración judía liderada por Adolf Eichman, una institución de la Alemania nazi cuyo propósito era gestionar la marcha de los judíos austríacos. También abrieron oficinas parecidas en Praga y Amsterdam. Para los judíos parecía no haber escapatoria, la cacería estaba abierta: a donde quiera que fueran eran acosados.

El mismo Mussolini, el 18 de septiembre en Trieste, desde el balcón del ayuntamiento en la Piazza dell'Unità, con motivo de su visita a la ciudad, hizo instalar un palco enorme donde se podía leer la palabra «dux» donde anunció la emanación de las famosas leyes raciales antisemitas. Mancha imborrable del régimen fascista y de la monarquía italiana.

A primeros de octubre, los pasaportes de los judíos alemanes fueron considerados nulos. En la noche del nueve y diez de noviembre, Alemania, Austria y Checoslovaquia temblaron sacudidas por un eco terrible. El cielo de cristal había sido destrozado por el salvajismo antisemita y por la terrible violencia. El pretexto fue el asesinato de un secretario de la embajada alemana en parís por un joven polaco de origen alemán, Herschel Grynszpan, hijo de un deportado. Todo aquel odio retumbó en el firmamento estrellándose contra el cielo y fragmentos de vidrio cayeron, entre el ruido

ensordecedor del cristal roto. Fueron atacadas sinagogas, casas y tiendas judías.

La policía recibió órdenes de no intervenir y los bomberos se encargaron solo de vigilar que el fuego no atacara a más edificios. Siete mil quinientas tiendas judías destrozadas, ciento noventa y una sinagogas incendiadas, y setenta y seis destruidas a causa de actos vandálicos. Miles de judíos asesinados y torturados. Más de treinta mil deportados a los campos de concentración de Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen después de haber sido expropiados de todos sus bienes.

BEN LO narra con tono firme, en su videocámara. Una verdad histórica contada con un ápice poético que le sirve para poder diluir aquel dolor, aquel sentimiento de angustia y los deseos de vomitar y llorar por todo aquello que había escuchado de los relatos de sus abuelos.

—Te lo había advertido Ben, que sería difícil escuchar esta historia. Si lo deseas y si lo consideras oportuno, podemos terminar aquí.

—No, abuelo, quiero saber. Te ruego que continúes, no solo por mi investigación…

Capítulo 28

ES LA hora de la comida. No tengo mucha hambre, ¿cómo podría tener hambre con todo lo que está ocurriendo?

Parece que para mi padre y para mí no hay escapatoria. El exterminio semita parece cada vez más cercano y los acontecimientos ocurren con una velocidad impresionante. Muchas naciones han adoptado la política nazi.

¿Cómo puedo abrir mi estómago sangrante?

No obstante, sé que debo volver a casa para hacer compañía a mi padre, lo veo viejo y demasiado cansado. He perdido el apetito hace mucho y no solo por aquellos días de violencia atroz, lo perdí cuando arrestaron por segunda vez a mi mejor amigo.

Me alimento como un autómata, me veo obligado a alimentarme para así poder afrontar las severas jornadas laborales que me esperan cada día. Esta mañana, como cada mañana desde que Matt ya no puede echarme una mano, a pesar de la hora que es, me encuentro todavía caminando por la campiña de vuelta de la ciudad, después de haber correteado en vano por las calles de Berlín y haber logrado vender solo unos pocos de los panes que logro esconder bien bajo mi indumentaria.

Los pocos clientes a los que no les importaba si el pan proviene de manos judías, comienzan a echarse atrás por miedo a ser descubiertos. Solo unos pocos, tienen el coraje de arriesgar su vida por estas hogazas de forma extraña, los demás prefieren morir de hambre. Pero ninguno, absolutamente ninguno, es asiduo en encargar su pan.

Obligado a entregar mi vieja bicicleta a los nazis, los desplazamientos los recorro exclusivamente a pie, con la consecuencia de que la cantidad de pan está limitada, razón por la que también he

perdido bastantes clientes y, como si no bastara, me veo obligado a desplazarme varias veces al día sin importar el clima y las circunstancias.

Hoy he recorrido tres veces el mismo camino hasta que, un poco por el calor, otro poco por el cansancio y por la mal nutrición, me desmayado. Me ha socorrido un transeúnte que al verme inconsciente ha tratado de reanimarme ofreciéndome un poco de agua sin que yo manifieste la mínima señal de recuperación. Se me acerca más gente, me desabotonan la camisa y con gran sorpresa ven el pan que escondo.

Alguien me da algo para beber con un sabor que no sabría reconocer y me recupero rápidamente. A mi alrededor veo un montón de gente, todos judíos, por suerte, o al menos así lo parece. Apenas soy consciente de la situación y reconstruyo lo sucedido, me abotono rápidamente la camisa, me levanto, agradezco, y me marcho lo más rápido posible hacia casa, dando gracias a Dios de que ningún alemán me haya visto.

Entro en casa en silencio y sorprendo a mi padre sentado en una silla con la cabeza entre las manos. Hoy lo veo más desanimado, por eso cuando me pregunta, leyéndome en el rostro el miedo y la preocupación, si ha sucedido algo, miento y le digo que va todo bien, todo como siempre y que también hoy tendremos con qué alimentarnos. Abro la camisa y saco el pan que no he logrado vender.

Mi padre apoya una mano sobre mi espalda, suspira:

—¿Quién sabe qué más sucederá?

* * *

—Efectivamente, abuelo, los últimos acontecimientos no presagian nada bueno. En menos de un año Adolf Hitler ha conseguido el mando de las fuerzas armadas alemanas y el 12 de marzo ha conquistado Austria, que se encontraba bajo el dominio del reino de Prusia, incorporándola a Alemania y sometiendo al régimen nazi a ciento veinticinco mil judíos.

»Cada vez más ciego de poder y con un ataque de omnipotencia, Hitler anuncia su deseo de querer incorporar también los territorios checoslovacos habitados por alemanes, los Sudetes, para formar la «gran Alemania». El 29 de septiembre se firmó el acuerdo de Múnich entre Hitler, Mussolini y Chamberlain. Como propuso Mussolini, el acuerdo aprobó la incorporación de los Sudetes a Alemania, a partir del 10 de octubre siguiente.

»Checoslovaquia perdió una superficie de más de veinticinco mil

kilómetros cuadrados, una región rica en recursos minerales y de vital importancia militar, dado que poseía un baluarte natural en el caso de una posible invasión alemana.

Capítulo 29

—Y DESPUÉS de haber perdido primero todos los derechos y después todos sus bienes, los judíos perdieron también el nombre. Desde enero del 39, por imposición del Führer, todas las mujeres judías debían llamarse «Sara» y los hombres «Israel», total a los alemanes no les hace falta diferenciarlos, para ellos todos los judíos son iguales, como un rebaño de ovejas. Suena terrible, fueron considerados todos iguales: sucios y nada buenos… ¡Judíos! Y eso solo fue el comienzo.

—Pero mi destino era diferente, yo era diferente, traté de convencerme a mí mismo que debía respirar y no morir antes de tiempo a causa del pánico. En realidad, hacía tiempo que tenía la sensación de que alguien me seguía. Me repetí a mí mismo que eran las pesadillas que se hacían presentes y continuaba con mi peregrinaje, tratando de vender alguna hogaza de pan.

—Tus pesadillas eran reales, querido abuelo. El primero de septiembre de 1939, con el ataque de la Alemania nazi a Polonia, estalla la guerra. La política expansionista de Hitler es imparable.

»Polonia es la primera etapa hacia la conquista de toda Europa oriental, así mientras en el frente occidental, los franceses y alemanes se enfreentan detrás de la líneas opuestas de fortificación, Alemania en una guerra relámpago, con dos mil setecientos tanques y paracaidistas de combate, derrota y conquista Polonia. Francia y Gran Bretaña responden inmediatamente declarando la guerra a Alemania, pero se

muestran totalmente desprevenidos en lo que se refiere a lo militar.

»Hitler divide el ejército en dos: una parte ocupa la Manga, y la otra se dirige hacia Francia, defendida por los ingleses que se ven obligados a retroceder mientras los franceses vienen derrotados. Desde aquel

momento… ¡El infierno!

»La guerra mundial ha empezado, una guerra atroz e interminable que se cobra innumerables víctimas.

Capítulo 30

AQUELLA sensación que sentía de que me seguían no era solo fruto de mi imaginación y de un temor latente que me deja sin aliento y sin razón. Probablemente, cuando me desmayé, alguien entre las personas que estaban presentes, vio el pan y a cambio de algún favor me habrá delatado a las SS o quizás primero me ha seguido para observarme y luego me ha denunciado… Creo.

Por la tarde, justo antes del anochecer, los alemanes acompañados de sus fieles pastores alemanes emprenden un viaje a través de la campiña, a la propiedad del Coronel Offman. Mi padre y yo, como siempre, a esa hora trabajamos en el horno. Parece un anochecer como cualquier otro cuando de repente mi padre escucha ruidos que provienen de fuera. El corazón me empieza a latir cada vez más fuerte, parece que está a punto de salirse de la caja torácica.

Sin mostrar mi inquietud y mi estado de ansiedad, acerco la oreja a aquella vieja puerta de madera que nos separa del exterior. Cojo rápidamente dos cubos grandes de agua y apago el horno; lo hago en completo silencio, tratando de hacer el menor ruido posible y arrastro a mi padre dentro del hueco creado bajo el horno.

Mi padre lo entiende todo, en el fondo, en la situación que nos encontramos no se precisan muchas palabras para entenderse. En silencio, una vez dentro del hueco coloco la leña que debería cubrir el paso y nos acomodamos en el compartimento secreto creado exclusivamente para hacer frente a situaciones de peligro como esta.

A los pocos minutos de la llegada de aquellos coches, dos soldados abren la puerta violentamente. Justo después entra el General Becker y ordena a otros soldados que revisen la parte externa de la casa con

ayuda de los pastores alemanes específicamente entrenados para hacerlo.

Offman después de que le llegara la denuncia, analizando todos los detalles y esperando poder limpiar su nombre y no meterse en más problemas, intuyendo la verdad, sugirió controlar esas tierras, y su casa, que desde hace tiempo está abandonada.

Permanece delante de la puerta, impresionado por los grandes cambios que aquella vivienda ha sufrido. En silencio, el General y los dos soldados empiezan a registrar la casa, que aunque es pequeña es capaz de ofrecer buenos lugares donde esconderse. Después de aproximadamente tres minutos de búsqueda, Offman decide gritar:

—Potter, sé que estas aquí, sal. ¡Es una orden!

Becker mira fijamente a Offman como pidiéndole explicaciones. El Coronel, manteniendo un tono de voz muy alto para que yo pueda escucharlo, dirigiéndose al General, añade:

—Señor General, Potter es un amigo de mi hijo. Es un judío al que nunca le he dado la menor importancia porque lo considero inofensivo, pero él es la causa de los problemas en mi familia. Apuesto a que también él tiene la misma enfermedad que Matt. ¿No es así Potter? ¡Sal ahora mismo!

Al escuchar aquellas palabras, a pesar del calor que hace dentro del horno comienzo a sudar frío. Me siento aliviado solo gracias al apretón de la mano de mi padre, que me devuelve a la realidad, ayudándome a reaccionar incluso por su propio bien. Sé que aquellas palabras son ciertas, pero nadie más lo puede confirmar, excepto Matt, David y Anna, y ninguno de ellos me traicionaría jamás.

La situación en el horno no hace más que empeorar. Dado que el fuego acaba de apagarse, el espacio que ocupamos está todavía caliente y además la manera en la que el horno ha sido apagado ha generado muchísimo humo, hasta tal punto que nos está siendo casi imposible respirar.

Sintiéndose ignorado, Alfons decide continuar con sus alaridos, pero el General lo manda callar inmediatamente:

—Offman, no hay nadie aquí dentro, ¡deje de gritar!

Pero el Coronel sabe que no se equivoca, sabe que estoy ahí dentro y decide ignorar la orden del General. Empieza a observar con cautela el horno, notando que está aún caliente y que había sido apagado a toda prisa. Sabe que no puedo haber ido lejos. En aquel momento los soldados entran en casa después de haber rastreado la zona externa.

—General, hemos rastreado todo el perímetro, pero no hemos dado con nadie.

Aquella afirmación, refuerza la convicción del Coronel de me encuentro dentro de aquella casa. Inspecciona de cerca el interior y exterior del horno y ordena a los soldados encenderlo. Los guardias le señalan que el horno está demasiado húmedo y, que, por lo tanto, no es posible encenderlo.

Pero Offman no se rinde:

—Id inmediatamente a coger el bidón de gasolina que está en el coche. He dicho que este horno se debe encender y así será.

Los agentes de las SS regresan con el bidón de gasolina, consiguiendo revivir las brasas. En el interior el aire se está haciendo cada vez más insoportable. No es el humo el que nos molesta, dado que este sube hacia arriba y nosotros estamos escondidos en la parte inferior, es el calor el que nos está haciendo sufrir.

Me doy cuenta de que mi padre empieza a respirar con mucha dificultad y el calor prácticamente nos está cocinando vivos. Así que decido salir del escondite a través de aquella pequeña abertura cubierta de leña.

—Sabía que tenía razón, pero no me esperaba encontrar también a tu padre.

¡Alfons Offman ahora está más que satisfecho!

Ha logrado arrestar dos judíos que practicaban ilegalmente una actividad comercial en una de sus propiedades. Y, por si fuera poco, ha logrado recuperar la confianza del General Becker que podría informar a los altos cargos y ganarse un traslado a los campos.

Capítulo 31

—Y LLEGADOS a este punto, la historia acelera su curso y junto a tu historia, abuelo, se acelera también la historia de Europa. El tiempo corre velozmente. La guerra apremia y abraza zonas cada vez más amplias. Mussolini está decidido a ayudar a Alemania combatiendo en tres frentes: en el mediterráneo, en África septentrional y África oriental. Pero es derrotado por las tropas inglesas y los alemanes se ven obligados a echarle una mano, no solo en Inglaterra sino también en Yugoslavia y en Grecia, que se libraron solo gracias a la intervención de Alemania.

»Después de dichas victorias Hitler se prepara para hacer frente a Rusia. El ataque comienza en 1941. Los alemanes logran introducirse en el territorio, pero los rusos actuando con astucia e inteligencia, los dejan avanzar esperando la llegada del invierno. Los soldados de Hitler, cogidos por sorpresa por un frío para ellos inimaginable, sin poder soportar la nieve y el hielo, se vieron obligados a retroceder por el terrible frío glacial.

»Mientras tanto los japoneses, interesados en el control del área del Pacífico, atacan la base militar americana de Pearl Harbor provocando la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Después de haber derrotado a los japoneses en varias zonas del pacifico, según los acuerdos estipulados con los ingleses, empiezan a luchar contra los alemanes.

»En el frente interno la guerra tampoco era menos feroz, a partir del 14 de junio del 40 se puso en marcha el campo de concentración de Auschwitz, donde el flujo de prisioneros, ronda entre los quince mil y los veinte mil.

»El 3 septiembre del 1941 el vicecomandante del campo, Karl Fritzsch, experimenta con un antiparasitario, el gas Zyklon B, para exterminar ochocientos cincuenta prisioneros judíos. A partir del 8 de octubre Birkenau ya estaba operativa, un inmenso campo en el cual perderán la vida más de un millón cien mil personas, en gran mayoría judíos, rusos, polacos, prisioneros de guerra, homosexuales, opositores políticos y gitanos.

»La experiencia del campo se convierte en un valioso testimonio, porque solo quien lo ha vivido en sus propias carnes y que milagrosamente salió vivo puede saber la verdad verdadera.

—Ben, nosotros y si no me equivoco, tampoco muchos militares alemanes, incluyendo al padre de Matt, sabíamos realmente lo que sucedía ahí dentro.

* * *

Ha trascurrido mucho tiempo desde que papá y yo fuimos internados en la prisión de Berlín. La vida aquí no es nada fácil, aunque afuera las cosas son aún más difíciles.

No tenemos la menor idea de lo que está sucediendo en el resto del mundo, sin embargo, damos gracias al cielo por habernos concedido vivir juntos estos días terribles. Juntos sobrevivimos regalándonos el uno al otro un poco de fuerza y coraje. Bromeamos, nos burlamos del aspecto ridículo y descuidado que tenemos y construimos discursos enteros en rima; eso nos distrae mucho y nos ayuda a construir una realidad paralela en la cual refugiarnos; mi padre en sus momentos más tristes escribe poesías.

A pesar de que en realidad haya poco con lo que divertirse, esperamos que cuando todo esto termine, al menos nuestro corazón pueda seguir siendo el de siempre… dado que nuestro aspecto físico ha empeorado visiblemente.

«No hemos matado a nadie» «No merecemos pasar toda nuestra vida en la cárcel», supongo.

Capítulo 32

EL ESTRUENDO de los bombarderos que perforan el cielo es continuo, nos preguntamos si la cárcel es un lugar seguro, o si corremos el riesgo de terminar como las ratas en un barco que se hunde.

Aunque afuera la guerra causa estragos, en nuestro calabozo nada cambia, excepto hoy. Esta mañana se olía algo raro. Fuera de las celdas hay mucho alboroto, más gritos de lo normal, y aviones volando constantemente encima de las murallas.

—Potter, ¡de pie! Daos prisa, tenemos que salir.

Un guardia de las SS con un tono poco cordial nos ordena salir. Convencido que se trata de nuestra libertad, hago caso omiso a la manera de hablar del guardia y eufórico, me apresuro a despertar a mi padre que todavía duerme:

—Papá, deprisa, despierta, creo que nos liberan. Vamos, por fin volvemos a casa.

El agente al que en absoluto le gusta mi euforia trata de destrozarla con pocas palabras:

—¿Casa? Vosotros ya no poseéis una casa. Ni vosotros, ni ninguno de los vuestros. Solo vais a ser trasladados. Hemos creado lugares más adecuados para los de vuestra raza.

No logro siquiera cerrar la boca por el asombro. Mi padre, resignando y aún somnoliento, decide seguirme sin decir una sola palabra. Al llegar a la salida, nos dan la orden de formar una fila por parejas y seguir al guardia.

Mientras caminamos, otros grupos de personas se agregan a la ya existente fila, niños y mujeres incluidos. Durante el camino observamos lugares familiares, cargados de recuerdos, que se alejan. En la lejanía un

banco llama nuestra atención. Estamos cerca de la clínica. Es el mismo banco donde mi padre y yo nos prometimos sostenernos siempre el uno al otro después de la trágica muerte de mamá. Y este banco una vez más es testigo mudo de la renovación de aquella promesa.

La caminata dura unos treinta minutos, hasta que por fin llegamos a una estación. Nos ordenan esperar la llegada de un tren que llegará en pocos minutos, pero los minutos se multiplican hasta volverse horas; horas de espera en la calle, sin poder beber, comer o mear y todo en silencio, un silencio manchado por un terrible alboroto.

Trato de averiguar de averiguar algo sobre lo que ha ocurrido mientras estábamos encerrados, pero solo logro recopilar historias poco convincentes y desordenadas porque hace ya un tiempo a todos los presentes, se les prohibió tener cualquier tipo de aparato electrónico, como la radio. Cada uno de ellos trata, en voz baja, de contribuir a la conversación, así poco a poco el puzle se recoloca.

Mi padre parece confundido. Cada vez trata de saber más y más, pero solo le llegan malas noticias.

«Nos llevan a un campo de trabajo», «Ahora nos harán hacer trabajos forzados», «Asesinarán a todos aquellos que no puedan trabajar»…

Son solo suposiciones, voces, el eco del terror, pero mi padre sabe que si fueran verdad no tendría de que preocuparse, es consciente que está descuidado, pero aún puede trabajar. ¡Total! Lo ha hecho toda su vida, aunque al ver aquella multitud de niños, mujeres embarazadas o de su edad o, peor aún, enfermos y lisiados, se estremece. Desea que sean solo habladurías, rumores que derivan del miedo a lo desconocido.

Nadie está seguro de lo que dice, se basan en un «escuché decir». No puede y no deber ser todo verdad. No pueden exterminar una *raza* entera. Vale que Hitler tiene muchos seguidores, pero nadie en su sano juicio lo respaldaría en esta locura.

Mientras tanto el tren llega, basta con verlo para darse cuenta de que es demasiado pequeño para todas estas personas.

Los prisioneros, ajenos al destino final de aquel tren, comienzan a impacientarse.

Aquellos que hasta ahora habían sido doctores famosos, directores de bancos, joyeros, fruteros o panaderos y muchas cosas más, ahora no son más que un puñado de gente que realmente apesta, tiembla del miedo… y no sabe qué le depara el futuro.

En el recorrido, se ve gente lloriquear por todo lado. Estoy

aterrorizado desde que he descubierto que la gente es asesinada en mitad de la calle por las SS sin ninguna razón válida. Un hombre me ha contado lo que le ha sucedido a su padre esta misma mañana, cuando los agentes han entrado en su piso para deportarlos.

Les dieron la orden de salir de casa en un minuto, ni un segundo más ni un segundo menos, llevando con ellos solo sus bienes más preciados; todo aquel que se encuentre dentro de la vivienda una vez transcurrido el minuto sería asesinado. El hombre vivía con su mujer, sus dos hijas de 2 y 5 años y su padre, un hombre de 75 años que había perdido una pierna durante la primera Guerra Mundial. Observando la dificultad que posee su padre al moverse, decide ayudarlo a coger una maleta con poca indumentaria y una vieja foto de la madre sacada el día de su boda.

Tranquiliza al padre asegurándole de que él se encargaría de llevar la maleta, pero también debía coger en brazos a la niña, es por eso por lo que le pide que se apoye en él y que se mueva lo más rápido posible. El soldado empieza la cuenta hacia atrás empezando desde el 10. Adam, el hombre que me lo está contando empieza a sudar frío. Preocupado por la niña pide al padre que continúe moviéndose solo, volvería a por él en cuanto dejara a salvo a la niña. Baja las escaleras, su único pensamiento es sacar de casa a la pequeña Lussy y volver lo más rápido posible para poder salvar al padre. Sale apresuradamente del edificio…

En cuanto atraviesa el umbral de la puerta un disparo retumba en los oídos de la familia. Una de las niñas, la más grande, se echa a llorar. El hombre que acaba de salir de esas paredes con su pequeña aún entre sus brazos, se da la vuelta deseando ver detrás de él a su padre, pero no es así. Al confirmar los hechos, una simple frase pronunciada por un agente de las SS mientras sale de la morada:

—Total, ese mutilado no nos habría servido de nada.

Al terminar el relato el rostro de Adam se llena de lágrimas. Aquel hombre, padre de dos niñas, llora en silencio. ¿Cómo puede cuidar a su familia ahora que no tiene el poder para hacerlo? Mi padre que comprende perfectamente cómo se siente Adam en aquel momento, con el alma en pena le da un fuerte abrazo.

—Hijo, lo siento muchísimo, no hay palabras para describir lo que te ha sucedido. ¡Solo te pido que seas fuerte! Debes hacerlo por tu mujer y por tus dos niñas.

Papá trata de apoyarlo, sabe que no hay palabras o gestos que puedan servir para consolarlo, pero mostrarse solidario, quizás, pueda

ayudar.

Durante el viaje cada pasajero tiene una historia terrible que compartir, pero de cualquier manera todos se consideran afortunados de seguir vivos. Hay quien habla de abusos, homicidios e incluso suicidios.

Después de todo me siento extrañamente afortunado de haber transcurrido los últimos días en prisión. El no saber el destino de este viaje crea confusión en muchos pasajeros y a uno en particular, apodado «El loco». El hecho de no saber nada lo perturba, para él es algo imposible de soportar.

—Moriremos todos. Nos quemarán vivos, nos harán trabajar hasta morir. Somos todos muertos que hablan —grita con frecuencia, pero solo cuando se crea algún momento de silencio.

El miedo y la desesperación es evidente en todos, pero ese tío parece haber estado puesto ahí a propósito para empeorar la situación que ya es bastante pesada de por sí. Durante el viaje, el tren se para varias veces permitiendo subir aún a más pasajeros. Aunque los vagones están a reventar, más personas son empujadas hacia adentro, convirtiendo lo que ya era un viaje angustioso en algo imposible para muchos.

Es imposible sentarse, estamos amontonados unos sobre otros, el calor es sofocantLa única agua que llega es la que los agentes de las SS rocían desde el exterior del tren a través de las minúsculas ventanas de los vagones.

La gente se apelotona para tratar de conseguir al menos una pequeña gota.

El hedor a sudor, orina y vómito impera.

Después de casi veinte horas, el tren con destino desconocido se detiene.

Capítulo 33

UN SILBIDO ordena a todos los pasajeros bajar. Sin saber lo que les espera, la gente se precipita desesperada, creando una gran confusión.

En seguida me llaman la atención algunas chimeneas que emanan un extraño olor dulzón que no logro identificar… A pesar de ser un experto en hornos. Al verlas sonrío, una sonrisa que se borra inmediatamente por las circunstancias, Si hasta ahora había creído que mi horno era grande, ahora sé que existen hornos muchísimo más grandes. ¡Quién sabe cuánto pan pueden cocer ahí dentro!

Cojo a papá por el brazo, para asegurarme no perderlo de vista, pero algo me perturba: El loco. Está a punto de bajar del tren cuando alguien que está detrás lo empuja, lo hace tropezar hasta caer al suelo y lo pisotean varias veces. No lo he visto levantarse, y sin pensarlo demasiado continúo mi camino junto a mi padre.

En cuanto bajamos del tren los hombres son separados de las mujeres y de los niños. Un agente, quizás un médico, pasa por delante nuestro explorándonos uno por uno detalladamente. Cuando toca o apunta a alguno, otros agentes lo desplazan y lo alinean en otra fila frontal.

Entre la SS hay hombres que visten pijama a rayas y extrañamente no son tratados como prisioneros. Es evidente que el comandante es el médico que, con su bata blanca y un comportamiento bastante amigable, da la impresión de ser

un hombre muy amable. Habla tranquilamente, acaricia el rostro a los niños y acompaña a las mujeres cuando decide desplazarlas a la fila frontal.

Ninguno de los presentes podría haber imaginado que aquel hombre

en realidad estaba decidiendo su destino, confirmando su inmediata condena de muerte. Yo estoy casi al final de esta larga fila, continúo cogiendo con fuerza la mano de mi padre rezando a Dios que no deje que nos separen de la misma manera que han hecho con un montón de familias presentes, separando maridos, mujeres o hijos sin ninguna explicación aparente.

El doctor está a punto de llegar delante de mi padre, de repente se distrae debido a los ladridos de un perro que arrastra con fuerza a un agente de las SS hacia los raíles. Desconfiado, llama a más agentes para poder controlarlo mejor. Se colocan en semicírculo alrededor del lugar indicado por el perro y uno de ellos grita con tono autoritario:

—Sabemos que estás ahí debajo. Tienes cinco segundos para salir, de lo contrario, saldrás muerto. Uno… dos…

El agente no llega al tres cuando, «El loco» sale de los raíles bajo la mirada atónita de todos. Si hasta aquel momento consideraba que no estaba tan loco, ahora estoy completamente seguro de que es un demente.

El doctor, que inspeccionaba a los que acababan de llegar, se acerca al hombre para mirarlo mejor, le ordena ponerse de pie y se da cuenta de que lo hace con mucha dificultad. El agente de las SS, el que más rango tiene después del doctor, suspira nervioso al ver aquella escena: habría deseado darle una bella lección justo ahí delante de todos, pero sabe que no puede hacerlo.

Antes que todo se vaya de las manos, el doctor decide tomar las riendas del asunto, le echa una mano a aquel chalado y lo acompaña a la fila frontal compuesta por mujeres con niños pequeños, ancianos y enfermos. Pero el agente no está sarisfecho, quiere hacérselas pagar y tiene otros planes: asesinarlo en una cámara de gas. Así que, descortesmente, le ordena colocarse en la fila de los que parecen gozar de buena salud. El doctor en ese momento lo entiende todo y con una sorisa irónica continúa seleccionando al resto de los hombres. Mi corazón inexplicablemente comienza a acelerarse cuando el doctor pasando delante de mi padre, después de haberlo mirado fijamente a los ojos, continúa su caminata pasando al siguiente hombre: yo.

El momento en el que me encuentro cara a cara con el doctor me doy cuenta de que el que peligra realmente soy yo. Hasta aquel momento había visto a mi padre como a un viejo y necesitado, pero ahora por primera vez veo en él un hombre fuerte alto y robusto, a diferencia de mí, flacucho y débil.

De repente mi anciano padre ya no es viejo, es más bien un hombre que ha luchado en la guerra, que ha superado la terrible perdida de su amada mujer y que siempre ha trabajado para poder garantizarme una vida digna.

Quisiera darme de ostias por haber pensado, aunque sea por un solo instante que mi padre no habría podido sobrevivir sin mí, en realidad es todo lo contrario. Entre los dos, el que realmente corre peligro soy yo.

A pesar de todas mis dudas, y mis pensamientos, el doctor después de haberme tocado los músculos de los brazos, pasa al siguiente hombre… que lamentablemente no tiene mi misma suerte.

Una vez terminada la selección, al grupo compuesto de viejos, inválidos, mujeres con incapacidad laboral o con niños demasiado pequeños, se les pide que dejen sus pertenencias encima de los bancos del tren y se les comunica que, justo después de una ducha y una sopa caliente, podrían volver a recuperarlos. En fila de cinco los hacen dirigir hacia las «duchas».

Cuando llegan al vestuario, se les pide que se quiten toda la ropa y la coloquen en los colgadores cuyo número deben recordar para evitar confusiones al volver de la ducha. Para tranquilizarlos aún más distribuyen trozos de jabón y toallas.

Una vez dentro, las puertas se cierran por unos minutos. Cuando las vuelven a abrir nadie sale vivo.

¡Son cámaras de gas!

Al segundo grupo, el cual nosotros pertenecemos, nos obligan a subir a unos camiones. Mientras papá está en la fila me pregunta si puedo imaginar dónde estamos. Me encojo de hombros, pero la respuesta llega clara de uno de los agentes de las SS que se encuentra detrás de nosotros:

—Estamos en Polonia, en Birkenau.

Todos los presentes se miran unos a otros, indiferentes, porque ninguno de ellos sabe que en realidad están en un campo de exterminio. El olor que emana por las chimeneas pone al descubierto la verdad, pero solo para los más atentos.

Los camiones parten cargados de gente, ignorando cual será el siguiente destino. Esta vez la carga que trajo el tren se ha reducido a la mitad. Apenas tres kilómetros, cuando la caravana se detiene por enésima vez: nadie sabe que será la última.

Agradezco a Dios por estar todavía con mi padre. No sé lo que nos deparara el futuro, pero junto a él sé que podré afrontarlo todo.

Ninguno de los presentes puede saber qué es lo que realmente está sucediendo, pero una vez que llegamos al nuevo edificio, muchos lanzan un suspiro de alivio.

Un cartel nos da la bienvenida al nuevo campo: *Arbeit macht frei* (el trabajo libera). Es la confirmación de que estamos aquí para trabajar.

Me digo a mí mismo que si logro trabajar bastante y correctamente, aunque sé que no me liberarán, por lo menos no me matarán.

Capítulo 34

PASADO el umbral del campo, las mujeres entre lágrimas son separadas de los hombres. Con mucho bullicio y de manera poco cortés, se les pide a todos que entreguen todo lo que tienen: documentos, maletas y cualquier accesorio con excepción del cinturón de los pantalones y de un pañuelo de tela. Nos obligan a desnudarnos completamente, un barbero nos espera con una navaja para raparnos todas las partes del cuerpo, incluso las partes íntimas. Inmediatamente después, nos llevan a las duchas donde nos lavan de la peor manera posible: agua helada alternada con agua hirviendo. Todos entramos en pánico.

Muchos de los presentes ya han escuchado hablar de las cámaras de gas y este momento presagia lo que para muchos vendrá.

Llantos por todas partes, todos están aterrorizados: mi padre y yo también empezamos a ponernos nerviosos. En la cárcel hemos perdido todo tipo de contacto con la realidad y con lo que realmente está sucediendo en Alemania y en el mundo entero, con los judíos y las otras minorías; precisamente por ello somos los más sensatos entre los presentes, pero ver a todos estos hombres llorar por el miedo o la desesperación de haber perdido a su familia, quizás para siempre, es realmente desgarrador. Me pregunto por qué molestarse en rasurarnos y lavarnos si después nos van a matar.

Por si fuera poco, está «el loco» que grita nervioso:

—¿Habéis visto que tenía razón? Nos van a asesinar a todos. Y era yo el loco, ¿no?

Si bien es de un modo terrible, las duchas se llevan a cabo sin ninguna víctima y velozmente. Las partes del cuerpo rasuradas nos las

desinfectan con un trapo húmedo con un líquido desinfectante. Luego nos entregan un pijama a rayas sucio y que no es de nuestra talla. Para terminar, un par de zuecos de madera pesados. Pero la tortura no termina ahí. A Cada uno de nosotros le tatúan en el antebrazo izquierdo un número que desde aquel momento será nuestro nombre.

Nos ordenan que lo aprendamos de memoria y a todos los extranjeros les obligan a aprender a pronunciarlo en alemán para poder reconocerse cuando les llamen. Aparte de tatuaje, ese mismo número, lo cosen en las chaquetas y los pantalones de cada prisionero acompañado por un símbolo que tiene un color específico, dependiendo de la categoría del detenido. Nosotros al ser judíos tenemos un triángulo amarillo, pero yo aún no se si al ser homosexual debería haber tenido también uno rosa. Para terminar, nos piden rellenar un formulario con nuestros datos personales.

Después de las inscripciones todos los hombres son conducidos a viejos barracones llamados *Block*, donde hay muchas literas de tres camas. *El Block 21*, donde nos llevan a mi padre y a mí, es bastante grande, pero no lo suficiente para garantizar una cama para cada individuo. La cantidad de hombres que duermen ahí es bestial, algunas camas están compartidas entre tres, y otras extrañamente vacías. A los recién llegados se les ordena compartir cama con al menos dos o tres personas y a acomodarse uno en los pies del otro.

Carl me coge del brazo y me posiciona en una cama ya ocupada por un hombre. Parece ser un hombre decente, aunque sucio, mal nutrido, como todo el resto, pero es joven y al verlo solo, el instinto paternal de Carl se libera. Estrictamente en alemán, nos explican algunas reglas que debemos respetar si no queremos ser castigados.

A los prisioneros, una vez terminado el revuelo, se les permite ir al lavabo.

Una vez dentro de las letrinas me quedo literalmente impactado: una larguísima plataforma de cemento, de unos diez centímetros de altura, lo suficiente ancha para contener dos filas de huecos, sin nada, y con tierra debajo. No hay agua y un escrito inquietante informa: «*Eine Laus ist dein Tod*»: Un piojo será tu muerte.

Capítulo 35

SON LAS 9 de la noche, cuando las SS, antes de salir, anuncian que desde aquel momento el Block está cerrado. Papá que finalmente vuelve a respirar, decide presentarse a su vecino de cama, tratando de entender más sobre el ambiente que lo rodea.

—Yo soy Carl y él es mi hijo Tom, ¿Cómo te llamas?

—Yo soy el número 12590; tú ya no eres Carl como él ya no es Tom.

Bajo la mirada, como si me hubiesen regañado.

El chico tiene razón, desde ahora no podemos equivocarnos, yo ya no soy Tom o Israel, ahora mi padre y yo somos un número y si lo olvidamos el castigo es la muerte.

Por la mañana, muy temprano, después de haber arreglado esa masa de paja llamada cama, nos mandan a los campos de trabajo. A papá y a mí nos mandan a las minas de carbón.

Después de la pésima noche pasada por culpa de la cama, al terror de lo que nos tocará vivir, la peste que reina en esta habitación y también el hecho de que he dormido con los pies nada limpios de un perfecto desconocido prácticamente en la cara, no me siento preparado para ese tipo de trabajo, me parece agotador.

No he podido pegar ojo en toda la noche, aunque esté acostumbrado a dormir poco, después de todo soy un panadero y estoy acostumbrado a madrugar. A demás vista la cantidad de hombres de las SS listos a estimular a los detenidos con extrema violencia decido que es mejor darme prisa y hacer las cosas bien.

Mientras yo trabajo desganado, papá lo hace con mucho empeño y dedicación, parece haber nacido para desempeñar este trabajo.

Lo miro con gran admiración, después de la muerte de mi madre

siempre lo había visto débil y necesitado de ayuda, pero estos últimos días me he dado cuenta de cuan equivocado estaba: mi padre en realidad es un león.

Después de diez largas horas de trabajo extenuante y un pequeñísimo plato de sopa con cebolla con un trozo de pan duro, se nos permite volver a los barracones para descansar. La cama de paja no podía ser más cómoda.

He dormido como un tronco.

Capítulo 36

ANTES de entrar en el bloque, nos han presentado a un hombre al que debemos obedecer. Es un individuo con uniforme de prisionero, no muy alto y bastante robusto, que despierta inmediatamente mi curiosidad: ¿cómo es que un hombre con nuestro mismo uniforme pueda estar tan robusto? Y sobre todo… ¿por qué ese hombre tiene tanto poder, si es también un prisionero como nosotros?

Las respuestas no tardan en llegar.

Mi compañero de cama, al escucharnos cuchichear decide intervenir, revelando todo lo que sabe:

—Ese es nuestro Kapò. Es un asesino y es por eso por lo que lo trajeron a los campos de concentración, pero al ser alemán goza de algunos privilegios. Su deber es mantenernos en orden y a cambio le ofrecen comida suficiente y algún que otro favor más…

No puedo creer lo que escucho, ¿un asesino privilegiado? ¡Un asesino que goza de favores solo porque es alemán!

* * *

—Ya ves, abuelo, ya te lo decía… Entonces no entiendo por qué Matt tuvo que pasar por todo lo que pasó… Por cierto, ¿tuviste más noticias de él?

—Ten paciencia, *bicho* y déjame continuar…

* * *

Este asesino tiene la tarea de garantizar la disciplina y si es necesario, matar a los judíos solo porque no hacen lo que él ordena. Lo que escucho es realmente terrible, pero tengo la sensación de que no acaba aquí.

—¿De qué tipo de favores hablas?

Las palabras me salen de la boca con gran indignación. *125901* parece preocupado, pero en el fondo estamos todos en el mismo barco y es mejor informarnos de lo que podría suceder.

—Tenéis que saber que cada Kapò elige a su hombre, un hombre con el que divertirse sexualmente cada vez que él lo desea…

En ese momento papá, que es temeroso de Dios y tiene un gran sentido de la decencia, de la dignidad y un profundo respeto por las personas, incrédulo, abre mucho los ojos.

—¿Perdona? ¿Un hombre con otro hombre? ¿Por qué no elegir una mujer?

Se me escapa una pequeña risotada, mi padre es tan *hetero* que solo la idea de estar con otro hombre, incluso en este periodo de extrema carencia, le resulta incomprensible. Quién sabe cómo reaccionaría si se enterara que soy gay y que mi gran amor es un hombre que se llama David.

* * *

—Sí, Abuelo, pero ese David, después de haberme contado vuestro primer encuentro ya no me has dicho nada más.

—Ben, o tienes paciencia o lo dejamos aquí.

Ben se enfada y Anna decide intervenir:

—No puedes imaginar ni por asomo lo mal que nos sentimos tu abuelo y yo cuando recordamos esos días. Nuestra dignidad no nos permite exteriorizar todo nuestro dolor y nuestra desesperación. No te enfades si tu abuelo ha alzado la voz, créeme que este relato con el que te está obsequiando, emocionalmente hablando, tiene un precio muy alto.

—Perdóname, abuelo, no te interrumpiré más. ¡Continúa!

* * *

Después de aquel fugaz pensamiento, vuelvo a escuchar a mi compañero de cautiverio. Hay una cosa que no me cuadra en el discurso y pregunto:

—¿Cómo es posible que le permitan elegir a un hombre, si la homosexualidad está condenada?

—Simplemente creen que las relaciones entre gais son sucias y de enfermos, mientras que aquellas entre *heteros*, se consideran inocentes porque sirven para compensar una ausencia.

Mi padre y yo intercambiamos miradas perturbadas.

125901, se parte de la risa al vernos con expresiones completamente distintas. Carl en shock e indignado por aquellas palabras, yo disgustado, preguntándome el porqué de dicha diferencia. El chico lleva tanto tiempo en el campo que le cuesta recordar cuándo a él todo eso también le parecía raro, pero al final todo acaba por normalizarse; es como si uno se acostumbrara a aquellas cosas extrañas y terribles.

—Escuchad, os pido perdón si os he perturbado con lo que os he dicho, pero os juro que ser el preferido de Kapò no es algo malo, más bien todo lo contrario…

—Muchacho, ¿cómo puedes hablar así? ¡Claro que es algo malo! ¡Es un abuso en todos los sentidos!

Papá aun no puede aceptar aquellas palabras y trata de hacer recapacitar al chico que al parecer no es contrario a la situación.

—¡Es evidente que vosotros estáis aquí desde hace poco! En un lugar como este, donde sobrevivir, aunque sea un día más, es un logro, si alguien te ofrece una vía de escape como un poco de comida extra o ¿quién sabe? Un poco de jabón, darle sexo a cambio, no es algo tan malo.

Cada vez siento más curiosidad:

—Hablas como si quisieras ser el elegido.

—En efecto: lo soy.

Carl no se lo puede creer, *125901* se ha rendido a la guerra. Este chaval de tierna edad, que ha hecho de un número su nombre, se ha sometido a otro hombre solo para poder sobrevivir y, lo que es peor, parece no tener ningún sueño o deseo. Su mirada está vacía, sus palabras son apáticas y sobre todo es indiferente a lo que lo rodea. Papá decide que no debe juzgarlo, pero reza para que Dios venga en su ayuda. Nunca sus plegarias fueron tan intensas.

Capítulo 37

DESPUÉS de un mes de cautiverio, comienzo a crear lazos con el pequeño *125901* que para todos es «El Elegido». En aquel tiempo valoro también a mi Kapò. Parece un verdadero bastardo cuando está en compañía de las SS: ofende, escupe, pega a todos, incluso a «su elegido», pero en el fondo no es tan malo. Permite a su pupilo llevar más comida dentro de los bloques para compartir con los demás prisioneros y cuando alguien se enferma, le deja que lleve medicinas. Me convencí de su buen corazón una noche, cuando llamó a «El Elegido» en medio de la noche, como ocurre a menudo, para satisfacer sus deseos.

Parece una noche como cualquier otra, nada indica que, en realidad, esta noche no será el Kapò quien satisfaga sus deseos si no será «El Elegido» el que satisfará uno de los suyos.

Son las nueve, estoy en la cama, cuando junto a papá y nuestro compañero de barracón, comprendemos que algo va a cambiar.

125901, a mi lado, en el borde de la cama, parece impaciente y extrañamente feliz. No me doy cuenta de inmediato de aquel entusiasmo porque estaba distraído escuchando los ruidos extraños que al parecer venían del exterior del campo, parecían gritos. Es un sonido indefinido, difícil de reproducir. Intrigado pregunto a «El Elegido» que con una extraña sonrisa me responde que es el «Bosque que canta», insinuando que se trata de algo bueno, pero no tiene tiempo para explicarlo porque su Kapò le ordena salir inmediatamente.

Mi padre y yo, no logramos entenderlo, solo más adelante supimos a qué se refiere con el «Bosque que canta».

Después de algunas horas, durante las cuales dormía, tres hombres

de las SS entran violentamente en el pabellón.

—¡Todos fuera! ¡Tenéis 10 segundos!

Todos, somnolientos, nos levantamos de lo que ahora todos llaman «cama» y salimos rápidamente del barracón en el menor tiempo posible.

Delante de nosotros hay algunos oficiales alemanes y dos soldados que tratan de poner de pie al Kapò casi moribundo.

—Esta noche ha sucedido algo inadmisible. Una de esas cosas que deseamos, por vuestro bienestar, no vuelva a suceder nunca más.

Por el tono de voz, el oficial de las SS parece estar furioso, pero ninguno de los presentes entiende realmente lo que ha podido pasar.

—Un detenido ha escapado —continúa el agente de las SS.

Todos los detenidos comienzan a mirarse, escondiendo lo mejor posible su satisfacción. El agente de las SS continúa bruscamente:

—No os alegréis mucho porque no irá muy lejos. Los agentes de las SS ya lo habrán detenido, y obviamente matado.

Miramos todos a nuestro alrededor para averiguar quién es el que falta, y es evidente que el pequeño «Elegido» no está: su lugar está vacío, es él el fugitivo.

—Estoy seguro de que ya habréis entendido de quién se trata. Pensamos que vuestro Kapò ha dejado escapar a su «Elegido». Ahora imagino que muchos de vosotros querréis ver a este hombre muerto, ¿entonces porque no nos decís que el número *125901* era su «Elegido»? ¡Vamos!

Miro a todos los demás, están petrificados, nadie tiene las agallas de abrir la boca, obviamente que el Kapò es un bastardo, pero dentro de lo que cabe tampoco estamos tan mal con él. Nos ha dado víveres y medicinas y nos pega solo cuando se lo ordena un agente de las SS. No es el peor mal aquí dentro.

Todos los detenidos del *Block 21* tienen la oportunidad de cargarse a un asqueroso alemán hijo de puta, pero ninguno de ellos cree que sea la persona justa.

Es así como, con mucho miedo, pero seguro de que nadie me iba a delatar, doy un paso adelante manteniendo la cabeza baja:

—Lo siento, soy yo su elegido. Esta noche Kapò estaba conmigo.

El hombre, lleno de moretones y ensangrentado, abre los ojos sorprendido. Le resulta difícil creérselo. Sin necesidad de más preguntas, todos los detenidos empiezan a asentir con la cabeza, confirmando mis palabras, excepto mi padre. No puede creer lo que escucha. Su corazón se acelera por temor a las consecuencias. Luego, de

repente, todo le parece evidente. Soy un buen chico y si he dicho estas mentiras lo he hecho para salvar la vida de este hombre… ¡aunque sea alemán!

En estos momentos Carl está orgulloso de mi.

Llegados a este punto los agentes de las SS tiran al Kapò, sangrando, al suelo; el oficial se agacha acercándose a su oreja:

—Te damos una última oportunidad solo porque eres el hijo de uno de los nuestros! Al próximo error, considérate muerto.

El hombre, tumbado en el suelo, asiente con la cabeza, dejándonos boquiabiertos. Luego, el oficial de las SS, dirigiéndose a los prisioneros, ordena que lo lleven dentro.

Capítulo 38

—ABUELO, ¿volviste a ver a «El Loco»? ¿Sabes que le sucedió?… ¡Perdona si te he interrumpido!

—Sí, Ben. Después de aproximadamente una semana de su ingreso al campo de concentración de Auschwitz, Putti Gad, bautizado desde el primer momento «El Loco», pese a haberse comportado como un perfecto recluso, trabajador y nada problemático, fue trasladado del *Block 24* al *Block 11*, llamado también el *Block de la muerte*.

* * *

»El Loco en realidad no era un loco de verdad, pero por alguna razón sabe y anuncia a los demás presos lo que sucederá. Es por eso por lo que, para no enloquecer a causa de aquella realidad anticipada, prefiero creer que en realidad está loco en vez de creer lo que dice.

Después de la que montó en los raíles de Birkenau, Putti sabe que no se librará, pero no entiende por qué esperan tanto tiempo para matarlo, hasta que una mañana cuando despertó se encontró que tenía delante al mismo agente de las SS que lo había perdonado aquel día en Birkenau.

Nada más abrir los ojos supuso que su final no sería rápido e indoloro como para los prisioneros que exterminaban en las cámaras de gas, sino mucho más cruel y doloroso. Coo cada día fue enviado a los trabajos forzados, pero por la noche,

en lugar de su merecido descanso, le espera un tratamiento muy particular: el ahorcamiento en un travesaño.

Lo cogen a la fuerza. Se mueve nervioso mientras trata inútilmente de salvar su vida, o bien para provocarse una muerte más veloz. Lo

arrastran fuera del campo, llegan a un bosque que se encuentra al lado del campo; para ser exactos: al otro lado de la valla de alambre de púas por la que pasa corriente eléctrica. Parece que en aquel lugar oscuro y aterrador, incluso el viento grite de dolor. De repente, entre los árboles se forma una pequeña gruta donde han sido plantados dos palos grandes, y en los palos hay hombres atados, aunque actualmente ya no son hombres, son larvas de humano, esperando sentencia.

Mientras «El Loco» aún se retuerce, lo atan a unos palos, queda suspendido en el aire de manera que sus pies no toquen el suelo. Le reservan uno de los procedimientos más atroces: hacerlo girar sobre sí mismo.

Gritos y gemidos inhumanos que se esparcen rápidamente entre las ramas del bosque superando el alambre de púas hasta llegar al campo. Aquel canto inhumano traspasa las puertas del *Block*, penetra el alma de los prisioneros provocándoles una angustia que asfixia más que la propia muerte.

Cuando los soldados se agotan de hacerlo girar sobre sí mismo, suspendido entre los palos, se marchan, dejándolo ahí con las puntas de los pies que no logran tocar tierra… hasta el amanecer.

Los condenados están solos como Cristo y los ladrones: «El Loco» y otros dos hombres, uno a su derecha y otro a su izquierda.

Durante la noche, empieza a flaquear y los gritos son incontenibles. El deseo de abandonarse, de dejarse morir es fuerte para Gad, pero el espíritu de supervivencia es aún más fuerte.

Está a punto de salir cuando Walter, el hombre de las SS que desea verlo muerto, se da cuenta de que aún sigue vivo… Agonizando. Son tres los hombres que han sido colgados, él es el único que resiste.

—¡Creo que eres el único hombre hasta ahora que ha sobrevivido al «Bosque que canta» Te felicito!

Walter, uno de los agentes de las SS más joven, reclutado hace apenas un año, adora jugar con los detenidos. Es lo que le encanta de su trabajo, es lo bello de la guerra.

Hoy especialmente está muy emocionado, dentro de dos días será su decimoctavo cumpleaños, y justo ahora se le ha presentado la ocasión perfecta para poder celebrarlo como se debe.

Falta una media hora para que el resto de los detenidos salgan al campo para ir a trabajar, así que decide liberar a «El Loco», ante la mirada de un colega centinela. Walter se acerca al prisionero agonizante y le susurra:

—Escapa lo más rápido que puedas. Levántate y corre, ¡vamos! Coge el sendero del bosque, ahí encontraras la salvación. Siento mucho lo que te he hecho pasar. Créeme, estoy arrepentido y quiero remediarlo.

Putti no se lo puede creer, cree tener alucinaciones auditivas y no se atreve a dar un solo paso, pero el agente de las SS continúa azuzando. «El Loco», pensando que el soldado se ha arrepentido realmente por lo que había hecho y que deseaba liberarse de su culpa, se arma de todas sus fuerzas ayudado por la adrenalina que desencadena el deseo de libertad y cojeando por el dolor atroz en las piernas, empieza a correr por el sendero que su verdugo le había indicado.

Cien o quizás ciento cincuenta son los metros que logra recorrer, cuando un disparo en la cabeza lo frena. Después de que el centinela declarara que vio escapar al prisionero y que el agente de las SS, disparando, no ha hecho más que evitar su fuga, el joven Walter no solo recibió como premio el día libre en su cumpleaños, sino que también fue aplaudido por su comportamiento responsable e inmaculado.

Capítulo 39

HAN TRANSCURRIDO ya varios meses desde que hemos entrado en el campo de trabajo. Por cierto, un nombre más adecuado no podrían haber encontrado, dado que aquí dentro no se hace nada más que sudar y pasar hambre. También «campo de concentración» es un nombre perfectamente apropiado. Gracias a mi instintivo acto de audacia y altruismo, hemos sobrevivo al campo 11.

El domingo es el único día libre para aquellos que trabajan en las minas y por lo tanto es el único día que vivo dentro del campo, asistiendo a todas las atrocidades que ocurren.

* * *

A estas alturas del relato, Anna no logra aguantar las lágrimas y Ben por respeto apaga la videocámara aprovechando la pausa para cambiar la tarjeta de memoria que está casi llena. Anna se aleja, quizás para lavarse la cara o coger un vaso de agua.

Con la voz entrecortada, fingiendo que todo va bien, Ben rompe el silencio:

—Abuelo, yo estoy listo. Si lo deseas, volvemos a empezar.

—Claro que si…

* * *

Es domingo y me despierta un gran caos que proviene del exterior de mi barracón. Los agentes de las SS nos ordenan que nos levantemos y

salgamos rápidamente al patio que dista solo unos cuantos de metros.

Hay una gran cantidad de detenidos, colocados en semicírculo. Frente a ellos, tres perros con correa y cinco hombres de las SS que tienen a un detenido.

No es nada raro que alguien sea fusilado solo para dar ejemplo y disuadir a los otros prisioneros; cada vez que nos llaman fuera nos miramos todos para averiguar si esta vez le ha tocado a uno de nosotros o a un prisionero de otro bloque.

Esta vez es diferente, en el centro del patio hay un hombre desnudo, sentado y atado a una silla. Los agentes de las SS dejan claro de inmediato que es lo que está a punto de suceder.

—Detenidos, estáis aquí para asistir a algo muy importante. Ahora veréis que es lo que les sucede a los maricas, para que sirva de lección a todos vosotros.

»Este hombre aparte de ser un puto maricón ha contagiado a un alemán de pura sangre, es por eso por lo que merece morir de la peor forma posible. Esta enfermedad debe ser extirpada desde la raíz.

Esta vez me siento muy afectado, aunque aquí nadie lo sabe, ni siquiera mi padre. Cada vez que escucho hablar de torturas infligidas a homosexuales me avergüenzo en lo más profundo y me siento un cobarde porque para protegerme estoy negando lo que realmente soy.

Como no soy muy alto me cuesta ver lo que está sucediendo, pero de repente, se abre un hueco entre la multitud y me paralizo completamente. ¡Matt!

El hombre que está de pie, con las manos atadas, retenido a la fuerza por un agente de las SS, se parece a Matt.

Dispuesto a cerciorarme de que a quien he visto es realmente a mi mejor amigo, desaparecido hace ya muchísimo tiempo, me acerco cada vez más, tratando de abrirme paso entre la multitud muda y firme.

Avanzo entre la muchedumbre, deseando de corazón que no sea realmente él. Espero haberlo imaginado, en el fondo lo extraño tanto que una alucinación sería aceptable y previsible.

«Quizás todo es fruto de mi imaginación», pienso cuando escucho un ruido extraño. Tres perros, pastores alemanes de pura raza, grandes y fuertes, comienzan a ladrar hacia aquel pobre chico desnudo, atado a la silla.

Los alemanes derraman encima de su cuerpo carne cruda de lata envasada; los perros al oler y ver la sangre, jalan desesperados por abalanzarse hacia la comida.

Los soldados colocan en la cabeza del prisionero un cubo metálico y justo después liberan a las bestias que se arrojan a aquel cúmulo de carne muerta y carne viva, mordiendo inmediatamente a aquel hombre delante de todos únicamente por ser gay.

Los gritos desesperados de dolor desgarran el aire y llegan a nuestra conciencia como cuchillas punzantes.

Aquel hombre es casi con certeza Peter, el doctor. Si bien no consigo ver bien a Matt, ahora ya no tengo dudas.

Un perro muerde las partes íntimas de Peter, justo delante de los ojos de su amado, al mismo tiempo otro va a por el brazo, y el otro la cadera, destrozándolo hasta la muerte; una muerte lenta y dolorosa, demasiado dolorosa incluso para nosotros que cada nueva violencia la recibimos como una muerte personal y nada sirve para anestesiar el alma.

Los gritos de Matt, deseando morir el también, y los de Peter que ya no logra soportar el dolor, atraviesan mi corazón y mis oídos como clavos bien afilados que llegan como violentos proyectiles.

Rompo a llorar, tengo los ojos completamente nublados mientras pierdo de vista a mi querido Matt. Se lo llevan, inconsciente, quien sabe dónde, mientras los perros continúan comiendo aquel cuerpo como hacen los leones con las gacelas.

* * *

—Pero… pero Peter, ha… ha muerto —tartamudea Ben, que pese a no haberlo conocido, ha aprendido a amarlo gracias a los relatos del abuelo. A pesar de que la narración ha sido clara, pregunta porque no puede creer lo que acaba de escuchar.

—Sí, Ben, Peter tuvo una muerte lenta y atroz, despedazado por los perros que han mordido y destrozado su carne y comido todos sus trozos.

Ben tiene arcadas.

—¿Todo bien, Ben?

—Sí, abuelo, perdona. Continúa.

Anna, vuelve al salón con dos tazas de té humeante para ella y para mí. Ben todavía no ha acabado su chocolate caliente.

* * *

Ha transcurrido aproximadamente una semana, he buscado a Matt por todos los rincones, incluso corriendo el riesgo de meterme en problemas, pero no logro encontrarlo por ningún lugar. A todos aquellos a los que he preguntado, Matt no es más que un marica que no han asesinado por el hecho de ser alemán; en efecto, entre los dos el único masacrado delante de todos ha sido el gay judío.

Sé que probablemente tienen razón, pero no se imaginan si quiera que Matt hubiese preferido mil veces morir antes que ver la muerte de Peter y probablemente si no lo han asesinado ya, estará muerto en vida, un cadáver que se arrastra esperando que la muerte lo lleve a los brazos de su amado.

Es una mañana fría de diciembre, en Polonia el clima es gélido. Además de estar desnutrido, estoy desesperado y psicológicamente por los suelos. Hoy, como todos los días, estoy trabajando en la mina. Me preparan una gran carga de carbón para transportarla fuera, pero al sentirme sin fuerzas suficientes para trasportarlo todo de una vez, decido dividir el peso. Pero no sabía que un guardia de las SS me estaba vigilando. Una patada en la cadera me hace caer al suelo dejándome sin aliento.

—¡Eh! ¿Te quieres pasar de listo, puto judío?

Aquellos gritos llegan a los oídos de todos los detenidos, pero ninguno tiene las agallas de mirar hacia arriba para saber lo que está sucediendo, sería demasiado arriesgado.

Apenas logro levantar la cabeza, mientras pienso qué decir, cómo justificarme, cuando otra patada me golpea exactamente en el mismo lugar.

El dolor es terrible.

Carl y otros agentes de las SS se acercan inmediatamente.

Papá se da cuenta de inmediato de que estoy grave, por la falta de respiración, por el color de mi rostro contraído por el dolor; está seguro de que me he tenido que romper algún hueso. Se da cuenta también que la situación se está saliendo de control y que si sigo tirado en el suelo podrían matarme

a patadas o con un disparo de escopeta en la cabeza.

Papá moriría por mí.

Irrumpe delante del soldado que me está masacrando y le grita:

—¡Basta, basta! Se lo ruego, solo está cansado.

Ninguno de los presentes entre las SS y los prisioneros habrían jamás apostado que me iba a recuperar; para todos ya estaba muerto. Muchos

hombres mucho más robustos no lograron superar los tres meses, ¿Por qué tendría que superarlos uno como yo, tan delgado y demacrado?

Me desmayo entre las suplicas de Carl.

Uno de los agentes de las SS, que acababa de llegar, me observa tirado en el suelo, desmayado, como si estuviese muerto: no puede creer lo que ve. Sin dar muchas explicaciones, escondiendo bien sus propias emociones, ordena a los otros guardias que se marchen, será él el que se ocupe del cadáver.

A mi verdugo, que debía de ser su subordinado lo felicita:

—Bien hecho, ahora restablece la calma, ya me encargaré yo de llevarme esta larva humana que está más muerta que viva.

Evita, de ese modo, dar más explicaciones y decretar mi muerte o mi salvación. De esta manera tendría que llevarme a curar y devolverme al *block* sin levantar sospechas, o en la mejor de las hipótesis, dejarme escapar. ¡Pobre iluso!

Los agentes de las SS se alejan, ignorando el llanto desesperado de Carl.

—Tom, Tom, ¿me escuchas?

Carl no puede creer lo que escucha, el militar no solo pronuncia el nombre verdadero de su hijo, y lo que es aún más raro… lo conoce.

El soldado con mucha amabilidad, le pide que se aleje, para no levantar sospechas, porque a partir de aquel momento hará todo lo posible para salvar mi vida. Carl no sabe quién es, ni porque me conoce, pero su sexto sentido le dice que debe fiarse y después de darme un beso, sucio de sangre y carbón, se aleja sin decir nada.

Capítulo 40

SIN DEJAR transcurrir mucho tiempo, justo lo necesario para llegar al campo, tratando de pasar inobservado, David corre hacia el doctor para que me atienda.

El doctor es un hombre anciano, con facciones poco alemanas, nada gentil. Después de haberme examinado, delante de David, que trata de esconder su mirada preocupada, se aleja y me diagnostica.

—Este hombre tiene una costilla rota, pero no es ese el problema. Es un hombre que está en las últimas, está demasiado cansado y desnutrido para poder sobrevivir aquí dentro, en resumen, está condenado a morir, por lo tanto, es mejor acabar con él en seguida.

Después de un momento, el tiempo suficiente para asumir las malas noticias, David trata de averiguar más, manteniendo un tono frío y distante, aunque sus ojos lo traicionan.

—Doctor, pero realmente ¿no hay nada que hacer?

«¿Por qué un alemán querría saber más sobre el estado de salud de un puto judío?».

El doctor empieza a sospechar y a ponerse nervioso:

—Acabo de decir que está agotado y desnutrido, como todos los prisioneros del campo. ¿Qué piensa hacer? ¿Dejarlo descansar un mes y darle de comer? Es un hombre enfermo, por lo tanto, inútil. A nosotros no nos sirven para nada tipos como él. Matarlo es la única solución. Llévelo inmediatamente a la cámara de gas, ¡Es una orden!

David se da cuenta que no puede mantener más la calma, así que decide seguirle el juego, de todas formas, el doctor le ha dado, involuntariamente, todas las instrucciones para salvarme la vida.

—Cuando salgáis de aquí debe llamar a los Sonderkommandos y

mandarlo a su destino.

* * *

—¿Los Sonderkommandos, abuelo?

—Sí, pensaba que lo habías estudiado: prisioneros a los que se les ordena rehabilitar a aquellos destinados a las cámaras de gas, para luego quemarlos. Se tenía que hacer secretamente, sin dar a entender a la víctima nada de lo que le esperaba. Si se les escapa algo de la boca los asesinaban.

* * *

Si David desea salvarme debe encontrar una rápida solución.

—Perfecto doctor, cogeré al prisionero y lo arrastraré hacia afuera sin darle a entender lo que sucederá, y luego lo entregaré a los Sonderkommandos.

EL doctor no tiene ningún motivo para desconfiar de un alemán y asiente sin siquiera levantar la cabeza, esperando que dejen de una vez la habitación y hacer entrar al próximo prisionero.

Así que, dirigiéndose a mí, David exclama rudamente.

—Vamos, saco de pulgas, levántate que volvemos al *Block*. Y no te quejes por el dolor que tienes suerte de estar vivo.

Luego me tira hacia él, aunque me cuesta mucho mantenerme de pie. Una vez fuera no llama a nadie, me coge bajo su brazo para así poder acelerar el paso. Se acuerda de un viejo barracón semidestruido y es allí donde me lleva.

Cuando los prisioneros caminaban con un soldado alemán nadie solía hacer preguntas porque las respuestas podían ser incomodas. Muchos soldados se llevaban a los presos para torturarlos, fustigarlos, y divertirse con ellos. Probablemente si alguien nos vio pensó que David haría lo mismo.

Llegamos al barracón, aunque cada paso que daba la costilla rota me acribillaba la carne; aquel trayecto me pareció infinito.

Por la pinta que tiene debió ser una vieja enfermería, pero está casi vacía. Falta medio techo y apesta a humedad. La humedad es tal que en las paredes de madera crecen hongos.

Una vez allí, ahora que finalmente me ha encontrado, está dispuesto

a hacer cualquier cosa por mí, incluso a arriesgar su vida.

Después de haber dormido un día entero por fin me despierto. Estoy solo… y quién sabe dónde me encuentro.

Trato de recordar lo sucedido, pero todo es muy confuso. Trato de ponerme de pie, pero un dolor en el costado me lo impide, así que comienzo a recordar algunas cosas: el carbón, las patadas, mi padre y también él, el hombre que más he amado en toda mi vida. Probablemente es un sueño, no puede haber ocurrido realmente. Ese no puede ser el hombre del que estoy locamente enamorado, no.

No puede ser mi amado David. ¿Cómo he llegado a este lugar?

Tengo hasta mantas. Alguien ha tratado de hacer una cama, con un colchón de paja y una manta, incluso tengo otras más para poder cubrirme. Una, dos, tres cuatro, y otra más doblada para simular una almohada. ¡Son cinco matas!

Mientras miro a mi alrededor, veo agua, pan y sopa justo a mi izquierda. Parece un espejismo.

Trato de masticar el pan, está muy duro pero comestible si lo empapo en la sopa de patatas; el sonido de unos pasos me asusta. Por fin podré descubrir quién ha hecho todo esto por mí. Por un instante, el pensamiento de ver a mi amado David con uniforme me asusta. Mi hombre, al que tanto he deseado y amado no puede ser uno de esos monstruos. Pero rápidamente me retracto: David se materializa delante de mí.

—¿Que voy a hacer contigo? ¡No puedes mantenerte alejado de los problemas!

Me lo dice con tono dulce y triste al mismo tiempo tratando de sacarme inútilmente una sonrisa.

Después de aquella frase me viene a la cabeza un *flashback*. El día que tres jóvenes alemanes, bajaron del coche oscuro para golpearme hasta casi matarme, aqueel día la voz que escuché antes de perder la conciencia era su voz, la voz de David.

¡No me lo estaba imaginando! ¡Era real!

Y ahora también entiendo porque Peter no quiso decirme nada más acerca del joven alemán que me había llevado a la clínica después de haberme salvado la vida. Tuvo que llegar con el uniforme.

Desde nuestro primer encuentro era todo obvio, cuando había dicho que no podía permitirse el lujo de ser el mismo, de besarme, de dejarse llevar por nuestra magnifica historia.

¿Cómo se me pudo ocurrir que fuese un periodista?

Estoy decepcionado. Mi David es parte de aquellos malditos bastardos alemanes que están haciendo todo este daño, y él como todos los demás es responsable. Resentido, frustrado, pero incluso enamorado decido no perdonarlo, al menos no de inmediato.

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué no me has asesinado? Fuiste tú quien me salvó la vida el día que me agredieron para luego desaparecer, ¿no es así?

—Nunca te he olvidado, Tom. Desde el primer día que te vi en aquel lugar no pude apartarte de mi corazón. Lo sé, parece absurdo, tal vez quizás, en otra vida nos amamos y fuimos felices y hoy nuestras almas se han reconocido. Lamentablemente reencarnadas en dos cuerpos demasiado diferentes, demasiado distantes. Pero a pesar de todo yo te amo, Tom. Te amo como nunca he amado a nadie. Así es, el día de la agresión te salvé la vida y luego desaparecí. Temía que no hubieras aceptado mi rol y no habría podido soportar tu rechazo, así que preferí no verte más y dejar vivir la dulzura de nuestro primer encuentro.

No lo miro siquiera, pero recuerdo a la perfección los instantes que vivimos juntos.

—Me avergonzaba, Tom. No sabía cómo decirte la verdad. He pensado miles de veces en hacerlo, pero no lo he logrado. Y cuando te vi en aquella mina, fue terrible para mí. Tú no lo sabes, pero yo te observaba. Quería protegerte de todo y de todos, pero aquí no es fácil para nadie.

Al ver que aún no me digno a mirarlo, después de llenar de aire los pulmones continúa con su monologo, en un triste intento de hacerse perdonar.

—Por desgracia para un alemán como yo, no existen muchas alternativas. Debía enrolarme. Mi padre se había enrolado y murió mientras luchaba en la Gran Guerra. En ese entonces era solo un niño, pero he crecido siempre con la convicción de que seguiría sus pasos. Lo siento mucho, Tom, yo nunca he matado a nadie. Te sorprenderías cuántas personas buenas hay entre las SS. No somos todos unos hijos de puta.

David busca comprensión y consuelo en mis ojos, pero no los encuentra. Luego empiezo a hablar. Una mirada profunda y severa atraviesa a David:

—No me importa. El simple hecho de que tú apoyes a Hitler me da asco.

La mirada de David se pierde en el vacío, en un infinito que solo él

es capaz de percibir y luego en voz baja confiesa, más para sí mismo que para su amado, que detesta a Hitler, sus creencias y todo el resto.

—Pero no puedo echarme atrás, Tom. ¿Entiendes lo difícil que es para mí? No he podido hacer nada más que velar por ti desde lejos preparado para intervenir en caso de necesidad.

Ni bien termina la frase me besa y nos pasamos la noche entera hablando de todo lo que ha sucedido mientras estábamos separados. Y luego los recuerdos, la esperanza, los sueños y los deseos son los únicos protagonistas de nuestras charlas.

A pesar de que estamos en una cama improvisada, en una barraca que apesta a humedad, y aunque me encuentre bastante mal, pasamos, después de un periodo que nos ha parecido eterno, una noche mágica, acurrucados juntos mientras nos contamos cosas bonitas, pero sobre todo la miseria de los últimos años.

Capítulo 41

A TRAVÉS de mis ojos David comienza a ver todas las atrocidades que su gente está provocando. Sabe perfectamente que todo esto es un error, siempre lo ha sabido, pero estar presente para poder minimizar los daños es suficiente para darle motivos para luchar.

David se reclutó antes del inicio de la guerra, al igual que lo hizo su padre y su abuelo. Al principio todo parecía normal y correcto para la patria, pero sin duda su padre jamás habría aceptado todo esto. Él era bueno, al igual que su madre, pero la Gran Guerra se lo había llevado y ahora era su turno, tenía que demostrar al mundo quién realmente es. Lamentablemente, está combatiendo en el lado equivocado.

David odia a Hitler, lo ha odiado desde el primer momento, desde la primera vez que lo ha escuchado hablar en público. Continúa preguntándose cómo alguien como él puede hablar de raza perfecta, justo él que de perfecto no tiene nada. Pero no todos los alemanes son tan bastardos.

Lo escucho con mucho interés, lo quiero saber todo de él y me alegra saber que no todos los miembros de las SS son unos putos dementes, de hecho, algunos de ellos, si bien una mínima parte, se alistaron para no dejar que la situación empeorara o porque fueron obligados.

Después de haber constatado la buena salud de mi padre, tengo que pedir otro favor a David: encontrar a mi querido amigo Matt. Ahora que sé que está vivo y sobre todo que se encuentra en este mismo campo, tengo que hablarle y estar

a su lado. Con todo lo que se ha visto obligado a soportar, Matt tiene que ser un hombre destrozado por dentro.

Después de dos días de búsqueda, David, como siempre, viene a visitarme a la barraca. Pero esta vez su semblante es mucho más serio de lo habitual. Después de todas las penurias por las que me he visto obligado a vivir, inmediatamente pienso en lo peor. Mi corazón empieza a aumentar sus latidos y mis ojos inmediatamente se llenan de lágrimas cuando veo a alguien asomarse por la puerta.

—Solo espero no tener que estar celoso de vuestra complicidad — David me guiña un ojo.

Levanto la cabeza y con gran felicidad derramo una gran cantidad de lágrimas de felicidad por volver a ver, después de tanto tiempo, a mi mejor amigo.

—¡No me lo puedo creer! Estás aquí. Es fantástico volver a verte.

Matt esboza una pequeña sonrisa.

—Yo también estoy feliz de verte, pero sinceramente me parte el corazón saber que tú también estas aquí.

Lo abrazo con fuerza y me doy cuenta de que ha cambiado mucho. Aquel pelo fabuloso que cubría su cabeza ha desaparecido. Sus ojos capaces de iluminar una habitación entera, ahora están apagados y su mirada ausente.

Su físico que siempre me había dado envidia, ahora es exactamente igual al mío, débil, frágil y desnutrido. Y además, el viejo Matt se lo habría tomado todo a la ligera, como si se tratase de un juego; ahora el chaval que estrecho entre mis brazos es un hombre devastado y destrozado por la guerra. Sin mencionar aquella maldita estrella rosa cosida en su chaqueta. Mientras más la miro más pienso lo que puede relatar de la verdadera naturaleza de Matt.

He sido bueno escondiéndome, pero solo el hecho de no tener cosido el pañuelo rosa me da la sensación de que repudio lo que soy y lo que he sido.

Lo siento mucho por Peter, de verdad, lo siento muchísimo, pero tú ¿cómo estás? Cuéntamelo todo. Quiero saber lo que has hecho en todos estos años.

Nos sentamos en el suelo, David abandona la habitación, para dejarnos hablar como dos viejos amigos.

—La última vez que me arrestaron, parecía que no les importara que fuese hijo de un miembro de las SS, como había ocurrido en el pasado. Primero me llevaron a Dachau con mi tío Ernest y luego me trajeron aquí a Auschwitz, donde he encontrado a mi Peter. Al principio, a pesar de las duras condiciones de vida dentro del campo, yo era feliz, porque

no estaba solo. Realmente amaba a aquel hombre y cuando podía trataba de estar con él, pero nos descubrieron.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? Lamentablemente conozco el final de la historia, pero no logro entender cómo pudo haber pasado.

—Peter trabajaba en los Sonderkommando. Sabes qué son, ¿no?

—Sí, al menos creo saberlo. Son judíos encargados de sonreír, mantener la calma y no chivarse de nada de lo que está a punto de suceder a las personas que acompañaban dentro de las cámaras de gas.

—Si supieses cuántos niños ha visto morir. Mujeres en perfecto estado de salud que estaban a punto de dar a luz, ancianos, inválidos. Para él era terrible. A todas las personas que antes curaba, las tenía que acompañar a morir, sin poder hacer nada para impedirlo.

»Cada día los sentimientos de culpa mataban una parte de él, su mejor parte. Yo trataba de apoyarlo todo lo posible. Aquel maldito día, fui a buscarlo, no sabes cómo me arrepiento de haberlo hecho: es como si lo hubiese asesinado yo mismo. Me arrepiento y lo siento, pero eso no lo traerá de vuelta…

Matt llora desesperadamente y se golpea las piernas.

Estoy sin palabras, no sé cómo consolarlo y sinceramente no creo que existan palabras adecuadas, así que no me queda nada más que abrazarlo.

Matt, sollozando, se limpia las lágrimas de la cara y continúa:

—Aquella noche fui a buscarlo, fuimos a un lugar apartado, estaba oscuro, no sé decirte dónde, pero era un lugar que Peter conocía bien y yo me fiaba de él incondicionalmente. Era él, el que me guiaba. De repente empezó a besarme, yo no podía imaginarme era peligroso. Era tan pasional, tan irresistible… como si él supiese que era nuestra última vez. Y de repente, como en nuestro primer encuentro de sobrios, una luz cegó nuestros ojos y dos agentes de las SS comenzaron a insultarnos y pegarnos. ¡Fue terrible!

Matt empieza a llorar nuevamente, pero esta vez, tengo algo que decirle:

—Escucha Matt, no es para hacerte sentir mejor, pero estoy seguro de que no fue culpa tuya lo que le sucedió a Peter… —Un momento de pausa para cogerle el rostro y lograr que me mire a los ojos—. Creo que si el trabajo que realizaba en el campo era tan terrible como dices, quizás Peter lo había, en cierto modo planificado. A lo mejor su corazón quería poner fin a ese dolor y no tener que seguir asistiendo día a día a esa atrocidad, y así dejar de formar parte de este proyecto tan loco y

cruel.

—¿Crees que no lo he pensado? Pero es difícil. Además, ¿has visto cómo lo han matado? Son unos putos monstruos sin piedad.

—Sí, creo que tu doctor jamás habría imaginado que sería asesinado de una manera tan atroz, pero estamos en Auschwitz. ¡Lo siento mucho amigo mío! Yo también sentí un dolor desgarrador por la muerte de Peter y por ti, porque después de la ejecución no sabía que había sido de ti o si te habían hecho daño. Pero ahora háblame de ti. ¿En que trabajas aquí dentro?

Trato de cambiar el discurso para distraerlo de esos pensamientos tan terribles.

—¿Trabajo? ¡Ojalá! Estoy todo el día encerrado en un laboratorio. Los médicos nazis me han utilizado para hacer experimentos científicos tratando de descubrir los genes de la homosexualidad y así poder curar a futuros niños arios que tuviesen la desgracia de nacer homosexuales. Carl Vaernet es el médico más perverso y desgraciado de todos los de las SS. Está efectuando un estudio de una mezcla a base de hormonas que él mismo ha preparado.

»Lo está experimentando con nosotros, los presos homosexuales en el campo de Buchenwald. La cura es a base de enormes dosis de testosterona, el 80% de los prisioneros sometidos al tratamiento no ha sobrevivido. Yo también me he visto obligado a experimentar el tratamiento y desde la muerte de Peter me someten a experimentos en los ojos. No sé ni para qué sirven, pero no funcionan para nada, en realidad ya casi no veo.

Historia tras historia han transcurrido bastantes horas y David regresa al cobertizo aclarando nuestras dudas.

—Son experimentos para entender qué es lo que les falta a los arios que nacieron con ojos castaños, para poder llegar a ser perfectos. Estudian los ojos azules para tratar de cambiar el color de aquellos que no han tenido la suerte de nacer con ojos del color del cielo.

Le lanzamos una mirada de desprecio a causa del uniforme que lleva. Amo a ese hombre, pero tengo mucho que decir acerca de su raza.

—No me lo puedo creer. Vosotros, los alemanes, estáis enfermos.

David mirándome, me responde con una pizca de sarcasmo:

—Mucho, lamentablemente —Después, dirigiéndose hacia Matt, prosigue—: Quería decirte que siento mucho lo que le ha pasado a tu amado, pero debes saber que él era un Sonderkommando

No entiendo el nexo del discurso, que quiere decir exactamente

David con aquella frase.

—¿Y qué? —la pregunta sale al mismo tiempo de la boca de Matt y de la mía.

—No debería decirlo, pero cualquiera que es seleccionado para ese trabajo no puede vivir más de seis meses.

La mirada baja y un afligido tono de voz acompañan a esas palabras.

—Obvio, porque son los únicos que saben lo que sucede realmente en esas duchas.

Esta vez Matt parece enfurecido, indignado y consternado. Yo en cambio estoy desconcertado:

—Entonces, ¿por qué cojones no realizáis vosotros ese asqueroso trabajo? Total, todos sabéis lo que sucede ahí dentro.

Llegados a este punto David decide sentarse a nuestro lado.

—No es fácil decirlo, pero el único motivo por el cual no somos nosotros los que los acompañamos, sino uno de vosotros, es para no dar a entender nada. Las víctimas no deben saber que están caminando hacia una muerte segura y si los acompaña uno de ellos, con buenas maneras y gentilmente, cualquier sospecha desaparece. ¡Lo siento, pero es la terrible verdad!

Después de algún minuto de silencio, donde cualquier palabra parece superflua, David se marcha despidiéndose primero de Matt con una palmada en la espalda y luego de mí con un ligero beso en los labios.

Capítulo 42

DESPUÉS de unos cuantos días, David se entera de que las víctimas de guerra han aumentado y que, en consecuencia, están tomando medidas para ampliar el campo y crear más barracones.

La primera área en ser reestructurada es precisamente en la que me encuentro, la vieja enfermería sin techo, que, en secreto, por dos semanas, nos hizo de casa. Si bien ya empiezo a estar recuperado, en realidad aún no estoy fuera de peligro. David debe encontrar de inmediato una solución y encontrar alguna manera para llevarme de vuelta al *Block*.

Se ha propuesto a sí mismo darlo todo por mí, salvarme la vida, para protegerme. Lamentablemente no puede hacer nada por los demás, pero por mí lo arriesgaría todo.

Dado que he conseguido conquistar la confianza de mi Kapò con aquel gesto heroico que tuve, a David se le ocurre aprovechar dicha situación a nuestro favor, pidiéndole que me haga entrar en mi bloque de alguna manera. Es una suerte tener a alguien de nuestra parte; aparte de mi padre, él es el único que sabe la verdad, razón por la cual no ha denunciado nunca mi muerte.

El Kapò no duda ni un instante en ofrecernos su ayuda y se pone a nuestra disposición de inmediato, después de todo me debe la vida.

Los prisioneros son tantos que nadie se dará cuenta si hay uno más. Entre los hombres que mueren, los hombres que son trasladados a otras zonas y los que son asignados a otras destinaciones, hay un gran caos. Un campo de fantasmas que se arrastran, que ya no tienen fuerza para pensar si volverán a ver otro amanecer.

Por otra parte, los compañeros de habitación, los pocos que aún

recuerdan mis huesos, ni se imaginan que había sido destinado a morir y las SS no pensarían jamás que hay un prisionero más, en todo caso controlarían si ha escapado alguien… Es relativamente improbable que aparezcan prisioneros de la nada. Aparte que el único encargado de ese tipo de controles es el Kapò.

Eso sí, si hubiera causado algún lío en el trabajo o si me hubiera sentido mal, sí que hubiera sido un verdadero desastre.

Así, devuelta al *Block*, el Kapò me hace entrar a empujones y gritando:

—La próxima vez… No habrá una próxima vez, y que el castigo que se te he impuesto sirva de ejemplo para todos.

Vuelvo a compartir mi vieja cama con un nuevo desconocido y con mi padre, que es un hombre tan inteligente y ha entendido de inmediato que no era el momento de hablar ni de mostrar ninguna emoción en su rostro. David se ha asegurado que siempre haya tenido noticias mías, pero no lo había vuelto a ver desde el día que me desmayé en la mina.

Los otros prisioneros se dan cuenta de que algo no cuadra, pero no se atreven a hacer preguntas porque han entendido que de mi parte, además del Kapò, también hay un soldado alemán.

Es domingo, ningún prisionero, excepto algunos que se ocupan de limpiar las fábricas, trabaja.

Estoy sentado al lado de mi padre y por fin podemos hablar un poco. Es uno de los pocos placeres y distracciones que nos quedan. En nuestra cama hay un recién llegado, un chaval de veinticuatro años con una doble costura en el uniforme: una estrella amarilla y un triángulo rosa.

Me doy cuenta de que está sangrando por el recto, trato de despertarlo, pero él ya lo sabe: ha sido torturado de la peor de las maneras porque es gay.

Los latidos de mi corazón se aceleran cada vez más.

¿Qué más ha tenido que soportar este hombre solo por su orientación sexual?

Para ellos solo somos unos maricones, torturarnos o herirnos es normal.

Mientras el chaval continúa con su relato, sin querer empiezo a lagrimear. Mi corazón no para de latir fuertemente, como si deseara liberarse de la pared torácica y así finalmente ser libre. ¿Por qué ser gay tiene que ser un problema para los demás? ¿Por qué es incorrecto si para mí y para muchos como yo es algo natural?

¿Por qué no puedo gritar al mundo entero que he encontrado al amor de mi vida y que éste es un hombre como yo? Mientras más reflexiono sobre ese triángulo rosa cosido en la chaqueta del joven coinquilino, más culpable me siento por tener escondida mi verdadera identidad y no llevar con dignidad aquel triángulo rosa en mi uniforme a rayas.

El sol aún no ha salido, todos los detenidos aún están en sus camas durmiendo. Con la llegada del joven prisionero, todos estamos obligados a dormir con los brazos fuera de las mantas, para que estas puedan ser vistas. Ahora hay un homosexual entre nosotros y la enfermedad se puede propagar.

Duermo profundamente, de repente las puertas del *Block* se abren de par en par.

Tres agentes de las SS, aún en el umbral de la puerta, iluminan la habitación con una potente linterna. Uno de los tres gritan mi nombre completo en voz alta:

—¡Thomas Potter!

Es imposible no escucharlo, pero nadie responde y es extraño que un prisionero sea llamado por su nombre y no por su número.

—He dicho Thomas Potter. ¿Dónde está?

Las SS entran en el *Block* e iluminan a los detenidos uno por uno, con la fuerte y violenta luz de la linterna. Todos los detenidos se ponen rápidamente de pie y bien alineados.

Carl, asustado por los gritos y sobre todo por el hecho de que me hayan llamado y convocado usando mi nombre verdadero y no el número, me aprieta fuertemente la mano.

Piensa que estoy condenado y lo pienso yo también.

¿Alguien habrá delatado a David? ¿Alguien habrá mencionado que he vuelto a aparecer de la nada? Pero… ¿quién?

Nadie excepto Matt sabe lo nuestro y Matt no lo haría jamás. A lo mejor he dejado alguna pista en la vieja enfermería donde he estado, pero ¿qué? Nada personal, nada que me pudiera delatar.

Pero es una orden y aquí debemos obedecer las órdenes sin rechistar puesto que no tenemos otra opción. Así que, con las piernas temblorosas, doy un paso adelante y respondo:

—Soy el número *829014*. Thomas Potter es mi antiguo nombre, Señor

Dos de las SS se acercan, y otro continúa inspeccionando.

—Tienes que venir con nosotros. ¡Date prisa, vamos!

Al no saber si se trata de un adiós, me doy la vuelta hacia mi padre y lo abrazo intensamente.

¿Quién sabe dónde me llevarán? ¡Quién sabe dónde y cómo me asesinarán!

Pero estoy seguro, al ver todo lo que ha sucedido, que lo harán del peor de los modos o peor aún: primero me humillarán de alguna manera horrible y luego me matarán.

Me siento en el monte de los olivos, tiemblo, sudo, tengo miedo. Y no puedo imaginar cómo se sentirá mi padre cuando descubra mi homosexualidad: la vergüenza y la decepción lo mataran.

También papá me abraza intensamente y se echa a llorar cuando escucha a su compañero de cama decir:

—A lo mejor solo quieren divertirse un poco.

Un padre no puede aceptar algo así.

Carl jamás habría aceptado que experimentara todas las atrocidades inhumanas que la mayor parte de los prisioneros ha tenido que soportar. Sabe que, lamentablemente, no le queda otra que asistir impotente, pero vale la pena intentarlo:

—¡Cogedme a mí, os suplico!

Se precipita hacia el agente de las SS y se arrodilla delante de él.

—Dejad tranquilo a mi hijo. ¡Os lo ruego, cogedme a mí! Haced conmigo lo que queráis.

Pero al tipo de las SS que tiene delante, el viejo no le interesa:

—No te queremos a ti, queremos al chico.

Carl se echa a llorar desesperadamente, coge la pierna del alemán del uniforme y le suplica nuevamente entre lágrimas:

—No, no, ¡cogedme a mí!

El agente de las SS patea con fuerza para quitárselo de encima:

—Vuelve inmediatamente a tu lugar si no quieres terminar mal. Es a él al que queremos. Vete, viejo chocho.

Para no empeorar aún más las cosas decido seguir a los de las SS a dondequiera que me lleven. Pero antes, regalo un último saludo a mi padre, un beso en la frente, intenso, profundo y sincero. Susurrándole a la oreja:

—Te he querido siempre papá. No te rindas nunca… Hazlo por mí.

Capítulo 43

CASI amanece, tal vez son las cinco o seis de la mañana. Hace mucho frío. Sigo a los tres agentes preguntándome constantemente que es lo que tienen en mente.

¿Me matarán ellos o lo harán los perros, tal y como le ocurrió al pobre de Peter? Si me han descubierto, entonces también David está en peligro.

Estoy aterrorizado y preocupado. Mientras más pienso, más obsesivos se vuelven mis pensamientos, llegan a ser insoportables.

Los agentes de las SS hablan entre ellos sin dirigirme ni una sola palabra; tras casi diez minutos de camino llegamos al final del trayecto… A la puerta de un pequeño edificio. Una vez dentro me ordenan desnudarme. Desde aquel momento todo me resulta más claro. Son las cámaras de gas y estoy a punto de entrar.

Desde luego no es el final que me esperaba, pero es la muerte más digna y menos dolorosa que pueda desear. Quién sabe si también a David le han reservado el mismo destino.

Completamente desnudo, doy pequeños pasos para entrar a la ducha, pero a los agentes de las SS se les ha hecho tarde y aceleran empujándome dentro de una patada:

—¡Date prisa! ¡Rápido! —¿Te puedes mover?

Estoy rodeado de estas cuatro paredes delante de tres miembros de las SS. Mientras uno de ellos me pasa el jabón levanto la mirada hacia la ducha, si así se puede llamar, pensando que pronto todo esto llegará a su fin.

* * *

—Abuelo, no te habían traicionado, ¿verdad? David había mandado que te llamaran, ¿es así? Dime que no me equivoco.

* * *

Matt, David, mi padre, e incluso la pequeña Anna invaden mis pensamientos. Estoy tan sumergido en ellos que no me doy cuenta de que lo que sale de la ducha es agua y que me está mojando entero. Agua fría, pero al fin y al cabo… es agua. Me han traído aquí solo para lavarme. Es solo una estúpida, insulsa, y normal ducha.

Cuando cierran el agua, uno de las SS me da un nuevo y flamante uniforme.

—Tienes suerte judío, son pocos los que se lavan con jabón y los que tienen un uniforme nuevo… Uno que no haya pertenecido antes a nadie.

Durante todo el tiempo no tengo el valor de decir nada. Después de la ducha me llevan a un nuevo lugar, el *Block 10*. Mirando los uniformes, me doy cuenta rápidamente que todos son alemanes, ninguno ahí dentro lleva en su chaqueta la estrella de David, solo yo, pero a cambio todos llevan un triángulo rosa o verde.

¡Estoy entre alemanes! Pero ¿por qué? Ya nada tiene lógica.

Después de pocos minutos de mi ingreso en el Block 10, me doy cuenta de que Matt se encuentra prácticamente a una distancia de dos camas. Me acerco para hablarle, pero justo en aquel momento veo entrar a mi amado David. Estoy feliz y contento, pero cada vez más confundido.

Quisiera pedirle explicaciones, pero no es el momento de hacerlo delante de todos los demás. Todos los presos se alinean uno al lado del otro, cuando con un tono serio y distante después de pasar lista, David nombra mi número, pidiéndome que le siga.

Al llegar a la cocina, estamos solos: solo David y yo.

—¿Se puede saber lo que está pasando? —Le hago miles de preguntas para poder entender lo antes posible qué es lo que está a punto de ocurrir, debido que aún no tengo nada claro.

—¿Pero has visto dónde estamos? Este será tu nuevo trabajo ¿No estás contento?

David, después de darme un beso rápido, trata de explicarme que pensaba que sería una grata sorpresa. Me cuenta que un día, mientras

estaba en la mesa con todos los demás soldados, un militar comentó que lo que más le hacía falta era el pan, no aquel pan blando o salado o demasiado cocido, sino un pan como tenía que ser. En aquel momento David tuvo una iluminación. Desde que me había enviado nuevamente a mi Block no descansaba en paz; creía que en aquel lugar ya no estaba seguro, si es que alguna vez lo estuve.

Fue así como después de la comida, se apresuró hacia las cocinas de los comedores alemanes.

Un hombre bajo y tripudo, de rodillas en el suelo, con un trapo en la mano, estaba a punto de empezar a limpiar. David, antes de hacerse notar, hizo una pausa, respiró profundamente, se aclaró la voz y atacó.

—¡Gustav! ¿Por qué estás en el suelo limpiando? ¿Es con esas manos sucias con la que nos preparas la comida? —Por el tono de la voz parecía uno de esos alemanes de las SS, autoritario y bastardo.

—Lo siento señor, pero es que estoy solo.

El cocinero, Gustav, es un buen hombre, pero nadie puede decirlo realmente ya que transcurre sus jornadas siempre dentro de esas cuatro paredes; cuando no tiene que cocinar, tiene que limpiar. A David le invadió una gran euforia que difícilmente logró esconder al escuchar aquellas palabras.

La satisfacción de haber acertado lo llenó de adrenalina para poder continuar y concluir a lo grande:

—Bien, pues desde mañana tendrás un ayudante. Me da realmente asco saber que con esas manos limpias el suelo y luego nos preparas la comida. Es realmente asqueroso.

—Gracias, gracias, mil gracias. He solicitado muchas veces una ayuda, pero parece que a nadie le importe. Mi último ayudante fue asesinado hace tres meses y desde entonces…

—¿Per… Perdona? ¿Por qué?

Por un instante David palideció, pensaba que la cocina era el lugar más seguro en el campo.

—Era un preso alemán. Venía a ayudarme con la limpieza, hasta que un día trató de envenenar la comida. Yo mismo me di cuenta, y lo denuncié.

Capítulo 44

NO ENTIENDO nada, soy un manojo de nervios, comienzo a hablar rápidamente:

—¿Contento? Podías al menos haberme advertido, ¿no te parece? Esta mañana me he tenido que despedir de mi padre, el pobre casi se hace matar por mí. Y luego he creído que me iban a matar en las cámaras de gas y …

David sin dejarme terminar me abraza para callarme, pero sobre todo para calmarme.

En cualquier momento alguien podría entrar en la cocina así que David me lo resume todo:

—Perdóname, Tom, pero quería darte una sorpresa. Desde ahora trabajarás aquí. Te encargarás de la limpieza. Tendrás acceso a toda la comida que desees y si tienes mucho cuidado, podrás darle un poco también a tu padre. Además, ¿no estás contento de que te haya puesto en el mismo *Block* que Matt?

Bajo la mirada:

—Sí, perdona, es solo que me asusté muchísimo. Jamás habría imaginado que tú estabas detrás de todo esto. ¡Pero ahora estoy muy agradecido!

Una hora después, en las cocinas alemanas, encargándome de la limpieza del suelo, horno, fogones y todas las superficies lavables, me siento feliz.

Gustav, demuestra ser un buen hombre. Desde el primer día hablamos con tranquilidad, parece que nos conociéramos de toda la vida.

Es un hombre que ronda los cincuenta años, padre de un hijo

alistado también en las SS que fue trasladado a Falstad, en Noruega. Al igual que Carl Gustav, perdió a su mujer a causa de un mal incurable. Para este hombre hablar conmigo es una bendición ya que ha estado solo muchísimo tiempo.

Capítulo 45

—DAVID estaba tratando de salvarte la vida en todos los sentidos y la verdad es que recuperar pocos días en aquel periodo podía marcar la diferencia, ya que los sucesos, una vez más, se precipitaron repentinamente.

»El 42 fue el año de la contraofensiva. Los aliados se unieron para «la rendición de los alemanes sin condiciones» y Rusia obligó a Italia y Alemania a retirarse de Stalingrado. El eje Roma-Berlín-Tokio se debilitó irreparablemente.

»Para los judíos el año empezó de la peor manera. El 20 de enero comenzó la «solución final». El plan era la aniquilación de toda la población judía, que incluía el exterminio sistemático de todos los prisioneros, después de haberlos explotado al máximo.

»El genocidio y la destrucción en masa representaron la culminación de una década caracterizada por medidas discriminatorias cada vez más duras, algunas de las cuales, por un lado, o por el otro, marcaron la vida de los protagonistas de nuestro *Docufilm*: Tom, mi abuelo, Anna mi abuela, Matt, que he descubierto que era mi tío, Peter, Carl, mi bisabuelo y también David.

»Durante ese tiempo se abrieron otros campos de concentración: Belzec, Sobibor, Treblinka y en el mes de junio Himmler ordenó ampliar Birkenau de ciento veinticinco mil a doscientas mil plazas y se creó el campo de Buna-Monovitz, llamado Auschwitz.

»Pero abuelo, tu continúa y cuéntanos como evolucionaron los acontecimientos para ti y para tus seres queridos.

—Me sentía muy feliz en la cocina. A Gustav le resultaba simpático hasta el punto de dejarme mandar comida a mi padre, gracias a la

ayuda del Kapò, que después de haberle salvado la vida se mantuvo leal.

—Abuelo, ¿Ves cómo hacer el bien tiene siempre su recompensa?

—Perdona, Ben, pero ¿no es eso lo que he tratado de enseñarte toda la vida?

Sonreímos, y luego continúo.

* * *

Continúo durmiendo en los dormitorios de los presos alemanes, no es fácil para mí, pero ahí está mi querido Matt. Lamentablemente, a causa de los numerosos experimentos, se ha quedado completamente ciego. Es difícil, pero a mi lado se enfrenta a todo, aunque la situación no podrá mejorar jamás.

Al ser hijo de uno de ellos, en lugar de matarlo, deciden explotarlo aún más. Dada su ceguera, han tomado lo que ellos consideran la decisión más apropiada: someterlo como conejillo de indias a diferentes tipos de experimentos científicos. Esta vez no se trata de estudiar la perfección de la raza aria, sino la imperfección de los homosexuales.

Ya que los tratamientos con las hormonas no han dado resultado, sobre aquello que ellos consideran «enfermedad», deciden tratar otras curas.

Matt es obligado a someterse a múltiples relaciones sexuales con lesbianas obligadas a prostituirse porque, aunque las lesbianas son mujeres y son útiles para procrear, a diferencia de los hombres, consideran que las mujeres son curables y sobre todo útiles. Sometido a reiteradas relaciones sin protección, Matt en poco más de un mes contrajo numerosas enfermedades venéreas.

* * *

—¡Pobre, Matt! —Ben no consigue callar.

* * *

Pobre Matt. Su estado de salud es grave y empeora día a día por el cansancio y la desnutrición. Para él el final se acerca, un día más en este lugar puede costarle la vida.

Habiéndolo castigado lo suficiente, considerando que es un alemán y que el padre desempeña un rol bastante importante, se le pregunta al Coronel Offman si desea llevar a casa a su hijo para despedirse y quién sabe si con las curas adecuadas, salvarle la vida… La vida, o aquello que queda de vida.

Pero Alfons, muy resentido por el comportamiento de su hijo, por la situación de su hermano y por la gran vergüenza que le ha generado un hijo enfermo de homosexualidad, renuncia a la oferta y abandona nuevamente al pobre Matt.

* * *

—¡Qué hijo de p…!

—¡Ben! —Le llama la atención Anna.

El muchacho, dándose cuenta de lo que había dicho cambia de tema.

—Pero… ¿qué fue del tío? ¿Fue castigado como debía por no haber respetado la vida, la infancia, el parentesco?

* * *

Ha transcurrido un año desde que el Coronel fue informado de la terrible muerte de su hermano, asesinado mientras trataba de huir. Alfons todavía recuerda ese día con mucha satisfacción.

Eran las cinco de la tarde cuando recibió la llamada de un colega de Dachau para saber si eran ciertas las relaciones de parentesco que el detenido Ernest Offman afirmaba tener con él.

Alfons preguntó enseguida el porqué de aquellas explicaciones y el agente de las SS que estaba al teléfono no tardó en dárselas.

—Le hemos descubierto mientras trataba de escapar acomapañado de otros presos, logrando pasar bajo el alambrado por donde había un hueco que ningún guardia

conocía. A los otros dos los hemos matado a sangre fría como nos ordenó nuestro General, pero el otro hombre no dejaba de decir: «¿No sabéis quien soy yo? Soy el hermano del Coronel Offman. Os lo ruego, en cierto modo soy uno de vosotros».

Alfons ríe.

—Es una historia increíble y divertida. Ya que desea tanto escapar, en lugar de hacerle pasar la valla eléctrica por debajo, permitidle

pasarla por encima… Será divertido verlo trepar aun sabiendo que quedará fulminado al instante. Ese hombre para mí no es nadie, por lo tanto, llevar a cabo las órdenes del General y acabad con él —ordena con rabia, satisfecho por la venganza. Zanjando el tema sin esperar respuesta, Alfons, con las manos temblorosas por la rabia, termina la conversación.

El día después, el mismo agente de las SS contacta nuevamente con él.

—Coronel quería informarle que el hombre que continuaba sosteniendo que era hermano suyo ha recibido un castigo apropiado.

—¿Ha trepado realmente la valla eléctrica?

—No lo habría hecho nunca, por lo tanto, decidimos hacerlo devorar por los perros y así, para lograr escapar de esos colmillos, sin pensarlo dos veces él mismo por desesperación la trepó. Ha muerto achicharrado. Tenía razón, fue realmente divertido.

* * *

—Pobre abuela. Pero alguien, el padre, el hermano; tú, abuelo, ¿se paró a pensar cómo estaba Anna?

—Gracias, Ben, lo estás pensando tú y esto me consuela, me hace sentir amada y me hace sentir bien —Después, con la mirada perdida en el pesado, toma la palabra.

—Supe de las dinámicas de fuga y de la muerte de mi tío, y de todo por lo que estaba pasando Matt: las violencias, las torturas que día tras día padecía. Me sentía totalmente culpable… Recuerdo bien esos días…

»Un pensamiento continuo me taladraba el cerebro y el alma: era mi culpa, solo mi culpa si Matt estaba obligado a soportar todo eso. Era por mi culpa que Peter había sido despedazado por los perros, y por mi culpa y la de mi estúpida idea, Tom y su padre se habían metido en problemas. Soy un desastre, mi conciencia estará manchada por siempre.

—Déjalo ya, abuela. Tú no tienes la culpa de nada. ¿Por qué tienes que torturarte de esta manera?

Anna no para de temblar, como si estuviese reviviendo realmente aquello momentos.

* * *

La idea de la panadería parecía buena, pero ha sido su condena. Continúo pensando una y otra vez en esas cosas cuando decido formar una horca con una sábana y colgarla en las vigas de la habitación de Matt.

El suicidio es la única opción posible, no soporto más el peso de esos pensamientos teñidos de sangre, me parece escuchar los gritos de cada uno de ellos y una voz dentro de mí que me repite: «¡Es culpa tuya Anna, ha sido toda tu culpa! ¿Cómo podrás, cómo podrás vivir con el peso de este peñasco?».

El suicidio es la única salvación para muchos judíos que se quitan la vida por miedo a lo que les espera. Lo es también para muchos alemanes, demasiado buenos para soportar las atrocidades de la guerra.

Pero ahora ha llegado mi turno: la muerte será mi sosiego, mi fuga de este mundo tan hostil y cruel. Será la expiación de mis culpas. Un último acto de coraje.

No es fácil encontrar la fuerza para odiar a un padre, el hombre que me ha traído al mundo. Pero la verdad es que no logro no odiarlo, y con mi muerte deseo hundirlo a él también, de una vez por todas; perder dos hijos por el partido, por una ideología de mierda que en realidad no tiene nada que ver con él, ni con nosotros.

* * *

—¡Dios mío, abuela! ¿Querías hacerlo realmente?

—Lo deseaba con toda mi alma, siendo plenamente consciente quería acabar con todo.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

Tom le contestó quitándole aquella carga a Anna.

—Tu abuela no cambió de idea.

* * *

Entra en la habitación de su hermano para acabar con su vida. A pesar de todo, desde que Matt ya no está en casa, su padre no logra conciliar el sueño, probablemente por el peso de su conciencia.

Así que el Coronel en medio de la noche, escucha unos ruidos que provenían de la habitación de aquel hijo que no logra perdonar, aunque

en el fondo de su corazón, quizás ya lo ha hecho, pero por orgullo no logra admitirlo. Alfons escucha caer algo al suelo, como si se tratara de una silla.

Sudado y con dificultad para respirar decide levantarse y controlar que todo esté en orden.

Cuando llega a la habitación de Matt, ve algo blanco colgando. Se da cuenta de inmediato que se trata de su hija en camisón. Trata de liberarla velozmente y la tumba en el suelo. Con los ojos llenos de lágrimas, coge su rostro estrecho entre sus brazos rogando a su Dios que la salvara.

Esa misma noche, Alfons, trata de traer nuevamente la luz a su vida, pero las tinieblas, en las que eligió vivir, no son fáciles de iluminar.

Coge inmediatamente de teléfono:

—Soy el Coronel Offman ¡Traed a casa a mi hijo de inmediato!

Le responden con compasión:

—Lo siento Coronel, le dije que había enfermado, pero usted no quiso saber nada. Llamé personalmente para comunicarle que si deseaba podía llevarse a su hijo a casa dado su grave estado de salud, pero usted me respondió que no le interesaba y nos ordenó que no le comunicáramos nada en el caso de que le sucediera algo. Lo siento, pero…

—¿Q…qué? ¿Qué me quiere decir?

Aunque sea claro, el Coronel se niega a creer aquellas palabras, sabe perfectamente lo que dijo, pero eso era antes, antes de la extrema decisión de Anna, antes de que recuperara la razón.

—Lo lamento, pero su hijo murió hace dos días.

Alfons cuelga el teléfono sin más explicaciones y rompe a llorar, tomando conciencia de que ha sido un hombre despiadado y que le ha llegado el castigo justo: el sufrimiento eterno.

Capítulo 46

—Y ASÍ el pobre Matt, no logró sobrevivir —Ben retoma la transmisión—, e Italia tampoco lo logra: se rinde a los aliados. Estamos en 1943. El gran consejo fascista emitía un voto de no confianza contra Mussolini y mientras en Italia ardía la guerra civil entre los seguidores de Mussolini y los partisanos. El 10 de septiembre, los alemanes ocuparon Roma y gran parte de Italia, liberando al Duce que proclamó la república italiana de Saló.

»El 14 de noviembre, durante el primer congreso del Partido Nacional Fascista Republicano, que surgió de las cenizas del partido Nacional Fascista, fue redactado el manifiesto de Verona que representaba el acta de nacimiento de la republica social de Saló y definía el programa político.

»Entre otras cosas, declaró que los judíos eran extranjeros y pertenecían a nacionalidades enemigas. El 13 de octubre, Italia declaró la guerra a Alemania, pero una vez más en el maremágnum de la guerra los que se llevaron la peor parte fueron los judíos.

»El 16 de octubre, el barrio judío de Roma fue saqueado y empezó la deportación de los judíos italianos con destinación a Auschwitz. Trenes nuevos, nuevas salidas y nuevas llegadas. Filas de gente como carne de ganado divididos en dos: los más afortunados, destinados a trabajos forzosos, y los demás… A las duchas.

La narración aséptica de Ben mitiga el fuego que se está extendiendo a causa de aquellos recuerdos.

Capítulo 47

RECUERDO bien aquellos momentos terribles, me perseguirán el resto de mi vida. Los recuerda Carl, «El loco», el elegido del Kapò y todos los demás.

Han pasado varios meses desde que Matt ya no está, y aun así recuerdo perfectamente ese momento. En Auschwitz, algunos prisioneros tal vez judíos, o posiblemente alemanes, lograron robar muchas provisiones que las SS tenían a disposición en el almacén del comedor. Gustav se ve obligado a denunciar lo sucedido, dado que para ese día no hay absolutamente nada que cocinar y como era de esperar, todas las sospechas caen sobre mí.

Por la mañana los agentes de las SS se presentan en el *Block 10*, donde aún estoy durmiendo.

Me despierto de un sobresalto:

—*829014*, dinos inmediatamente dónde has escondido la comida del almacén.

Sin estar despierto del todo, sé que aquellas acusaciones no me ayudan para nada:

—¿Qué he escondido qué? ¿Por qué yo?

—Sabemos que has sido tú. Eres el único judío que tiene las llaves de ese almacén.

—¿He sido yo porque soy judío? He dormido hasta ahora, no sé dónde está la comida.

—Me parece que no lo has entendido: ¡queremos saber dónde está la comida que has robado!

El soldado me apunta con un fusil directo a la cabeza, no sé qué más hacer para convencerlos que no he sido yo. En ese momento otros dos

soldados de las SS entran de prisa en el *Block* para avisar que la comida ha sido encontrada.

Mientras aún tengo en fusil en la sien, veo a David entrar en el *Block* con los ojos bien abiertos por el pánico, es evidente su preocupación.

—Pagarás tú por esta ofensa. La responsabilidad del almacén era tuya.

El soldado parece furibundo. No quiere admitir jamás su equivocación y debe descargar la rabia con alguien. David cierra los ojos, no quiere ver como asesinan al hombre que ama más que a nadie.

Matt se levanta de la cama. Está ciego, pero no sordo.

—¡No! ¡Alto! Él no tiene nada que ver con todo esto, la responsabilidad es mía.

El soldado se parte de la risa:

—¡Tú eres ciego, marica de mierda! ¿Cómo podrías haberlo hecho?

Lo miro aterrorizado.

«¡No lo hagas, Matt! Te lo ruego, no lo hagas», grito dentro de mí.

Matt sonríe descarado, como deseando provocarle aún más y responde:

—¿Qué cómo lo he hecho? Me he follado al guardia. ¡Así de fácil!

El agente de las SS retira el fusil que me apuntaba directamente a la cabeza y se acerca hacia Matt.

—He estado a punto de disparar a un judío, acusándolo de algo que en realidad has hecho tú. ¿Por qué lo has salvado? ¿Por qué no has dejado que me lo cargara?

En aquel momento vuelvo a ver en Matt al muchacho imprudente y sinvergüenza de siempre. Después de tanto tiempo, vuelvo a reunirme con mi viejo Matt.

—He robado la comida solo para haceros morir de hambre, como lo hacéis vosotros con todos nosotros. ¡Sois unos bastardos! No me importa salvar la vida del judío, es más, cuando terminéis conmigo, podéis matadlo a él también. ¡Será solo un puto judío menos!

El tono de Matt es extrañamente calmado y relajado. No ve el fusil apoyado en su frente, pero siente el frío del acero, lo que le hace imaginar perfectamente las circunstancias.

David no está preocupado por las palabras de Matt, es más, sabe bien que, diciendo aquellas cosas, presiona a su colega a mantener la vida de aquel sucio judío, solo por despecho. Su psicología inversa retumba en el bloque como una nueva luz.

—¡Fuera de aquí, de inmediato! —El soldado les ordena a todos salir para asistir a la ejecución.

Mientras miro a Matt, dejo caer una lagrima, me acerco a él y susurro:

—¿Por qué, Matt? ¿Por qué lo has hecho?

—Yo ya estoy muerto, Tom. Al menos dejo de sufrir y con suerte encontraré a mi amado Peter. Quiero que sepas que para mí has sido mucho más que un amigo, eres mi alma gemela… Has sido siempre un hermano para mí, mejor dicho ¡una hermana!

Una pequeña sonrisa acompaña esas palabras salidas de la boca de Matt.

Entre lágrimas, me nace una leve sonrisa, acompañada de mil recuerdos de cuando todavía era todo bello: nuestro primer día de cole, cuando descubrimos nuestra homosexualidad; las barbaries que aguantamos, todas las confesiones y la presencia de ambos en los momentos más importantes de nuestras vidas.

Hemos estado siempre juntos a lo largo de nuestra breve existencia y aún no estoy preparado para despedirme para siempre. El dolor y el miedo de perderlo son tan fuertes que me deja paralizado sin darme cuenta de que soy el único que queda dentro del *Block*.

Un disparo me retumba en los oídos. Salgo de prisa, me vienen ganas de vomitar.

La última imagen que tengo de Matt es la imagen de un hombre con una fantástica cabellera rubia y con un hueco justo en medio de los ojos que desde hace tiempo habían perdido aquel fantástico color azul cielo.

—¡Hasta pronto! ¡Te quiero mucho, amigo mío!

Capítulo 48

—POBRE MATT, pero de todos modos no hubiera conseguido sobrevivir, porque mientras Alemania decaía a nivel mundial, las SS se apresuraban para deshacerse de los prisioneros. La contraofensiva soviética contra los alemanes continuaba.

»El 22 de enero de 1944 los angloamericanos desembarcaron en Anzio y Neptuno y el 4 de junio liberaron Roma. El 6 de junio los aliados llegaron a Normandía dando luz verde a la liberación de los territorios ocupados por Alemania. No era un momento fácil ni siquiera para Hitler que el 20 de julio, dentro de su cuartel general, en Rastenburg, en Prusia oriental, sufrió un atentado por parte de algunos políticos y militares alemanes que, mediante un golpe de estado, pretendían instaurar un nuevo gobierno capaz de negociar la paz con los otros aliados para evitar una desbandada militar y la invasión de Alemania.

«Tras el fracaso del golpe de estado fueron arrestadas alrededor de unas cinco mil personas, para después, en su mayoría, ser justiciadas o internadas en los campos. El 25 de agosto también París fue liberada y en el mes de diciembre Alemania, con un último ataque, trató de reconquistar Bélgica y de dividir las fuerzas aliadas a lo largo de la frontera alemana.

* * *

Yo continúo trabajando en la cocina, cada día, todos los días: limpio los suelos, los fogones, y todo lo que se necesite.

La relación con Gustav va cada vez mejor: me ve y me trata como a

un hijo. Me permite ir a visitar a menudo a mi padre y llevarle comida. A pesar de eso papá está cada vez más cansado y fatigado y se muestra también muy débil.

Gustav no lo conoce, pero yo le hablo muchísimo de él; si hay algo que tienen en común es su gran corazón.

Gustav lo comprende todo y sin decir nada a Tom decide ir a conocerlo.

Papá siempre ha sido un hombre amable, de buen carácter, pero también un gran luchador. El hecho de haberse quedado solo conmigo, después de la muerte de mamá, le ha dado un motivo más para luchar.

Si pienso en el pasado, no tiene nada de qué arrepentirse, no hay absolutamente nada que cambiaría.

La vida no ha sido siempre buena con él, pero la ha vivido siempre intensamente. Son tantos los momentos que recuerda con gran felicidad y tantas penas que recuerda con dolor, pero es gracias a estas últimas que se enfrenta a la vida siempre con ganas, porque es justo el sufrimiento el que te carga de fuerza para volver a empezar.

Después de todo, ¿cómo puedes saber qué es la felicidad si no sabes qué es el dolor?

Dentro del campo no es nada fácil para él. Son muchos los que sufren el hecho de ser judíos.

Dentro de la cocina, gracias al arte de esconder el pan, adquirida con el tiempo, logro llevarle siempre comida extra, lo suficiente para mantenerlo de pie y darle las fuerzas necesarias. Pero, conociendo bien a mi padre, no puedo imaginar qué hace con la comida.

Papá ya ha recibido mucho de la vida y ahora es el turno de los que aún deben empezar a vivir. Sabe perfectamente que la guerra no durará para siempre, por lo tanto, decide darles a los más jóvenes todas las provisiones que yo le llevo.

Estoy seguro de que papá no busca la muerte, pero ayudar a los más débiles es una manera de hacerlo sentir en paz consigo mismo. Además, sostiene que si él ayuda a alguien, quizás alguien me ayude a mí.

Día tras día, distribuye entre los más jóvenes cada pedazo de pan que le llevo.

Otras veces los dona a los enfermos: gente que, según papá, está más necesitada.

Yo estoy al margen de todo eso, pero con la ayuda de mi cómplice, Gustav, logro llevar cada vez un poco más.

David se reúne conmigo en la cocina, no sabe cómo comunicármelo.

Se precipita hacia mí, me abraza fuerte y mientras me estrecha con fuerza, me revela que papá ha dado su último respiro.

Rompo a llorar, no me lo puedo creer, pero extrañamente, en lo profundo de mi corazón, me esperaba esta noticia.

David me aprieta con fuerza, me desmayo entre sus brazos. Gustav, que se encuentra ahí, trata de sostenerme, me moja la cara con un poco de agua y me tumba en el suelo.

Me recupero, pero estoy aún más alterado y más desanimado. ¡Mi mundo se ha desmoronado!

Por las palabras de Gustav me doy cuenta de que todas mis sospechas eran ciertas, pero la rabia que siento es cada vez más grande:

—¿Por qué pensar en los demás, cuando en este mundo estoy aún yo? ¿Qué tienen los demás que no tenga yo? ¿Quizás no estaba a tu altura? Estoy seguro de que no soy perfecto, pero ¿realmente todos se merecen más que yo? Padre, ¿por qué me has hecho esto? ¿Por qué a mí? ¿Por qué? Primero mamá, luego Matt y ahora tú. ¡Ahora estoy solo!

Gustav, agachado en el suelo, me abraza fuerte, susurrándome en la oreja:

—No estás solo, estoy aquí para ti.

David con los ojos llenos de lágrimas, se agacha:

—¡Yo también estoy aquí! —Levantándome la cabeza con ambas manos, añade—: Lo siento mucho, Tom, no hay palabras que te puedan consolar o que te puedan ayudar a estar mejor, pero quiero que sepas que siempre estaré contigo, porque eres lo mejor que me ha pasado en este mundo —Secándome las lágrimas me entrega una hoja doblada en cuatro—. Esta es para ti, me la ha dado el Kapò.

Gustav mira a David y luego hacia mí haciendo un gesto con la cabeza.

David piensa que es el momento de regalarme un poco de intimidad para leer la carta, y con la aprobación del cocinero, me acompaña al almacén donde puedo estar a solas. Pero no es la soledad lo que busco, así que pido a David si puede quedarse a mi lado.

Nos sentamos uno al lado del otro. David apoya su brazo detrás de mi espalda para hacerme sentir que está conmigo en aquel momento tan delicado.

Abro la carta. Lo que pensaba que sería una carta escrita por el Kapò, para darme alguna explicación o consuelo, es en realidad una carta de mi padre.

Reconocería su grafía hasta de lejos, porque con aquella caligrafía

aprendí a leer y escribir.

Esa hoja, amarillenta y arrugada dice:

Adorado hijo,

He pedido que te entreguen esta carta solo después de mi muerte, porque tengo miedo de que me hagas arrepentir de lo que hago. No quiero dejarte, no quiero que llores por mí, especialmente después de todo lo que has pasado. De todas maneras, ya no viviré mucho más, no lograré salir con vida de este lugar.

Quiero que sepas que te amé muchísimo y que siempre has estado en mis pensamientos. He creído perderte en más de una ocasión en este horrendo lugar, portador de terror y sufrimiento, pero tú, como siempre has logrado salir adelante.

Tienes un carácter bueno y gentil, por esta razón nunca estarás solo y yo me iré con menos remordimientos y arrepentimientos.

Este mundo, que convierte hostiles entre ellos a los humanos, es realmente una causa de vergüenza para todos nosotros, por esto quiero saldar las cuentas demostrando a nuestro Dios que no somos todos iguales.

Es vergonzoso el uso que el ser humano hace de uno de los dones más preciosos del señor.

El libre albedrío es sin duda el regalo más bello, después del Amor.

Hoy los alemanes han decidido ofender a Dios Padre Omnipotente, ignorando este don, siguiendo las órdenes despiadadas de un solo ser: Hitler.

¡Es terrible! Por eso hoy te pido perdón si me voy así.

Deseo que sepas que no es un acto de cobardía, no quiero irme de este estúpido mundo por miedo a afrontarlo, todo lo contrario, me voy combatiendo. Te confieso que he dado las provisiones de comida que me diste a aquellos que las necesitaban.

Siento haberte hecho esto, pero ahora quiero que tú, como yo, luches por este mundo, afrontando el peligro y sobreviviendo al mismo.

Has tenido la suerte de encontrar en tu camino mucha gente buena y gracias a tu carácter los has puesto de tu lado.

¿Quién iba a pensar que los mejores amigos de un judío serían unos alemanes?

Primero Matt, luego Gustav, David incluso nuestro Kapò y no te

olvides de la dulce Anna.

¡Lucha con ellos y por ellos!

Por mi parte, ya has cumplido el primer milagro y ahora solo te queda vivir para continuar tu lucha.

Yo, al otro lado, con mi sacrificio y con tu ayuda involuntaria, he dado a muchos chavales una oportunidad más para luchar, porque eso es lo único que deseo.

Quiero que cada individuo tenga la ocasión de dejar su propio grano de arena en este mundo, porque con cada gota puede formarse un mar.

Hijo mío, estoy orgulloso de ti y del gran hombre en el que te has convertido.

¡Te quiero y te querré siempre muchísimo!

Tuyo por siempre, papá.

También David, como yo ha perdido a su padre, sabe cómo puedo sentirme, pero en realidad también es consciente de la relación tan especial que nos unía a Carl y a mí.

He releído su carta al menos unas diez veces, conmoviéndome cada vez más con las palabras «Hijo mío, estoy orgulloso de ti».

¿Por qué debería luchar por los alemanes que están exterminando mi *raza*? ¿Para salvarlos del pecado? De todas formas, esas son palabras de esperanza para un mundo mejor y yo también deseo contribuir. Está claro que no es nada fácil, y no dejo de repetirme: «¿Por dónde empiezo?».

Aquí todos necesitan algo y todos se lo merecen, por lo tanto, hay mucho por hacer.

También David quiere hacer algo y como primera y quizás última misión, considerando la peligrosidad del plan, desea hacerme salir de este maldito lugar. Sabe que ya he sufrido demasiado aquí dentro y sin duda alguna no podré soportar mucho más.

Es el 30 de abril de 1945, en el campo hay una confusión jamás vista antes. Los soldados no paran quietos, entran y salen: parecen hormigas enloquecidas.

En realidad, ya hace unos meses, para ser más exactos a finales de 1944 han estado eliminando cada día, todos los días, un grupo de cincuenta o sesenta personas para vaciar el campo antes de la llegada de la Armada Roja.

Hoy se ha decido eliminar a todos los prisioneros. Las ejecuciones se

realizan en «el corredor del fusilamiento», un callejón angosto entre dos paredes altas entre el Bunker y el crematorio. A los prisioneros les disparan en la nuca en presencia del médico del campo que acaba con ellos con inyecciones letales. Luego los cuerpos son quemados.

Los soviéticos avanzan más rápido de lo que se podrían haber imaginado y los jefes continúan dando órdenes histéricos, gritando que se den prisa, que lo terminen todo y traten de no dejar ninguna pista.

Es el caos. Suena la alarma, venimos todos alertados. Cada uno tiene un rol preciso. Es necesario ocultar todas las pruebas del exterminio, destrozar los documentos, quemar los hornos crematorios, vaciar rápidamente el campo, matar a los prisioneros que siguen con vida y huir rápidamente.

En un periodo muy corto de tiempo acompañan a centenares de prisioneros al corredor del fusilamiento. El caos juega a favor de David, que logra, fingiendo empujarme hacia el corredor de la muerte, que escape.

Es así como se inicia mi viaje hacia la libertad.

En aquel caos infernal donde prácticamente no se entiende quién huye de quién, y quien quiere matar a quién, ruego a Dios que me ayude.

Mientras los alemanes tratan de matar a los últimos prisioneros, los tanques rusos avanzan matando y capturando a los alemanes.

Mientras huyo desorientado, sin saber hacia dónde ir, veo los tanques rusos acercarse.

Son ellos los que me salvan. En este momento el que está en peligro es David.

De repente, un giro inesperado: los roles se han invertido.

Estoy a salvo, pero me espera la nada: no tengo a nadie, ni una casa, ni un trabajo.

Pero tengo mi vida y a una jovencita que deseo volver a abrazar para compartir con ella la muerte de Matt que no ha sido llorada lo suficiente.

El día que encuentro a Anna, a su lado hay una persona.

Unos pocos minutos en *shock*, me encuentro completamente paralizado y boquiabierto, me encuentro delante del único hombre que esperaba no volver a ver nunca más en la vida: ¡el Coronel Offman!

Anna al verme se tira a mis brazos. Le sonrió descubriendo con alegría cuanto ha crecido.

Es una maravillosa mujer, cada vez más hermosa y cada vez más…

parecida a su hermano.

El Coronel ha querido acompañarla; acogiéndome es como si perdonara en un único gesto a Matt, Peter, mi padre y todas las personas que por su culpa habían sufrido hasta la muerte.

Capítulo 49

EL 27 de enero de 1945 fue liberado el campo de concentración de Auschwitz por las tropas soviéticas durante su rápido recorrido invernal desde Vistula a Óder. El primer grupo que entró en el campo formaba parte de la armada Lx del general Kurochkin del primer frente ucraniano del mariscal Ivan Konev. Encontraron alrededor de siete mil prisioneros aún con vida, los otros, aquellos que los alemanes no lograron asesinar antes de huir, fueron obligados a abandonar el campo encaminándose hacia una muerte segura.

»La armada rusa estaba horrorizada por lo que encontraron en el campo: miles de prendas de vestir abandonadas, objetos varios pertenecientes a los prisioneros y ocho toneladas de pelo humano, embalado y listo para ser transportado.

»Los nazis fueron obligados a retirarse, sin embargo, no fue el primer campo de exterminio descubierto por los rusos: previamente habían liberado los campos de exterminio de Chełmno y de Bełżec, auténticas fábricas de muerte donde los deportados eran inmediatamente gasificados, salvando solo pocas unidades especiales.

»El 24 de febrero partió el último grupo de judíos hacia Bergen Belsen y en abril los americanos llegaron a Nuremberg.

»El 15 de abril fue liberado el campo de Bergen Belsen y al día siguiente los rusos llegaron a Berlín.

»La situación ya se había precipitado. En Italia Mussolini fue ejecutado por los partisanos mientras que Adolf Hitler, el 30 de abril, se suicidó en su Führerbunker en Berlín con un disparo de revolver en la cabeza, después de haber ingerido una pastilla de cianuro; su mujer Eva, tuvo la misma suerte: se suicidó ingiriendo veneno. Sus cuerpos,

según las instrucciones dictadas por el Führer fueron llevados a través de las escaleras hacia la salida de emergencia del bunker, los rociaron con gasolina y los quemaron en el jardín de la Cancillería del *Reich*.

Capítulo 50

PARA expiar los pecados hacia su hijo, Alfons Offman me acoge en su casa para ayudarme a poner nuevamente mi vida en orden.

Cuando le hablo a Anna de Matt, el Coronel se aleja, cada vez que escucha su nombre se desencadenan profundos sentimientos de culpa que lo devoran por dentro.

Pero después de un tiempo, es él mismo el que me pregunta acerca de Matt, como si tratara de buscar un culpable por todo lo que ha pasado. Por mi parte yo no lo he perdonado, por quedarse indiferente y, sobre todo, por haber rechazado acoger a su hijo en sus últimos momentos.

Quiero irme, el solo hecho de verlo me provocan nauseas, pero sé muy bien que Matt desearía que alguien se hiciera cargo de Anna y ese alguien no puede ser su padre.

Estoy sentado en las escaleras, delante de la casa Offman, las mismas escaleras donde he pasado horas y horas en compañía de mi mejor amigo a charlar de esto y aquello.

Miles de recuerdos invaden mi memoria lo suficiente como para hacerme sonreír. Mis pensamientos se interrumpen con una voz que nunca podría olvidar.

—¡Hola, Tom!

Levanto la cabeza y justo delante veo a mi amado, así como lo había conocido, desarmado, sin uniforme y sin aquel horrible sombrero.

Mi David está aquí, ¡justo delante de mí!

Su pelo parece más largo, está cada vez más guapo y verlo vivo me provoca un llanto incontrolable.

—Vamos, Tom, no te pongas así… Como puedes ver estoy vivo. Te

dije que mantendría mi promesa. Después de haberte ayudado a escapar he tratado de salvar más vidas y luego he logrado milagrosamente huir y salvarme.

David, aun delante de las escaleras, trata de mantener el control, pero al verme tan emocionado, también cede.

Un fuerte e intenso abrazo nos une. Nos mantenemos en silencio, son los latidos de nuestros corazones los que hablan por nosotros.

El silencio en la calle cesa cuando un viejecito que se mantiene de pie gracias a la ayuda de un bastón, pasando, escupe al suelo justo a la altura de nuestros pies:

—¿Pero no os tenían que matar a todos en aquellos campos? ¡Qué asco!

David se gira de golpe como si deseara matarlo, pero yo lo detengo cogiéndolo del brazo:

—Te lo ruego, no lo hagas. ¡No vale le pena!

David sabe que tengo razón, aquel anciano alemán, después de todo, no puede saber nada del amor que nos une: un amor fuerte, intenso, pasional, pero, sobre todo… verdadero.

A pesar de que la guerra ha terminado, los prejuicios siguen vivos. Los judíos todavía son vistos de mala manera por la mayoría de los alemanes y los homosexuales todavía deben esconderse del mundo.

David sabe que para nosotros no será fácil afrontar una vida serena y tranquila, pero debemos intentarlo. Me ama más que a nadie en el mundo y no quiere renunciar a este amor.

Los días después de haber vuelto a casa son maravillosos.

Alfons Offman nos ha concedido aquella famosa casa en el campo en Ahrensfelde, en parte para no dejarla abandonada, y en parte para disculparse una vez más.

Saber que ha condenado a muerte a todas las personas que ha arrestado le produce profundos remordimientos que su subconsciente le hace pagar por la noche procurándole horrendas pesadillas.

Pero en el fondo no está realmente arrepentido: piensa que hizo lo que se tenía que hacer. Pero su consciencia grita venganza y desea hacer algo para quién fue perseguido. Es un buen método para reconquistar la confianza de su única hija y no ser perseguido por el demonio de su difunto hijo.

Pero yo, sé perfectamente que no debo fiarme completamente de él.

No hay ni un solo día sin que recuerde a mi padre, a mi mejor amigo, y a todos aquellos que he visto morir delante de mis ojos.

Es terrible como el pobre Peter fue arrebatado de este mundo.

El lado positivo es que ahora tengo a mi David.

Por supuesto que sufro la ausencia de todos mis seres queridos, pero el dulce y tenebroso David me ayuda a seguir adelante. Afrontar la vida, con él a mi lado, es seguramente mucho más fácil.

Capítulo 51

20 de noviembre. En Nuremberg se abre el tribunal internacional contra los crímenes de guerra y, después de su reincorporación, David es citado a juicio.

No me tomo la noticia nada bien, me juro a mí mismo que haré cualquier cosa para salvar a mi amor de la cárcel, al fin y al cabo, nunca ha hecho nada malo.

Por el contrario, David se espera ser castigado.

Para él es justo cumplir su condena, después de todo, es uno de ellos. Pese a no haber matado a nadie, no deja de ser un verdugo alemán como los demás.

La primera fase del proceso, para la alegría de todos, termina muy mal para los acusados.

Unos días antes supliqué a David que escapara conmigo: irnos lejos, donde nadie pudiera encontramos. Acabamos de empezar a vivir nuestra nueva vida, no puede terminar todo aquí.

Tenemos toda la vida por delante.

El día del juicio, David, sorprendido, me encuentra en el banquillo de los testigos. Después de haber jurado decir la verdad y nada más que la verdad, hago mi declaración:

—Si hoy estoy aquí, sentado delante de vosotros, es solo gracias a este hombre. Muchos detenidos hoy podrían decir lo mismo de él. Ahí dentro era un bicho raro. Estuve a punto de morir a causa de arduo trabajo en la mina. Ese muchacho en lugar de llevarme a las cámaras de gas como se lo ordenó el doctor, me asistió hasta que me recuperé casi del todo.

. Me encontró un trabajo en las cocinas, dándome la posibilidad de

llevar comida a los demás prisioneros. Las raciones de comida dentro del campo eran tan míseras e insuficientes que un hombre podía morir en menos de tres meses. Gracias a este soldado mi padre y yo hemos logrado sobrevivir mucho tiempo en aquel infierno. Llevaba pan, agua, jabón e incluso zapatos para los prisioneros. Sí, es verdad, era uno de ellos, pero de él uno se podía fiar.

Para no comprometer la decisión definitiva, no mencioné nuestra relación, pero traté de explicar de manera exhaustiva lo indispensable que fue David dentro del campo para muchos judíos.

Torturándome las manos y la boca durante la declaración, no he conseguido decirlo todo. La emoción y el miedo de perderlo me han quitado literalmente las palabras de la boca.

Esperando el veredicto me siento extrañamente tranquilo. Sé que mi David no se merece ir a prisión o la pena de muerte, él no, y además los otros soldados de las SS procesados antes que él, que sin duda no eran bichos raros, se han librado saliendo completamente limpios.

El mismo Coronel Offman, que considero uno de los peores asesinos, independientemente a su desesperado deseo de redención, ha sido absuelto dado que no estuvo nunca dentro de los campos, por lo tanto, sus acciones se limitaban a cumplir órdenes.

Cada individuo, adopta mecanismos de defensa diferentes para sobrevivir las hostilidades de la vida. Yo hasta aquel momento, como mecanismo de defensa he adoptado la supresión de los recuerdos.

Me hace demasiado daño recordar, revivir aquellos momentos de mi vida, los peores, viendo nuevamente aquello que mis ojos se han visto obligados a mirar, mis oídos a escuchar y mi corazón a sufrir.

En la sala hay una persona que, al verla, me preocupa, un judío que siempre jugado sucio, vendiendo a su gente, aunque solo fuera por un pedazo de jabón.

Es llamado a declarar justo después de mí.

—Pero, ¿por qué él? ¿Qué tiene que decir de David?

—Soy un judío, *hetero* y no criminal. Al ser judío sé muy bien lo que sucedía en aquel campo y no tengo por qué esconderlo. Todo lo que ha dicho el testigo anterior es falso. La verdad es que los dos son amantes.

En el aula se escucha murmurar.

Nunca entendí por qué ese hombre podía albergar aquel odio hacia nosotros. Puede que le hubiera pagado alguien que quería permanecer en el anonimato, o que fuera empujado por la envidia o posiblemente que fuera un homosexual que no había podido aceptarse a sí mismo, y

ahora estaba derramando su odio y su frustración sobre nosotros.

Trato de entender porque esa especie de hombre está diciendo esas cosas. En el fondo no tiene nada que ganar ni tampoco nada que perder y David muchas veces también lo había ayudado. Pero la maldad y la envidia no conocen etnia o religión, no necesitan motivos concretos para explotar y el nazismo es la prueba. Nunca sabré la verdad sobre ese tipo y sobre su ensañamiento, pero sin duda nunca podré olvidar los efectos de ese odio en nuestras vidas.

El hombre, con una sonrisa burlona entre los labios continúa su discurso:

—El agente de las SS Koch, es exactamente como los demás, me ha pegado, me ha violado y más de una vez me ha amenazado con matarme.

Miro a David profundamente enfadado, pero al mismo tiempo resignado al destino que lo aguarda.

Cuando se le pide decir algo en su favor, David decide quedarse en silencio.

Nada de lo que ha dicho ese hombre es verdad, pero para los jueces es fácil creerle, después de todo ha descrito a la perfección lo que eran la mayor parte de las SS.

Al final de proceso, a David le imponen una pena de diez años de cárcel. Terribles las acusaciones en su contra, aunque en el fondo en su defensa podría haber dicho que llevaba a cabo las órdenes.

Me echo a llorar y busco desesperadamente al judío vendido entre el tumulto para pedirle explicaciones. Pero es él quien me encuentra y con la misma prepotencia que tenía durante el proceso me lo explica todo.

—¡Finalmente las cosas van como deben ir! Tom, quería hacerte sufrir y finalmente he logrado mi objetivo. La verdad es que no soportaba todo lo que has tenido tú. Yo no merecía permanecer ahí dentro mientras que tú, sí que te lo merecías porque eres un asqueroso homosexual. Merecías más que cualquier otro estar dentro de aquel campo, y en cambio nadie ha descubierto tu homosexualidad, y has logrado hacerte amigo de uno de las SS para lograr tu objetivo: escapar. Tu padre se quitó la vida por una buena causa, mientras que tú eres astuto y manipulador. Con ese carácter bueno y gentil que parece que tienes has conquistado el corazón de todos, incluso el de Gustav que, después de que escapases, en lugar de odiarte se ha alegrado por ti, ¡Puajj… ¡Me das asco! El mejor modo de hacértelas pagar es quitarte lo que para ti es más importante: el amor, ese amor que yo nunca he

conocido. No tienes derecho a ser feliz…

Un golpe en toda la mandíbula interrumpe su discurso pronunciado con tanto fervor. Estoy furioso.

—¿Por qué? ¿Te he quitado la libertad? ¡Yo nunca te impedí que escaparas! —grito y lo sacudo por los hombros con violencia.

Él se pasa la mano por la boca para masajearla, soy delgado y pequeñín, pero desde luego fuerza no me falta.

—Tenía que estar yo en tu lugar en esa cocina, era a mí al que tenía que ayudar primero. ¡Yo se lo había pedido!

Lo suelto, no quiero seguir tocando a ese ser despreciable, y con una expresión indignada me marcho sin siquiera dedicarle una mirada o una palabra más.

* * *

—El 30 de septiembre el tribunal del proceso de Nuremberg condenó a las SS, declarándolas una organización criminal.

Los juevces remarcaron esa sentencia sosteniendo que las SS utulizaron para fines que eran criminales, y que comprendían la persecución y el exterminio de judíos, el salvajismo y las ejecuciones en los campos de concentración; excesos en la administración de los territorios ocupados,

la administración del programa de trabajos esclavistas y el maltrato y asesinato de prisioneros de guerra.

»La sentencia continuaba declarando que la sospecha de crímenes de guerra habría involucrado a todas las personas que habían sido oficialmente aceptadas como miembros de las SS que se convirtieron o permanecieron como miembros de la organización sabiendo que se utilizaría para cometer actos declarados criminales del artículo 6 del estatuto de Londres sobre los crímenes de guerra.

»El 16 de octubre todos los acusados condenados a muerte en el proceso de Nuremberg fueron ahorcados.

Epílogo

VISTO el gran amor que David siente por mí, decide dejarme para empujarme hacia una vida con la dulce Anna.

Los prejuicios hacia los homosexuales no son y quizás no serán jamás superados del todo, por eso David decide sacrificar su felicidad para regalarme una vida digna al menos para mí.

Anna puede darme una vida social, hijos, y también amor, dada su hermosa dulzura. Por el contrario, David cree que puede darme solo una vida donde esconderse del mundo es inevitable.

Me ama realmente demasiado para arrastrarme a una existencia plagada de secretismo y vergüenza. Yo «no me lo merezco».

Aunque con gran pesar, ajeno a las verdaderas razones, he aprendido a convivir con la idea de que David no será jamás el hombre de mi vida.

Mi corazón y mi mente cuidarán celosamente su recuerdo para siempre, pero mis ojos no lo verán más, mis manos no lo tocarán; no disfrutaré su maravilloso aroma y mis labios no lo besarán.

Esto me hace sufrir mucho, pero ahora hay alguien que me considera realmente importante, alguien que me ha esperado por mucho tiempo, alguien que se ha encaprichado de mí desde que era muy pequeña.

Anna ahora es una mujer.

Después de haber conocido el verdadero amor, sé que el afecto y el respeto que siento por Anna no son en absoluto lo mismo, pero me casé con ella y con ella tuve dos hijos, Carl y Matt.

Siempre ha sido mi compañera, mi cómplice, mi amiga y el dolor de lo que hemos pasado nos ha vuelto inquebrantables.

* * *

—¿Ahora lo entiendes, Ben? ¿Entiendes cuánto dolor?

Cojo la mano de Anna con la mía y la aprieto fuerte; ambos tenemos los ojos perdidos en una dimensión paralela.

Ben coge de inmediato esa imagen, enfoca el objetivo hacia las manos. Los abuelos, sin darse cuenta le están regalando la imagen más bella y significativa sobre la que escribir.

Nota biográfica

Alessio Puleo nació en Carini, un pequeño pueblo en la provincia de Palermo, 17 de junio de 1981, pero vive y trabaja en Cinisi.

En 2012 Alessio publica un nuevo libro titulado *Mi corazón pertenece a ti* (publicado por De Agostini), una novela que trata de la donación de órganos. En la actualidad, el libro está demostrando ser un gran éxito y sobre todo un gran interés entre los medios de comunicación que lo han definido como el libro con el que la gente se acerca al tema de la

donación. El éxito de su novela, lleva a Alessio por Italia en favor de AIDO (Italiano: Organ Donor Association), y a muchas escuelas, para concienciar a los alumnos y difundir la cultura de la donación a través de las palabras escritas en su libro.

© 2019 Alessio Puleo
© 2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo: (Group Edition World)
Dirección:www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com
ISBN: 9788417832148
Déposito Legal: TG-1574 − 2018
Primera edición: Mayo 2019
Diseño portada e ilustraciones: Ediciones K
Traducción realizada por: Andrea B. Rocha Humboldt
Maquetación: Group Edition World
Corrección: Teresa Ruiz